ASÍ COMENZÓ NUESTRO OLVIDO

TRUDY JORDAN



CALIXTA

ASÍ COMENZÓ NUESTRO OLVIDO

TRUDY JORDAN

EMMA



ASÍ COMENZÓ NUESTRO OLVIDO
© 2021 Trudy Jordan
Reservados todos los derechos
Calixta Editores S.A.S
Primera Edición Agosto 2022
Bogotá, Colombia
Editado por: ©Calixta Editores S.A.S
E-mail: miau@calixtaeditores.com
Teléfono: (57) 317 646 8357
Web: www.calixtaeditores.com
ISBN: 978-628-7540-54-5
Editor General: María Fernanda Medrano Prado.
Editor: María Fernanda Medrano Prado.
Corrección de Estilo: Tatiana Jiménez
Corrección de planchas: Sofía Melgarejo
Maqueta e ilustración de cubierta: David Avendaño @art.davidrolea
Diseño y maquetación: Julián Tusso @tuxonimo / David Avendaño @art.davidrolea
Primera edición: Colombia 2022
Impreso en Colombia – Printed in Colombia
Todos los derechos reservados:

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño e ilustración de la cubierta ni las ilustraciones internas, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin previo aviso del editor.



A la familia con la que he construido mi vida.

A ti, Javier, con quien la vivo intensamente

Primera Parte



I

Dejé de escribir cuando él se fue y me dediqué a vivir. Han pasado treinta y dos años desde aquel día en que destruí hasta la más mínima huella de su existencia.

A pesar de que el tiempo me hizo creer que había olvidado todo, el dolor que me acompaña ha revivido a cuentagotas los primeros años, las primeras decepciones y las historias que no estaban listas para ser sepultadas en las tumbas de sus protagonistas.

Las preguntas salen a borbotones: ¿Para qué recordar? ¿A quién le escribo esto? ¿Para qué? ¿Será para vaciar el dolor o justificarme? Qué importa, somos lo que recordamos e inventamos más de lo que vivimos. Por eso, aquí me encuentro: armando retazos del pasado que me permitan entender a la mujer en la que me he convertido.

«Hoy mi madre ha muerto; me encuentro tan lejos».

Esta frase solitaria en la primera página de una libreta vacía, en la que deseo atrapar lo que siento, es mi única compañía.

Tal vez mi puño deslizándose por el papel logre distraer mi mente, que se ha empecinado en crear escenas grotescas de su cuerpo sin vida, abandonada en el corredor del hospital cubierta con una sábana blanca, sus pies descalzos y fríos asomándose sin gracia; inmóvil sobre la mesa de acero de la funeraria con el camisón de flores enroscado en sus piernas, incómoda, presa entre la mullida tela blanca del féretro, con sus ojos abiertos reclamándome la lejanía. Es inevitable, las imágenes derrotan a las palabras, aparecen una y otra vez, no dejan de atormentarme. Mi tristeza busca una salida. Se anuncia con un doloroso ardor en los ojos. Presiono con las yemas de los dedos mis párpados abotagados para detener el llanto. No quiero delatarme ante tanta gente extraña que me rodea en la asfixiante sala de espera del aeropuerto de Ciudad de México, en la que he aguardado por horas algún lugar en un avión para llegar a tiempo a su entierro. Desearía ser dueña del destino, posponer su muerte, planear la fecha, hacerle entender que todavía no era momento de partir. Necesito despedirme de ella, verla una vez más. No me basta su recuerdo.

Cierro los ojos para que las imágenes de momentos vividos junto a ella fluyan en ese río de lágrimas que tengo contenidas. Mis ojos de niña ven pasar a la mujer hermosa, elegante y a la moda, que poseía el don de combinar con gracia los zapatos, el collar y la cartera, con peinados y sombreros en perfecto equilibrio. Siempre tuvo un atractivo innato. Lograba que las miradas de la gente, sin importar sexo o edad, la siguieran embelesadas a su paso. Solía ver su rostro iluminado y me asaltaba la sensación de humildad ante su belleza, estaba orgullosa de ser la hija de aquella dama singular a quien todos admiraban. Observándola en silencio, me impregné de su feminidad, así surgieron, desde temprana edad, los intentos por definir el tipo de mujer que yo quería llegar a ser.

Al fin he conseguido un cupo. Han llamado a abordar el avión que me llevará a verla por última vez antes de que la incineren y solo me queden las horribles imágenes que he fabricado en mi mente.

Cierro la libreta y la guardo en el maletín de mano junto con mis lágrimas. Ingreso por el pasillo y busco mi lugar en la ventanilla. Miro hacia fuera: varios hombres alimentan la barriga

del avión con bultos que se deslizan por una banda. El movimiento es casi hipnotizante. Imagino que ingreso a ese lugar oscuro a rebuscar entre el equipaje historias de vidas ajenas, pero mi mente, astuta, me lleva a un encuentro con el recuerdo más antiguo que conservo de momentos junto a ella.

Estamos en una terraza. Tengo cerca de tres años, le pido que me cargue. Tironeo con insistencia el borde de su vestido aguamarina que hace juego con el color profundo de sus ojos, y me ignora, como solía hacerlo por tener su atención centrada en el amor de su vida: mi padre. Por más que mi mano sigue aferrada a su vestido, no me mira. Me quedo inmóvil, expectante. Ella, con un movimiento rápido, suelta mis dedos del pedazo de tela que yo había estrujado. Sin tener a qué aferrarme, voy de aquí para allá entre el gentío, girando como un trompo recién lanzado al piso.

Mis hombros apenas sobrepasaban el borde de las mesas con la comida que habían dispuesto. La angustia en mis entrañas regresa al recordar como buscaba con la mirada a mi nana o a alguno de mis hermanos entre las telas de diferentes texturas que me rozaban las mejillas al pasar por aquel bosque de piernas. Estaba desubicada, requería con urgencia de la protección de un adulto. Sin encontrar ningún olor a piel conocido en el cual resguardarme, escuché el grito alborozado que lanzó una muchacha de voz aguda y que generó un movimiento como el de una gota al caer en el agua: «¡Ahí viene, ahí viene!». Con disimulados empujones, la gente se apresuró a alcanzar la primera fila de la terraza del tercer piso en el que nos encontrábamos para ver la calle. Me arrastraron con ellos hasta el barandal labrado en piedra de la exótica casa de doña Ferní, situada en la mejor esquina de la carrera 11 de Bogotá. La sensación de vértigo y la turbación aún regresan al recordar ese momento en que mi cuerpo parecía haber adquirido las propiedades elásticas de la plastilina y llenaba el vacío que quedaba entre los balaustres de granito pulido. Fue el primero de los tantos vacíos que a lo largo de mi vida tendría que llenar.

Abajo, sobre la corriente de personas agolpadas en la calle, llamó mi atención una pequeña gorra blanca que flotaba como pelota de ping-pong en el aire. Años después entendí que a quien había visto ese día era a Pablo VI, el primer papa en pisar tierra latinoamericana para celebrar el Congreso Eucarístico de 1968.

Desde las alturas de la mansión observé cómo ese diminuto punto blanco era arrastrado calle abajo por la muchedumbre, y regresó la angustia a mis entrañas, esa sensación de malestar se repetiría siempre que estuvieran reunidas más de cien personas. Aquel día marcó también mi gusto por las reuniones elegantes, porque a pesar de mis temores y mi corta edad, aún guardo en la memoria la textura de los manteles bordados, el brillo de las copas de cristal tallado, las bandejas de plata cubiertas con las obras de arte realizadas por los cocineros y los vasos en perfecta fila que contenían jugos de frutas tropicales de colores llamativos.

Al gran evento asistió la familia completa, incluidos el servicio doméstico y las nanas, con las que pasaría la mayor parte de mi niñez. Todos vestían sus mejores galas; yo lucía un vestido amarillo confeccionado y bordado en punto smock por las hábiles manos de mi madre, a juego con el de Lisa, mi novena hermana. Nos veíamos como mellizas.

La terraza era un carnaval de sonidos y colores, y el ambiente impregnado de santurronería se mezclaba con el bullicio propio de los invitados de distintas edades. El picante sol de clima frío de la Sabana de Bogotá comenzaba a teñir de rojo las narices de los hombres y empujaba a las señoras a resguardarse del calor bajo la única carpa montada en el lugar.

Obispos, sacerdotes y seminaristas se distinguían por sus sotanas negras, y unos pocos, ya mayores, llamaban la atención por sus prominentes barrigas y por desplazarse hacia la mesa con

las bebidas alcohólicas y la comida como piezas de ajedrez sobre el gran damero negro y blanco del piso de mármol. Cerca de ellos merodeaban sobrinos, ahijados y protegidos de la plana mayor de la Iglesia. Los más pequeños llevaban pantalón corto y se adherían como sanguijuelas a los hombres de sotana; los mayorcitos vestían como adultos, con trajes de paño, pantalón largo y corbatín, y se mantenían lejos del grupo de adolescentes conformado por mis hermanos y sus amigos. Y, por supuesto, el centro de la fiesta: la familia libanesa de nuestra singular anfitriona, doña Ferní, integrada por su esposo y su hijo Aníbal.

Doña Ferní, que en aquel entonces se acercaba a los treinta y cinco años, se paseaba con coquetería entre los invitados. Lucía un vestido de seda verde esmeralda ceñido al cuerpo y con un escote que guiaba las miradas de chicos y adultos a sus voluptuosos pechos, enmarcados por un bordado de pedrería luminosa. Llevaba en las muñecas, las orejas y los dedos joyas dignas de una princesa siria. Era difícil no admirar los atavíos que le daban mayor énfasis al aire exótico y un tanto misterioso que la rodeaba.

Por su parte, el anciano esposo, católico consagrado –hasta el tuétano, diría mi padre–, repetía con fervor, y con la saliva pastosa propia de una borrachera con licor de arak, la consigna del discurso de apertura del papa al llegar por primera vez a tierra latinoamericana: «Nuestra… fuerza… está… en… el… amor».

Cerraba la escena del extraño trío, Aníbal, su hijo adolescente, homosexual no declarado, quien probablemente miraba a escondidas las nalgas de mis hermanos.

Mientras que en la elegante terraza seguía la fiesta, en la calle no se movían de su lugar los miles de feligreses que vitoreaban al papa con fervor de pueblo latino, aun cuando ya no se veía nada ni de él ni de su comitiva. La caravana había sido empujada por el entusiasmo de la muchedumbre a continuar su recorrido por las avenidas principales de la ciudad. Para la gente allí reunida, tan notable y sagrado acontecimiento era la mejor excusa para seguir la fiesta, de ser posible toda la semana. Impensable irse a casa a reflexionar. Organizaron tómbolas, rezos de rosario masivos y concursos de copla y canto. Tampoco se perdieron la inauguración del barrio Pablo VI por parte del alcalde de turno: mil doscientos apartamentos, construidos en un enorme terreno, que sirvieron de alojamiento a los peregrinos que visitaron la ciudad para el evento. Al terminar, serían asignados a familias jóvenes con niños pequeños, que vivirían allí por años con los parques sin juegos ni árboles y con la tierra apisonada que se convertía en barrizal con cada aguacero que caía en Bogotá.

En alguna de esas visitas a casa de mis padres, ya de adulta, descubrí en una caja metálica de galletas las fotografías tomadas por mi padre aquel día con su cámara Leica M4, y confirmé que mi mente no me había traicionado del todo: las imágenes que rescató mi memoria en aquel avión eran bastante cercanas a mis remembranzas de niña.

1968 fue un año histórico. No solo por las revueltas en París, el asesinato de Martin Luther King, la matanza de Tlatelolco, la visita de un papa a nuestro olvidado país, sino porque fue la primera vez en que él y yo, siendo apenas unos niños, respiramos el mismo aire y compartimos el mismo escenario de nuestros encuentros más simbólicos, aunque lo sabríamos muchos años más tarde.

Quién iba a pensar que desde ese día mi destino estaría entrelazado con la majestuosa casa de doña Ferní, con la vida de un obispo decidido a meterse en nuestras vidas sin ser invitado y con la indiferencia de mi madre, que dejó el vacío de caricias perfecto para ser llenado por mi leal y adorada nana Ninín.

Aquella terraza fue el escenario en el que se dieron cita el amor, el abandono y la desilusión

para cambiar rumbos y destinos, para posar mi esperanza y mi fe en una cuerda floja.

¿Qué quedó de aquel evento histórico? La calle sucia, las tres monedas de oro con la cara del papa que mi padre compró a un precio desorbitante, las fotos en la caja metálica de galletas, los recuerdos guardados en mi memoria y el comienzo de esta historia.

II

Mi nombre es simple: Mina.

Llegué a este mundo un miércoles cualquiera. Mi madre tomaba su clase de gimnasia sueca cuando sintió mi cabeza inquieta entre sus piernas. Por ser el décimo parto, no tuve que abrirme camino a empujones. Mis hermanos ya lo habían hecho por mí. Me colé a la vida sin esfuerzo ni dolor, pero con afán; sin grandes fiestas ni larga espera, pero con varias miradas de asombro a mi alrededor, lo que marcaría mi carácter apurado e intenso y las ganas de salir rápido y sin aviso de cualquier situación que me resultara aburrida.

Mis ojos rasgados y unos pelos de puercoespín dieron pie a que mi hermana mayor insistiera en compararme con Lisa, que había nacido once meses antes con su piel de talco y dos deslumbrantes ojos negros que hipnotizaban a la familia. Ella había llegado a romper el silencio nocturno después de ocho años sin el llanto de un bebé en casa. Esta comparación no me favorecía, y mi nana con su instinto maternal de proteger al más débil –en este caso a la más fea–, se encargó de mantenerme durante mi infancia como una muñeca, con peinados perfectos y vestidos recién planchados. A ella le debo el sentirme bonita y querida.

En la niñez no fui Mina, simplemente la menor, la cuba, la última de una familia latinoamericana numerosa, de esas acomodadas y con genes revueltos que confunden el origen y otras veces el discernimiento. En varias ocasiones me pregunté si la sangre aventurera la heredé de mis ancestros europeos, viajeros con la ilusión de colonizar nuevas tierras, o de los suramericanos que con su tenacidad limpiaban a punta de machete la selva tropical para construir su hogar. De lo que sí estoy segura es que fue mi padre el que aportó a mis virtudes la generosidad y el gusto por el trabajo, mientras que mi madre me transmitió la feminidad, la ternura y la amistad inesperada con doña Ferní.

Doña Ferní enviudó a los tres años de la pachanga épica en la que se convirtió la visita del papa. Empezamos a visitarla con frecuencia. Nos invitaba a tomar las onces, la típica merienda bogotana compuesta por chocolate caliente con queso, pandeyucas y almojábanas, en este caso servida en una vajilla de porcelana pintada a mano y borde de oro que desentonaba con los amasijos criollos. Mi madre nos llevaba por turnos para no agobiar a la pobre señora con sus diez niños. Algunas veces íbamos las mujeres, en otras, los hombres o bien hacía grupos por edades. Los diez éramos incluidos únicamente en ocasiones muy especiales.

—¿Quién se apunta hoy? —gritaba desde el peldaño más bajo de la escalera, señal de que era día de visita a doña Ferní.

Pese a que todos queríamos ir, ella elegía con justicia a los que no habían asistido a la visita anterior. Corríamos por nuestros suéteres con un entusiasmo comparable al de las salidas esporádicas al restaurante Crem Helado, en el que comíamos hamburguesas y papas fritas acompañadas de una malteada de chocolate. Nos acomodábamos en la camioneta Chevrolet verde agua del año 56 en la que cabíamos todos y que mi madre manejaba con destreza. Al llegar, descendíamos en fila con codazos disimulados para entrar a la mansión en primer lugar. Admirábamos por unos minutos el formidable espacio de la entrada con su piso de mármol reluciente, los pesados tapices colgados en las paredes y las alfombras de colores ocre en las que

nuestros pies se hundían como en arena. Llenábamos los pulmones con el olor a extranjero que nos permitía viajar kilómetros con solo respirar.

Las visitas a aquella casa eran una aventura sensorial de colores y sabores extraños que entrenaron mi paladar de adulta y que hicieron sufrir al de la niña. Una tarde, imagino que aburrida de las rutinarias onces santafereñas, nuestra anfitriona decidió variar el menú y nos vimos obligados a tomar una infusión con color y olor parecido al del agua de panela de una hierba que engañaba al gusto con su olor dulzón, y que, solamente porque estaba servida en diminutas tazas de vidrio de colores y decoradas con flores, supimos que no era un vomitivo. En toda mi vida no he vuelto a probar nada tan desagradable. La hierba con la que había preparado la infusión siempre fue un misterio. Recuerdo que olía muy bien y sabía muy mal y que se convirtió en amenaza porque mi madre juró que si alguno de nosotros se portaba mal le pediría a doña Ferní que nos diera una tacita de aquel manjar.

En esa casa de esquina con estilo neoclásico de ventanales alargados y un pórtico flanqueado por dos columnas jónicas que daba la bienvenida, probé mi primer café a los seis años y lo vomité, me impregné de la magia de tierras lejanas y observé la extravagancia en todos los detalles decorativos hasta marearme. Mis sentidos infantiles se colmaron de los colores y las texturas que vestían paredes, techos y pisos, fui testigo de la soledad en medio de la riqueza y el lujo que acompañaban a doña Ferní y de la fragilidad de lo terrenal que se respiraba en cada rincón, en cada suspiro y en cada carcajada controlada que ella lanzaba de vez en cuando.

Al ingresar al salón principal saltaban a la vista los animales exóticos. Varias veces me encontré en el jardín una iguana de caminar lento y conocí de cerca a la chinchilla y al tucán. La chinchilla era una pequeña criatura peluda y gris, que trataba de pasar inadvertida en la esquina de la sala, se acurrucaba como bolita dentro de una jaula octagonal de barrotes dorados que se fundía a la vista con una mesa baja. En cambio, el tucán resaltaba entre toda la decoración. Lo habían traído de la selva amazónica por encargo y permanecía estático en su percha, instalada en el pasillo contiguo a la cocina por el que teníamos que pasar a robarnos las galletas con semillas de amapola.

Jovita, la ama de llaves, veía con asombro cómo se vaciaba el frasco tan pronto llegábamos y corría a guardar las galletas con celo en lo más alto de la despensa en unos tarros metálicos rojos que contrastaban con la pintura de aceite color menta que cubría la madera de las repisas. Su esfuerzo no era suficiente, nosotros nos las ingeniábamos cargándonos unos a otros para alcanzar y saquear los tarros mientras el tucán nos vigilaba con su ojo negro y producía un ruido estridente que alertaba a la muchacha.

Doña Ferní solía chasquear la lengua para callar al tucán, y le prodigaba mimos a la chinchilla. Los días en que la visitábamos, sacaba de la jaula al gracioso animalito peludo y orejón y lo encaramaba en su hombro. Esa visión alborotó mi –ya desarrollada– imaginación. En esa casa era todo tan extraño que empecé a fantasear con la idea de que su dueña estaba loca y que tenía un cuarto secreto en la azotea con docenas de chinchillas encerradas en jaulas. La imaginaba en la noche a la luz de la vela, asesinándolas con un golpe de karate en el cuello, como me habían contado mis hermanos que mataban a los conejos. Al minuto la inventaba cubierta con una bata de seda tan chillona como su pelo, a la espera del alba para hacer su entrada triunfal al matadero, con la mano extendida, el pulgar y el índice a manera de pinza sosteniendo una filosa cuchilla Gillette –de las que usábamos para abrir las ranas en el laboratorio del colegio–, para realizar un corte limpio en el cuello del animal, que más tarde ella ensartaría con un alambre por las patas y colgaría en una cuerda hasta que se desangrara. Para

terminar, la veía desollando a las chinchillas sacrificadas para secar las pieles al sol en el piso de la terraza, como había visto que hacían los campesinos con las pieles de las vacas que extendían en los potreros de la Sabana de Bogotá.

La creación de escenas no cesaba, seguía con su cómplice, Jovita, quien cosía con agilidad las pieles curtidas a los cuellos de los elegantes abrigos de su patrona, usando para tal efecto las agujas curvas de cirugía que mi madre tenía en casa gracias a la profesión de mi padre. Estos pensamientos contribuyeron a que las puntas de mis dedos empezaran a adquirir esa forma regordeta tan típica de quien no logra controlar la manía de arrancarse las uñas con los dientes.

En cada visita me acercaba a la jaula para cerciorarme de que el animalito tuviera la mancha blanca en la cabeza y ratificar que por lo menos, ese en particular, había sobrevivido a la cruel matanza. Debe ser su preferido, pensaba. Al cumplir los once años decidí que era el momento de compartir mis temores con mi hermana Lisa. Le pedí que me acompañara a investigar. Nos dirigimos a la terraza. Estaba más nerviosa que yo, aunque demostrara tranquilidad. Jaló mi brazo con determinación y con esa compinchería que nos caracterizaba subimos cada peldaño con cautela. Ella insistía en que yo era una gallina cobarde y que me imaginaba tonterías, que no existía tal lugar; lo decía para darme fuerza y porque sentía que su deber era protegerme por ser mayor.

Llegamos a la azotea. Para nuestro asombro, descubrimos al fondo una puerta que nunca habíamos visto.

—Ve, sí existe, no lo inventé —le dije retándola. Ella me miró sin contestar y seguimos avanzando con pánico.

Los cuadritos de cristal en la parte superior de la puerta estaban empolvados por el tiempo y el descuido. No logramos ver nada a través de ellos, así que empujamos la puerta y esta se abrió sin esfuerzo. El aire en el interior estaba saturado de un olor a tela enmohecida y madera fumigada. Con la poca luz que se filtraba, tratamos de descubrir qué había en el interior, pero no nos atrevimos a pasar del umbral. Alternamos la mirada entre las siluetas de los objetos arrumbados y la escalera por la que –en cualquier momento– podría aparecer Jovita agitando el limpión que traía siempre entre las manos. Nuestros ojos comprobaron que no existía el matadero de chinchillas, pero sí un espacio atiborrado de cachivaches y cosas raras, que nos resultaba tenebroso. Lo único que nos quedaba para no morir de miedo era mantenernos lo más alejadas posible de aquel lugar que parecía invitarnos a entrar para ser devoradas por lo desconocido. Nos carcomía la curiosidad, pero aún más el terror, que se impuso sobre el deseo de explorar.

Una vez que olvidamos la angustia de esa tarde, regresábamos a la misma terraza del gran evento del 68 cada vez que teníamos la oportunidad. Disfrutábamos del paisaje con las hermosas flores del árbol de sauco que salpicaban la ciudad.

Si lográbamos reunir el valor para quedarnos hasta que la luz del día se diluyera en la oscuridad, alcanzábamos a ver cómo se encendían uno a uno los puntos del alumbrado público en franca competencia con las luciérnagas de los paisajes tropicales de la tierra caliente. Lisa y yo jugábamos a quién podía añadir más luces a su cuenta. A veces se nos unía alguno de mis hermanos, que nos acompañaba más para cuidarnos por orden de mi mamá que para jugar con nosotras.

En una de esas visitas, en las que jugábamos por toda la casa pretendiendo ser de la nobleza como en las películas, doña Ferní nos mandó llamar al gran salón. La encontramos con la espalda erguida y sentada al borde de uno de los sofás de la sala, tapizado con un exquisito brocado de

damasco del mismo color del azafrán. Nos pidió que nos acercáramos mientras daba palmaditas sobre el cojín del asiento.

Guardó unos segundos de silencio y fijó sus ojos de mando sobre nosotras.

—Prresten mucha atención porrque lo dirré solo una vez. Tienen prrohibido jugar sobre cualquierra de estos muebles. ¿Entendido?

Subió la voz al tiempo que barría con su mano el espacio que contenía los muebles del gran salón. Nosotros asentimos sin musitar palabra.

—Fuerron trraídos desde el Líbano como parrte de mi dote y son de marrquetería con incrrustaciones de nácar y marfil. No aptos parra niños —agregó.

Sus dedos se trasladaron al respaldo, repasaron los descansabrazos del sofá y terminaron con una caricia a la superficie de la mesa lateral que se encontraba a su lado. No entendíamos de qué estaba hablando.

—Están muy lindos —contestamos por cortesía, dispuestas a levantarnos para ir de nuevo a jugar.

—No he terminado —añadió con una mirada severa.

Nos quedamos inmóviles.

—Los fabrricaron los mejores artesanos de mi tierra, a quienes mi padre mandó cortar las manos tan prronto los terminarron —continuó mirando con ojos de enamorada cada sillón y mesa a su alrededor.

—¡¿Para qué les cortó las manos?! —pregunté con ingenuidad, aterrada con la historia y con las náuseas asomándose a mi garganta.

—Parra que jamás se repitierra este hermoso trabajo, encargado por mi padre parra la grandeza de nuestra familia —contestó con orgullo y volvió a pasear sus dedos por la superficie de los muebles como si acariciara a su mascota preferida.

Mi gastritis infantil empezó ese día. Aquella mujer tuvo la desfachatez de contar su historia de terror sin hacer ni una mueca de desagrado. Nos echó a perder la tarde y el juego.

Ese mismo día salió de mis planes ser una mujer rica y nació mi gusto por los muebles austeros y sencillos. Por la noche aparecieron en mis sueños los artesanos mancos mostrándome sus muñones envueltos en trapos ensangrentados y sus caras mulatas con gestos de dolor. Nada más alejado de la realidad. Mi inconsciente recreó a los hábiles talladores libaneses como a los morenos de la playa de Taganga, en la costa atlántica colombiana, en la cual habíamos pasado el verano más divertido de mi niñez. Aquel sueño se convirtió en una pesadilla recurrente que me abandonó un día, de repente, al empezar la vida adulta.

III

Aunque visitábamos constantemente a doña Ferní, nunca más volví a sentarme en aquellos muebles que guardaban tanto dolor. Empezamos a notarla cada vez más fatigada y con unas pequeñas gotas de sudor encima del labio superior que nos daban asco. Ahora entiendo que eran síntomas de la menopausia, pero en ese entonces no se hablaba de ello. Los trajes sastre de falda y chaqueta que le había dado por usar cuando cumplió los cincuenta no la ayudaban en nada, ni para su figura ni para los calores. Para colmo de males, los mandaba confeccionar con paños gruesos de tonos oscuros y de una talla menor a la suya. No había que fijarse demasiado para notar que la costura de la tela que forraba el costado de sus caderas estaba siempre a punto de abrirse.

Su tez, en extremo blanca y cubierta por una capa de base demasiado oscura, hacía que resaltara la pelusa blancuzca en sus mejillas y los pelos como pequeñas agujas que salían en desorden de su mentón. Darle el beso reglamentario de saludo era una tortura. Corrías con suerte si lograbas que una de esas púas no te picara, pero era imposible librarse del rojo indeleble de sus labios estampado en alguna zona de la cara. Lo peor es que no estaba permitido limpiarse, según lo ordenaba la mirada severa de mi madre ante cualquier intento de hacerlo.

¿Que todo tiempo pasado fue mejor? Mentira. Pienso en la pobre doña Ferní y doy gracias de que ahora existe la depilación láser y el reemplazo hormonal, y que al fin las mujeres podemos hablar de nuestros cambios físicos sin tapujos ni vergüenza. Aún hoy sigo sin entender por qué nadie nos preparó para esa etapa y que por siglos fuese un tema aún más vetado que la menstruación y las relaciones sexuales.

Aquella matrona tenía un aspecto singular. Había heredado de su madre el color de piel, los ojos azules y el intenso color zanahoria de sus cabellos; y, de su padre sirio, el cuerpo rollizo y la baja estatura, pero, sobre todo, la mirada profunda y el carácter fuerte y dominante que la ayudó a sobrevivir a su propia historia y temprana viudez.

La dificultad de pronunciar la erre de manera suave acentuaba la determinación de sus palabras y de las órdenes que a diestra y siniestra impartía al séquito de sirvientes y ayudantes que le temían y revoloteaban a su alrededor. Pero, en el fondo de su esquiva mirada, yo percibía una calma chicha de esas que desesperan y que nublan el pasado para poder sobrellevarlo.

El resquemor que sentía hacia ella se diluyó con el tiempo porque con nosotros era dulce y cariñosa. En cada visita que solíamos hacerle, nos despedía con amabilidad y con el delicioso cuero del diablo, una lámina delgada de albaricoques secos prensados que adquiría la rigidez del cuero y nos embrujaba con su acidez. Era de esos sabores que adoras o detestas, pero que permanecen latentes y resurgen cuando menos los esperas. Nunca pregunté si aquel nombre se lo había puesto doña Ferní o si era una invención de mi madre, pero su origen lejano era un hecho: tenía una etiqueta en árabe sobre un papel transparente y ambarino.

Nunca dejó de usar las joyas exóticas que colgaban de su cuello corto y con pliegues, los prendedores en la solapa izquierda de su chaqueta ni los inmensos anillos que parecían un pastel en sus dedos regordetes de uñas rojas, a juego con sus labios. El exceso de joyas daba muestra de su excentricidad y riqueza. Logró, sin proponérselo, encender la envidia e insaciable curiosidad

del origen de su fortuna entre las señoras de alta alcurnia que, por oficio, inventaban historias que rayaban en el absurdo.

En ese entonces yo no lograba entender el objetivo de esas visitas. No tenía claro si eran por compasión, por verdadera amistad o porque mi madre no podía pasar mucho tiempo sin el sabor del cuero del diablo. Le gustaba tanto que bastaba con nombrarlo para que sus ojos se voltearan en un gesto de placer. Aún hoy, al recordar el primer contacto de la punta de la lengua con el sabor ácido y dulzón de aquel trozo de dulce árabe, yo empiezo a salivar en abundancia.

La extraña golosina, tan ajena a nuestra cultura, llegó para quedarse en la memoria culinaria de la familia. Tras la muerte de mi madre, en el librero, tras la pequeña puerta con llave, encontramos un rollo recién empezado junto con un misal que le regaló su padre el día de la primera comunión –y que yo conservo–, las monedas de oro con la cara del papa Pablo VI, las cartas de novios que se escribía con mi padre y fotos variadas de sus veintisiete nietos. Sin duda, objetos representativos de sus momentos más felices. Ahora tengo la certeza de que esas visitas iban más allá de lo que imaginé, y que los secretos e intrigas que se tejieron en esa casa nos marcaron a todos.

IV

Doña Ferní apareció en nuestras vidas gracias a mi padre. Él la trató de un cáncer y la salvó, o por lo menos esa fue la versión que mi madre nos contó. Mi padre era un hombre buenmozo e inteligente. Pertenecía a la segunda generación de médicos de la prestigiosa universidad jesuita de la capital del país. Había ingresado con una beca completa que, gracias a su dedicación, mantuvo sin problema durante su larga carrera. Alguna vez oímos en casa de mi abuela paterna el comentario de que mi padre había sufrido un surmenage del que nunca más se habló, pero gracias al cual se había retirado del seminario para estudiar Medicina. No teníamos ni idea de qué significaba la rimbombante palabra y éramos incapaces de imaginar a nuestro padre autoritario y radical en algo que tuviera que ver con un ataque de cualquier tipo y, mucho menos, en un seminario. Esa historia quedó en el olvido por años junto con la palabra francesa, que –me vine a enterar mucho después– era un ataque de estrés por fatiga mental. Lo que sí sabíamos en ese momento es que era un médico reconocido y famoso que tenía el peculiar don de diagnosticar las enfermedades con unas cuantas preguntas a sus pacientes y, en el caso particular de las mujeres, la habilidad para ganarse su admiración, incluso su corazón según le conviniera.

Doña Ferní era del equipo de las admiradoras y mostraba su agradecimiento hacia él con las atenciones prodigadas a mi madre y a nosotros. Nos trataba como familia. No faltaba un regalo para cada uno el día de nuestro cumpleaños, ni las charolas con galletas y pasteles de hojaldre que enviaba sin interrupción del 1 al 24 de diciembre, y que mi mamá ofrecía a los invitados a las novenas bailables organizadas por mis hermanos, junto con su famosa agüita roja, que no era otra cosa que Kool-Aid y que ella, con esa habilidad de convertir lo más ordinario en algo fino, había subido a categoría de agua exótica con su ‘ingrediente secreto’: unas gotas de limón.

Las visitas esporádicas a su casa fueron parte importante de mi niñez y de mi adolescencia. Estar cerca de ella y verla en su entorno me mostró su especial manera de ser una mujer excéntrica, rasgo que con el tiempo comprendí que no tenía que ver con lo material, sino con su peculiar forma de entender la vida.

Una tarde, en una de aquellas visitas en la que estábamos presentes las cinco hijas, apareció una doña Ferní distinta a la que solía recibirnos con entusiasmo. La vimos bajar la escalera imperial de mármol. Llevaba en sus brazos una caja barnizada de laca negra brillante con arabescos florales en lámina de oro que cargaba con delicadeza. Parecía pesada.

Con solemnidad, le pidió a mi madre que extendiera sus brazos y se la entregó. La curiosidad inundó el salón con los ojos de todas nosotras y del servicio doméstico, que merodeaba por el lugar, encontrándose. Su mirada vacía llegó acompañada de un tono neutro. La carencia absoluta de sensaciones la hacía ver como un objeto más. A su rostro le habían caído encima varios años y su andar arrastraba las penas con el peso del hierro. Me asustó verla en ese estado casi catatónico. El aire denso se cortó por una frase triste que, a pesar de salir de sus labios, sonaba como la de un ser extraño.

—Que tú y tus hermosas hijas puedan disfrrutar de lo que yo nunca pude —dijo con un volumen de voz muy bajo y que, gracias a la acústica del gran salón, logramos oír.

Esbozó una mueca en gesto de alivio. La vimos alejarse. Arrastró los pies rumbo a la cocina,

con la cabeza gacha y las manos girando una sobre la otra con angustia. Jovita la sostenía del codo. El ritmo de su andar, el cuerpo abatido y las manos inquietas desentonaban con el carácter recio y la postura altiva que mostraba casi siempre. No esperó a que mi madre abriera el regalo, tampoco nos ofreció nada de tomar o de comer, como era su costumbre. Nos dejó solas en la magnífica sala, rodeadas de los ojos de las otras empleadas domésticas que, igual de sorprendidas que nosotras, esperaban a que la señora desapareciera por la puerta. Tan pronto la perdimos de vista, mis hermanas y yo rodeamos a mi mamá. En un segundo círculo, y por encima de nuestros hombros, sentíamos la respiración del servicio. Moríamos por ver el contenido de la caja.

La curiosidad iba en aumento, mi madre buscó una mesa para apoyar la caja. Era un momento especial en el que todas queríamos ser las primeras en ver de qué se trataba aquel misterioso regalo. Nos apretujamos un poco más. Ella abrió la tapa despacio, con respeto. Retiró el paño de terciopelo amarillo que cubría el contenido y empezaron a aparecer las joyas más hermosas que habíamos visto, aquellas que describen las historias persas o las que uno podría imaginar que el gran rey Darío le regaló alguna vez a una de sus amantes.

En el interior, reposaba un aderezo de perlas compuesto de aretes, pulseras, prendedores y collares. Las perlas tenían formas sinuosas y brillos iridiscentes fuera de lo común. Su verdadero encanto radicaba en la imperfección –las había largas, ovaladas y otras en formas de gota– y en el espléndido montaje sobre el oro amarillo de 24 quilates, moldeado con sutileza y pulcritud en otros tiempos y tierras. Con cada pieza que mi madre extraía de la caja y contemplaba a detalle, sus ojos claros, termómetro de sus sentimientos, brillaban y se agrandaban. Las pasamos de mano en mano ante las exclamaciones de admiración de las muchachas y nuestros comentarios de sorpresa, y regresaron a las manos de mi madre, que las guardó. En un principio se emocionó, en seguida sintió lástima, y ese día prometió visitar a la gran señora, para ese entonces su buena amiga, más a menudo. La mujer rica y extravagante se mostraba impenetrable, aunque estaba inundada de dolor, pero a mi madre, con esa gran sensibilidad hacia los de afuera que siempre la caracterizó, no la podía engañar.

—Esa máscara está ahí para olvidar alguna historia trágica que nunca me ha querido contar —habló para sí misma, segura de su intuición.

El comentario se quedó grabado en mi cabeza. No concebía la figura de doña Ferní con una máscara que escondiera algo. En mi lista del tipo de mujer que quería llegar a ser, taché a las que usan la máscara de dureza para tapar el dolor, y aprendí a usar la de la sonrisa y la dulzura –símbolos de exagerada feminidad– que no serían de gran ayuda en la construcción de una mujer fría y calculadora, prototipo de las pocas mujeres de éxito de la época. La dulzura no combinaba con la autoridad.

Doña Ferní no volvió a aparecer en el salón, y mi madre dio la orden de retirada con un ligero movimiento de cabeza.

—Ya regresaremos en otra ocasión. Algo le pasa, lo mejor es irnos ya. No hay que ser impertinentes —susurró al tiempo que nos empujaba con palmaditas en el hombro, una a una.

Salimos del salón y nos encaminamos a la puerta. Otro día le agradecería el regalo.

—Ya nos vamos —gritó mi madre de cara a la cocina sin recibir respuesta.

Después de un segundo llamado, Jovita se asomó por la puerta de la cocina y nos pidió en nombre de doña Ferní que la disculpáramos.

—La señora se siente indispuesta —atinó a decir.

Salimos sin más comentarios.

—Mina, lleva la caja con mucho cuidado a la camioneta —me pidió mi madre en tono solemne. Yo me sentí la más importante del mundo y salí con paso de camino al altar con la caja apoyada en mis antebrazos.

Todas estábamos exaltadas. En la camioneta peleamos, como era costumbre, por quién iba en la ventanilla, y esta vez en particular por quién debería llevar la caja. Nos la turnamos en el camino a casa de mi abuela. Mi mamá esperaba con ansias la hora de mostrarle el regalo. Ella se sorprendió por la visita inesperada a mitad de la semana.

—¿Qué las trae por acá?

—No te lo vas a creer —comentó mi madre con una risita nerviosa y un tanto ridícula.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó la abuela al ver que mi madre cargaba algo con extremo cuidado.

—Ya verás, prepárate.

Se sentó en la cabecera de la mesa del comedor y, como en un ritual de magia, extrajo una a una las joyas de la caja y las ordenó por tamaños sobre el inmaculado mantel. Las admiraron a conciencia con la lupa de cabo de carey que mi abuelo usaba para ver su colección de estampillas, comentaron sobre cada color y detalle como si fueran expertas y soltaban exclamaciones de telenovela ante cada joya que descubrían. Mi abuelo llegó para unirse a la contemplación del ajuar sin decir una sola palabra y sin dejar la bolsa del pan que traía en la mano.

Nosotras aprovechamos el tiempo para atragantarnos con todas las tajadas que pudimos del delicioso ponqué batido a mano por la abuela, que permanecía debajo de una campana de cristal en una pequeña mesa redonda en la esquina del comedor y representaba el afecto que ella no sabía expresarnos con palabras. De mi abuela aprendimos a dar amor a través de la comida.

Desde aquel rincón, mientras comíamos el pastel relleno de cariño con sabor a naranja, observábamos, como chismosas de pueblo, la escena del comedor: mi abuela tenía la misma expresión de asombro que nosotras pusimos al descubrir las joyas. Tocaron las perlas, les dieron vueltas, inclusive chuparon cada una para ver si distinguían la sal del mar al que pertenecían. Terminaron de verlas y las guardaron con una lentitud exasperante. Mi abuela apartó la mirada de la caja, la posó en los ojos de mi madre y, sin parpadear, sentenció con la misma parsimonia:

—¿Sabe qué, mija? Muy hermosas todas esas joyas que le dieron, pero las perlas lo único que traen son lágrimas.

Esa sola frase, pronunciada al azar, bastó para sembrar en mi madre la duda de si el regalo sería una muestra de agradecimiento o tal vez la manera más elegante de pagar algún favor a mi padre; y en mí, despertó una extraña obsesión por las perlas y por descubrir la historia detrás de la máscara a la que mi madre había hecho alusión.

Con tanta euforia, el tiempo había borrado cualquier indicio de responsabilidad para hacer los deberes del día siguiente. Era hora de irnos. La tarde caía y el tráfico se pondría pesado. Al llegar a casa, cada uno se concentró en sus actividades: tareas, las menores; hablar por teléfono con el novio, las mayores; y mi madre a la cocina, a dar órdenes y organizar. En la noche, a la llamada de «¡a comer!» de las ocho en punto, que llegaba del piso de abajo en larga letanía, como de costumbre nos reunimos a contar las actividades del día en la extensa mesa ovalada. Salió el tema de las perlas y de doña Ferní. Todos hablábamos al tiempo y los hombres le hacían prometer a mi madre que mostraría las joyas al terminar de comer. Con las preguntas y los detalles del día, que cada cual interpretó y explicó como mejor pudo, el volumen de la conversación subió paulatinamente. En el momento en que mi padre llegó, estábamos en plena

algarabía y comíamos el postre. Las muchachas del servicio corrieron a servirle con apuro y nerviosismo, como siempre que llegaba «el Doctor».

—¡Uno a la vez! —alzó la voz y se sentó.

Callamos. Silencio que aprovechó para contarnos que venía de casa de doña Ferní.

—Nosotros también estuvimos hoy con ella. Y tú, ¿a qué fuiste? —dijo mi madre.

—Cuando estaba por salir de la consulta, recibí una llamada de su muchacha, Jovita. Me pidió que pasara a verla porque estaba encerrada en su habitación desde la tarde y no había querido probar bocado en todo el día —explicó mi papá tragando el trozo de pan que se había metido a la boca.

—Sí, la vimos muy rara, como ida.

—No es para menos, la noticia es muy triste.

—¿Qué noticia? No me dijo nada, sin más me dio un regalo impresionante que debo mostrarte. Tráigame la caja —le ordenó a Ninín, y luego se dirigió a mi padre—: ¿Qué pasó?

—En la madrugada recibió la llamada de un hombre de la embajada colombiana en París, quien le informó que su hijo Aníbal había muerto hace dos días. No la habían contactado con anterioridad porque lo único que hallaron en el cadáver fue el pasaporte colombiano.

—¡Qué horror!

—Tuvieron que indagar en los archivos de la embajada para encontrar un número de teléfono de algún familiar a quien llamar.

—¿Y cómo murió?

—En un accidente automovilístico. Lo encontraron con la cara desfigurada. Para certificar su identidad llevaron a cabo un proceso tedioso de comparación de huellas y todas esas cosas que se hacen en casos de accidente. Ya sabes…

—Pobre mujer. Con razón está devastada.

Esa tarde, mi padre terminó su consulta médica temprano y se dirigió de inmediato a casa de doña Ferní. Jovita le abrió la puerta, cruzaron algunas palabras mientras le recibía el maletín de médico y la gabardina, lo acompañó al gran salón y desapareció tras la puerta de la cocina; desde esa posición estratégica podía oír todo lo que ocurría en el salón y husmear por la ventanilla cualquier movimiento de los invitados. Mi padre encontró al obispo allí, estaba con una copa de coñac entre sus dedos y la botella apoyada en la mesa junto a la jaula con la chinchilla. Lo saludó por respeto a doña Ferní –me contaría Jovita años después–; por más que parecía intentarlo, era obvio que no lo soportaba. Le tendió la mano e hizo una leve inclinación de cabeza. El hombre le respondió de la misma manera sin levantarse de la silla.

Mi padre no resistía que ese sujeto estuviera metido en todo, y varias veces le oí decir que era detestable y que no entendía cómo podía caerle bien a alguien. Con «en todo» se refería a todos los actos políticos y sociales que ocurrían en la ciudad, en todos los voluntariados, en todas las juntas directivas de hospitales y universidades de la Iglesia y en todos los eventos culturales, además de meter su nariz en todos los chismes de las casas bogotanas que con regularidad frecuentaba.

El obispo abrió la conversación para relatar lo que sabía, miró a mi padre a los ojos y él clavó los suyos en la taza de café que se había servido, con una indiferencia y falta de educación que reforzaba su fastidio por aquel hombre. No era claro si lo que sentía por el obispo era desprecio, enojo, competencia o simple ausencia de empatía. Era evidente que algo había ocurrido entre ellos. De esos ‘algos’ escondidos y callados que enredan los cariños y las relaciones.

—Aníbal murió hace dos días en un accidente —abrió la conversación el obispo.

—Lo sé, me lo dijo Jovita al llegar. Cuénteme qué pasó —atinó a decir mi padre sin mirarlo de frente y torciendo la cabeza en dirección al tucán. Jovita se agachó para no ser vista husmeando por la ventanilla de la puerta de la cocina.

Aníbal se había ido a París a estudiar Ingeniería. Huía de las burlas y los maltratos de una sociedad conservadora que no aceptaba sus inclinaciones sexuales. Nadie, ni siquiera su madre, sabía con exactitud qué había pasado, dónde había ocurrido el accidente o quién era el sujeto que acompañaba a su hijo en el momento de su muerte. El hombre de la llamada le explicó de manera escueta, con un acento de latino afrancesado, que el automóvil había sido encontrado en un barranco a las afueras de París, que los ocupantes murieron al instante y que el copiloto seguía sin ser identificado porque no llevaba documentos.

Doña Ferní evitaba mencionar la muerte de su hijo y hablar de su homosexualidad, era impensable en esa época. Otro de tantos secretos de la larga lista de eventos ocultos que se acumulaba como trastes viejos en los rincones de la mansión.

Mi madre estaba consternada con la noticia.

—¿Y ahora qué debo hacer? ¿Le regreso las joyas? —preguntó en tono melodramático.

—¿Qué joyas?

—Las del regalo que me dio hoy.

—¿Te regaló joyas?

—No cualquier joya, un ajuar completo —respondió mi madre con el brillo en los ojos y gritó—: Ninín, ¿dónde se metió?, apúrese con la caja.

—Pues hay que verlas, ¿no? —sugirió mi padre.

—Y regresarlas, ¿no? —añadió mi madre.

—No hay que apresurarse, todo a su tiempo.

Ninín llegó con la caja al comedor y la colocó frente a mi madre. Mis hermanos se acercaron. El asombro en sus caras no se hizo esperar ante la belleza de las piezas.

Mi padre hizo a un lado el plato de sopa que se enfriaba con la espera. Tomó unos aretes y con la misma admiración, pero en la mitad de tiempo que todos los demás nos habíamos tomado, las observó y sugirió muy serio:

—Recibe el regalo con agradecimiento y sin tanta pregunta. Esperemos un poco. La mujer está sumida en el dolor. Ve mañana a acompañarla un rato, le puede hacer bien verte a ti y a los niños. Está muy sola. Este regalo es el cierre de un ciclo muy tormentoso de su vida —explicó con una ternura en la voz que no encajaba con su porte altivo.

Clavó la mirada en el plato de sopa y mandó a calentarla. Odiaba la sopa fría. Cuando se la sirvieron de nuevo, antes de probarla vertió su acostumbrado chorrito de aceite de oliva –que siempre creí que servía para suavizar su garganta después de dar órdenes el día entero–. Todos permanecimos en un incómodo silencio que rompió la voz de mi madre.

—¡Hora de dormir! ¡Niñas, vengan a recoger la mesa! —ordenó a las muchachas del servicio.

Con su llamado terminó la jornada de visitas, regalos y noticias tristes.

Al día siguiente nos apretujamos los diez hermanos en la camioneta Chevrolet. Esta vez no estábamos entusiasmados, sabíamos que nos esperaba la tristeza. Por lo general, mi hermana Lisa y yo terminábamos en el baúl. Nos quejábamos un rato y al pasar el tiempo callábamos porque nos gustaba estar ahí, era un lugar estratégico para ver desde atrás lo que hacían todos y acusarlos con mi mamá. Mi madre manejaba. Íbamos vestidos con la ropa más oscura que cada uno pudo encontrar. Llegamos a casa de doña Ferní a darle el pésame.

Nos recibió Jovita. No dejó de lamentarse por el estado de tristeza en el que se encontraba su

patrona. Nos condujo al salón principal. Se respiraba un aire cargado de aflicción. El río de lágrimas derramadas en la noche humedecía el ambiente y empañaba las ventanas; algunos rayos de sol entraban con dificultad.

Doña Ferní se presentó en la sala el tiempo justo para que cada uno de nosotros le diéramos el pésame, y desapareció por la puerta de la cocina, seguida por el ojo vigilante del tucán en su percha. Aquel umbral me pareció entonces un embudo que se tragaba a las personas inmensamente tristes.

Le regresaron el cuerpo de su hijo una semana más tarde en un ataúd de caoba sencillo y sin adornos, que ella, con el obispo como única compañía, fue a enterrar en el ostentoso mausoleo de granito en el que yacían los restos de su esposo. No permitió que nadie asistiera al entierro y, como favor especial, le pidió a mi madre que no la visitáramos por un tiempo. Quería evitar que el dolor por la pérdida de Aníbal se multiplicara con nuestra presencia.

La casa guardó luto rigoroso. No sé si era costumbre libanesa o de la época, pero todo se pintó de negro profundo: la ropa de los empleados, las cortinas, las telas que cubrían los muebles de colores, las rosas negras de Turquía en el florero del vestíbulo –todavía me pregunto dónde las consiguieron–, el paño que ocultaba la jaula con la chinchilla y el plumaje del tucán. Lo único que fue imposible revestir de luto fue el pico de colores brillantes del imponente pajarraco, que resaltaba aún más entre tanta oscuridad.

Doña Ferní se veía pequeña sin ninguna de sus joyas y vestida de negro absoluto. Se parecía al tucán. El contraste de colores entre el pelo naranja y las uñas, que seguían pintadas de rojo como manchas vibrantes de pintura mal puesta en un lienzo sin luz, cobraban mayor intensidad de la habitual. La mansión se mantuvo lúgubre y adquirió un olor a moho que se impregnó en cortinas y muebles. Cada vez que regresábamos, la visita comenzaba con una cascada de estornudos que salían sin control, una reacción que me duró por muchos años.

Tardamos en regresar, no estoy segura de cuánto tiempo rondaron las penas por aquella mansión golpeada por la desgracia de la muerte de un hijo. Lo que sí sé es que mi abuela tenía razón: esas perlas estaban impregnadas de lágrimas.

V

Han pasado muchos años desde aquellas visitas, ha muerto mi madre y otros seres queridos. Los hilos que tanto anhelo tejer son ahora un gran lienzo salpicado de eventos que creía enterrados, de revelaciones, traiciones y olvidos. Estoy de visita en casa de Lisa. Por la escalera sube el olor a dulce de brevas en cocción lenta que se ha escapado de la cocina, el aroma se cuela por las rendijas de la puerta de la habitación. Ese olor dulzón siempre me fastidió. Mis sentidos se empalagan. Un simple olor y me transporto de inmediato a la cocina de baldosas amarillas pálidas de mi casa de niña, aparecen la estufa eléctrica con sus dos fogones en rojo sobre los que se apoya la descomunal olla con el cucharón de madera en la que se preparan las sopas; las dos neveras de diferentes usos, la azul para los alimentos sólidos y la blanca para las bebidas; el frasco con el extraño hongo que flota en té negro, té que toma en ayunas una de mis hermanas en una copita de aguardiente para curarse el asma, y la mesa de madera curtida, que lleva con resignación los cientos de cortes que han sido necesarios para alimentar a tanta gente. Esa extraordinaria mesa en la que pasé la mayor parte de mi niñez junto a mi nana, Ninín, girando como planeta alrededor de su delantal de cuadritos rojos con olor a jabón de barra azul. Para mantenerme en calma me daba un cesto de alverjas para desgranar, pero yo me distraía mirando a la cocinera, que con asombrosa rapidez giraba una papa con la mano izquierda mientras la derecha empuñaba un cuchillo corto por el que se deslizaban tiras continuas de pellejo que caían como serpentinas en una cazuela de cobre.

He encendido una vela, espero un poco a que se disperse el olor que me llevó a un viaje fugaz hasta el hogar de mi infancia.

Mi madre, culpable e inocente de mis inseguridades y miedos. Mi madre, fabricante incansable de vidas y sonrisas, transmisora de entereza y rebeldía silenciosa, también fue niña y adolescente. Hija de un matrimonio de nacionalidad mixta que la convertía en una rareza, era una pequeña de pelo oscuro y ojos claros que jugaba en el patio de su casa con cuanto bicho atrapaba. Vivió una niñez feliz en compañía de sus dos hermanas, en una amplia casa en el barrio de Chapinero, al nororiente de la ciudad. La casa, construida por mi abuelo, de jardín delantero franqueado por una barda de piedra, puerta principal de caoba y picaporte, limpia suelas de hierro forjado a un costado de la entrada, tenía en el solar un hermoso brevo que ofrecía sus ramas para que mi madre trepara. Con destreza, ella alcanzaba la más alta y se sentaba a imaginar al hombre con el que se casaría mientras escuchaba a lo lejos las canciones de amor que salían del radio de la cocina y ambientaban sus sueños.

A sus catorce años contrajo tifo de una muchacha que había llegado como cocinera y que ya traía la infección. Por creer que la enfermedad se transmitía por los piojos, la raparon.

En esas fachas la conoció mi padre. «Imagínense lo horrible que me veía», nos contó en una de aquellas sobremesas en las que atrapaba toda nuestra atención porque la teníamos exclusivamente para nosotros, aunque fuera por un rato, sin distracciones de quehaceres del hogar o de las tantas actividades que se inventaba como la autodidacta que siempre fue. Estaba calva, con un trapo amarrado a la cabeza, empapada en sudor y con sarpullido en el cuerpo. Tenía fiebre, y deliraba. Sintió vergüenza ante ese joven médico que entró a su habitación con un

maletín negro dispuesto a escuchar los acelerados latidos de su corazón, apoyó el estetoscopio cerca de su pecho y la miró como si nunca hubiera visto unos ojos verdes. Mi abuelo no le quitó la mirada ni un segundo al estudiante de Medicina de cuarto año, novio en aquel momento de la vecina, una mujer de veinte años, mucho mayor que mi madre. Mi padre se enteró por su novia de que en casa de la vecina había muerto la muchacha hacía pocos días y que una de las hijas estaba muy grave. La madre de su novia tenía al joven médico en alta estima y le pidió que pasara a verlas, confiaba en él, porque incluso antes de graduarse ya tenía fama de ser un excelente profesional.

Mi padre cruzó la calle sin dudarlo, como nunca dudó de ninguna de sus decisiones, y golpeó el aldabón de la puerta con la firme intención de usar sus conocimientos en esa pobre niña a punto de morir.

Le abrió mi abuelo, quien desconfiaba de las intenciones de todos los jóvenes que merodeaban su casa. Le decían 'el Míster' por el hecho de ser extranjero, nombre con el que le llamaríamos también sus nietos y luego los bisnietos sin entender que no era su nombre de pila, sino el que la historia de su vida le había designado. Desembarcó en 1920 en el caluroso, maloliente y colorido puerto de Barranquilla, con el deseo de aventura, el estómago lleno de hambre y el deseo de alejarse de una Alemania abatida y sin futuro. Traía puesta su juventud para sobrevivir en tierras tropicales, la sonrisa franca de un hombre honesto y su carácter disciplinado de teutón, que mi madre heredó y que contrastaba con el de mi abuela colombiana, dicharachera y desorganizada.

Luchó por largo tiempo contra costeños, cachacos, paisas y tolimenses para cambiar el apodo del Míster con las mejores armas que tenía: su lógica y su humor, pero se rindió ante la intransigencia de un pueblo que no entendía de diferencias entre europeos y estadounidenses, que se alimentaba de parrandas, de oraciones al Divino Niño y del pan de cada día, y, a fuerza de escucharlo en boca de todos, se acostumbró y lo llevó con orgullo hasta sus noventa y tres años.

«Tiega de locos e igeverrentes», decía cada vez que no lograba convencer a los demás con sus argumentos lógicos, como aquella vez que le entregó a una hermosa mulata su ropa interior para lavar y ella la regresó con la apertura de los calzoncillos zurcida con delicadas puntadas.

—No debe usted cegar ese hueco liebe, doña Tege. Nosotros, los extranjegos, lo usamos de esa manega —le sugirió.

—Y ¿cómo que no?, si está roto. ¿Qué tal que se le vuele a usté, don Míster, eso que mi Diosito le dio? —le contestó la mulata con decisión.

No pudo convencerla, y fue una de las tantas batallas que perdió ante las creencias arraigadas y divertidas de las mujeres colombianas con las que compartiría la vida, y de las que se quejaba por su supuesta falta de sentido común.

Con la angustia de perder otra batalla más en estas tierras que tanto le gustaban, esta vez, en contra de la enfermedad que ya se había llevado a la cocinera al inframundo y que tenía delirante a mi madre, accedió a que mi papá la revisara. A pesar de las dudas que tenía acerca de aquel muchacho, que parecía más bien un elegante estudiante de Derecho que de Medicina, le abrió las puertas de su casa. El joven doctor, con los conocimientos frescos del internado de pregrado en el que a diario trataba casos similares, de inmediato se dio cuenta de que la niña del pañuelo amarillo en la cabeza estaba deshidratada. Salió a conseguir lo necesario para ponerle suero y administrarle antibióticos que combatieran la infección. Ordenó que la bañaran con agua fría para bajarle la fiebre que marcaba cuarenta grados en el termómetro de mercurio. Estaba al borde del delirio. Mi padre le salvó la vida. «Quedé fascinado con la transparencia de su mirada y su

conversación inteligente», confesó ante todos nosotros en una de las sobremesas en las que nos acompañó por largo tiempo sin el apuro de una llamada de emergencia para ir al hospital o visitar un enfermo.

Las visitas médicas continuaron hasta que mi madre salió de peligro, y, con mala suerte para la vecina, mis padres se enamoraron. La diferencia de edad entre ellos no permitía un noviazgo sin continua vigilancia, y las reservas por parte de mis abuelos, que aún desconfiaban de aquel joven que apareció de casualidad un día en su casa, eran permanentes.

Con la historia de cómo se conocieron, crecí con la idea de que tenían una relación perfecta. Armé en mi cabeza una familia de padres con historias de amor eterno, muy lejos de la realidad que descubrí más adelante, durante mi adolescencia, cuando mi madre me convertiría en su confesora.

Mi padre era el hijo mayor de una familia descendiente de ingleses. Hombres con estampa de elegantes señores e ideas conservadoras. La mezcla de sangre anglosajona con coquetería latina le daba un aire de don juan irresistible, que un par de mis hermanos heredaron. Su porte altivo y la palabra obsequiosa y precisa a cualquier mujer que llamara su atención, no le permitía pasar desapercibido y lo hacía atractivo, en especial para aquellas que buscaban palabras cariñosas.

Era un hombre generoso y preocupado por el prójimo, que nunca dejó ver a los otros el tamaño de su alma. Un hombre que confundió el amor con el deseo y que nunca aprendió a separarlos. Un hombre con voz de mando al que se le aguaban los ojos al observar una noche estrellada.

En el entorno en el que creció, no se cuestionaba ningún comportamiento sexual con las mujeres, ni para bien ni para mal. La hombría se confundía con el carácter recio y la resistencia física. Él reforzaba su poder con la colección de amores furtivos. Su rol de conquistador reemplazaba, sin duda, su falta de inteligencia emocional, y le llenaba el ego.

Su madre, fuerte de carácter y gruesa de cuerpo, era capaz de mantener por sí sola a once hijos, dos empleadas de servicio, una perra con sus cachorros, dos cacatúas y seis pericos australianos. Compraba y vendía cosas a través de los avisos clasificados del periódico. En las temporadas en las que mi abuelo se quedaba sin trabajo, ella intensificaba su actividad comercial. Afirmaba que todo lo que alguien ofrecía, otro lo necesitaba, y buscaba a compradores entre conocidos, amigos y vecinos. Aplicaba con maestría la ley de la oferta y la demanda. Manejaba su exitoso negocio sin salir de casa, sentada en una mullida poltrona, con un teléfono negro de disco y auricular, una gran taza de café endulzado con panela y un chorrito de brandy. Para recoger y entregar muebles, enseres, gallinas, utensilios de cocina y lo que encontrara en los avisos clasificados, se valía de sus hijos menores y de las muchachas del servicio, quienes aprovechaban la oportunidad para salir a la calle a coquetear con jardineros y choferes; estos a su vez despertaban su instinto primario de cazadores cuando las veían pavonearse como grandes señoras por las aceras del barrio.

Por ser el primogénito, mi abuela le había entregado a mi padre la estafeta de líder para ejercer la autoridad sobre sus hermanos menores. Mi abuelo era muy dócil y tranquilo. Mi abuela era machista. Aunque jamás lo admitiera, nunca permitió que sus hijas tomaran decisiones autónomas. Mi abuela demostraba su poderío con sutileza, con la organización y la disciplina propias de una matrona. Al presentarse en público, en compañía de mi abuelo, ella fingía una docilidad inaudita. Le oí decir en varias ocasiones que la inteligencia de una mujer radicaba en hacer creer al hombre con el que vivía que era más inteligente que ella, así evitaba problemas y obtenía lo que quisiera. Y fue consecuente; siempre lo aplicó con el abuelo y sus hijos, quienes

se creían seres superiores.

Mi padre adquirió desde muy joven la costumbre de mandar. Nos hizo creer a los que lo rodeábamos, incluida mi madre, que su palabra era ley. Tenía una manera muy peculiar de hacer sentir culpable a mi madre por cualquier actividad que emprendiera por iniciativa propia y que la llevara a un crecimiento espiritual o personal en el que él no estuviera involucrado. Varias veces le recriminó su falta de malicia, asegurándole que la habían engatusado o lavado el cerebro. En vez de apoyarla, le declaraba una especie de guerra fría con discursos filosóficos que parecían irrefutables. Llegaba incluso a ser déspota e hiriente.

En el fondo, creo que mi padre sentía un miedo espantoso de que mi madre se diera cuenta de su potencial como mujer y pudiera abandonarlo. Por eso era controlador, autoritario y era capaz de intimidarla con la mirada. Jamás se permitió escuchar los argumentos de los demás.

Otras veces le oí decir que la tendencia de mi mamá a buscar respuestas en lugares distintos a los que él consideraba adecuados, como círculos de amigas, instituciones o clases que él no conocía, eran fruto de su sangre alemana aventurera y con tendencia esotérica. Sin embargo, a pesar de sus críticas, mi madre no dejó de visitar los lugares en los que le leían el tarot, el chocolate o la carta astral. Estoy segura de que trataba de escapar de lo convencional y buscaba alternativas a las preguntas que surgían durante la evolución de su alma. Muchas veces la acompañamos a esos espacios en los que huía de la locura de la casa sin que él se enterara.

Más que poder y respeto, mi padre infundía miedo.

Yo crecí con temor a expresarme. Me cuestionaba si era verdad el hecho de que ser mujer me hacía menos inteligente, menos merecedora del reconocimiento de mis padres y menos capaz en todas las tareas físicas e intelectuales a las que ni siquiera tuve acceso: un balón, una motocicleta, una conversación política o de negocios. Tomar mis propias decisiones era todo un esfuerzo. Antes de dar un paso importante, buscaba de alguno de los hombres que me rodeaba. Parecía que todo en casa debía pasar por su aprobación, era una forma de sobrevivir en el clan familiar. Pero yo presentía que existía otra forma de amar y de relacionarse con el sexo opuesto, y, ya bien entrada mi adolescencia, estaba lista para descubrirla a mi manera.

VI

Las visitas a doña Ferní se reanudaron, mas no con la frecuencia que mi madre había prometido. Tras un año sin verla, la encontramos distinta. El dolor por la pérdida de su hijo le había robado el brillo a su mirada y varias arrugas nuevas marcaron con premura su rostro. Había perdido agilidad, su andar era muy lento. Resultaba evidente que el afán no era lo suyo y que nunca tuvo la necesidad de compartir el baño con cuatro hermanas, porque a mí me persiguió la prisa durante años gracias a los golpes insistentes en la puerta cada vez que entraba y ni los años ni las penas afectaron esos afanes. En ese entonces yo era una adolescente de dieciséis años que regía su vida por sensaciones. Mi mundo giraba a la velocidad e intensidad que las hormonas dictaban. Todo era emoción pura. No logro recordar ningún elemento tangible que sitúe mi primer encuentro con el amor en un contexto que pueda describir. Pero sé que fue una tarde de julio cuando lo conocí, en una de aquellas visitas.

El timbre sonó ronco e insistente. La corriente de aire que entró por el acceso al salón interrumpió nuestra conversación, escuchamos por el pasillo de la entrada el sonido inconfundible de pisadas de suela de cuero sobre piso de mármol, acompasado con el chirrido de los zapatos de plástico de Jovita, que entró a la estancia erguida con su delantal pulcro de rayitas azules y miró en la dirección en la que nos encontrábamos. La acompañaba un joven que le sacaba cabeza y media y que nos dejó con la mandíbula caída por segundos.

—Don Santi —anunció Jovita con solemnidad.

—Don Santiago, aunque le cueste más trrabajo —la reprendió doña Ferní con una mirada severa que encogió a la muchacha.

Era imposible no fijarse en él. Alto, de piel clara, buen porte, quijada cuadrada, pelo castaño y ojos miel. Su mirada reflejaba la impaciencia de la juventud. Además de ser bien parecido, tenía un timbre de voz profundo y carrasposo que, al ser enmarcado al principio y al final de cada frase por un gallo que salía sin permiso, robó de inmediato mi atención. Quedé embelesada.

Apareció vestido con sotana negra y usaba el copete engominado. Cargaba una empalagosa cortesía que desentonaba con sus movimientos toscos. Su misión: recoger el sobre con el donativo para la archidiócesis que doña Ferní entregaba cada mes en efectivo. Me enteré por Jovita, quien le contó a Ninín, que Santiago era cinco años mayor que yo. En ese momento lo vi muy grande, muy alto, muy guapo. Inalcanzable.

Era muy raro ver a un hombre joven con sotana, y yo no recordaba haber visto uno jamás. Los curas se consideraban una especie en peligro de extinción. Todos los que yo conocía eran de pelo cano, tenían arrugas y vestían sotanas rucias y arrugadas que olían a viejo. El más cercano era el que nos daba misa los viernes en la pequeña capilla del colegio. Nos burlábamos de él en secreto con mis compañeras por su aliento a queso rancio y porque nunca descubrió cómo robábamos las hostias y el vino de consagrar mientras le ayudábamos en la preparación de la misa.

La religión era tema vetado entre nuestro grupo de amigos, hablar de cualquier cosa relacionada con ella te valía ser tildado de raro y anticuado. Además, tener alguna cercanía con alguien de la iglesia era impensable en el medio social en el que nos desenvolvíamos. No

asistíamos nunca a la misa del barrio de los domingos ni hablábamos de religión en casa. Acudíamos por costumbre más que por convicción a bautizos, primeras comuniones, bodas y entierros. Esos momentos llenaban la cuota de nuestro deber cristiano y se convertían en entrañables encuentros de amigos y familiares.

Empezaban los años ochenta, las adolescentes llevábamos pantalones bien ajustados a la cintura y camisas sueltas con hombreras. Nos peinábamos a lo Farra Fawcet, con el volumen del pelo al doble de nuestra cabeza; veíamos a escondidas de nuestros padres la escandalosa serie del momento: Dynasty, y soñábamos con algún amor que involucrara riesgo y prohibición, ojalá tan candente y atrevido como el de alguna de las protagonistas de aquella serie.

Noté que el imponente visitante se fijó en mí; no pudo evitar recorrer mi cuerpo con su mirada. Fueron solo segundos, pero me di cuenta y, por supuesto, sentí una especie de escalofrío interno. Cuando regreso al recuerdo de aquel día pienso que, si él había tomado el voto de castidad, lo más probable es que en ese instante estuvo dispuesto a romperlo. Sospecho que su cabeza se nubló y su sexo se endureció porque mientras tomaba el café de rigor y trataba de concentrarse en la conversación con doña Ferní, noté también su incomodidad y el constante cambio de posición en la poltrona con arabescos rojo bermellón que contrastaba con su figura austera cubierta de negro. Cada vez que le fue posible, me miró de arriba abajo. Trató de mantener una conversación coherente con doña Ferní que resultó superflua.

—¿Cómo está tu querridísimo tío? —preguntó en tono amoroso nuestra anfitriona. Doña Ferní tomó una de las manos grandes y angulosas del chico entre las suyas regordetas, al tiempo que le daba palmaditas de afecto y lo miraba con dulzura.

—Le manda saludos y bendiciones, y promete venir a verla pronto —le contestó él. Se esforzaba por desviar la mirada de la esquina en la que yo me encontraba con Lisa y Ninín.

—Dile que no hay necesidad de que venga, que las cosas están bien como están y que le pido que rece por el alma de mi marrido y, en especial, por la de mi hijo —susurró doña Ferní al tiempo que se persignaba—, y que siga haciendo lo que tiene que hacer y es su deber. Y tú —agregó al soltarle las manos y tomar su posición erguida de matrona—, regrresa por el dinero y a visitarme de vez en cuando, antes de que me alcance la vejez. Me sienta muy bien verte.

—Claro que sí, le prometo venir a verla tan pronto me sea posible —contestó él con amabilidad. Dejó con torpeza, sobre la pequeña mesa lateral, la taza de café decorada con flores que, en sus manos grandes de dedos largos, parecía un animal indefenso a punto de ser aplastado; dirigió la última mirada hacia mí y se despidió con una leve reverencia.

Salió de la estancia, giré la cabeza en cámara lenta y lo seguí con los ojos. El repicar de los pasos al compás de la sotana que barría el piso quedaron suspendidos en el pasillo. Los hombros anchos y firmes, la nuca limpia sobre el cuello romano y su figura esbelta quedaron grabadas en mi retina. El corazón me latía a una velocidad que me desconcertó, y una extraña sensación de aire atrapado se liberó en un hondo suspiro.

Solo nos dimos cuenta de la turbación de ese hombre Lisa, mi nana Ninín y yo, que no dejamos de vigilarlo de soslayo el tiempo que duró la visita. No así mi madre ni mis otras hermanas, que iban y venían de la cocina sin prestarle atención. Ellas tomaban clases con una de las cocineras de doña Ferní para preparar baklava, el postre libanés preferido por todos nosotros. Los susurros y el nerviosismo adolescente que mi nana trataba de controlar con miradas recriminatorias desaparecieron con el crujir de la puerta de la entrada una vez que se cerró.

Necesitábamos de un nombre en clave para que nadie entendiera que hablábamos de aquel joven. Esa misma noche, entre risas nerviosas y confidencias, le daríamos el apelativo de Paloma

Negra –como la ranchera cantada por José Alfredo Jiménez que mi padre escuchaba a todo volumen los domingos–, en alusión al bulto que alcanzamos a notar en su entrepierna al abrirse la sotana en uno de sus intentos por acomodarse en el sillón. Yo no podía dormir, estaba alterada. Bailaban en mi cabeza las mil imágenes, texturas y colores de la mansión. Solía ocurrirme en los días en los que visitábamos a doña Ferní y me saturaba de información.

—Lisa, ¿está despierta? —susurré.

—Sí, ¿qué quiere?

—¿Vio cómo me miraba el curita?

—Claro que lo vi. Es obvio que usted le gusta.

—Pero es un cura y es mayor.

—Todavía no es cura. ¡No sea tonta, Mina! Estudia en el seminario y, si no se ha graduado, pues debe tener veintitantos. Además, es un hombre, y a todos, por más curas que sean, les gustan las faldas y tienen eso allá abajo que no pueden controlar.

Ninín, quien se quedaba en nuestra habitación desde que éramos bebés vigilando que nos durmiéramos, acomodada en la mecedora de la esquina que aún conservo y que con los años adquirió el brillo y el color de su hermosa piel trigueña, gruñó ante nuestra conversación subida de tono sin que le prestáramos mucha atención.

Me dormí pensando en él y tuve mi primer sueño erótico, desperté con los calzones húmedos y un cosquilleo placentero en la entrepierna. Fue un sueño regido por la incoherencia. Se mezclaron imágenes de sotanas largas y hombres desnudos, tazas de porcelana con dibujos de colores y columnas jónicas cuyas volutas en el capitel se trasladaban como naves voladoras al peinado de moña alta de doña Ferní, muebles dorados tapizados con terciopelo de flores y muñones en cuerpos mulatos que lucían joyas con perlas. Los cuerpos tenían desnudos los torsos y usaban calzoncillos, como mis hermanos cuando se atrevían a salir de su habitación sin pantalón ni camisa. No podía soñar con lo que nunca había visto, aunque intuí que ese algo prohibido, que yo todavía no sabía cómo se veía y que descubrí al poco tiempo con el tacto, era sobrevalorado por hombres y mujeres.

A la mañana siguiente me despertó Ninín como de costumbre con su cálida voz, una caricia de manos frías y escuálidas, el desayuno en la cama con huevo tibio, pan tostado con mantequilla, mermelada de ruibarbo hecha en casa y el tradicional cafecito con leche que calentaba los huesos de las mañanas frías de la Sabana de Bogotá.

—¡A despertar! Se hace tarde para ir al colegio. ¡Arriba! Pero ¿qué es esa cara, sumercé? ¿No durmió bien? —me preguntó al darse cuenta de mi cansancio mientras abría las cortinas pesadas que oscurecían la habitación.

—Ay, Ninín… —contesté con exagerado dramatismo—. Tuve pesadillas toda la noche y el curita se apareció en mis sueños. Está divino, ¿o no? —agregué con un largo suspiro.

—¡Pues yo no le vi nada especial! Y sáquese de una vez de la cabeza a ese pajarraco, que ni es pa sumercé ni pa nadie. ¿No ve que trae sotana?, ¡ave de mal agüero! —declaró enojada y con el ceño fruncido.

—Todavía no es cura, apenas está en el seminario —reclamé.

—A mí no me venga con cuentos, sumercé, que una sotana es una sotana. Yo no nací ayer —afirmó sin dejar de moverse por la habitación y esquivando mi mirada, mientras recogía el desorden de manera automática.

Ese mismo día en la tarde –recuerdo que era un viernes, día en que se cambiaba el tradicional café con leche y pan con mantequilla o mermelada por chocolate con queso y almojábana–, al

llegar del colegio, mientras tomábamos onces con todos mis hermanos, sonó el timbre.

La Bíchira, la cocinera principal, a quien llamábamos así porque no éramos capaces de decir su nombre de pila, Etelvina, sin cantar el estribillo: «Etelvina, la gallina puso un huevo en la cocina», lo que desataba improperios y groserías que daban color a la cocina y enfurecían a mi mamá, salió a abrir la puerta con la parsimonia que la caracterizaba y que desesperaba tanto a Ninín.

Era él. Apareció por el marco de la puerta del comedor. No llevaba sotana. Vestía un pantalón gris, camisa blanca y un suéter de cuello redondo muy pasado de moda. Lo vi hermoso. Llevaba un inmenso maletín de cuero negro con hebilla dorada. La manera como lo sostenía bajo el brazo le daba un aire de estudiante de carrera técnica entre ridículo y divertido. Su figura de piernas largas enmarcada por el vacío de la puerta, junto a la pequeña y regordeta silueta de la Bíchira, quien se paró junto a él para mirarlo de arriba abajo sin disimulo, lo hacía ver aún más alto e imponente que el día anterior.

—Buenas tardes, vengo a pedir ayuda para las misiones en el Caquetá —explicó con su voz áspera.

Por unos segundos mantuvo los ojos vacíos y sin parpadear fijos en mi mamá, quien ocupaba la cabecera. Después barrió la mesa con la mirada y me encontró. La sangre subió a su cabeza, la piel pálida de sus mejillas adquirió un color de bebé exaltado, sus ojos cambiaron a una expresión cálida de pupilas inmensas y un tic casi imperceptible apareció en la comisura de sus labios.

Aparté la mirada, me sentí inquieta y me removí un poco sobre el asiento. Tomé un sorbo de chocolate hirviendo recién servido, que escaldó mi lengua y adormeció mi boca. Me concentré en soplar con gentileza aquel líquido oscuro del que no quería levantar los ojos y en el que flotaban las burbujas de la espuma y mis pensamientos. Di gracias de no tener que pronunciar palabra en ese momento. No hubiera podido.

Mi madre pidió su cartera y la Bíchira corrió a buscarla desplazando su voluminoso cuerpo con pasitos rápidos y cortos, mientras la trenza que le colgaba en la espalda acompañaba su prisa. Regresó con la misma presteza con la que había abandonado el comedor, entregó a mi madre la cartera y permaneció a su espalda, fisgoneando la escena por encima de su hombro. Ella extrajo un par de billetes y algunas monedas y se los tendió al valiente muchacho que se había atrevido a entrar sin más a pedir dinero.

Recibió el dinero con manos firmes, logró abrir la hebilla del maletín y meterlo dentro. Todos nos quedamos mirándolo en un incómodo silencio que mi madre rompió con naturalidad.

—¿Cómo te llamas?

—Santiago, señora, pero ya nos conocemos.

—Ah, ¿sí? ¿Y de dónde, si se puede saber? —preguntó en tono sarcástico.

—Nos vimos ayer en la casa de doña Ferní —respondió con propiedad. Se pasó una mano por el mechón engominado que cayó tieso y sin gracia sobre su frente—. Mi tío es amigo de doña Ferní —siguió con la explicación—, me ha mandado a pedir dinero, por eso estoy aquí, perdón por interrumpir su merienda, mejor ya me voy, gracias por la contribución —agregó mientras su cara se incendiaba y empezaba a titubear.

—Está bien, cálmate, que aquí no comemos vivos —aseguró mi madre mientras cortaba en pedacitos una almojábana con la que hacía sopas en su chocolate y se reía de su ocurrencia—. ¿Y quién es tu tío?

—El señor obispo.

—¡Ah! A él sí lo conozco de años, pero a ti…, no recuerdo haberte visto —dijo con sinceridad. Se mantuvo pensativa por un momento y agregó—: No me digas que tú eras ese mocoso de pantalón corto que andaba pegado a sus faldas en la fiesta del papa. Qué divertido…, sí que pasan los años. ¡Uf!, qué buena memoria tengo. Claro que eras tú. ¿Ya tomaste onces?, ¿nos acompañas? Háganle un campito, traigan otra silla —continuó mi mamá contestando sus propias preguntas sin dejarlo hablar.

En segundos, la extensa mesa con nosotros diez a los lados y mi mamá en la cabecera, se acomodó para darle cabida a ese ser bien peinado, que desentonaba entre tanta melena de corte ochentero, de hombres y mujeres por igual.

Primero sentí una fuerza interna que succionaba mis intestinos, seguida de un calor intenso que inició en las mejillas, se extendió por el cuerpo y terminó instalándose en el pecho en una especie de angustia opresora por quién sabe qué. Enseguida, un alivio inmenso al pensar que mi mamá no lo asociaba con el muchacho que había visto el día anterior con sotana. Qué bueno que había estado distraída con su clase de pastelería, me convenía su olvido, no quería ser reprendida por lo inapropiado que resultaba que me fijara en un cura. Presentía que cualquier cosa con él sería muy difícil.

Se sentó al otro extremo de la mesa, el desproporcionado maletín negro le estorbaba, no sabía dónde dejarlo. Ninín se lo arrebató de mala gana y se lo llevó al guardarropa de la entrada. Desvié la mirada de boba que había clavado en él y encontré los ojos pícaros de Lisa y los de Ninín, que regresaba de la entrada meneando su cabeza de derecha a izquierda en señal de desaprobación. Una risa nerviosa subió sin permiso desde la garganta. Miré otra vez a Lisa y, con la complicidad que compartíamos, soltamos al unísono una carcajada tonta que se acalló de sopetón con la mirada de reproche de mi mamá y de mis hermanos.

Mi madre le realizó un interrogatorio policial acerca de su tío. Él no se dejó amilanar por la ráfaga de preguntas de mi madre ni por los comentarios soeces de mis hermanos, y mucho menos por las miradas de coquetería de mis hermanas.

Yo quería imaginar que Santiago estaba ahí por mí. Traté de no delatar mi atracción hacia él, que hacía que mi corazón bombeara la sangre a gran velocidad. Me mantuve en silencio y observé la escena. Esquivé la mirada de Lisa por el riesgo a que otra carcajada saliera sin permiso y me pusiera en ridículo. Sus manos, ya sin el maletín para apoyarlas, temblaban un poco. Al notar que yo las miraba, las escondió de inmediato debajo de la mesa para tomar control de la situación. Buscó mis ojos con disimulo y los encontró.

Salió airoso del primer encuentro con mi familia. Me sentí orgullosa, aunque apenas conocía su nombre y todavía no habíamos cruzado una sola palabra, únicamente miradas de reconocimiento al terreno que queríamos colonizar.

VII

Pensar en él como lo hacía hace más de treinta años revive sensaciones que creí exclusivas de la adolescencia: intolerancia a los adultos y sus estupideces, aludir a la injusticia como estandarte para cualquier situación con la que no estás de acuerdo y, sobre todo, impotencia.

Santiago. No me gustaba mucho su nombre, rimaba con aciago, una palabra que arrastraba tristeza, sufrimiento y desgracia, y que había aprendido en mi clase de Literatura al leer Don Quijote de la Mancha. Pero todo lo demás me fascinaba. Supe más de él por su hermana Amparo, con quien coincidí un verano en una clase de pintura cuando nos hicimos amigas, que por el propio Santiago. Imposible saber más de su vida si en los pocos minutos que tuvimos para sostener una conversación nos dejamos llevar por el deseo.

La riqueza de su familia provenía de la cría de ganado vacuno en las extensas tierras de los Llanos Orientales colombianos, donde creció. Su niñez transcurrió entre la algarabía de los pájaros y las horas tibias con olor a río. Al convertirse en un adolescente de piernas largas y espalda ancha, comenzó a montar su caballo y a arriar ganado hasta caer vencido por el cansancio. Desde pequeño cultivó la libertad de espíritu que dan los lugares con una planicie sin fin y formó su carácter con los baños de agua fría en los riachuelos, la calidez de las lunas rojas de la región y la sensibilidad propia de quien observa la naturaleza y la hace su aliada. Conocía las madrigueras de las iguanas y admiraba la astucia de los armadillos, perseguía osos hormigueros o correteaba chigüiros. La mayor parte del día andaba solo; se convirtió en un joven introvertido, observador y callado, con el espacio propicio para desarrollar una gran tenacidad.

Beatriz, su madre, lo trataba con dureza y nunca recibió de ella caricia alguna. Santiago la exasperaba con el poco interés que mostraba hacia cualquier asunto que no fuera escapar de casa a la llanura infinita. Se llevaba bien con su padre, sin importar que fuera un hombre de pocas palabras. Sostenían las conversaciones justas para fortalecer el cariño y tenían la capacidad de comunicarse en silencio. Compartían el placer de contemplar cada atardecer, sentados en mecedoras de mimbre en el pórtico de la casona que albergaba por igual habitaciones y caballerizas. Amparo, su hermana pequeña, de ojos vivarachos y siempre atentos, lo seguía a todas partes con idolatría; esto le permitió ser testigo silenciosa de todos los eventos que fue revelándome a detalle al enterarse de que adorábamos al mismo ser.

Tan pronto Santiago cumplió catorce años, su madre decidió, sin consultarle ni a él ni a su esposo y sin preparativos ni previo aviso, mandarlo a la capital a vivir con el mismo obispo del que mi padre hablaba mal.

Su madre quería convertirlo en un hombre culto y de bien. Insistía en que en el campo no tenía futuro y que la ciudad lo despertaría. Estaba segura de que el único capaz de aplacar el carácter indomable de Santiago era su tío, el obispo, y lo correcto era que él se encargara de su educación religiosa.

A pesar de que su padre no estaba de acuerdo con la partida y argumentaba que la ciudad le chuparía poco a poco la sensibilidad y la sencillez, y que regresaría con todos los adornos de los tipos engreídos, si es que volvía, su madre no dio el brazo a torcer.

Amparo se limitaba a escuchar a sus padres desde un rincón sin levantar la mirada; la

conversación la acongojaba. Si su hermano se marchaba, la vida en ese lugar sería insoportable.

Santiago, al enterarse de la noticia, tomó su caballo y galopó durante horas. Pasó la noche bajo la inmensidad de la vía láctea y rezó por primera vez para que Dios lo ayudara a quedarse cerca de su padre y en su tierra, aun cuando tuviera que aguantarse toda la vida la cantaleta y las malas caras de Beatriz.

—Recuerdo —me dijo Amparo un día— la escena de mi padre alejándose del pórtico hacia el horizonte por el que se escondían los últimos rayos de sol de una tarde calurosa, se tapaba los oídos con las manos en un gesto infantil mientras mi madre le gritaba que tanta consideración con el muchacho lo había enceguecido y que no se daba cuenta de que Santiago no era de ahí, de que cada vez se aislaba más y que apenas le dirigía la palabra para un «buenos días». «¡Calla, mujer!», era lo único que contestaba mi padre y ella lo acusaba de tratarlo como príncipe y de haberlo malcriado hasta convertirlo en intocable. Mina, te confieso que lloré por días, no sé si por él o por mí. Por fortuna, al año siguiente, también a mí me enviaron a la ciudad a ese horrible internado en el que estudié el bachillerato. La indiferencia de mi papá, que nunca perdonó la decisión de mi madre, convirtió el hogar feliz de mi infancia en un infierno. Y bueno, mírame ahora, te conocí a ti y te cuento todo como si fueras mi hermana.

Aquella tarde me habló con una dulzura inusual.

Desde niño, Santiago odiaba los viajes que hacían, dos veces al año a la ciudad fría para visitar a su tío. Beatriz lo obligaba a vestirse con zapatos de cuero, camisa de manga larga, pantalón y abrigo de paño. El material de las prendas le producía picazón en el cuerpo, tal vez por la idea de estar cargando con una vida que no era la suya. En cambio, para Amparo era una maravillosa oportunidad de lucir uno de los pocos vestidos que tenía.

A Santiago le exigían saludar a todos y hablar con propiedad. Su madre, con orgullo de terrateniente, alardeaba ante cualquiera sobre el conocimiento que tenía su hijo de los exóticos animales del Llano. Amparo en cambio era ignorada y tenía la suerte de que la dejaban en paz.

Santiago aprendió a callar con un silencio que fue confundido con timidez y muchas otras veces con soberbia. Pero Amparo, que lo conocía, sabía que era un silencio dirigido a su madre para que –de una vez por todas– se callara y no lo avergonzara más.

Acostumbrado a la vestimenta liviana y fresca de la ropa de algodón que usaba en el calor, al llegar a la residencia fría de su tío en la capital, se sentía atrapado entre las paredes gruesas y las cobijas de lana pesadas. Sus pensamientos se concentraban en la idea de escapar y regresar al Llano, al lugar en el que su alma se llenaba de paz y la incertidumbre se disolvía entre los paisajes.

Pero esta vez no valió ninguna oración, no era factible regresar, su madre no se lo permitiría. Y para el tío representaba un regalo. Un regalo para su ego: tener por fin un pupilo de su propia sangre.

Una tarde salimos de nuestra clase de pintura y la invité a tomar un café. Luego de burlarnos de los gestos de nuestra profesora al explicarnos la magia de la acuarela, se irguió y me dijo con rabia en la voz: «¿Sabes, Mina?, mi tío lo trata con firmeza, pero no se puede negar que es amable con él, por lo menos más amable que conmigo. Apenas y me extiende la mano con el anillo para que lo bese y evita mirarme a los ojos. Está dispuesto a cubrir cualquier necesidad básica de Santi. A mí, en cambio, me envía algún billete a través de mi madre el día de mi cumpleaños».

Santiago se instaló en la residencia de su tío en la ciudad y ocupó un cuarto que tenía como única vista la calle gris con las casas en fila de la acera de enfrente. Echaba de menos el verde

ilimitado del Llano. Soportó la formación estricta de aquellos años con el frío en los huesos y un corazón ávido de las caricias que le daban los atardeceres de su tierra. Si bien hizo algunos buenos amigos, al graduarse tomaron rumbos diferentes. La vida en casa de su tío se limitaba a hacer las tareas, comer y ver en la noche algún concurso en la cadena nacional que le producía un terrible aburrimiento.

Al cumplir dieciocho años ya era un joven atractivo que mostraba la musculatura del trabajo en el campo, pese a que había perdido el bronceado de los días al aire libre. Tenía la edad para ingresar al seminario mayor, situado en las afueras de la ciudad sobre una colina rodeada de bosque por un costado y de cultivos de papa por el otro. Los jardines y huertos del lugar aliviaron su hastío por el gris de la calle, en ellos pasaba todo el tiempo que le era posible. Contemplaba la naturaleza en forma geométrica de las parcelas y cultivos que rodeaban el antiguo edificio de ladrillo y recordaba su vieja casa con nostalgia.

A falta del contacto con las especies llaneras, en los años de aprendizaje como seminarista cultivó su amor por la naturaleza a través de la biología y de la colección de mariposas e insectos de tierra fría. Sin embargo, a medida que su cerebro se llenaba de conocimiento, su alma se vaciaba y los días eran cada vez más largos y fríos. Estaba a mitad del camino para ordenarse como sacerdote y su tío se enteró de la apatía que mostraba hacia todas las materias, aunque sus calificaciones fueran sobresalientes. Una tarde, aquel tío preocupado le pidió a Laureano, su incondicional asistente, quien llevaba años observándolo y que sabía todos sus secretos y debilidades, que fuera a buscar a Santiago al salón de clases en el que se encontrara.

Aquel hombre que había llegado a ser obispo sabía por experiencia propia que el seminario podía llegar a ser abrumador y, previendo que fuera un motivo de deserción, ideó la manera de sacar a Santiago de las cuatro paredes del salón de clase para que conociera otro mundo. Le pidió ir a las casas de varios conocidos y recomendados suyos, además de la de doña Ferní, a recolectar dinero para las misiones.

Santiago le preguntó si debía usar sotana y él lo negó moviendo el dedo índice y mirándolo de frente, «pero eso sí –le dijo–, le pido encarecidamente que no se enrede por ahí».

Laureano, espectador silencioso de toda la escena, se dio cuenta de que Santiago se había ofendido por las insinuaciones de su tío y contenía su enojo respirando profundo. Soltó el aire con lentitud para recomponerse y le contestó que la advertencia sobraba y que no entendía cómo podía dudar de él si nunca le había dado problemas en ese sentido ni en ningún otro. Gracias a esa conversación, Santiago llegó a casa de doña Ferní la tarde en que lo vi por primera vez, y al día siguiente a la mía.

Santiago entró por la puerta grande a mi vida, conquistó a mis hermanos con sus relatos de aventuras por ríos con cocodrilos y pirañas, fascinó a todo el servicio doméstico con palabras empalagosas y a mi madre con su tono respetuoso y la timidez desafiante de quien tiene el deseo irrefrenable de ejercer el libre albedrío.

Ninín fue la única que no se embelesó. Lo veía con recelo y seguía creyendo que era un ave de mal agüero. No se cansaba de repetirlo.

Cada vez que Santiago llegaba a nuestra casa, Ninín se paraba con sus brazos en jarra en el corredor por donde él pasaría, y en el preciso momento en el que se cruzaban, ella lo miraba de arriba abajo. Él se incomodaba y aceleraba el paso hacia la sala en la que acostumbrábamos a reunirnos en las tardes para hacer las tareas.

—Tanta maravilla no puede ser tan buena, sumercé, de eso no dan tanto —aseguró un día con sarcasmo—. Yo conozco a los de su clase y son hombres de cuidado —continuó—. Bonitos

ellos, bien peinaditos, con sus palabras elegantes. Dan ilusiones, hacen promesas, y claro, obtienen lo que quieren y después, pos ya se sabe, la dejan a una viendo un chispero.

Su gran instinto de madre, desarrollado a fuerza de criar niños ajenos, le decía que ese muchacho iba tras de mí y que me traería problemas. Ninín tenía la costumbre de soltar frases al aire con gran sagacidad y, si bien se hacía la loca y hablaba sola por los pasillos, se aseguraba de que alguien la oyera.

—Hum, que su papá se entere y ya veremos. A ver qué hace cuando le toque enfrentar al demonio. Pajarraco al vuelo buscando presa…

Y tantas otras frases ingeniosas y a veces divertidas que yo bien entendía y que, sin embargo, me hacía la que no había escuchado para no entrar en discusiones, pues lo único que ella deseaba era protegerme.

Santiago era cada vez más amigo de mis hermanos y frecuentaba nuestra casa todos los miércoles sin falta, día de su recorrido para recoger el dinero de las misiones, y algunos fines de semana en los que le era posible dejar el seminario. Tocaba la guitarra y cantaba, me fascinaba su voz. Mi enamoramiento crecía solo con tenerlo cerca.

Nuestras miradas empezaron a cruzarse en las estrofas melosas de alguna canción. No faltaron las palabras casuales entre conversaciones desordenadas, pero no teníamos oportunidad de tener una en privado. Algunas veces lograba pasarme un papel con palabras bonitas que yo corría a leer y a esconder en el espacio que quedaba entre el último cajón de mi closet y el piso. Allí también guardé varios años mi diario con mis primeros intentos de ser escritora y cualquier papel o cuaderno que usé para garabatear su nombre y nuestras iniciales.

El aire era liviano si él estaba cerca, mi sangre corría más deprisa y las horas eran fugaces. Con suavidad, se fue adentrando en mi entorno.

Terminó el año escolar y Santiago se fue sin despedirse de mí a pasar las fiestas navideñas a su casa en los Llanos Orientales. Empezaron las vacaciones largas de Navidad, época que marcaba el fin de año, las reuniones en familia y, en lo sucesivo, las despedidas. Aún no habíamos podido darnos el beso que yo tanto anhelaba, ni tocar su mano con olor metálico de cuerdas de guitarra; para sobrevivir aquellas vacaciones me llevaba su penetrante mirada, las notas escondidas y mi idealización de las futuras caricias, si es que lo volvía a ver.

Ese año pasamos las fiestas en una finca a tres mil metros de altura que mi padre había comprado. Subíamos por una carretera empinada, con el automóvil en primera la mayor parte del camino. Los paisajes de eucaliptos bailando al ritmo del viento y el cielo azul acompañaban la escalada hasta la casona implantada en la ladera de la montaña, que le servía de telón de fondo. Desde el balcón veíamos en toda su magnitud la hermosa Sabana de Bogotá. La casona, construida por una familia española, con balcón corrido de madera por sus cuatro lados, techo a dos aguas y ventanas con travesaños que formaban cuadros de vidrio, era más propia de un paisaje de los Pirineos que del páramo colombiano.

Como una impronta, guardo en mi memoria el día que mi padre cerró el trato de la compra. Yo lo acompañé, nadie más. Yo, la menor. ¿Qué hacía sola con él? Lo más probable es que mi madre le hubiera pedido que me prestara más atención, y funcionó. Por un día me sentí su hija única. Llegamos en su coche deportivo que contrastaba con el paisaje campestre de cercas de madera y alambres de púas. Dos horas antes había caído una granizada con bolas de hielo como canicas, que nos transportó a los paisajes de los afiches de los Alpes en las paredes del restaurante Mesón Suiz al que solíamos ir en familia para comer fondue de queso las tardes de domingo. El paisaje impoluto y el gran resplandor del sol tropical reflejado sobre la nieve irreal

nos hechizó. Sin pensarlo dos veces, mi padre cerró el trato de la compra brindando con aguardiente. Nunca entendí cómo él, que adoraba el calor, terminó en una finca con una temperatura que nunca sobrepasó los catorce grados centígrados.

Los días se hicieron eternos, añoraba su presencia. Me enojaba pensar en él porque su imagen surgía sin permiso a cada momento. No lograba conciliar el sueño. Encontré el cuaderno de Geografía del año escolar que acababa de terminar con muchas hojas en blanco, lo llevé como compañía a la finca y por las noches escribía lo que estaba sintiendo. Abrazaba una botella de whisky sello rojo, de esas que mi madre guardaba para llenar con agua caliente y entibiar las heladas sábanas del páramo antes de irnos a dormir, llené con mis letras hojas y hojas. Se entremezclaron, entre mis frases de amor, los nombres de los ríos de Europa y sistemas montañosos del mundo. Creé mi propia versión de lo que sería la geografía de los Llanos Orientales colombianos, donde Santiago estaría cabalgando por los infinitos pastizales, vestido con botas y sombrero, tan alejado de la imagen de niño urbano y bien peinado. Lo imaginaba y cada centímetro de la piel se me erizaba. Mi idilio llegó a tal grado que sentí la brisa cálida de las noches con estrellas que iluminaban su llanura, vi por la ventana de mi habitación la misma constelación de la Cruz del Sur que él miraba tendido boca arriba, me llegó el olor de los nísperos que se comería y escuché su voz que me dictaba las palabras que yo estampaba en mi cuaderno.

En el día lograba distraerme con cualquier cosa, pero no era capaz de terminar ninguna actividad; perdí el apetito y, apenas ingería algún alimento, las náuseas no se hacían esperar. Así descubrí que me había enamorado.

VIII

Hoy es uno de esos días en que el desasosiego decidió escaparse para molestarme como si fuera un niño, habla muy fuerte y me echa en cara los olvidos, brinca a mi alrededor y me llena de ansiedad. También me persigue con sus porqués: ¿por qué pasan los años?, ¿por qué llegas a enamorarte?, ¿por qué después de varios lustros aún me perturba pensar en él?

Santiago regresó de unas eternas vacaciones y reanudó sus visitas a casa. Ya tenía su lugar fijo en la mesa. Mi padre, siempre tan serio e intimidante con todas las visitas, no le encontró ningún pero. Se divertía retándole el intelecto y conversando con él en nuestras cenas. Mi madre empezó a tratarlo como a cualquiera de nosotros, y la Bíchira corría a abrirle la puerta tan pronto sonaba el timbre. Cada vez que podía, le preparaba su postre favorito: dulce de durazno con arequipe, con tal de que «el hermoso joven» le regalara una palmadita de gratitud en la espalda y el reconocimiento de lo buena cocinera que era.

Mi madre ya sabía que Santiago era el sobrino del obispo y que estudiaba en el seminario, lo que complicaba los acercamientos que empezaron a ocurrir esporádicamente entre nosotros. Si bien mi padre nunca preguntó, a los ojos de todos era el amigo de mis hermanos y el muchacho culto que nos visitaba.

Cada vez que Santiago se quedaba a comer significaba un reto para mí. Empecé a experimentar cuál sería el mejor lugar: si de frente para vernos, en diagonal para observarlo a mi antojo sin que él lo notara; o a su lado al final de la mesa, donde nadie sospechara que me llenaba de valor para poner mi mano en su pierna, y que él, sin vergüenza alguna, la llevaba hasta su miembro, ya en estado de alerta. Cuántas veces pensé en lo incómodo que debía de ser para los hombres andar con un palo entre las piernas todo el tiempo. Mi educación sexual era pobre, nunca me habían explicado que era lo contrario, que el estado permanente era el de la flacidez.

Tratábamos de coincidir en los corredores o en la cocina para regalarnos una caricia, arrebatarnos un beso o encender nuestro deseo con palabras tontas, pero la casa, en constante movimiento y con gente por todas partes, parecía tener vida propia y no nos daba tregua.

Un buen día, la naturaleza se inclinó a nuestro favor. Por un verano largo y sin lluvia, empezaron los racionamientos de energía de 1982 en el país. Todas las tardes de seis a ocho de la noche nos quedábamos sin luz. Las familias colombianas retomaron las cenas y las largas sobremesas con conversaciones a la luz de las velas. Los juegos de mesa salieron de armarios olvidados, los amantes se escabulleron a los rincones y todos aprendimos del disfrute de no hacer nada.

Una tarde nos quedamos solos por casualidad y por vez primera en la sala de televisión del segundo piso. Cada uno de mis hermanos fue desapareciendo de la estancia como si se hubieran puesto de acuerdo. De repente, pese a que no había llovido en meses, se soltó un torrencial aguacero. Las gotas que golpeaban con fuerza el gran ventanal se convirtieron en la música de fondo de nuestro primer encuentro.

Desde entonces adoro el sonido de los aguaceros repentinos, fuertes y excitantes, no por la sensación térmica o el olor a tierra mojada, ni siquiera por la luz tenue de los días lluviosos que

producen nostalgia, es por el ruido estridente que me lleva a una especie de trance. Guardo vívidamente el uniforme del colegio que usaba aquella tarde: falda escocesa, blusa blanca, medias del mismo color bajo las rodillas y zapatos oscuros de amarrar. Santiago vestía un pantalón de paño gris y un suéter amarillo pollito que lo hacía ver muy pálido con la escasa luz que entraba por la ventana.

El apagón llegó justo a la hora en la que empieza a esconderse el sol, esos minutos grises en los que solo se distinguen las siluetas y se difuminan los colores. Él tomó la iniciativa. Sus manos temblaban un poco. Mi piel se mantuvo en alerta mientras sus dedos comenzaron a recorrer un largo camino, pasaron por el borde de la falda, subieron por mi brazo, recorrieron la nuca, se detuvieron en el lóbulo de mi oreja y rozaron zonas tan absurdas como la punta de la nariz o la ceja. Cerré los ojos, creyendo que si los apretaba con fuerza la sensación sería más profunda. Al primer contacto de nuestros labios abrí los ojos, me retiré un poco y vi los suyos: fijos en las gotas de lluvia que explotaban en la superficie de la ventana y desaparecían con el viento de la tormenta como estrellas fugaces. Me sentía flotando en el espacio.

El ruido del cielo desplomándose sobre nosotros escondió cualquier otro, cobijó nuestra inexperiencia y atenuó nuestro temor de ser descubiertos por mi madre, que siempre nos advirtió que ninguna visita masculina tenía permitido estar en el segundo piso. Por algún milagro divino, Ninín tampoco apareció.

El aguacero cesó de golpe y el silencio nos paralizó. Cualquier mínimo movimiento o susurro podía delatarnos. El corazón nos latía a gran velocidad, alisé mi falda y nuestras miradas se encontraron. Me sentí tan expuesta que le dije lo primero que vino a mi mente, que estaba loco, que nunca más me volviera a tocar. Que eso nunca más volvería a pasar.

Santiago reveló su carácter llanero y contestó a mi ataque verbal con una amplia sonrisa y una frase que no tenía respuesta:

—Yo me voy a quedar contigo, Mina.

Mientras me susurraba esto al oído, rozaba mi pecho con el dorso de su mano. Mis pezones se endurecían como nueces.

Poco tiempo cumplí mi promesa. La curiosidad fusionada con las vibraciones del cuerpo y los habituales apagones, se convirtieron en la excusa perfecta para aumentar cada vez más el placer recién descubierto. Sin proponérnoslo, y de manera fortuita, llegaron más momentos para encontrarnos a solas que podíamos usar con destreza. El ingenioso deseo aparecía con naturalidad para conversar con nuestros cuerpos. Entonces llegaba el cargo de conciencia por acariciarnos en partes prohibidas que yo estaba segura de que solo se podían tocar si estábamos casados.

Fue una mágica tarde de miércoles. Salimos del estudio, yo con el cuello enrojecido por los besos y él pasándose las manos por los mechones de pelo fuera de lugar. Me empujó contra la pared del corredor, acercó su cara a pocos centímetros de la mía, me abrazó con fuerza y, con esa voz que me trastornaba, me declaró su amor y me pidió ser su novia. Y lo fuimos a escondidas. Me sentía la más enamorada en el universo. Desde ese 21 de julio llené cuanta libreta encontré con poemas y frases robadas, escribí historias de amor con finales perfectos, me reapropié de las letras de las canciones que me ahogaban en suspiros, cientos de veces presioné los botones de avanzar y detener en la grabadora portátil para no perderme ninguna palabra, y soñé una vida a su lado. En mis sueños siempre nos besábamos y me acariciaba como todo un experto.

Pese a las doce o quince personas que se desplazaban constantemente por la casa, nosotros nos las arreglábamos para vernos y tocarnos. Era agotador y emocionante porque era prohibido.

Mi mamá sospechaba que nos gustábamos, Ninín le había comentado algo. A mis hermanos les resultaba indiferente. Lisa guardaba el secreto de mi noviazgo y mi papá no sabía nada, pensaba que Santiago era otro de los amigos del colegio de mis hermanos, no sospechaba que era seminarista y lo trataba con cordialidad.

Pasaron los meses del racionamiento de luz y nuestras caricias en lugares poco frecuentados disminuyeron. Nuestros cuerpos las valoraron cada vez más. Estábamos enamorados, no nos alcanzaban ni las horas ni los días para saciar nuestra necesidad de estar juntos, de contemplarnos y admirarnos.

Lisa, y a veces la Bíchira, alcahueteaban nuestros pocos momentos a solas. Se turnaban la vigilancia por si venía mi madre, Ninín o alguno de mis hermanos. Podíamos conversar o besarnos con cierta tranquilidad. Aunque a Ninín no le gustaba Santiago, me veía feliz y eso compensaba su molestia. Lisa, por su parte, esperaba con ansias la noche para que le contara con detalle cada uno de nuestros encuentros. A ella la visitaba un vecino obsesionado que no aceptaba la negativa reiterada de mi hermana y se quedaba horas de visita con la aprobación de mi madre, quien lo encontraba encantador. La atención hacia nosotros no era prioridad, la rutina en casa siguió igual, nadie nos vigiló y nos volvimos expertos en ocultar nuestro amor. Santiago entraba y salía del seminario con más frecuencia a visitarme sin avisar y sin generar ninguna sospecha.

Sin embargo, nuestro secreto no estaría a salvo por mucho tiempo, los adultos que nos rodeaban tenían un poder que nunca imaginamos que podría alcanzarnos.

IX

El obispo estaba convencido de que Santiago sería un maravilloso servidor de Dios. Ya tenía todo calculado: a su sobrino solo le faltaban dos años para ordenarse como sacerdote, y en ese tiempo él movería sus contactos para que se instalara en Roma hasta que pudiera alcanzar un puesto importante en el Vaticano. Así se lo había hecho saber. Santiago se sentía presionado y no sabía cómo enfrentarlo.

Por haber llegado a las altas esferas de la jerarquía eclesiástica, su tío era considerado un héroe en su familia. Era un hombre convencido de que las cosas debían hacerse a su manera. No había espacio para refutar sus palabras ni sus órdenes. Su voz gruesa, su mirada penetrante, su altura de más de uno ochenta en un pueblo de hombres bajos y su cuerpo rollizo alimentado por la vanidad, le otorgaban una presencia imponente. Carecía de humildad y ocultaba su soberbia detrás de las causas nobles que apadrinaba.

Aun cuando provenía de una familia rica en tierras y cabezas de ganado, se avergonzaba de su origen campesino. La dificultad para pertenecer a la sociedad cerrada y conservadora de Bogotá le había generado, desde el principio de su carrera sacerdotal, un rencor permanente que encubría con altanería y despotismo. Disfrazaba su amargura con el porte elegante de la sotana negra a la medida y las palabras refinadas que empleaba con demagogia para obtener lo que quería. Solía estar presente en todos los eventos sociales organizados en casa de doña Ferní. Como era su confesor, no levantaba ninguna sospecha en torno a los intrincados manejos políticos y al tráfico de influencias que orquestaba con cada sugerencia o comentario sagaz que salía de su boca. Cuando la visitábamos siempre salían a relucir las grandes obras que realizaba el señor obispo. Por eso mi madre estaba bien informada de cuanta fundación o causa apoyaba.

Doña Ferní hablaba de él con halagos y le atribuía peripecias que a mí me parecían exageradas. Su porte, el don de la palabra y la cultura adquirida le abrieron las puertas de todos los círculos sociales y políticos del país y lo convirtieron en una persona prestigiosa y temible. Era mejor ser su amigo que su enemigo. Su radio de influencia alcanzaba el hospital en el que mi padre era el director y en el que él había sido el capellán por varios años. Las monjas de la institución lo respetaban y se desvivían en atenciones hacia él, que como obispo formaba parte de la junta directiva y las seguía visitando. Mi padre, por supuesto, no soportaba su intromisión en las decisiones que concernían a los médicos, y más a él como director del hospital. La relación tirante y descortés entre ellos dos mantenía a las monjas en una situación incómoda. Una de las grandes peleas que tuvieron fue por haber adquirido un aparato de rayos X que mi padre consideraba indispensable y que al obispo le pareció un gasto innecesario. Llegaba a casa en la noche y compartía su enojo con mi mamá. No lo bajaba de incompetente, hipócrita y hombre de doble moral. Todos nos enteramos de ese incidente que se ventiló en la mesa durante varias noches seguidas. El obispo mantenía un halo de misterio que frenaba cualquier intento de intromisión en su vida privada o en su pasado. En los círculos sociales se hablaba de su prepotencia y, una que otra vez, del apuesto sobrino que lo acompañaba en alguna reunión.

Las señoras de las grandes casonas a las que era invitado estaban de acuerdo en que era un verdadero desperdicio que aquel joven sobrino fuera a ser cura. Desde esa época se lamentaban

de que los hombres guapos se volvieran curas o se declararan homosexuales.

El señor obispo, como era llamado por todos, vivía en una casa propia en un barrio elegante de la ciudad. Pese a que ya no trabajaba en el seminario, mantenía activa la oficina de la época en la que vivió allí y fue su director. Con la intención de seguir en contacto con su sobrino, pasaba todos los jueves con la excusa de echar un vistazo general. Santiago percibía que su tío le tenía un cariño sincero, si bien no sabía cómo expresarlo. Uno de esos jueves, Laureano, le avisó que su tío quería hablar con él. Santiago venía preparándose toda la semana para aquel día. Había llegado el momento de enfrentarlo, sin importar que le temiera casi tanto como a su madre. Entró a la oficina y escondió su nerviosismo lo mejor que pudo. Apoyó las manos en el respaldo de la silla que su tío le ofreció con un gesto de la mano y esperó a que iniciara su perorata.

—Ya me contó el padre Benito que va muy bien con la recolección de dinero, y doña Ferní me habla maravillas de usted. Dice que se ha hecho muy amigo de los hijos del doctor. Aunque ese hombre es un patán, confío en doña Ferní, que piensa que sus hijos son buena gente. Nunca los he tratado, la verdad, los he visto un par de veces a lo mucho. Habrá que darles el beneficio de la duda.

Santiago pasó por alto esa última frase que musitó para sí mismo. Pensó en lo poco que sabía su tío de la familia que lo acogía varias veces a la semana.

—Sí, tío, son buena gente. Y el doctor también, a pesar de que a usted le caiga mal.

—Ni me lo nombre, tengo mis motivos para no congeniar con él. Pero ese es otro tema que es mejor no tocar. Oiga, mijo, también me dijeron sus profesores que es sobresaliente en su clase de Antropología Teológica, y que será un magnífico sacerdote. Me hace sentir muy orgulloso.

—Gracias, tío, pero quiero hablarle de otra cosa. Algo más importante.

—Dígame, no le dé pena, usted sabe que aquí estoy para ayudarlo.

—Tío, es que esto no es para mí —titubeó antes de seguir.

—¿Qué no es para usted? ¿Lo de recoger el dinero y pasear de casa en casa? No se preocupe, no tiene que hacerlo. Ya mismo podemos conseguir a alguien más que realice ese trabajo. Pensé que le gustaba salir, pero no hay ningún problema.

—No, tío. Es la vocación religiosa. No se me da. De verdad lo he intentado.

—No se preocupe, mijo, eso nos pasa a todos en algún momento. Es normal tener dudas. Aunque no lo parezca, yo también pasé por esos momentos de duda, pero aquí estoy, y míreme, valió la pena no flaquear.

—Esto es diferente, tío. Estoy seguro. Quiero ir a la universidad, quiero estudiar Medicina, quiero salir de aquí y, además… —bajó la voz y pronunció en un susurro casi imperceptible—, estoy enamorado.

Sintió que unas gotas de sudor llenaban su frente al ver la cara colorada de su tío.

Una explosión de ira inundó la oficina.

—¡No diga pendejadas!

El silencio breve que siguió al grito le pareció eterno.

—No son pendejadas, déjeme explicarle...

Santiago cruzó miradas con Laureano.

—¡No hay nada que explicar! ¡Salga de aquí de inmediato! Váyase a rezar, a ver si Dios lo ilumina —le gritó el obispo iracundo antes de levantarse del asiento con brusquedad. Luego apoyó los puños con fuerza sobre el escritorio y miró a Santiago sin pestañear. Parecía un búfalo.

Laureano se desplazó despacio hasta el pomo de la puerta.

Santiago permaneció inmóvil.

—Pero, tío…

—¡Que se vaya, le digo, antes de que haga algo de lo que me arrepienta!

El nuevo rugido vino acompañado de un golpe en el escritorio, los pocos objetos que lo decoraban saltaron y cayeron al suelo. Los bufidos del obispo se incrementaron, estaba a punto de sufrir un infarto.

Laureano se apresuró a abrir la puerta, Santiago entendió el mensaje y salió de la oficina. Le temblaban las manos y los ojos se le encharcaron. Abandonó la oficina con la certeza de que nada ni nadie le haría cambiar su decisión. Se abrió la sotana de un jalón, los botones golpearon el largo y frío corredor de granito, testigo material de su determinación y del sonido de los tacones de aquellos odiosos zapatos negros que producían eco por todo el claustro. Pese al coraje que lo incendiaba por dentro, se alegraba de la reacción de su tío. Al fin y al cabo, odiaba que ese hombre se sintiera dueño de su destino y este rencor lo impulsaba con más fuerza a seguir su instinto y el camino elegido. Decidía sobre su vida, se sentía bien tomar el control. Era un golpe bajo para el ego del señor obispo, pero necesario para recobrar la libertad de su espíritu llanero, que había estado a punto de morir en silencio entre las paredes del seminario, hasta que despertó gracias a nuestros encuentros.

Los improperios del tío aún se escuchaban a lo lejos.

—Lo que me faltaba. Que no le vea la cara porque no sé de lo que soy capaz… Infeliz… ¿Qué le digo ahora a su madre? Qué decepción… Ya veremos quién gana, malagradecido…

Laureano nunca lo había visto fuera de sus casillas, así que acompañó al tío hasta que las amenazas se limitaron a unas cuentas palabras de frustración y el color de su cara tomó de nuevo un tono más cercano a la indignación que a la furia.

El tío, herido, se puso la investidura de obispo y sin perder tiempo tomó el teléfono de su escritorio, sacó una pequeña libreta de un bolsillo de su sotana y empezó a llamar una por una a todas las casas de los donadores de dinero de su congregación marcados con una estrella junto al apellido. Antes de que se acabara el día, él mismo se encargaría de desenmascarar ese supuesto amor y de encontrar a quién iba dirigido. De eso nadie debía dudar. Usaría la zalamería con las mujeres, el poder político con los hombres y, de ser necesario, el temor de Dios entre muchachas del servicio y choferes. Descubriría quién era esa mujer que quería arrebatárselo y arruinar sus planes de llevar a Santiago a las más altas esferas del Vaticano. Acabaría como fuera con esa pasión que lo había desviado del camino.

¿Cómo se enteró mi madre tan rápido? Difícil saberlo. A las pocas horas, al llegar del colegio, la encontré muy seria. Sin darme explicaciones, me exigió que fuera a hacer el equipaje de inmediato, que al día siguiente me marcharía para Estados Unidos.

—No me explico cómo pudiste hacernos esto, Mina —me reprochó. Meneaba la cabeza y caminaba de un lado a otro en la cocina.

—¿De qué hablas, mamá? —me atreví a decir. No entendía por qué estaba tan ofuscada. Al ver su cara contraída y los aspavientos de sus brazos volteando mesas inexistentes, me preparé para lo peor. En algún momento podía soltarme un grito e incluso una bofetada. Me ordenó con un gesto que me sentara en la mesa de la cocina, esa mesa en la que todo pasaba. Obedecí de inmediato sin chistar palabra. Lisa, Ninín y la Bíchira, de pie en el otro extremo, miraban la escena con la quijada caída por la certeza de que me habían descubierto y que de esta no me salvaría.

—Ya le llamó el señor obispo a tu papá y le contó todo, además lo insultó. Esto es ridículo, Mina. ¿Cómo pudiste enamorarte de Santiago? ¿No ves que ya su destino está definido? ¡Qué

tienes en la cabeza, niña!

—No sé de qué me hablas, mamá —insistí con descaro.

—¡Ahora hazte la tonta!, mira que no te queda, Mina. Lo peor de todo es que ese viejo amenazó a tu papá y se atrevió a decirle que tiene que hacer lo que él le ordene. Le advirtió que si no te dejas de ver con Santiago de inmediato…, es más, le exigió que tomara cartas en el asunto o, de lo contrario, se encargaría de que le quitaran la dirección del hospital. Tu papá está furioso. ¿Entiendes la gravedad del asunto?

—Y ¿qué dice Santiago?

—A nadie le importa lo que diga ese mocoso, Mina, por Dios, no ves que él es igual de tonto que tú y vaya uno a saber lo que fue capaz de hacer para armar este barullo.

—¿Quién te dijo que tenemos algo?

—Pues el tío de Santiago, ¿no me estás oyendo? No te pases de lista, que ya lo sabemos todos y tu papá arregló con sus contactos para que te reciba una familia en Estados Unidos. ¡Te vas mañana y punto!

—¿El obispo te lo dijo?

—No, Mina, se lo contó a tu papá y él llamó a dar la orden. Y mira, Mina, que no soy ciega. Ya sospechaba yo que se traían algo entre manos ustedes dos con esas miraditas.

—Pero, mamá, tú no me puedes hacer esto, no me puedes separar de él, yo lo adoro, ayúdame, habla con mi papá. Yo no he hecho nada, ni siquiera somos novios —mentí. Al verme acorralada, lloré con desesperación, con gritos de reclamo y pesimismo.

—No hay nada que hacer, está decidido, el vuelo sale a las diez de la mañana. Deja de lloriquear, Mina. Contrólate, por Dios. Ve a empacar y que Ninín te ayude. Tu papá no sabía que era el sobrino de ese viejo que detesta, y menos que es un seminarista, que te gustaba o que andaban juntos, y eso lo tiene aún más fastidiado. No sé qué más le reprochó el obispo. Mejor ni preguntar, pero me advirtió que hay muchas cosas en juego. Y, de paso, está enfurecido conmigo, como si yo fuera la adolescente enamorada. Me llamó alcahueta, cómplice y tantas otras cosas más. Apura el paso y ve a empacar de inmediato, Mina.

Si mi madre pronunciaba varias veces Mina en una conversación y las frases de explicación se unían una a otra sin pausa, no había vuelta atrás. Hacerla entrar en razón o tratar de ser escuchada era imposible. Mi madre apoyaba la decisión de mi padre, nunca descifré si por miedo a él, por costumbre, para evitar la confrontación o porque su cabeza tenía tantas cosas por resolver que apuraba cualquier decisión que tuviera que tomar sin darle muchas vueltas. Así no se atrasaba en los deberes de ama de casa, en los de madre y en la vida que parecía perseguirla con rapidez. «No alcanzan las horas del día para tanto asunto», solía decir.

La reacción de mis padres me parecía exagerada. No lograba digerir lo que ocurría. Subí a mi cuarto. Precisaba refugiarme, pensar, planear, estar sola. Encontré a Ninín con una maleta encima de la cama. Ya había empacado casi todo, faltaban únicamente mis cosas de aseo personal. Las lágrimas resbalaban por su rostro y limpiaba su nariz con un pañuelo desechable que sacaba de la manga de su suéter viejo. Lisa estaba muda de asombro. Sentada en su cama, observaba la maleta y a Ninín. Evitaba el llanto esquivando mi mirada desolada. Como yo, no entendía qué estaba pasando y tampoco teníamos a quién preguntar. Mis otros hermanos estaban a esa hora en la universidad y no se enteraron del drama que se vivía en casa, como tampoco de la mayoría de las cosas por las que pasé en el transcurso de mi vida.

Traté de llamar a Santiago, pero mi mamá se había llevado el teléfono de la pequeña mesa del pasillo a su cuarto para vigilarlo, y el de la cocina lo había desconectado. Con dos movimientos

suyos quedé incomunicada. Ninín quería ayudarme, pero no podía. Recibía órdenes del doctor y ante eso no había nada que hacer. Me prometió que, si encontraba la oportunidad, le haría saber a Santiago que me había ido.

La única información que obtuve de ella fue la conversación entre mis padres que escuchó por el auricular del teléfono de la cocina. Mi padre se quejaba y le reclamaba a mi madre su encubrimiento. No daba crédito a los pantalones que ese mocoso curita tenía. Los había traicionado metiéndose a la familia como amigo de los muchachos. Para reforzar el agravio, el desgraciado obispo lo había amenazado. Él no se quedó atrás y lo amenazó de vuelta. En consecuencia, se había iniciado una guerra de poder que terminaría como todas las guerras: mal, si yo, la causante de todo ese lío, no desaparecía del escenario de inmediato.

Estaba decidido, tenía que irme del país antes de que corrieran chismes que me desacreditaran a mí y a la familia entera. El riesgo a que mi padre perdiera el puesto de director en el hospital era muy alto. Le prohibió a mi mamá visitar a doña Ferní «mientras se enfrían las cosas», presentía que Santiago sabría de mi paradero a través de ella, una advertencia que mi madre ignoró.

—También oí que habló con doña Ferní. Al ratico que su papá colgó, entró la llamada de ella. Yo contesté y, la verdad, se la oía muy preocupada —me explicó Ninín.

—Y ¿qué decía mi mamá?

—No sé, porque esta vez su mamá estaba junto a mí, me dio la espalda y ya no pude oír mucho. Pero dijo: «No se preocupe, no le diré nada», y después colgó y me mandó a empacar las cosas de sumercé.

Tenía que hacer algo, no podía irme del país, mis padres estaban locos. Tomé una mochila, metí varias mudas de ropa y en un descuido de Ninín y con el apoyo de Lisa, me escabullí a la calle por la puerta de servicio. Mi objetivo: buscar un teléfono público del cual pudiera llamar a Santiago, el único que podía salvarme. Encontré uno a tres cuadras. El problema era que Santiago nunca me había dado su número. Llamé a la operadora y logré, con algo de suerte y no sin antes suplicarle, que me contactara con el seminario mayor. Contestó una voz melodiosa. Pregunté por Santiago. «¿Santiago qué?». Yo no sabía su apellido. Qué estúpida, pensé. «El sobrino del obispo», atiné a decir. «No está, salió hace un buen rato». «¿A qué hora regresa?», pregunté. «No creo que regrese, pero puede intentar en unas horas a ver si llega a dormir», añadió la voz y colgó, sin darme tiempo de decirle mi nombre o decirle que por favor le dijera que me buscara.

Estaba desesperada, vi una tienda cerca y entré. Compré una cajetilla de cigarrillos, no quisieron venderme la botella de aguardiente. Estaba decidida a emborracharme con humo si era necesario, pero no a volver a casa y menos a irme del país. La rebeldía duró poco. Varias cuadras más adelante, un hombre con ropa sucia y un costal al hombro, de esos que recogen vidrio y periódicos para reciclar, me comenzó a seguir. Arrastraba los pies y sus ojos no se despegaban de mi cuerpo. Su pregón de «botellaaaa… papeeel…» se acercaba y en mi cabeza se volvía peligroso. Entre la tristeza y el miedo que me embargó, me desubiqué y ya no supe dónde me encontraba. Prendí otro cigarrillo para verme mayor y segura. En el momento en que ya no podía acelerar más el paso sin emprender una carrera, aparecieron dando vuelta a la esquina mis tres hermanos mayores en el carro de mi madre. Empezaba a oscurecer. Me estaban buscando desde hacía dos horas y sus caras pasaron de la preocupación al reclamo tan pronto me vieron.

Subí al asiento trasero a regañadientes. Apreté la mandíbula, usé el tono más convincente posible para que me apoyaran, luego vinieron los insultos. Nada dio resultado. El último recurso

fue implorarles que me escondieran en casa de algún amigo suyo o que me llevaran a la de la abuela, ella me ayudaría, aunque yo no fuera de sus nietas preferidas; tenían que entender que no podía regresar a casa y menos irme del país. No logré convencerlos. Por más que quisieran ser solidarios, el orden preestablecido y el castigo por desafiar la autoridad de mi padre estaban por encima de cualquier súplica. Llegamos, estacionaron en la calle y yo descendí del auto del brazo de la que parecía ahora mi única amiga: la impotencia. Me acompañó con dignidad hacia la reja de entrada, donde me esperaban en fila, encabezados por mi padre erguido, hombro con hombro: mi madre, todos mis hermanos, las muchachas del servicio y el chofer. Mi padre no movía un solo músculo de la cara. Su rostro se había quedado congelado en un gesto de furia con ceño fruncido, capaz de paralizar al mismísimo viento. La reja que franqueaba la puerta principal evitaría mi salida de casa hasta la mañana siguiente, la cárcel de los condenados al destierro por amor.

Mis pensamientos dramáticos fueron sacudidos por la orden de mi padre: «¡Mina, vaya y termine de empacar, se va mañana!». Dio media vuelta sobre sus talones y entró seguido por mi madre. Nos dejó a todos en un silencio aterrador que se fue disolviendo con el eco de las pisadas de la comitiva que había sido testigo de mi desgracia. Con resignación y sin chistar palabra entramos todos, la calle quedó desierta.

Esa noche el desconsuelo bañó de lágrimas mi almohada. Bajo las cobijas de su cama, Lisa se unió a mi llanto. Ninín, sentada en la mecedora, le hizo frente al cansancio hasta que la pesadez en los ojos la venció. Cayó en un sueño liviano. Yo la observé para grabarme su imagen, sinónimo de protección y cariño. Dormí por intervalos. A la mañana del día siguiente, me montaron en un avión. Los ojos rojos, el alma encogida, la tristeza golpeando en las sienes y la impotencia enseñándome a aceptar lo inevitable. La ira y la indignación se habían apoderado de mí.

Al aeropuerto me acompañaron mi mamá y Lisa. Mi papá pasó un momento por mi cuarto muy temprano, antes de salir para el hospital, y dijo: «Buen viaje, Mina. Aprenda mucho inglés, que le va a servir para el futuro. Si le hace falta algo, me avisa». Cubrir las necesidades de los otros era su manera de demostrar el cariño que sentía. Mis hermanos mayores se asomaron uno a uno en el último momento a desearme feliz viaje. Ninín, a manera de despedida, me sirvió un rico desayuno que apenas probé. Me dio su bendición y un gran abrazo que me reconfortó hasta llegar al aeropuerto, y que fue desvaneciéndose a medida que me acercaba a la puerta de embarque para irme a un lugar desconocido.

X

Si en ese entonces hubieran existido los medios de comunicación que tenemos ahora, todo hubiera sido tan distinto…, otra vida, otro destino. Qué ironía, un simple mensaje de texto hubiera podido cambiar esta historia.

Viajé casi diez horas hasta llegar al aeropuerto de Cleveland, en el estado de Ohio. Fue la primera vez que viajé sola y que salí del país, estaba asustada. Hacía mucho frío, era de noche. Debía estar esperándome una familia. No había nadie. Los pocos pasajeros que lograron subir al avión antes del cierre por una tormenta de nieve del aeropuerto de Atlanta, donde hicimos escala, ya habían tomado su maleta y se habían ido. El carrusel de las maletas giró vacío. Se escuchó un desagradable chirrido de la banda. El ruido era fastidioso y reforzaba la inquietud y el desamparo que sentía. Una mujer con uniforme, supuse que era una empleada de la aerolínea, se acercó y me dijo en un inglés veloz algo que no logré entender. Me molestó su sonrisa falsa. ¿No se dio cuenta de que yo no hablaba su idioma? Pensé en las ganas que tenía de retroceder el tiempo, de irme a casa, de tomarme un cafecito con leche, de abrazar mi almohada y dormir. Estaba agotada por las largas horas de viaje y por el esfuerzo de espantar la angustia y la soledad. Pensaba incoherencias, trataba de idear un plan para regresar. Inventé al calor de mi encono lo que le diría a mi papá la primera vez que me llamara y lo que le debería decir a mi mamá por no haber salido en mi defensa, por no haberme protegido.

Preguntarme qué pasó ya no tenía sentido. Esa pregunta taladró mi cabeza durante todo el vuelo. La incertidumbre me aceleró el pulso a tal velocidad que la azafata se preocupó y me colocó, bajo la nariz y sobre la frente, algodones empapados con alcohol al darse cuenta de lo mal que me sentía. Mi corazón estaba a punto de escaparse. Se sentó junto a mí. Al ver los lagrimones que resbalaban por mis mejillas, le di pena y me tomó una mano para calmarme.

Afuera vi los primeros copos de nieve de mi vida. Para mí, que vengo de una tierra ecuatorial en la que las estaciones no existen, con el trópico a cuestas, esa lluvia de minúsculos puntos blancos era casi un milagro, hermoso de ver, sublime.

Estaba cansada, nerviosa, asustada, divagaba.

¿Cómo podían producir tanto frío esos puntos diminutos? ¿Nadie vendría por mí? No pude despedirme de Santiago, ¿sabría ya que me había ido? ¿Qué estaría tratando de decirme esa señora? Las luces ya se estaban apagando. ¿Y si me habían dejado sola? El chirrido de la cinta se parecía al de la cocina cuando la Bíchira usaba el molino para obtener la masa de las arepas. Maldita la hora en que me había metido en este lío. ¿Míster qué se llama el señor de la casa a la que voy? Tenía hambre. Esta maleta..., ni que le hubiera puesto piedras. ¡Ya!, que me deje de hablar, que no entiendo nada de lo que dice. Me marea con su sonsonete empalagoso. ¡Qué frío tengo!

La señora que no paraba de hablar me condujo con su mano en mi hombro hacia la salida. Arrastré la pesada maleta hasta la puerta de cristal. Me recibió un elegante señor: abrigo de tweed con cuello de piel negra levantado en la nuca, guantes de fina costura, zapatos bien lustrados que reflejaban en su punta las luces en fila del techo. Era muy blanco, casi transparente, canoso, de inmensos ojos azul pálido que se agrandaban aún más a través de sus lentes de miope,

una aparición agradable con amplia sonrisa de gente buena. De inmediato, me sentí protegida y a salvo. Le regresé la sonrisa. Sin mediar palabra, me dio un abrazo que recibí con gusto. Era Mr. Vince, mi padre adoptivo norteamericano. Me encariñé al instante. Él me enseñó con infinita paciencia mis primeras palabras en inglés, a cocinar macaroni & cheese y a crear ángeles en la nieve aleteando con los brazos.

Viví con él, su esposa y el peludo husky siberiano que calentó mis pies en ese larguísimo año en el que el tiempo se había congelado. Las estaciones fueron las únicas que marcaron algún ritmo en mi vida. Los días parecían no terminar y alimenté mi nostalgia escuchando, una y otra vez, los tres casetes de Música romántica en español –marcado en letras grandes en el lomo de la caja plástica– que me entregó apresurada mi hermana Lisa antes de salir de casa. Oír aquellas canciones en la soledad de mi cuarto me transportaba a la vida que había imaginado junto a Santiago, y los suspiros llegaban sin ser invitados a intensificar mi dolor y a sacar el aire saturado de amargura que llenaba mi alma.

Asistí al colegio público del pequeño pueblo a dos horas de Cleveland. Me adapté en corto tiempo a cambiar de salones y a usar los lockers, pero nunca me acostumbré a los pasillos inmensos e impersonales por los que se pavoneaban las niñas para buscar la atención del sexo opuesto, y en los que cualquiera con el más leve problema de autoestima era expuesto con crueldad a las críticas de los más populares. No entendí sus códigos, ni cómo ni quién decidía quién era o no de un grupo determinado. Nunca había visto tanta segregación. Estaban los negros, los deportistas, los del club de ciencias, los campesinos, las maquilladas, los que sufrían maltrato psicológico, y otros tantos subgrupos que era inútil tratar de entender cómo se clasificaban. La diversidad dolía. Extrañaba el majestuoso eucalipto de más de cien años en el patio de recreo de mi colegio, de lo que debió ser el jardín de una casa adaptada para la enseñanza de niñas, y mi uniforme, que nunca creí que desearía volver a usar. Quería la seguridad que daba el verse igual al otro. Echaba de menos la falda escocesa, las medias blancas y no tener que lidiar con las diferencias. Yo era la única latina y me correspondía el grupo de los extranjeros.

Aprendí inglés, a lavar mi ropa y a usarla arrugada –nunca me gustó planchar–, a hacer la cama, a usar la aspiradora y a barrer, labores que no había realizado en casa porque Ninín o alguna de las otras muchachas del servicio doméstico las hacían por mí. También aprendí a ponerme y quitarme la chaqueta, los guantes, la bufanda y el gorro cada vez que salía o entraba de un lugar con calefacción, en el largo invierno emocional que se me había impuesto.

Ese año fui invitada a ser parte de las cheerleaders y vi –no en un programa de televisión, sino con mis propios ojos– la cruel competencia entre mujeres por ser la más atractiva para los jugadores de fútbol americano. Para esas alturas de la vida, me había transformado en una adolescente de buenas proporciones y cumplía con los estándares de belleza del momento. Rechacé la invitación por miedo a ser catalogada como superficial, un adjetivo inadmisible para una mujer como yo, que seguía construyendo su identidad con severas dificultades.

Fui testigo de la discriminación racial hacia mi amiga iraní Layla, beneficiaria de la dulzura de Yoko, compañera japonesa con la que comía y pasaba los recreos, y estuve presente en el viaje con marihuana de mi date la noche del prom.

Colombia empezaba a ser estigmatizada como el país de la coca y mis compañeros hacían preguntas estúpidas y chistes pesados, e insistían en que, si yo era colombiana, debía tener droga para venderles. Nunca se detuvieron a pensar que esa producción estaba ligada de manera directa a los millones de jóvenes que, como ellos, la consumían sin entender que el simple acto de

drogarse producía un efecto mariposa y que, en algún lugar del planeta, en este caso en mi querido país, se desencadenaban actos de corrupción y violencia que llevaban a una sociedad en crisis a morir despacio y con lágrimas de sangre. Sin darnos cuenta, nos convertimos en el país más peligroso a los ojos del mundo. Nos señalaban como los únicos malos de la película, porque nunca se nombró ni se dio a conocer el nombre de ningún capo de Nueva York, Chicago o Texas, todos eran colombianos y les seguirían los peruanos, bolivianos y mexicanos, como si fuera posible crear un mercado tan enorme con «los malos» en un solo lado.

Caí en la profunda y primera gran tristeza, lejos de todo lo que tenía algún valor para mí. No me gustó el ambiente escolar en el que la competencia y el dinero eran valores fundamentales. Crecieron mis ganas por regresar y mi agradecimiento por ser latina. Esa mujer que había estado construyendo a través de la observación de otras mujeres, de la experiencia y de la inmensa felicidad que sentía al estar enamorada, se quedó sin propósito, sin ilusiones y sin piso. Vivía con el dolor que me produjo el exilio al que me habían enviado mis padres: se me mezclaban la nostalgia y el vacío. Me esforzaba en vano por llevar una vida normal en un lugar en el que nunca había querido estar. Pasaban los días y nada me entusiasmaba, la rutina era la misma: levantarme, comer cualquier cosa para el desayuno, esperar el bus del colegio junto a la típica caja de correo de las casas norteamericanas, asistir a clases, comer un hot dog con papas a la francesa en la cafetería, regresar a casa, hacer tareas, ver la televisión y dormir para esperar la llegada del siguiente día.

Creí que moriría de tristeza.

Después de seis meses con algunas llamadas de mi madre y varias cartas de Lisa –la única de mis nueve hermanos que me escribía–, llegó la carta esperada:

Preciosa Mina:

Espero que esta carta te llegue y que no te la quiten antes de que la leas.

Al fin logré saber a dónde te mandó tu papá, me lo confesó doña Ferní cuando vio mi desconsuelo después de suplicarle. Fue una verdadera odisea conseguir tu dirección, pero lo logré.

No creas ni por un minuto que he dejado de quererte o de pensar en ti, tengo presentes tus caricias deliciosas, el olor de tu pelo, el tono de tu voz regañona, tus miradas esquivas y cada expresión de tu carita de niña consentida.

Desde tu partida no puedo poner ni un pie en tu casa, mi tío armó un escándalo terrible entre sus amigos y conocidos, y ahora todos me miran como si yo fuera un bicho raro: el monstruo del Llano. De seguro no lo sabes, pero cuando le dije que ya no me ordenaría de sacerdote y que estaba enamorado, me echó del seminario. Esa misma tarde, no sé cómo hizo, había averiguado que tú eras mi amor. No supe qué hacer. Salí sin rumbo, con lo que llevaba puesto y pensando en si debía regresar a mi casa y enfrentar a mi mamá, que se iba a poner como un cocodrilo hambriento. Sin saber de dónde, apareció Eusebio, el chofer de doña Ferní, y me llevó a su casa. No me dio mayores explicaciones. Ella fue la única que me acogió, y ha sido muy amable conmigo. Arregló para mí la habitación en la buhardilla en la que ahora vivo, y cada vez que llega tu mamá con alguno de tus hermanos de visita, tengo que correr a esconderme. Cómo me gustaría poder correr contigo, a escondidas. A veces me tengo que quedar varias horas en silencio porque no quiero meterla en líos, nadie sabe que me hospeda.

Su muchacha del servicio, Jovita, es muy amiga de Ninín. Por ella me enteré de que estarás por lo menos seis meses más por allá, y que en tu casa tu mamá llora y tu papá cada vez está más

gruñón, habla menos y está más ausente que nunca. Parece que están teniendo problemas entre ellos. De nosotros nadie habla, somos un tema tabú.

No pude verte antes de que te fueras porque no me dejaron. Ese día pasé varias veces por tu casa. Ni siquiera pude llegar a tocar el timbre porque el chofer de tu padre me encaró como un perro guardián y no paró de repetir como un autómata: «La señorita no quiere verlo. La señorita no quiere verlo. La señorita no quiere verlo». Me sentí devastado al saber que te habían sacado del país como si fueras una criminal.

Traté de contactar con tus hermanos. Ninguno quiso hablarme, creo que tu papá se los prohibió, y ya sabes que le temen. Solo Lisa, a quien busqué el otro día a la salida del colegio, me contó que estabas bien, aunque triste. No estés triste, por favor, no soporto que lo estés por mi culpa, pronto nos volveremos a ver e iremos de paseo por el río para ver el atardecer. Aunque no puedo negarte que yo también me siento muy triste y que te extraño. Nunca hubiera querido que las cosas pasaran de ese modo. Siento haber abierto la boca, pero sé que me entiendes, tenía que hacer algo por nosotros. Después de conocerte, era imposible ser sacerdote.

Todo ha sido tan rápido, tu ida, mi salida del seminario, el repentino silencio de tus hermanos, y yo aquí solo, pensando en ti.

Doña Ferní, con sus contactos, me ayudó a conseguir una universidad fuera del país. Aquí me cerraron las puertas porque mi tío, con tal de que me ordenara de sacerdote, movió todas las influencias para que no me recibieran en ninguna universidad, ni siquiera me permitieron presentar el examen de admisión. No puedo imaginar la historia que les contó. El pobre creyó que yo regresaría con el rabo entre las piernas, pero se equivocó, soy más fuerte que él, no me conoce, si tomo una decisión, no hay quien la cambie, «patrás, ni pa tomar impulso», como dicen por acá.

Ya sabes que se me dan bien los estudios y, gracias a mi buen promedio, me dan una beca completa en Madrid para estudiar Medicina, y doña Ferní va a pagar el resto de los gastos. Dice que soy como el hijo que perdió y que tiene un deber que cumplir. Es increíble conmigo, ni siquiera le ha dicho a mi tío que estoy en su casa, a pesar de que él anda buscándome como loco por toda la ciudad. Le divierte guardar el secreto y verlo desesperado. Yo se lo agradezco, no tengo más que esta opción.

Me voy mañana a España, desde allá te escribiré. Todos quieren que te olvide, creen que soy poco para ti, a lo mejor lo soy… Te hago sufrir, pero no puedo sacarte de mis pensamientos. Regresaré para ser un buen médico, tal vez tenga suerte y tu papá me acepta y mi tío entiende que no eres un capricho. ¿Qué sabe él de amores? ¡Es un amargado!

Nos veremos todas las vacaciones, te lo prometo, nada me impedirá ir a buscarte. No sé qué más decirte… No me olvides. Eso, por favor: no me olvides.

Te escribiré cada vez que pueda, todavía no sé dónde voy a vivir, solo sé que, sin importar qué tan lejos estemos, mi amor por ti siempre será el mismo.

Te adoro,

Santiago

Releí por lo menos veinte veces su carta. Mis ojos se hincharon como los de un sapo después de llorar toda la tarde. No me quedaron lágrimas y entendí que el alma era el lugar en donde se localizaba el sufrimiento amoroso, me dolía tanto que apenas podía respirar. Entré en un letargo que duraría los seis meses que faltaban para terminar mi exilio.

No recibí más cartas ni supe más de él. Había desaparecido de Colombia y lo único que me

quedaba era imaginarlo en una realidad alterna que no tenía nada que ver conmigo.

No conocía Madrid, ni siquiera la imaginaba. Fui a la biblioteca del colegio y saqué un libro de historia en el que aparecían fotos de la ciudad en blanco y negro. Las grabé muy bien en mi mente para imaginar a Santiago cada vez que quisiera, caminando en una de esas calles o sentado en alguna banca de parque de esa gran ciudad europea.

Pero como todo, lo bueno y lo malo, las tristezas y las alegrías, mi año en Estados Unidos llegó a su fin.

—Es hora de que retome su vida —dijo mi papá en una breve llamada de teléfono, casi gritando por el auricular, como lo hacíamos por costumbre al llamar al exterior.

Mi madre pasó al teléfono. Me explicó lo emocionada que estaba por verme y por los pocos días que faltaban para mi regreso. Entonó su voz más dulce para darme instrucciones de cómo empacar en la maleta toda la ropa bien extendida para que me cupieran muchas cosas.

Me despedí de los señores Vince y nunca más supe de ellos. Como único recuerdo de aquella época, me quedé con una foto de mi llegada en la que aparecía el perro y al fondo se veía la deslumbrante nieve que cubría el camino de entrada al hogar que me acogió en mi año de mayor desconsuelo. Así como me enviaron sin explicaciones de por medio, de esa misma forma decidieron mi regreso.

XI

No importa cuántas veces te hayas marchado o el tiempo que estés fuera. Tampoco importa el motivo ni qué tan bien o mal te la hayas pasado. La sensación de volver al hogar es siempre maravillosa, alerta todos los sentidos. Reconoces de inmediato olores y sonidos con los que te identificas, los que te formaron. Te da sentido de pertenencia. Te regresa a tu centro.

El vuelo aterrizó en la tarde. Me recogieron en el aeropuerto el trío de mujeres que darían soporte a mi niñez y adolescencia: mi madre, Ninín y Lisa. En el recorrido de vuelta a casa, me percaté por primera vez de que no vivía en una montaña cualquiera, vivía en la monumental cordillera de los Andes que bordeaba la ciudad al oriente. Descubrí con asombro que el sol ecuatorial pegaba de lleno sobre la vegetación y que la intensidad de la luz que bañaba las laderas de los cerros era la responsable del verde Prismacolor, intensificado por el contraste con el azul ultramar del cielo sin nubes. Si no me hubiera ido, mis ojos acostumbrados a la misma luz no habrían reaccionado a la belleza que se presentaba de frente y me daba la bienvenida a mi ciudad natal.

Llegué por segunda vez al hogar como el día de mi nacimiento, sin mucha fiesta ni larga espera, pero con las mismas miradas de asombro a mi alrededor. En esta ocasión, de mis hermanos y de mi papá, que no daban crédito al volumen de mi cuerpo. ¿Quién no se engorda en Estados Unidos? Fueron doce meses nutriéndome con lágrimas de tristeza, lectura con galletas dulces, refrescos y alimentos ultravitaminados.

Las mujeres fueron más discretas y guardaron silencio. De inmediato, Ninín me sometió a una dieta estricta, sin harinas ni postres, que me permitió regresar a mi talla en cuatro meses. Qué bueno que Santiago no estaba en Colombia, estoy segura de que se habría asustado al verme y me habría llevado como caso de estudio a su universidad: «Paciente del trópico con inflamación generalizada por tristeza y frío en las tierras del Norte».

Pasaron varios días en los que estuve sin hacer ninguna actividad, aclimatándome. Seguía la vida diaria con las rutinas de casa, siempre saturada de gente. Volví al mismo colegio, a un grado más abajo porque las directivas no quisieron validarme los estudios realizados en otro país. Las niñas del salón me recibieron recelosas. No era un buen momento para la entrada de una alumna nueva a un curso consolidado al que le faltaba dos años para graduarse.

La profesora de francés me bajó puntos en la calificación todas las veces que tuve que leer un texto, porque tenía, según ella, pronunciación gringa. La de psicología, sin importar el trabajo que entregara, me calificaba con bajas notas en tareas y exámenes, estaba convencida de que era muy liberada por haber llegado de Estados Unidos y que esa era la manera de doblegar mi carácter. La directora de grupo, por su parte, decidió que yo mantenía a propósito la blusa muy abierta, y cada vez que pasaba a mi lado decía: «Un botón más y pierde la inocencia», indirecta que me obligaba a abotonarme la blusa hasta el cuello, lo que me hacía ver ridícula. Tan pronto como ella se alejaba, yo la desabotonaba para respirar con tranquilidad. El profesor de Química, uno de los dos hombres que enseñaba, tenía el descaro de pararse al final de la escalera para verme subir al salón bamboleando mi falda. La clase de Manualidades era el único respiro entre tanto agobio. La criticábamos porque no creíamos necesario aprender punto de cruz o tejer, sin

entender que eran momentos valiosos en los que conversábamos en grupo y fortalecíamos nuestros lazos y propósitos de mujeres del mundo moderno, con una arraigada creencia en nuestra capacidad para cambiar el entorno dirigido por hombres en el que vivíamos.

La llegada del recreo a mitad de la jornada era una amenaza palpable que sentía como un vacío en el estómago durante las primeras cuatro horas de clase, como cuando mascas chicle por mucho tiempo y se te llena el abdomen de aire. Debía buscar con quién sentarme a comer, y me invadía un malestar que no lograba espantar: la sensación de no pertenecer, de ser una niña nueva que no encajaba. Fue un año difícil. Me costó trabajo adaptarme a un nuevo salón y ver a mis amigas, con las que había compartido ocho años de mi vida, en el grado de arriba, ignorando mi regreso. Solamente disfrutaba de las clases de Literatura e Historia que dictaba el mismo profesor, de manera tan divertida como estricta.

Las amigas no fueron mi fuerte. Esa manía permanente de las mujeres de ser implacables con las de su mismo género, porque sí y porque no, me contrariaba. Los chismes, por una u otra razón, iban y venían sin descanso, y la tendencia a que el lugar de la popular lo tomara la que más desacreditara a la otra, era crueldad pura.

En ese entonces, como ahora, no perdonaban ser llamativa para los hombres; si lo eras, no te salvabas de que tarde o temprano te inventaran una mentira que lastimara. Había algo en mí que atraía al sexo opuesto, una característica desfavorable para el medio en el que me desenvolvía. Ese «algo», que ni yo entendía, era reprochable.

Fue mi padre quien me salvó del estigma de que ser atractiva era malo, con un comentario que hizo un día que corrí a saludarlo: «Mina, con esa sonrisa harás feliz al hombre con el que te cases».

Me lo creí. Sin embargo, no fue suficiente para dejar de sufrir por verme como me veía, por tener un cuerpo proporcionado y por gustarle a los hombres. Cuántas veces quise pasar inadvertida.

Una de mis compañeras, poco agraciada en su físico, por decir lo menos, y con una lengua mordaz, no me perdonó ser amable y menos aún que las miradas de los hombres se posaran en mí. Me convirtió en el centro de sus difamaciones. Lidiar con ella fue un tormento. Su habladuría y capacidad de intriga distorsionaban la relación que yo había tenido con Santiago y de la cual ella se había enterado porque su mamá frecuentaba, al igual que la mía, a doña Ferní. Por todos los medios intentó dañar mi reputación y me causó daño. Inventó que me habían mandado a Estados Unidos porque estaba embarazada de un cura y que allá había abortado. Hubo quienes quisieron creerle y me rechazaron de grupos de trabajo o, peor, me excluyeron de reuniones y salidas. Me lastimó su malicia y decidí no socializar con nadie de mi edad. Al tomar distancia, evitaba defenderme o dar explicaciones, pero cada vez que no respondía a sus calumnias, ella comentaba con cizaña: «El que calla otorga».

A esa misma excompañera me la encontré veinte años más tarde en la inauguración de la librería de una querida amiga. Estábamos varias conocidas de aquella época en el patio del lugar, sentadas en una mesa redonda. Conversábamos animadas y nos poníamos al día sobre nuestras respectivas familias, profesiones y trabajos al cabo de tantos años de no vernos. Ella, que tenía varias copas encima, iba de un grupo a otro, caminando con desinhibición y trastabilleo, y coqueteaba con cualquier hombre que le pasaba por delante. De pronto se acercó por la espalda, posó la mano en mi hombro, llamó la atención de los presentes dando golpecitos con el anillo de su dedo anular en el vaso con whisky que sostenía y, articulando con dificultad las palabras, pero despacio y fuerte para que todos los de la mesa la escucharan, dijo: «¿Y usted sigue igual de

puta?».

Todos la miraron con desconcierto y al instante agacharon la cabeza. El momento fue tenso, incómodo. Ella, sonriendo con 'su logro', se alejó con el trago en la mano y atrapó a su presa, un ejecutivo joven de camisa planchada y corbata floja con el que se encerró en el baño del lugar. La mesa quedó en silencio por lo que pareció una eternidad. Al fin, sin hacer contacto visual entre nosotras, la conversación se reanudó. Nadie, por educación, hizo alusión a lo que acababa de ocurrir. Dejé pasar un rato y me despedí. Quería llorar. A mi edad adulta aún sentía la humillación y la vergüenza de la adolescente vulnerable que no sabe defenderse ni enfrentar un agravio. Me lastimó su malicia. Por fortuna, para ese entonces la vida me había curtido, y el dolor duró una sola noche en la que estuve muy enojada conmigo misma por no tener el valor o la astucia de contestar sin quedarme pasmada. Cuántas veces quise cambiar y ser capaz de defenderme de las palabras soeces y de habladurías, pero me volví vieja siendo la misma. Nunca pude insultar a nadie y, por lo general, terminaba recriminándome por lo tonta que había sido y fabricando en mi cabeza discursos extensos de lo que debía decir la próxima vez.

Los dos últimos años del bachillerato –inmersa en ese ambiente de tensión permanente que se respiraba en un colegio de niñas– fueron agotadores, y mi úlcera infantil reapareció. Esta vez no le dije nada a nadie y viví con el dolor en la boca del estómago y la constante acidez que me atormentaba. Añoraba a Santiago, o la idea que tenía de él. Se estaban borrando varias imágenes vividas y los días pasaban indiferentes. Imaginarlo en las dos fotos en blanco y negro de Madrid que se repetían con monotonía en mis sueños se volvió aburrido e irreal. Busqué cómo distraerme. Me concentré en leer todas las novelas rusas de la biblioteca de casa y en escribir mis aflicciones de adolescente en interminables párrafos para compensar otro largo año sin verlo. Vivía de sueños. Lo pasé mal, y mi refugio emocional fueron mi habitación y mis letras, en compañía de un pequeño perro que había llegado perdido a la puerta y que adopté para descargar en él toda la ternura que tenía por dentro y que no sabía en dónde o en quién depositar.

El adorable animal me recibía batiendo la cola sin importar mi estado de ánimo, justo lo que necesitaba para alejarme de la relación con humanos de mi edad. Lo llamé Lonely, el nombre más cursi que pude encontrar. Era un coker spaniel de pelaje dorado, orejas largas y mirada comprensiva. Me acompañaba horas y yo le hablaba como a un amigo. Sin embargo, esa felicidad momentánea duró poco. Una tarde, el animal dormía a los pies de mi cama y la Bíchira entró apresurada. El perro se asustó y se lanzó a morderla. Le clavó los colmillos en la pantorrilla. Mi padre, al día siguiente, buscó su pistola en el armario con llave de su habitación, arrastró al perro tomándolo de la correa del cuello hasta el jardín y lo mató de un tiro que retumbó en mi cabeza durante muchas semanas. «No podemos tener en casa un perro agresivo», sentenció. Varios oyeron el disparo, pero nadie dijo nada, y siguieron con sus tareas de rutina, como si ese acto de violencia fuera normal. Reemplacé la tristeza por la ausencia de Santiago con la tristeza por la muerte de Lonely, el perro que me había salvado de la depresión.

Los días eran cada vez más monótonos y difíciles. No tener amigas en un colegio de niñas era insoportable. Encontré a Malena, mi versión de pelo negro. Éramos parecidas en nuestro físico, muchos creían que éramos hermanas. Teníamos en común la meta de ser mujeres independientes, un amor imposible, las ganas terribles de ser amadas por un hombre, y todos los prejuicios de adolescentes que nos hacían pensar que el amor debía estar al servicio del sufrimiento. Nos hicimos expertas en alimentar el desasosiego con canciones tristes, poemas de olvido y películas dramáticas. Nuestra intención era trabajar en cualquier cosa –si lográbamos ser azafatas, aún mejor– para tener dinero y escapar, yo, a visitar a Santiago a Madrid, y ella, que era

más afortunada, tendría que ir a Medellín, a pocas horas de distancia. Sin Malena, esos años de colegio hubieran sido insoportables.

Nuestros planes eran sencillos e inocentes: ir a casa de la otra, hablar largas horas, ver televisión, llorar de desamor e ir a comer una pizza o un helado si encontrábamos quién nos llevara, porque teníamos prohibido salir solas. Las cervezas y el licor más fuerte llegaron después.

Al terminar el colegio y graduarnos, Malena se fue un año a Francia para aprender el idioma, y regresó cambiada. Nuestras tardes de confidencias ya no se dieron como antes, ella venía con ganas de conocer a otras personas, de hacer nuevas amigas, y tomamos diferentes caminos. No encajaba yo en su mundo ni ella en el mío. Me refugié aún más en mis libros. Ella descubrió la parranda y el trago, también la sensualidad que tanto tiempo había estado dormida tras su cola de caballo y los brackets que usó mientras fuimos estudiantes.

Nos vimos a través de los años en las escasas ocasiones en las que coincidimos en la fiesta anual de la generación del colegio. Cada vez tuvimos menos cosas en común. Un día le perdí la pista, me dijeron que se había ido a vivir a Europa.

Empecé a asistir a una que otra fiesta para evitar la cantaleta de Ninín, que insistía en que saliera antes de convertirme en una joven amargada y fea.

—Ese pajarraco no va a volver —decía con desprecio—. Salga y diviértase, sumercé.

—Claro que sí volverá, y mejor no diga nada, que va a traer la mala suerte —le recriminaba yo.

Las minitecas estaban de moda. Muchachos de nuestra edad con consolas de música y luces de colores que se adaptaban al lugar en el que eran contratados para amenizar fiestas y graduaciones. Con el afán de escapar a la mirada de los hombres, en una de esas fiestas me escondí tras los aparatos eléctricos, los cables y los discos. Ahí me encontró Raúl, un chico tímido, dueño de la miniteca de moda, que escondía su inseguridad detrás del barullo y de la música disco. Nos hicimos amigos y lo acompañé a muchas fiestas. Aprendí todas las canciones de entonces y disfrutaba de ver bailar a los otros. Raúl intentó besarme más de una vez. Le dejé claro que ya tenía novio y que lo único que deseaba era compañía. Lo aceptó sin preguntar y siguió invitándome todos los fines de semana a las fiestas. Fuimos grandes amigos, aunque nunca supe dónde vivía o quiénes eran sus amigos. Un día desapareció sin más. Le perdí la pista como a Malena, pero su amistad desinteresada y llena de música quedó grabada en mi mente.

También encontré muy alterado el ambiente en casa con el paso de los meses. Mis padres se veían cada vez más distantes. Mi mamá contestaba con hostilidad a cualquier pregunta que le hacía mi papá, y él la descalificaba ante nosotros siempre que daba una opinión. Una de las cosas que recuerdo con más fastidio eran esos momentos en los que ella, una mujer inteligente, intervenía en una conversación y sentaba una posición, y él le decía: «Lo leíste en tu revista Selecciones, ¿verdad?», dándole a entender que sus lecturas eran vacías y superfluas. Mi padre no se daba cuenta de que con esas palabras de humillación excavaba a pellizcos el túnel profundo en el que se acumularía, año tras año, el desamor. Esos momentos de violencia verbal disfrazada de erudición fueron creando capas sutiles de dolor hasta formar en el interior de mi madre un sedimento intangible llamado enfermedad.

Cada uno de mis hermanos tenía sus propias actividades. Me llevaban tantos años que haber estado lejos de casa fue la excusa perfecta para sacarme de sus vidas, las únicas personas con las que seguí conviviendo fueron Lisa y Ninín, y, como un evento milagroso, la relación con mi madre se fortaleció.

XII

El día que empecé mi último año de clases, lista para salir a tomar el bus, me encontré con la sorpresa de que en adelante mi madre me llevaría al colegio. Se había inscrito a un curso para preparar quesos en la escuela técnica de la ciudad y le quedaba fácil dejarme de paso. En esos recorridos matutinos, que duraban entre quince y veinte minutos, me enteré de más historias sorprendentes que en el resto de mi vida. De un día para otro me convertí en su confidente y amiga. Empezamos a jugar, como cuando yo era niña, a armar historias a partir de una palabra hasta llegar a la distorsión total de la realidad e inventar nombres inexistentes. Creamos una atmósfera de intimidad entre nosotras que perduraría en mi edad adulta.

No tardó en llegar su primera revelación, y lo hizo como las heladas de la madrugada que golpean a la Sabana de Bogotá y calan los huesos.

—Tu papá tuvo otra mujer por varios años.

Yo guardé silencio. Estaba sorprendida y no supe qué decirle.

—El año que estuviste en Estados Unidos fue el más difícil. Decidí enfrentarlo: la dejaba a ella o me dejaba a mí. Ya no podía resistirlo. No la dejó de inmediato y pasaron meses en los que nuestra relación se enfrió. Un día, al levantarse, balbuceó: «Ya la dejé». Lo que nunca le conté es que también dejó el dolor y sembró el desamor dentro de mí.

No me atreví a interrumpirla mientras se desahogaba. Mi mamá siguió hablando sin volverse a mirarme ni una vez. Pasaba el dorso de la mano varias veces por su frente como si estuviera espantando las ideas.

—La conoció igual que a mí, postrada en una cama, enferma y a punto de morir. Le salvó la vida y se enamoró de ella. ¿Te imaginas? Qué ironía, la misma historia de cuando nos conocimos, pero esta vez yo jugué el papel de la vecina abandonada. La gran diferencia era que yo tenía diez hijos y no sabía qué hacer. Una tarde le mandé a su consultorio, en un pequeño sobre blanco, mi argolla de casados partida en pedacitos. La destrocé con un martillo y un cincel, así como él había roto nuestro amor. He tratado de perdonar y olvidar, pero todavía no puedo, y no sé si podré. Si te parecemos un poco raros y distantes, ya sabes por qué es. Estuve a punto de irme, de abandonarlo todo, pero ¿a dónde? Y además no tenía dinero suficiente, aunque he vendido cuanta cosa he podido, he tomado miles de cursos y he ahorrado toda la vida. La verdad es que el dinero no fue el impedimento, si no me marché fue porque estaban ustedes diez antes que mi tristeza y mi rabia. No creas que me faltaron ganas, Mina —reiteró—. Él aún se muestra impávido, como si nada hubiera pasado, pero sí pasó, y me lastimó mucho. Lo era todo para mí.

Me sentí débil y pequeña ante su confesión. Yo, que no tenía que ahorrar ni había sido engañada, y me quejaba de mi desgracia. Con el desamor y la infidelidad encima, mi madre siguió con su vida y nunca la oí quejarse. Me reproché el ser una verdadera tonta. Tenía exceso de amor y comprensión, nada podría justificar mis lamentos. Quizás había algo en ella que yo quería replicar.

Era verdad, mi madre había ahorrado toda su vida y siempre mencionaba la importancia de guardar dinero para las eventualidades. Esa capacidad de ahorrar, una de las tantas cualidades que yo exaltaba en ella, la motivó desde los primeros años de matrimonio a confeccionar su

propia ropa y a tomar clases de alta costura con un modisto que se decía parisino y que enloquecía a las señoras con sus finos modales. Creo que fingía el acento nasal y era de algún pequeño pueblo del interior de Colombia. Pero eso no importaba, tuvo la habilidad para conquistar a las señoras 'bien' de la ciudad y enseñarles a usar los patrones de algún modelo que traía la revista Burda.

No logré aprender de mi madre esa habilidad para ahorrar, pero bien que me contagié de las ganas de inscribirme en cuanta clase encontraba. Por supuesto, nunca me inscribí en ninguna. Terminé por rendirme ante la certeza de que las clases que ella tomó a lo largo de su vida no eran ni para ahorrar ni para aprender a coser, sino la única manera en que podía escapar del bullicio permanente de una casa con diez hijos, tres empleadas domésticas, dos perros, el gato recogido de la calle, las burbujas del filtro del acuario y una lora de risa demente que quién sabe cómo llegó y que repetía sin cesar: «Lorenza quiere cacao, Lorenza quiere cacao».

Esta costumbre de guardar sus pesitos la conservó hasta que yo fui adulta y le sirvió para tomar decisiones importantes sin «pedirle permiso» a mi padre, quien la sometía con el yugo de la dependencia económica, al igual que hacía con todos sus hijos.

Ahora entiendo que, sin proponérselo ni imaginarlo, esos esfuerzos de autonomía nos enseñaron al clan femenino a buscar diferentes formas de liberación y a alejarnos del esquema de la mujer mantenida por su esposo. Sin embargo, la sociedad de la que formábamos parte no estaba lista para ese tipo de mujeres, y tuvimos que enfrentar una permanente lucha interna entre los roles de la mujer en casa y la mujer profesional, sin saber cómo conciliarlos. Las críticas ácidas de otras mujeres dedicadas en exclusiva al hogar nos alcanzaron, pero el reto más grande al que nos enfrentaríamos no sería la crítica, sino la gran dificultad de conseguir los ingresos suficientes por los que se medía el éxito en el mundo de los hombres. Faltarían generaciones para que cada género empezara a acomodarse en su lugar.

Poco le importaban a mi madre la época y el qué dirán, pero sí la infidelidad de mi padre y sus palabras. Estaba herida. Tal vez lo que compartíamos eran esas heridas por la pérdida del primer amor o algo tan simple como el dolor que deja la desilusión. Entendí su sufrimiento desde mi perspectiva de abandono, y seguí escuchando sus relatos más íntimos sin atreverme a interrumpirla ni a preguntar nada. Cada mañana continuó con la historia de su vida amorosa, con el impulso de quien ha callado por años:

—Me escapé con tu padre para casarnos a escondidas. Él no había terminado la carrera de Medicina y yo era una mocosa diez años menor que él. Me enamoró con cartas llenas de promesas de amor, que, como podrás notar, no se cumplieron. Las mandaba a través de mi vecina y amiga Dolores. Tu abuelo no lo dejaba visitarme tan a menudo como él quería, nos mantenía en continua vigilancia y tampoco nos permitía tener ninguna conversación privada. En esas cartas me declaraba su amor y exponía los más hermosos sentimientos que nunca fue capaz de decirme de viva voz. ¿En qué momento dejó de quererme? No lo sé. ¿Cómo no me di cuenta? Por tonta —se preguntó y contestó a sí misma como si yo no estuviera en el asiento de al lado.

Siguió con el relato de las visitas y con los pocos paseos que pudieron dar con chaperonas, por lo general tías a las que había que distraer para tomarse la mano o darse un beso. Recordó, con tristeza en la mirada, la vida de recién casada en un pequeño pueblo en el que mi papá prestó su servicio como médico para cumplir con el año rural que exigía el gobierno para obtener el título profesional. Por amor renunció a todas las comodidades de la ciudad: la cama mullida, los baños de agua caliente, la ropa recién planchada y el tiempo para leer que, en su nueva vida, usó para limpiar y cocinarle al ahora doctor del pueblo. También aprendió a cocer las heridas de los

descalabrados y de los hombres con cortadas de machete; a inyectar, a vendar y a darles consuelo a las madres con niños enfermos. No se arrepentía de la experiencia, me dijo, porque eso la había preparado para enfrentar la vida como viniera.

Al parar en un semáforo en rojo, guardaba silencio. Supongo que se sumía en los recuerdos que más le ardían y se cuestionaba en silencio por qué ese gran amor se había esfumado. Al cambiar la luz a verde, continuaba con el relato como si se tratara de la vida de otra persona. Yo esperaba con ansias la mañana siguiente para seguir escuchándola. Ser su confidente me convertía en un ser especial, cercana a esa madre que en la niñez había estado lejos y a la que todavía no le había perdonado su falta de interés por el dolor que sentí el día que me enviaron lejos de Santiago y de todo lo que tenía algún sentido para mí.

Esas historias me hicieron su cómplice no porque mis otros hermanos no las supieran, las sabían y las habían vivido en carne propia, cada uno a su manera, sino porque yo fui la depositaria de sus emociones y, de alguna manera, de su rabia en un mundo interno en el que no se hablaba del comportamiento de un miembro de la familia y en el que se callaban todos los dolores, tanto físicos como emocionales. Un mundo donde romper el código de la entereza era inadmisible. En casa, nadie nunca lloró o se quejó de algo en público, nadie nunca supo del sufrimiento de otro, éramos una familia consolidada y nuestra fortaleza radicaba en silenciar todo lo que podía quebrantarnos.

Otro día comenzó con la historia de la llegada de Ninín a nuestra casa, antes de que yo naciera. Ninín era la única confidente y depositaria de todas las historias de la familia, las que se podían contar y las que no, y también de los efectos materiales cuando fue necesario. Mi madre nunca olvidó las palabras de la abuela el día que le enseñó el regalo de doña Ferní y adjudicó las lágrimas derramadas a aquellas perlas. No fue capaz de deshacerse de ellas y se las entregó a Ninín para que las escondiera con la ilusión de que las lágrimas no salieran del fondo del cajón. También le confiaba su joyero cuando salía de viaje y la llave de la puerta del armario en donde guardaba, entre otras cosas, el cuero del diablo.

Supe que ambas tenían la misma edad y que antes de trabajar en nuestra casa, Ninín había estado en la de mi abuela paterna, a la que llegó con catorce años. Salió de su pueblo natal, San Joaquín, a pocas horas de la ciudad, en una mañana tibia en que la torre de la iglesia estaba cubierta de neblina y las campanas no habían sonado. Como tantas niñas de pequeños pueblos, fue enviada a trabajar en la capital para ayudar con el dinero de su sueldo a la manutención de su familia. Sus hermanas trabajarían también con nosotros, se entrenarían «en la casa del doctor» y, con los años, se convertirían en nanas. Eran mujeres con un don especial para volcar su amor en niños de otros y convertirse en los personajes presentes a toda hora y por toda la eternidad en las quintas y mansiones de la gente acomodada. Mujeres a las que nadie jamás les preguntó qué sentían o soñaban. Mujeres atemporales, sin estilo ni vida propia. Mujeres que pasaban a un segundo plano o eran olvidadas al crecer los niños.

—¿Por qué nunca se casó Ninín? —le pregunté una de esas mañanas a mi madre.

—Pregúntale a ella. No puedo contarte lo que a ella le pertenece.

—Ya le pregunté una vez, pero sus ojos perdieron el brillo, me desvió la mirada, cambió de tema al instante y siguió ordenando los cajones del clóset en silencio.

—Solo puedo decirte que le rompieron el corazón, más o menos a tu edad, si mal no recuerdo.

—¿En casa de mi abuela?

—Bueno, en realidad yo la invité a trabajar con nosotros y ella no dudó ni un momento en

aceptar. Corrió a su cuarto, empacó la maleta y le pidió a tu abuela que le pagara la quincena y sin titubear le anunció que se iba a trabajar con «el doctor» ese mismo día. Para ese entonces, yo estaba embarazada de tu hermana Lisa, y ella, con ese carisma nato para los niños se hizo cargo de la bebé tan pronto nació, y luego de ti. Fue lo mejor que me pasó. Ha sido mi confidente incondicional. Yo sabía que estaba enamorada de alguien cercano a esa casa. Nunca me confesó de quién, no sé si fue de uno de tus tíos o de alguno de los tantos amigos que visitaban la casa de tu abuela. Lo que sí tengo claro es que fue un hombre cruel que tuvo la habilidad de engatusarla y de darle ilusiones falsas. Es terrible pensarlo ahora, pero en ese entonces era sabido que los hombres tenían sus primeras experiencias sexuales con las muchachas de servicio, a sabiendas de sus padres, que no hacían nada por evitarlo. No puedo decirte más porque no sé más. Ha guardado su secreto y yo lo respeto. Gracias a Dios no quedó embarazada, porque la historia sería otra.

Varias veces traté de tocar el tema, estaba segura de que sabía más de lo que me decía, pero me evadía. No logré sacarle la historia ni a ella ni a Ninín.

Otras veces hablábamos de cosas superfluas que nos divertían. Compartíamos nuestro gusto por la moda, el maquillaje y por algunos antojos como el pastel gloria de hojaldre relleno con bocadillo de guayaba. Reíamos como lo hacían las buenas amigas de colegio.

Casi al finalizar el año escolar, y anticipando que nuestras conversaciones matutinas estaban por terminar, me preguntó: «¿Te sabes la historia de doña Ferní?». Sin esperar mi respuesta se soltó en uno de esos monólogos tan propios de ella.

—Pues figúrate que su matrimonio fue arreglado. La enviaron a Colombia a casarse con un hombre veinticuatro años mayor que ella, lo que la hizo infeliz toda su vida. No tuvo elección. Es más, debía mostrar agradecimiento porque la familia de su esposo tenía una fortuna. Ser elegida por él entre muchas candidatas era, según su madre, un honor. El regalo de boda fue el hermoso ajuar de perlas. Para esconderlo de los ladrones, fue enviado de contrabando por la familia de su marido desde el Líbano entre bultos de trigo sarraceno. Ese mismo que ahora es mío y que a veces uso en los grandes congresos médicos cuando voy de acompañante y que Ninín escondió por varios años. El culpable de las lágrimas de doña Ferní y de mi llanto interno y continuo.

»Doña Ferní lo odió desde el primer momento, según me confesó un día de aquellos en los que se le soltaba la lengua después de varias copitas de cherry brandy. Estaba convencida de que esas perlas cargaban todo el odio que tenía por su marido, por su destino y por haber sido alejada de su tierra con mentiras. Me contó también que tenía la obligación de usarlas en todas las reuniones importantes, y cada vez que se las ponía le recordaba su miserable vida. Por eso me lo regaló el día que se enteró de que su hijo Aníbal había muerto. Era una manera de dejarlo atrás y de cerrar de una vez por todas la horrible vida que tuvo con su esposo.

»Imagínate, tener dieciséis años y que te envíen con un señor del doble de tu edad y de tu tamaño, barrigón, sudoroso, abotagado de alcohol, a un país con un idioma que no conoces, que huele diferente, lejos de tu familia y con miles de baúles repletos de vajillas, sábanas bordadas, cristalería, para convertirte en la señora de una casa inmensa. Qué ironía, a los dieciséis años, la misma edad en la que yo me fugué con tu papá para casarnos a escondidas, con la salvedad de que yo sí estaba enamorada y me fui con lo que llevaba puesto, unos calzones y un camisón para la noche de bodas que me compré con los ahorros de un mes».

Yo fijaba mi mirada en sus nudillos, que cambiaban de color de acuerdo con el secreto que revelaría. Empezaron a ponerse blancos por la fuerza con la que se aferraba al volante del carro, lo que me preparaba de algún modo para otra revelación que me dejaría sorprendida. Siguió

hablando casi sin respirar y con los ojos fijos en el camino.

—El marido le construyó, antes de que ella llegara, la casa que visitamos, y, la verdad, es divina, aunque un poco recargada, ¿no crees? Pero déjame que te cuente que lo más difícil de su historia es que un día, hace ya varios años, todavía guardaba ese aire de princesa exótica y no se hacía esas moñas como pasteles en su cabeza, debía tener como unos veintiocho años, más o menos calculo por lo que me ha contado, ya con su hijo Aníbal abandonando la niñez, tuvo un amante, un hombre algunos años mayor que ella y de quien se enamoró con locura. Obvio, un amor absurdo, porque él era su confesor y no renunciaría por una mujer a todos sus beneficios ni a la carrera eclesiástica, que iba en ascenso. Creo que todavía se quieren, sé que él va a verla una que otra vez y que son cercanos.

La miré atónita, con la boca abierta por lo que acababa de decir. Se dio cuenta de la imprudencia cometida y exclamó:

—¡Uy, esto no te lo debía contar! Es el tío de Santiago, el obispo arrogante que tu padre detesta. Bueno, ya se me salió, y ya eres grande y lo entiendes.

Claro que no lo entendía, esas cosas no se entienden de repente, y menos si a través de toda tu vida la imagen de un sacerdote es la de un hombre casto.

—Te pido que no lo repitas a nadie. Me lo contó hace poco, soy su amiga y prometí no decirlo; pero eres mi hija. En fin, la pobre mujer ha sufrido toda la vida.

Yo no cabía en mi asombro, y ella ni cuenta se daba, seguía y seguía.

—Ahí no para la historia.

—¿Hay más? —le dije levantando la voz—. Déjame respirar —añadí.

—¡Claro que hay más! Y respira —me advirtió con ironía—. Es una historia complicada. Una tarde, el marido los descubrió en su propia casa. No sé los detalles, si la estaba besando o si ya estaban en la cama, da lo mismo, el caso es que desde entonces la trató como esclava, no la dejaba ir sola a ninguna parte y, si tenía que salir, la seguía como perrito faldero ese antipático chofer que todavía tiene.

Mi mamá no sabía que ese chofer del que hablaba era para mí un héroe. Santiago en su carta me había explicado que era él quien lo había salvado de quedar en la calle el día que su tío lo expulsó del seminario como un perro.

—No sé cómo hacía para escaparse de la estrecha vigilancia impuesta por su marido, o si el chofer se volvió su compinche, pero se las arreglaba para verse con su amante, y cuentan las malas lenguas que el obispo, que hoy es todo amargado y rollizo, era encantador y bien parecido. Tenía facilidad de palabra y elegancia; pensándolo bien, debió tener los mismos encantos de su sobrino. Por esa época la conoció tu papá, llegó a su consultorio recomendada por una amiga, tenía un problemita médico y tu papá la atendió.

—¿Qué problema?

—Ay, Mina, haces muchas preguntas. ¿Cómo voy a saberlo si yo no estaba ahí?

—¿Muchas preguntas? —reclamé—. No me has dejado hablar.

—En fin, a tu papá lo visitan mujeres con historias dignas de una novela. De su época de seminarista él se creyó que tiene que guardar el secreto de confesión y nunca cuenta nada. Tu papá dice que le detectó un principio de cáncer, pero que la trató a tiempo. Y ella le ha estado agradecida desde entonces, por eso nos consiente y nos hace regalos especiales cada vez que vamos.

Los nudillos empezaron a perder su palidez y siguió con la historia, síntoma de que se había relajado un poco.

—Fue un alivio para ella la muerte de su esposo: un paro cardiaco que lo dejó como un pollo encalambrado en una madrugada de viento que se llevó bien lejos su alma de borracho. Para rematar la historia, su hijo se fue del país. Todos en la ciudad murmuraban que sus inclinaciones homosexuales se acentuaron por la ausencia de la figura paterna, una creencia estúpida. Después se mató en un accidente. De eso sí debes acordarte, porque fuimos a visitarla y a todos ustedes les impactó mucho verla a ella y a su casa vestidas de negro. Los chismes aseguran que iba en el carro con un muchacho que era su amante. Ya decía tu abuela que esas perlas traerían lágrimas, y mírame a mí, he soltado varias por cada perla de ese dichoso ajuar, y además…

Llegamos al colegio, mi mamá siguió hablando sola, ya no escuché nada más, mis pensamientos saltaron de un suceso al otro, me bajé muy sorprendida y azoté la puerta. Estaba enojada, aturdida con tanta información, y ella, como si nada, arrancó con un exaltado: «¡Nos vemos en la tarde! Hoy llevaré a casa un queso pera».

Estuve distraída todo el día; por fin se develaban varios misterios, en segundos y sin pedirlo, como pasa por lo general con los secretos.

Mi cabeza empezó a armar historias. Entendí la generosidad de doña Ferní con Santiago. Reemplazaba a su hijo muerto. Además, el hecho de ser el protegido del obispo lo hacía un arma de doble filo: podía usarlo para manipular emocionalmente a su antiguo amante, escondiéndole algo tan preciado, y a la vez usarlo, si era necesario, para pedirle algún favor. Me encantó su astucia. Regresaron todas las ideas que me había planteado de las mujeres que había querido ser y armé en mi cabeza una guía para consolidarme, agregué la astucia a la lista de cualidades que quería desarrollar.

Deduje que la oposición del tío de Santiago hacia nuestra relación era obvia, representábamos todo lo que él no pudo vivir, o tal vez quería a su sobrino en realidad y no deseaba verlo sufrir como él había sufrido con un amor imposible. Al obispo lo vi por casualidad en una que otra reunión en casa de doña Ferní y nunca me dio buena espina. Sus ínfulas de grandeza y su figura eran odiosas. ¿Cómo podía mi mamá compararlo con Santiago? El único parecido que tenían era la estatura.

En cuanto a mi madre, se hizo evidente que la indiferencia con nosotros y su lejanía se debía al tiempo que le dedicaba a mi papá, al principio para complacerlo, y con los años para tratar de perdonarle su infidelidad. Ahora era mi turno de curar el corazón de la sensación de abandono materno que fue llenada por Ninín durante mi niñez.

Mi cerebro trabajaba a gran velocidad. Por más que le di muchas vueltas al asunto, no logré entender la terrible decisión de mi padre de mandarme al exilio a un país como Estados Unidos. No me parecía suficiente razón las amenazas recibidas por el obispo. ¿Tendría que ver con su época de seminarista que acababa de recordar mi mamá, o con sus propias experiencias? Algún día lo averiguaría.

De parte de Santiago no llegaron cartas, tampoco sonó el teléfono. Nunca peguntó por mí. No falté a ninguna de las visitas que realizó mi mamá a doña Ferní porque yo sabía que era el único vínculo posible con Santiago, y de todas formas no logré descubrir nada. Cada intento de mi parte por tocar el tema fue fulminado con la penetrante mirada de mi madre. Mirada que dominaba cualquier situación.

Durante una cena en nuestra casa, en la que todos hablaban al tiempo, mi papá se dio cuenta de mi silencio y mi apatía, y se dirigió a mí con estas palabras:

—Mina, óigame bien, como dice el refrán popular: «Amor de lejos, amor de pendejos, y un clavo saca otro clavo», ya estuvo bueno, despabílese, deje la tristeza, alce el mentón, levante la

mirada y salga a conocer el mundo, que hay mucho por aprender. Hay que dejarse de tanta bobada. Usted ya fue y volvió. Ya pasó mucho tiempo y la vida sigue.

Todos guardamos silencio como siempre que hablaba mi papá, aunque fuera para pedir que le pasaran la sal. Mis hermanos voltearon la cabeza a ritmo de soldados y apuntaron sus miradas en mí cual pelotón de fusilamiento; yo levanté la mía con insolencia y enfrenté a mi padre con rabia.

—¿Por qué no me deja en paz?

Estaba a punto de llorar, con los latidos del corazón en las sienes y las miradas de asombro de todos clavadas sobre mi espalda mientras me alejaba de la mesa. Esperaban la orden autoritaria de mi papá para que me volviera a sentar con ellos, pero esta nunca llegó. No rompí el código, no lloré y mucho menos corrí. Me alejé despacio. Dominé cada músculo del cuerpo y la velocidad de cada paso que di hasta perderlos de vista.

Ninín y Lisa me alcanzaron en la habitación. En su compañía fue fácil dejar salir las lágrimas cargadas con el peso de las palabras pronunciadas por mi padre. Él tenía razón, aun cuando no me gustara. Los meses corrían sin recibir ni una señal de Santiago. Yo sabía que la carrera de Medicina era eterna. Por lo menos cinco años más entre especializaciones, prácticas y residencias. Para el momento en el que él regresara a Colombia, si es que regresaba, yo sería «una vieja de veinticinco años».

—No sea exagerada, Mina; él va a venir antes, ya verá. Por lo menos haga bien las cuentas, dentro de cinco años usted tendrá veinticuatro recién cumplidos, y a esa edad uno no es viejo todavía —aseguró Lisa con su habitual pragmatismo.

—A mí me parece bien que se olvide del pajarraco ese de mal agüero —insistió Ninín—. Ya le decía yo a sumercé que esto no iba pa ningún lado y sumercé no me hizo caso, y mire las consecuencias. Su papá tiene razón, no eche en saco roto sus palabras —añadió en el tono irónico que usaba para reprenderme—. Además —recalcó—, hay amores que no son, y ya. Son amores que hay que dejar ir antes de que les dé por vivir adentro de uno. Son amores malos que cortan los sueños y agrian las ilusiones como las gotas de limón en la leche. Hágame caso, sumercé, ya deje eso en santa paz, olvídese del asunto.

Cuando no tomas decisiones el día que corresponde, la vida, esa sucesión de eventos que no da espera, las toma por ti y sigue su curso.

No decidí nada, no hice nada, seguí esperando y sin darme cuenta, me alcanzó el año 1985, abarrotado de terribles sucesos, junto a mi tan esperada entrada a la universidad.

XIII

Muchas cosas terribles pasaron la segunda mitad de ese año. Las cuento ahora como las vi y sentí en ese entonces, aunque estoy segura de que no le hago justicia al dolor de tantas víctimas. Era privilegiada y me sentía culpable por eso, en vez de sentirme agradecida por no vivir en carne propia los horrores por los que pasaron miles y miles de compatriotas.

Como muchos de mi generación, aquel año viví la historia del país a través de los noticieros de la noche. En casa nos sentábamos en la sala de televisión a observar a través de la pantalla a los incivilizados terrícolas de nacionalidad colombiana como si fuéramos visitantes de otro planeta. Pasábamos de un extremo a otro de las capacidades humanas: de la ira y del odio a la compasión y la solidaridad; de las más conmovedoras lágrimas a la absoluta apatía; de las catástrofes causadas por el hombre a las que trajo la naturaleza; y de creer que éramos el centro de nuestro pequeño universo de comodidad a entender que no éramos nadie ante el dolor que escupió la caja de luz, noche tras noche, en esos fatídicos meses de fin de año de 1985.

El drama cayó en cascada. Empezó en septiembre con la noticia del terremoto en la Ciudad de México. Ahí se encontraba Mateo, el menor de mis hermanos, en un viaje de trabajo. La angustia generada por la incertidumbre de su paradero y la imposibilidad de comunicación generó una tensión desmedida. Logramos calmarnos un poco cuando uno de sus compañeros nos informó que estaba bien. La ciudad es grande, y Mateo había tenido la suerte de estar lejos de la zona en la que colapsaron varios edificios. Cómo imaginar que treinta y dos años después, en la misma fecha y en la misma ciudad, yo viviría la experiencia de ser sacudida por otro terremoto. Recordé, de inmediato, lo insignificantes que somos ante la naturaleza.

Luego noviembre llegó y embistió con fuerza. Ese día, mis amigos y yo nos encontrábamos comiendo algo en una de las plazas de la universidad antes de entrar a la siguiente clase, con la flojera propia de alumnos de primer semestre de Arquitectura, cansados y trasnochados. Estaba ocurriendo, sin saberlo, la toma del Palacio de Justicia por los guerrilleros del grupo subversivo M-19 y la represalia del gobierno, que mandó un cañonazo desde un tanque de guerra en plena plaza de Bolívar. Oímos un estallido de guerra y el ruido de varios helicópteros. Fui testigo desde la Universidad de los Andes del humo que, como señal, predecía los cientos de muertos que las llamas devorarían al siguiente día. No sabíamos de dónde venían los estrépitos y el alboroto. Se oían habladurías de que algo ocurría en la plaza de Bolívar, que el ruido era de balas y cañones y que lo mejor era que nos resguardáramos en nuestras casas lo antes posible.

Recordé las historias contadas por mi padre del famoso Bogotazo, aquel terrible 9 de abril de 1948, cuando él, como estudiante, vivió las revueltas y saqueos del pueblo enfurecido por el asesinato del líder político Jorge Eliécer Gaitán, una historia que podía repetirse. De inmediato, cada uno se fue a su casa. Mis amigos y yo no entendíamos a cabalidad lo que pasaba en aquel entonces. Hasta que estuvieron de moda las series sobre narcotraficantes colombianos, que revelaban en capítulos semanales los horrores de aquel tiempo –sin saber ya el límite entre la realidad y la ficción– no habíamos sido tan consientes de los motivos, conexiones y mezquindades que arrastraron a todo un país al dolor, la barbarie y la muerte. Como en su mayoría éramos estudiantes de universidades privadas, sin interés por la política, no estábamos al

tanto de las acciones del gobierno. Sabíamos poco a nada sobre la lucha que en varios frentes se daba entre los actores del conflicto. Los problemas del país no los comprendíamos, los veíamos por televisión, lejanos, como si aquello que ocurría en las ciudades y pueblos vecinos fuera un hecho aislado al otro lado del planeta.

Si bien el asesinato del ministro de Justicia Rodrigo Lara Bonilla, en abril de 1984, fue el detonante de la guerra entre el Estado y los cárteles de la droga, la toma del Palacio de Justicia marcó el inicio de la época de terror que viviríamos en la década siguiente. El grupo de narcotraficantes –encabezado por Pablo Escobar y que se hacían llamar Los extraditables– había realizado amenazas constantes a los magistrados de la Corte Suprema, quienes estaban por aprobar la ley de extradición a Estados Unidos. Nunca se supo a ciencia cierta si el ataque perpetuado por los guerrilleros del M-19 fue financiado por los narcotraficantes para desaparecer expedientes que los incriminaban o para intimidar a los jueces. Lo que sí se sabe es que, tanto para los guerrilleros como para el Ejército, fracasó la misión. Fue una catástrofe que terminó en un incendio que cobró vidas de civiles, soldados y guerrilleros, y dejó al pueblo colombiano en una confusión permanente. En lo sucesivo, los asesinatos de periodistas, jueces, policías y políticos, que se atrevieran a perseguir a este grupo de narcos, serían parte de las noticias de violencia diarias con las que tendríamos que aprender a vivir. Las cifras de muertos eran exorbitantes y respirábamos con miedo. Nos paralizaba la idea, cada vez más plausible, de que una próxima bomba activada por estos terroristas estallara cerca de cualquiera, en algún lugar público.

A los seis días, todavía sin tiempo para recuperarnos, estalló el volcán del Nevado del Ruiz. La avalancha de nieve y barro que corrió cuesta abajo sepultó a la ciudad de Armero con sus veinticinco mil habitantes y dejó a otros tantos sin hogar y sin propósito. Pasamos días acompañando en la televisión a Omaira, la niña de trece años que quedó enterrada hasta el cuello en el espeso y helado lodo, y que se convertiría en el símbolo de la paciencia y la entereza para miles de personas que fueron alcanzadas por un destino tan doloroso como inexplicable.

La algarabía acostumbrada en la mesa del comedor de casa se apagó. En cambio, se instaló un silencio turbio mientras seguíamos con atención los dramas que trasmitían los medios. Fuimos espectadores de los entierros individuales de la toma del Palacio de Justicia y de los colectivos, sin nombres ni fechas, y del desastre natural de la avalancha de barro que cayó sobre la ciudad de Armero. Llevábamos a cuestas el peso de la incredulidad y la impotencia, y no imaginábamos lo que nos faltaría por ver en los años siguientes. Nos olvidamos de las penas propias; el barro de la avalancha escurrió por el cuerpo; las llamas de odio se pasearon como fantasmas por el país; la indignación torturó el espíritu y vimos a un pueblo triste preparándose con el mejor ánimo posible para la llegada de la Navidad.

Otro fin de año de reuniones en familia de despedidas y duelos. Aunque para mí no todo terminó en tragedia –afuera se vivía un infierno– porque diciembre me trajo a Santiago de regalo. Día veinte, jamás lo olvidaré. Caía la tarde y tocaron el timbre. La Bíchira salió a abrir envuelta en su ruana. Llegó fatigada al estudio por la carrera a pasitos cortos tan peculiares en ella. Me encontró acostada en el sofá, con un libro en la mano, una taza de café en la mesa y la manta cubriéndome las piernas.

—Niña, niña, está en la puerta.

—¿Quién, Etelvina?

—Pos él. Don Santi.

—¿Estás segura? —le pregunté en alerta, solté el libro y me senté.

—No lo iba a reconocer yo, pos claro que es él. Le dije que esperara y que no se moviera de la puerta, que ya regresaba.

—¿No lo hiciste pasar?

—Pos no.

—Corre, dile que pase a la sala, que ya voy.

Estaba tan nerviosa, me calcé las botas, corrí al baño y miré apresurada mi imagen en el espejo, en un gesto inconsciente pasé las manos por la cabeza para aplacar los rebeldes mechones que se escapaban de mi media cola, pellizqué los cachetes para darles algo de color y alisé con ambas manos el pantalón que traía puesto. Mi turbación se confundía con el embriagante olor de la mermelada de ruibarbo que se cocía a fuego lento en la cocina, por lo menos una vez a la semana, e invadía cada rincón de nuestro hogar. Estaba mareada, las piernas me temblaban. Respiré profundo, doblé a la izquierda hacia el corredor que llevaba a la puerta principal. Caminé lo más erguida que pude a su encuentro.

Apenas dos años sin vernos y estábamos tan cambiados.

Él había abandonado el aire de niño bueno. Traía el pelo largo. Vestía jeans ceñidos al cuerpo y un suéter de cachemira morado sobre una camisa de rayitas que contrastaba con su piel aún más blanca por el invierno europeo; ya no usaba los anticuados zapatos negros de seminarista, calzaba unos mocasines de gamuza color café que le daban una presencia moderna y juvenil.

—Hola, mi hermosa Mina —me saludó tan pronto aparecí en su campo de visión, sonreía con esplendor.

—Hola, Santi —le respondí apuntando la mirada al quicio de la puerta, que lo enmarcaba como el primer día que entró en mi casa.

Qué bien se veía, mi recuerdo se había quedado corto. Mi corazón emprendió una rauda carrera y mis manos transpiraban. Su voz, que había olvidado, la sentí más profunda y fue sorprendente descubrir que su timbre me generaba corrientazos en el cuerpo como las caricias de antaño.

—Pasa —le dije y le mostré la sala con un gesto en la boca, sin quitarle los ojos de encima ni un instante.

Verlo ahí parado me dejó sin habla. Desde niña, al embargarme una gran emoción, la garganta se cerraba a las miles de palabras que mi cerebro producía. Nos acercamos poco a poco, cinco metros muy largos, con obstáculos llenos de imágenes, de sueños, de prohibiciones y abandonos.

En el momento en el que estábamos a centímetros de tocarnos y nuestros ojos leían los pensamientos del otro, aparecieron mi mamá y Ninín en el corredor.

—Santiago, le pido que se retire —exigió mi madre acompasando las palabras con el fuerte taconeo de sus pasos que se acercaban a nosotros—. Usted no es bien recibido en esta casa. Ninín, acompáñelo a la salida —Levantó el brazo en dirección a la puerta al tiempo que yo la fulminaba con la mirada y ella me la sostenía con las cejas levantadas. Me quedé atónita y mis palabras se empecinaron en no salir por varios segundos.

Santiago se dio media vuelta, despacio, sin decir nada, desafiante, sin dejar de mirarme, abriéndose camino entre mi mamá y Ninín que, como policías de banco, custodiaban la salida. Sus ojos brillaban. No pude descifrar si el sentimiento que flotaba en el corredor y que inundaba el aire era incredulidad, frustración, odio, tristeza o la fuerza del amor haciendo de las suyas.

XIV

Estás loca, mal de la cabeza; eres perversa! —le grité a mi madre sin desviar la mirada de la puerta de entrada por la cual Santiago había salido dejando la imagen de su nuca limpia grabada en mi retina como la tarde en que lo vi por primera vez—. ¿Qué?, ¿ahora a dónde me van a desterrar?, ¿Australia?, ¿Suráfrica? ¿Qué tan lejos quieres que me vaya? ¿Qué les pasa? —clamé con tal volumen que los perros en la cocina se asustaron y empezaron a ladrar y la lora hizo eco de mis reclamos con su risa estridente.

Corrí a la cocina, desconecté el teléfono, el cable de gusano se enredó en la manija del cajón de las libretas de los recados y los recibos por pagar. Con desespero, logré soltarlo y tomé apurada la libreta negra con las hojas divididas por pestañas con el alfabeto, en la cual mi mamá anotaba, según oficio o condición, los números de teléfono. En la «f», familia; en la «a», amigos, «p», plomeros y peluquerías, «e», electricistas, «d», doctores y droguerías, y así en lo sucesivo. Abracé los dos objetos como los tesoros más preciados y me los llevé al lugar más cercano que encontré: el cuarto de costura.

Entré y tras de mí cerré la puerta con seguro. Mi madre golpeó con insistencia para que abriera al tiempo que le gritaba a Ninín que buscara las llaves de los cuartos que tenía colgadas en su clóset por colores. Yo no le hice caso y me mantuve firme sin abrir la puerta. Mi enojo podría arrasar con todo, incluso con el respeto y admiración que le tenía, y ella lo sabía.

Ninín nunca apareció con las llaves y mi madre siguió con los gritos. Me encontraba a oscuras, abrazada a un teléfono y una libreta, enferma por la rabia. Deliraba entre los objetos del pasado guardados en aquel espacio que había sido la guarida de mi infancia. Al poco tiempo, llegaron varios de mis hermanos, curiosos por la gritería y los toques en la puerta que no cesaban.

—Mina, abre de una vez.

—Déjame ya, no quiero verte. Esta vez no te perdono —aullé enfurecida.

—Que abras te digo.

Oí a varios de ellos pidiéndole a mi madre que se calmara. Al final, la oí alejarse. Contuve con valor las ganas de llorar. Parecía que tenía una fuente inagotable de lágrimas en mi interior, ansiosas por salir. ¿De qué abuela habría heredado las ganas de llorar por todo? Encontré el interruptor y prendí la luz. Encontré también la conexión para el teléfono. Lo que pasaba fuera de aquel cuarto lo supe más tarde. Ninín ocultó las llaves y aseguró a mi madre que no las había encontrado. Ella ordenó a todos los que iban llegando que buscaran en cada rincón. Como no obtuvo resultados y presintió la conspiración en mi favor, se dio por vencida y se retiró. Busqué en la libreta el número de doña Ferní en la «a» de amigos y marqué. El timbre del teléfono sonó varias veces. Nadie atendía mi llamada. Al fin contestó Jovita. Esperé en la línea minutos eternos que incrementaron mi ansiedad, ya de por sí a su límite. Oí el eco de tacones acercarse al auricular al otro extremo de la línea y la inconfundible voz de mi más fuerte aliada en ese momento.

—Doña Ferní, llegó Santiago.

—Lo sé, hija, se hospeda conmigo.

—Mi mamá no me deja verlo. Tengo que hablar con él, ayúdeme, por favor.

—Ay, Mina, no hay mucho que yo pueda hacerr. Tienes las puerrtas abierrtas de mi casa, perro, si alguien pregunta, y más tu papá, yo no sé nada.

—Pásemelo, debo hablar con él.

—No ha llegado, dijo que iba a verrte y, por lo visto, las cosas no salieron bien.

—Por favor, dígale que tenemos que vernos.

—Querrida, si tu padre se enterra, dejarrá de hablarme. Tendrrás que arreglártelas por tu cuenta. Hay que ser prudentes.

—Sí, lo sé. Usted dígale que me las arreglaré para verlo. Que me espere en su casa.

—Ten cuidado, Mina. No vale la pena que te metas en problemas.

—Usted dígale, por favor —insistí.

—Le dirré —me contestó, y colgó.

No pude ir tan pronto como imaginé. Pasaron dos largos días. Mi mamá vigilaba cada paso que daba y tenía el teléfono confiscado en su cuarto. Una tarde en que bajó la guardia y salió «a hacer alguna diligencia», como solía decir si tenía algo que comprar o arreglar fuera de casa, logré escaparme con la ayuda de Ninín, quien por fin se compadeció de mi desesperación, no sin antes advertirme que, si preguntaban por mí o era atrapada, ella aseguraría no saber nada.

Caminé más de cuarenta minutos hasta la casa de doña Ferní. Me recibió con tales aspavientos de alegría que tuve que calmarme para no contagiarme y salir corriendo escaleras arriba a buscar a Santiago. Me ofreció el café de rigor y tuve que tomarlo.

—Te estás arriesgando, Mina.

—Lo sé.

—Prrométeme que no me vas a meter en líos.

—No se preocupe, doña Ferní, la única que sabe que he venido es Ninín, y ella no va a decir nada.

—Ay, Mina, es la primerra que le va a decir a tu padre.

—Le aseguro que no. Esta vez me lo prometió y fue ella quien me ayudó a salir de casa.

—¿Cómo llegaste hasta aquí?

—Caminando.

—Niña, estás loca, de regrreso que te lleve Eusebio, pero que te deje a una cuadrra de tu casa. Nadie debe saber que estoy metida en esto.

No logré concentrarme en lo que dijo a continuación. Yo miraba fijamente la escalera. Esperaba verlo descender. Jovita subió a la buhardilla para avisarle a Santiago de mi llegada. La misma en la que se había escondido la tarde que su tío lo insultó y que descubrí que era el matadero de chinchillas de mi imaginación, arreglado y ordenado para servir de hospedaje al amor de mi vida.

El tiempo de espera fue eterno. El tucán, insignia de esa casa y testigo de los años de ausencia de varios amores, estaba tan quieto que parecía disecado. Me miró fijo con su canica negra y me tranquilicé un poco. Santiago bajó con lentitud, parecían movimientos en cámara lenta. Se asombró con las atenciones que me prodigaba doña Ferní con galletas, dulces y café como en mi niñez, pero yo, que ya conocía su secreto de amor develado por mi mamá con detalle, sabía el porqué de su emoción al vernos juntos.

Nos fuimos a la misma terraza en que nos habíamos conocido sin saberlo en aquella fiesta organizada por doña Ferní con motivo de la visita del papa Pablo VI. Pasamos la tarde entre charlas, caricias y besos. Nos mecimos en un divertido columpio construido con sencillez por

Eusebio, el fiel chofer, con la base de resortes de una cama vieja y cubierto con un cojín capitoneado de una de esas telas de brocado con flores que importaba doña Ferní del Líbano para tapizar sus muebles. En un momento la imaginé en el columpio, con la vista en la baldosa de damero, yendo y viniendo entre la desazón y la esperanza, pensando en su tormentoso amor, como hacía yo en ese momento con el mío. Ahora que ya sabía su historia, el temor a repetirla en carne propia me perseguía. Sentí todo el peso de las palabras pronunciadas por mi abuela, ahora estaba segura de que las perlas salidas de esa casa eran una desgracia y que no podría escapar a la desilusión amorosa que marcaba a todas las mujeres que tenían que ver con ellas. No podía olvidar que yo había sacado la caja del ajuar de perlas de esa mansión, con orgullo y sintiéndome importante. Pedí con fervor que la profecía de mi abuela no me alcanzara con tanta vehemencia.

—Mañana me voy al Llano a ver a mis padres, pasaré Navidad con ellos —explicó Santiago acongojado, mientras yo descansaba mi cabeza en su pecho y él me consentía con ternura.

—Lo imaginé. Y yo, desde el 25 de diciembre, me voy con toda la familia a pasar el fin de año a una finca de tierra caliente que alquilamos.

—Eso quiere decir que únicamente nos veremos hoy —susurró y detecté un leve temblor en su voz.

—¿En serio? ¿Y cuándo regresas a Madrid? —La voz delataba mi congoja.

—Tengo mi vuelo para el 2 de enero y no puedo cambiarlo. El pasaje lo compró doña Ferní.

—Nosotros regresaremos a Bogotá el 6 de enero. No tengo excusa para decirle a mis padres que quiero regresar antes. Mi mamá ya compró la comida, organizó los menús, alistó las sábanas, las raquetas de ping-pong, la bolsa con los naipes, los chochos para apostar y el juego de poquino, la ropa de veraneo, el repelente, los bronceadores, las toallas para la piscina e incluso los catres militares naranjas en los que nos toca dormir a Lisa y a mí por ser las menores y porque no hay camas para tantos —recité como una lista de deberes, información inútil que me ayudaba a templar los nervios en ese momento en el que estaba a punto de derrumbarme ante tanto desconsuelo.

—Tan larga espera para vernos un solo día. No tiene sentido —susurró sin mirarme. Hablando para sí mismo.

—Lo sé, ¿y si te quedas en Navidad?, tengo miles de cosas que contarte y muchas otras que quiero saber de ti —le dije con ojos suplicantes.

—Qué más quisiera yo que pasar todos los minutos del día a tu lado, pero no puedo, Mina. Le prometí a doña Ferní que iría a ver a mis padres y a Amparo antes de Navidad. Se lo debo a ella y a mi padre, que muere por verme. Él y doña Ferní son los únicos que me han apoyado. Sin ellos, no sé dónde estaría, o sí, bien que lo puedo imaginar: sería el párroco de algún pueblo perdido en el Magdalena medio, lidiaría con el sufrimiento de los desplazados por la guerrilla, sin ser capaz de hacer mucho más que dar misa y sufrir por tu ausencia.

—¿Y qué nos queda entonces? ¿Otros dos años lejos? No te puedo ver, dices que me escribes, pero tus cartas nunca llegan, solo tengo dos que logré interceptar antes de que llegaran a manos de mi madre. Cada vez te siento más lejos y entre nosotros todo es a escondidas y prohibido —añadí con tristeza.

—La espera... Tienes que confiar en lo nuestro. Es real lo que sentimos y debes estar segura de que regresaré. Voy a tratar de venir cada año. Confía.

—¿Cómo puedo estar segura? Tu tío no te dejará volver, lo decepcionaste. Y a mi papá no sé qué le pasa. No se le puede nombrar ni a tu tío ni a ti. Confío en ti, pero que regreses no depende de tu decisión, lo sabes mejor que yo.

—Mi tío no puede detenerme. Ya se lo he demostrado. Y a tu papá… no sé, tendrás que lidiarlo tú.

—Santiago, yo te adoro, pero mi vida lleva casi dos años sin moverse, estancada, y claro que tu tío puede hacer lo que le dé la gana, es poderoso y se ha salido con la suya. Logró que me enviaran a Estados Unidos con solo una llamada y que a ti no te recibieran en ninguna universidad. ¿Qué otra prueba quieres de que nuestras vidas dependen de él? No sé qué hacer, me estoy volviendo vieja mientras te espero.

—No digas tonterías, Mina, si sabes que estás hermosa y apenas vas a cumplir diecinueve años. ¡Qué vieja vas a estar!

Miré el reloj, ya eran las cinco y media de la tarde. El frío inundó la terraza. Oscurecía con rapidez, casi no distinguía su rostro.

—Tengo que irme ya. Me escapé sin decir a dónde iba. La única que sabe que vine a buscarte es Ninín. Mi mamá debe estar a punto de regresar. Si se entera de que estoy aquí y que te vi, no me la voy a quitar de encima y Ninín estaría en aprietos por mi culpa. Mejor me voy antes de que empiecen a buscarme. Nadie le ha dicho a mi papá que fuiste a verme; y ella me advirtió que no tratara de encontrarme contigo.

—Quédate hasta las seis, prometo acompañarte de regreso.

Santiago comenzó a besarme en el cuello y en los labios. Bajó una de sus manos por mi espalda hasta el inicio de las nalgas mientras la otra me tomaba de la cadera para acercarme a él. Mi piel ardía y deseaba sus labios en mis pechos, su cuerpo sobre el mío y grabar en mi mente las palabras que me susurraba. Cada uno desabrochó y bajó el cierre de su propio pantalón y nos recostamos en el columpio. Yo tomé la iniciativa y comencé a tocarlo. Sentí su erección. Él no paraba de besarme, yo me subí a horcajadas en él. A punto estábamos de hacer finalmente el amor cuando oímos desde la escalera a Jovita gritando: «don Santi, están timbrando».

Nos recompusimos a tiempo para que Jovita nos encontrara sentados, aunque si hubiera puesto un poco de atención se habría dado cuenta de lo despeinados que estábamos y de nuestra falta de aire.

—Venga conmigo, niña Mina, es su mamá, me llamó Ninín a advertirme que venía en camino —dijo alterada.

Mientras bajaba las escaleras de la terraza hacia la zona de servicio por donde Jovita me sacaría a escondidas, escuché la voz de mi madre reclamándole a doña Ferní por ocultarme y ser partícipe de un encuentro que solo podía terminar en problemas. Doña Ferní le aseguró que yo no estaba allí y que podía comprobarlo con sus propios ojos.

Escuché el taconeo de mi madre en los peldaños y su grito:

—¡Mina, sé que estás ahí, baja de inmediato!

Me apuré a salir por la puerta de servicio ante la mirada de las otras empleadas de la casa que vigilaban la entrada del salón principal a la cocina. El tucán empezó con sus ruidos de alerta, intuyendo que pasaba algo que interrumpía la tranquilidad de la mansión.

No sé de qué más hablaron mi madre y doña Ferní. Puedo imaginar su frustración al no encontrarme en la terraza. Sentí agradecimiento y cariño por doña Ferní y Jovita, mis nuevas cómplices.

Santiago me alcanzó unos minutos después. Me acompañó hasta un par de cuadras antes de llegar a mi casa. Nos detuvimos junto a un poste de luz por un momento.

—Sabes que siempre te voy a querer, ¿cierto, Mina? —susurró al tiempo que acariciaba con el dorso de su mano mi mejilla. Ese gesto suyo de voltear la mano para acariciarme se convirtió

en un sello de intenso amor en mi mente.

—Sí, Santi, lo sé, yo también —respondí.

La sombra de nuestros cuerpos fusionados contemplaba nuestro beso de despedida.

—¿Me esperarás? Prométemelo.

—Claro que sí, tonto.

—Prométemelo, mírame a los ojos y dímelo.

—No tengo que prometerte nada. Aquí estaré a tu regreso.

El encuentro terminó con esas pocas palabras y el presentimiento de lo imposible estrechando el abrazo. Caminé de prisa sin mirar atrás. Intentaba contener el llanto. Quería llegar pronto al refugio de mi habitación y desahogarme en un largo baño que confundiera las lágrimas con el agua que se deslizaría por mi cuerpo. Lisa me había compartido el secreto de llorar bajo la regadera abierta para que los ojos no se hincharan y nadie se diera cuenta del sufrimiento. Solo eso quería: llorar y que nadie me viera.

Llegué a casa. Subí de dos en dos los peldaños de las escaleras y entré en mi habitación. Saqué del escondite del clóset todo lo que había guardado con tanto celo. Hice trizas el único par de cartas recibidas; el cuaderno de geografía, testigo de mis torpes letras y las primeras emociones que él despertó; los diarios con sus iniciales en el lomo, las notas que intercambiábamos en los corredores, los poemas de amor de mi autoría y las libretas con las frases cursis que me había apropiado de otros. Tiré a la basura la pluma estilográfica con tinta sepia que le daba un toque romántico a mis letras y me deshice del par de bolígrafos Bic ya casi sin tinta.

Ninín, que advirtió la determinación en mis ojos, se sentó a mi lado a rasgar varias hojas ante la mirada perpleja de mi hermana Lisa, que no quiso participar en la destrucción masiva de la evidencia del amor.

—¿Por qué hace eso?, ¿se ha vuelto loca?

—Hace bien, sumercé, ella sabe el porqué. Dígame a mí, que sé lo que son los amores raros —afirmó Ninín y siguió rasgando en pequeños pedazos cada trozo que consideraba aún muy grande.

Escuchamos que mi madre había llegado. Ninín salió a su encuentro. No sé qué le dijo, pero me salvé de su perorata. Seguí buscando con resolución cualquier elemento que pudiera recordarme en el futuro su presencia. Esculqué cada caja y cada rincón del clóset hasta que no quedó prueba alguna de su existencia o de mi amor por él. Me despojé de la ropa que aún olía a su cuerpo encendido y a su cabello. Entré a la regadera. El agua y las lágrimas se confundieron mientras rodaban por mi piel a manera de bálsamo para aliviar el dolor.

Acaba de tomar una decisión. No tenía mayor explicación, era puro instinto: no seguiría construyendo mi vida en papel. Saldría a vivirla. Así comenzó nuestro olvido, pero iba a necesitar años para ponerle fin.

Segunda Parte



I

Hoy vivo en otro país, a miles de kilómetros y a décadas de aquel fin de año que desvió mi rumbo. A pesar del tiempo y la distancia, hay sensaciones que se repiten de por vida. Matices del recuerdo aparecen sin control. Puedo tocar, ver, oler los adornos, los detalles, la comida de aquella Navidad con una intensidad y un realismo tal que me llevan a pensar que la vida se mide por eventos: una despedida, una ruptura, escuchar una canción, escribir un poema, encontrar el amor. Olvidarlo.

Pasamos la noche del 24 de diciembre con la casa llena de gente, como era costumbre. Aunque cada espacio físico y cada rincón estaba ocupado por alguien o por algún adorno navideño, mi interior se sentía angustiado por lo inalcanzable, frustrado por lo inconcluso, hundido en un agujero negro que no dejaba salir la más mínima esperanza de una vida con él. Sin embargo, con el ritual que se repetía año tras año en ese día, tampoco quedaba mucho lugar para la nostalgia. Desde que nos levantábamos olía a fiesta y había movimiento por doquier. La cocina se mantenía en permanente revoloteo por el menú clásico de todos los años. Las ayudantes de cocina, que éramos nosotras, despulpábamos decenas de curubas para hacer el sorbete que por regla se acompañaba con pan francés untado con mantequilla hecha en casa. Las cocineras expertas pelaban y partían en rebanadas los tres tipos de papas que, junto con las pechugas de pollo desmenuzadas, las mazorcas en trozos, las hojas de guasca y demás ingredientes, se usarían para preparar el típico ajiaco santafereño en la inmensa olla que ocupaba los seis fogones de la estufa. Al comienzo de la tarde se alistaban bajo las instrucciones de mi madre los moldes con milhojas, las islas flotantes, los esponjados de limón y de mora, recetas tradicionales de la abuela que cerrarían la cena con broche de oro. Las horas del día corrían entre probaditas, pellizcos al pan, ruidos de licuadoras y el calor continuo que despedía el horno.

Ese día se servía un almuerzo ligero y luego se terminaban de empacar los últimos regalos. Me senté como espectadora en un rincón de la recámara de mis padres a ver cómo pegaban los moños mis hermanas, y la forma en que marcaban las etiquetas en los regalos que se darían de amigo secreto, y de broma. Mientras tanto, el árbol de Navidad –un pino gigante que mi abuelo encargaba al cementerio alemán y que iba a recoger mi madre religiosamente cada diciembre en compañía de mi hermano mayor, a quien la tarea se le había asignado sin preguntarle– se ahogaba en una montaña de regalos que tardaríamos un par de horas en repartir, el mismo ahogo que sentía yo entre la montaña de emociones negativas que me rodeaban.

La envidia distrajo un rato a la apatía en la que había decidido acampar; desde niña soñaba con remplazar algún día a mi hermano para ser la acompañante de mi mamá en esa maravillosa tarea. En mi imaginación, ir al cementerio alemán era como una aventura digna de Los cinco secretos, libros con los que inicié mi amor por la lectura a los once años y que despertaron el anhelo por construir amistades fuertes y leales como la de sus protagonistas.

Aquella fue la Navidad más larga que recuerdo haber vivido, cenamos en la enorme mesa adornada con manteles de encajes de brujas y bandejas de plata con las iniciales de los nombres de mis padres, regalos recibidos en la celebración de sus bodas de plata. Quería que esas iniciales fueran las de nuestros nombres: M & S. Mina y Santiago. Me sentí ridícula por tener ese

pensamiento, pero había surgido sin control. Lo que sentía era inevitable por más cursi que pareciera. Tal vez el amor es cursi. Rezamos la novena frente al pesebre, cantamos villancicos y elevamos al cielo globos de papel crepé o china con su mecha de fuego; participamos con algarabía en el espectáculo de puntos de luz que volaban por el firmamento, pero nada logró animarme. La noche era fría y entramos al salón, al tradicional concurso de shows, unas veces de hombres contra mujeres y otras de equipos mixtos, que deleitaban a vecinos y amigos, quienes llegaban luego de cenar en sus casas a trasnocharse en la nuestra. En poco tiempo nos reuníamos más de sesenta personas en la gran sala de la casa que nos vio crecer. Participé sin alegría y por cumplir con mis hermanas y cuñadas entusiasmadas.

El 25 de diciembre nos levantábamos tarde y comíamos lo que hubiera quedado en la cocina. El recalentado tenía mejor sabor. La gran mesa de madera ahora se animaba con la exhibición de regalos recibidos, con los restos de los postres de la noche anterior y con conversaciones divertidas que a mí no me causaron ninguna gracia. No había descanso para pensar, las actividades continuaban y la fiesta se pegaba al cuerpo tarde o temprano. A decir verdad, ninguna tristeza aguantaba el embate de la euforia colectiva. Al final del día me sentí más animada.

El 26 era el día señalado para el viaje de tres horas al caluroso pueblo de Melgar, que cerraba el año con unas merecidas vacaciones. Salíamos de la ciudad por la sinuosa carretera de montaña que pasaba junto a precipicios y bordeaba el caudaloso río Sumapaz. En el momento en que aparecía ante nuestros ojos la estrecha curva con la tenebrosa piedra colgada de la montaña en voladizo, llamada por los lugareños La nariz del diablo, sabíamos que estábamos a mitad de camino. En muy corto tiempo bajábamos de los dos mil seiscientos cuarenta metros de la ciudad de Bogotá a los mil y tantos de Melgar, nuestro destino final. Era normal que se taparan los oídos y cascabeleara el motor del carro por el abrupto cambio de presión atmosférica y que el eco de tu propia voz se perdiera en tu boca en un sonido hueco. Llevábamos en el baúl, debajo de los asientos y encima del techo, maletas, bolsas y el cargamento preparado por las muchachas y supervisado por mi madre para el esperado veraneo. No faltaban en el camino: la parada a comer arepas con chorizo y el espanto que sentíamos por la locura de mi padre, que adelantaba a otros carros en curva como los choferes de las flotas de pasajeros. Algunas veces, esos imprudentes choferes de buses causaban accidentes graves que generaban trancones de horas en la carretera bajo el insoportable calor tropical y el hermoso ruido de las chicharras.

Al llegar a nuestro destino –una casa alquilada con muchas habitaciones y una gran piscina–, seguían las celebraciones: el 29, el aniversario de mis padres, y el 31, la llegada del fin de año en shorts, salidas de baño, humedad, calor, hombros al rojo vivo por la insolación y minúsculos puntos rojos en el cuerpo causados por los mosquitos que nos recordaban la ubicación en medio del trópico y nuestros genes europeos de piel blanca y sensible.

En seguida del acostumbrado: «Diez, nueve, ocho…, dos, uno: ¡feliz año!», de los abrazos y besos, y de que los gorros de papel y serpentinas del suelo fueran barridos por la Bíchira, llegaban los vecinos de otras fincas a seguir la parranda. No faltaba algún entusiasta que cantaba la canción que yo alucinaba:

Yo no olvido el Año Viejo porque me ha dejado cosas muy buenas.

Me dejó una chiva, una burra negra, una yegua blanca y una buena suegra…

¿Quién podría añorar tanto animal para empezar el año?, ¿quién podía encontrar divertida la letra luego del terrible año por el que acabábamos de pasar?

La variedad de edades daba pie a la conformación de grupos que tocaban la guitarra, bailaban, hacían un campeonato de ping-pong o se sentaban a conversar con alguien del sexo opuesto que, con el cuerpo bronceado y las ligeras prendas, exaltaba el coqueteo. Esa noche se me acercó el hijo de un conocido de mi padre. Revoloteaba desde hacía un buen rato a mi alrededor con un vaso de plástico en la mano.

—Hola, soy Felipe —se presentó con una sonrisa, y se sentó a mi lado.

—Hola —contesté con una mueca de desagrado.

—¿Eres hija del doctor?

—Si no, ¿de quién? —dije con brusquedad y sin mirarlo.

—Pues, con esos modales, de cualquiera —contestó riéndose e ignoró mi antipatía.

Yo no le contesté y clavé mi mirada en el vaso que tenía entre sus manos.

—¿Cómo te llamas?

—Mina.

—Muy bien, Mina. En vista de tu amabilidad, me convenciste. Aquí me quedo a disfrutar de tu compañía.

Estuvo toda la noche junto a mí.

Hubiera querido cubrir la tristeza y la zozobra por la ausencia de Santiago con fiesta y baile, pero mi cuerpo todavía no estaba listo para responder a ningún estímulo externo que proviniera de un hombre. Me sentía incómoda con él a mi lado, como si le fuera infiel a Santiago. Felipe no dejó de hablar en toda la noche. Con un monólogo, me puso al tanto de su vida. Estudiaba Ingeniería en la misma universidad a la que yo asistía, la casualidad me sacó una sonrisa. Habló de amigos, hermanos y de muchas otras cosas que no recuerdo. Fue a visitarme los cinco días siguientes antes de nuestro regreso a Bogotá. Cada vez llegaba con un detalle. Unas veces paletas de agua para refrescarnos, y otras, avena helada con canela. Me encantaba esa bebida, no sé cómo lo averiguó. Era un excelente conversador, cualidad indispensable para mí. Tenía la perfecta mezcla de atractivo-inteligente con caballeroso-descarado, y cada ocurrencia suya me hacía sonreír. Fue muy amable conmigo y reconozco que pasé un rato agradable, sin embargo, no logró llamar mi atención y lo olvidé al llegar a Bogotá. Mi terco corazón seguía aferrado a Santiago, estaba cerrado para cualquier otro.

II

Terminaron las vacaciones en familia. El tiempo que pasé en la piscina ayudó a lavar las penas a medias, y contribuyó a la nueva misión que me había planteado de vivir la vida sin remordimientos ni añoranzas.

Comenzó el semestre en la universidad. Nuevos amigos, profesores y propósitos. Tomé todas las materias que me fue posible. Si me mantenía ocupada, ya no pensaría en Santiago y así se saldría de mi cabeza. Sus cartas no llegaron. No sabía nada de él, era como si no hubiera existido y fuera producto de mi imaginación. Empecé a salir varias veces a la semana. En compañía de mis amigos conocí los bares de la Zona Rosa que estaban de moda en Bogotá y aprendí a tomar aguardiente, misma cantidad de agua por copita de alcohol «para que no se me subiera». En los lugares de La Calera fuimos a bailar salsa, vallenato y merengue, mi preferido, y cualquier ritmo que se inventara. Aparecieron los bares de karaoke, en los que cantamos desinhibidos con nuestras voces destempladas alguna de esas noches de parranda. La fiesta empezaba los jueves y terminaba el domingo en algún restaurante campestre de comida típica al norte de la ciudad.

Salimos de excursión a la finca de mis padres, esa del páramo a más de tres mil metros de altura; exploramos cuevas con murciélagos de tierra fría, nos pusimos orejas de burro con las hojas de los frailejones, tomamos chocolate caliente con queso preparado en olleta, nos calentamos en la chimenea, aprendimos a ordeñar vacas y organizamos fiestas.

Fuimos de viaje a lugares cercanos, vimos el eclipse total de sol más largo del siglo XX en el hermoso desierto de la Tatacoa, pasamos las noches en vela mientras dibujábamos planos y oíamos la «música para planchar» que estaba de moda, en la misma emisora, El Dorado Estéreo, que oían las cocineras, vigilantes, choferes y nosotros. Nos escapamos a comer patacones y perros calientes de madrugada; realizamos un inolvidable viaje en coche de Bogotá a Cartagena sin parar, en un solo día; nos untamos de arena, reímos, cantamos y nos hicimos adultos en nuestra burbuja de estudiantes universitarios, sin enterarnos en detalle de todos los desastres que vivía el país. Estábamos protegidos por vivir en la capital, o eso pensábamos.

Mi actitud cambió. Estaba más alegre y empezaron a aparecer pretendientes de todo tipo. Salí todo el semestre con tímidos, descarados, nerds, hijos de papi, bohemios y con uno que otro narcisista de esos que no paran de hablar de sí mismos, pero ninguno lograba despertar mi interés ni mis sentidos. Fui invitada a paseos, a cenas románticas en elegantes restaurantes, rallys de autos, almuerzos familiares, visitas a museos, tardes de domingo en el mercado de las pulgas, ruidosos conciertos y cine con maíz pira, chocolatinas Jet y Coca-Cola.

En una de esas invitaciones, arreglada por una amiga, conocí a un hombre mayor. Me llevó a cenar a un restaurante elegante y, de alguna manera que hoy en día sigo sin entender cómo pasó, me vi envuelta en un lío amoroso bastante complejo que, por fortuna, duró pocos meses. Salí con ese hombre, once años mayor que yo, casado pero separado y con varios años de matrimonio encima. Tenía cuatro hijos, a quienes les tomé un profundo cariño en los meses que estuvimos juntos. Para la época, aquella historia era difícil de digerir. Su esposa se había declarado lesbiana de un día para otro y aseguraba estar perdidamente enamorada de una actriz con la que se fue a vivir. Dejó a sus hijos a cargo de su esposo, quien me conoció al cuarto mes de su separación y

me tomó como tabla de salvación para distraer su congoja. Fue una relación corta e intensa que trajo más penas que alegrías y que terminó con la llamada de su esposa a mi casa para advertir a mi mamá de que yo no era quién para meterme ni en su casa ni con sus hijos.

Mi madre me interrogó hasta la saciedad, quería saber los nombres de las dos mujeres, a qué se dedicaban, qué había visto yo en ese hombre, qué edad tenían los hijos y a cuál colegio asistían, en dónde lo había conocido, si yo iba a su casa y, más que nada, el apellido de mi nuevo amor. Me advirtió que, si yo no podía manejar la situación, ella llamaría al fulano para que no se metiera conmigo. Tuve que prometerle que acabaría con ese absurdo a cambio de su silencio.

—Mina, no puedes pasar de un sacerdote a un hombre mayor que aún no se ha divorciado. ¡Por Dios, niña! ¿qué tienes en la cabeza? Tienes hasta mañana para darle fin a esa relación —ordenó con su tono autoritario disfrazado de dulzura que había aprendido a usar para salirse con la suya.

—Nunca fue sacerdote —me defendí.

—Qué más da. Es igual de absurdo. ¿No ves que no puedes ser la madre de esos niños? Esa casa a la que vas es de su mujer. Nada es tuyo ni lo será.

No quería admitir que tenía razón, aunque ya lo había pensado. Cada vez que estábamos en su casa yo me sentía como una intrusa vagando por el hogar de una pareja que había construido su relación a través de los años. La decoración, la vajilla, la cama, los niños, las fotos y los souvenirs de sus viajes pertenecían a otra mujer a la que yo nunca podría remplazar. Además, no estaba lista a mis veintiún años para ser mamá de cuatro niños, llevar una casa y ser la segunda esposa. Aunque la racionalidad hacía su trabajo, las emociones ganaban: estaba embelesada con ese hombre que me llenaba de atenciones y no sabía cómo dejarlo.

Terminé con el asunto en la circunstancia más extraña. Ante la amenaza de mi madre, me armé de valor y lo llamé. Le pedí que nos viéramos. Me citó en un restaurante. Al llegar, estaban en la mesa su esposa, la nueva pareja de su esposa y él. Yo me uní a ellos. Me invitaron a sentarme en una mesa redonda con asientos altos que nos hacían ver a todos muy incómodos. Me sentí nerviosa, rodeada de adultos que bien podrían ser mis hermanos mayores. Cada uno tomaba una copa de algún licor y yo sorbitos de agua.

Él me presentó como su encantadora novia. La esposa me pidió con dulzura que cuidara de sus hijos y de su casa, como si ella no hubiera sido la protagonista de la llamada que me metió en un lío con mi madre. Inexperta en situaciones de conflicto, no supe qué contestar. Me levanté de la mesa sin disculparme y me fui. Él me alcanzó en la puerta y sugirió que regresáramos. Me advirtió que, si quería estar con él, tenía que aceptar a la mamá de sus hijos tal como era, con novia y todo, y que lo mejor era que me acostumbrara, porque saldríamos los cuatro más a menudo.

Sus palabras trajeron en cámara rápida escenas de cumpleaños de los niños con tres mamás, cenas con ellas, reclamos de lo que haría o dejaría de hacer con sus hijos, celos y confusión. Me imaginé compitiendo por el tiempo con los niños y con él, encontrándomela en todos los festivales del colegio y visitando en las vacaciones las fincas que él tenía como si fuéramos un kibbutz.

Sin contestarle, le di la espalda y nunca más supe de él, otro hombre desaparecido en mi colección de fracasos, detrás de mi amigo Raúl, el de las minitecas, y de Santiago. ¿Habría empezado un patrón?

Los siguientes meses evité bares y fiestas, salí de vez en cuando para ir al cine y pedía que me regresaran a casa una vez terminada la película. Aceptaba las invitaciones por darle gusto a

Ninín, que insistía en que viviera la vida como ella no había podido hacerlo. Estaba desilusionada del amor. Imaginar que había deseado al verdadero y eterno y que no se me daba, me causaba frustración.

Lisa tenía novio y yo seguía muy cómoda en la soltería. Pensaba en Santiago cada vez menos, la posibilidad de verlo otra vez se desvanecía con el tiempo. Me quedaba únicamente la creación de su imagen idealizada. Cada vez me costaba más trabajo dibujarlo en mi memoria. Ni siquiera tenía una foto de él, y llegué a arrepentirme de haber destruido la evidencia de nuestro amor. Entendí que en realidad no conocía nada de él. No tenía un amigo cercano que me contara si iba a regresar o no; Amparo, su hermana, con la que entablé una linda amistad en las clases de pintura en unas vacaciones de verano, también se había marchado al extranjero a estudiar. Sin ella presente también perdí la comunicación con Laureano, el asistente del obispo que me había contado con detalle la tarde en que se había ido del seminario. La única que me quedaba era doña Ferní, a quien cada vez visitábamos menos.

Una tarde Lisa se me acercó con cautela.

—Me preguntaron por usted.

—¿Quién?

—Un amigo de un amigo de Julio que sabe que es mi hermana, aunque solo nos parecemos en el apellido y la voz.

—¿Y qué preguntó?

—Que si sigue soltera y tan indiferente como cuando la conoció.

—¿Cómo, ya me conoce?

—Sí, y dice que usted le encanta y que a veces la ve pasar en la universidad, pero también sabe de su eterno amor y está esperando a que pase el tiempo y que lo olvide. Es más, le dije que saldríamos esta noche en una cita doble.

—¿Está loca?, tengo planes —mentí.

—Pues cancélelos, vale la pena.

—Confíe en su hermana, sumercé, no puede seguir toda la vida aquí encerrada o saliendo con tontos —intervino Ninín, que no se perdía, como decimos coloquialmente, la corrida de un catre.

—¿Quién es y cómo se llama?

—Es sorpresa, prometí no decir nada.

—¿Y a dónde vamos a ir?

—También es sorpresa.

Me hice de rogar, pero moría de curiosidad. Nadie hasta ahora se había mostrado misterioso, todas mis salidas caían en la obviedad y la perspectiva de algo novedoso me tentó. ¿Sería alguno de los tipos que había conocido en bares o paseos? ¿O el de la universidad que me dejaba notas anónimas en la esquina de los tableros de los salones de clase? ¿O alguno con el que había ido al cine?

—Pasan por nosotras a las ocho, debemos estar listas.

Con ínfulas de indiferencia y poco interés, caminé a paso lento hasta el baño. La actitud de apatía fastidió a mi hermana Lisa.

—¡Tan ridícula! Y apúrese porque estos son cumplidos —Se dio media vuelta.

Por primera vez en los últimos tres años, palpitaba un poquitín mi corazón. Me arreglé con esmero, debía parecer casual y a la vez espectacular para esa cita a ciegas. Quien fuera el que había logrado despertar alguna emoción distinta a la apatía merecía un esfuerzo de mi parte. También me alegré de salir con Lisa, a quien había alejado un poco de mi vida. Caí en la cuenta

de cuán especial e incondicional era ella conmigo: protectora, presente en los momentos claves de mi vida, sin juzgar y brindándome su apoyo sin importar las circunstancias. Nos unía la compinchería y un cariño fraternal indestructible. Llegó al colmo de recibir por mí las llamadas de los viernes de aquellos que querían salir conmigo. Hacía una lista con nombre propio y hora de llamada en su agenda, en seguida se sentaba junto a mí a revisar con quién me convenía pasar esa noche en particular, con su maravilloso sentido práctico del cual yo tenía tanto que aprender.

—Con Juan…, ya salió. Mauricio…, llamó muy tarde, y eso quiere decir que usted era su segunda o tercera opción. Fernando…, ya sabemos que es muy feo, y el tal Pablo…, ese es un bombón, pero se cree lo máximo. Roberto es muy aburrido, y Juan Carlos no es opción, no tiene ni idea de bailar.

Con este listado llegábamos por descarte al que esa noche me llevaría a otro plan aburrido que, al regresar a casa, me llenaba de desgana y me dejaba con deseos de sentir.

Pasaron puntuales por nosotras. Julio, el novio de Lisa, se bajó para timbrar y mi cita a ciegas se quedó en el carro. Al subirme al asiento trasero, me sorprendió ver a Felipe. Su cara estaba iluminada por la poca luz del foco de la calle que alcanzaba a entrar por la ventanilla. Un minuto fue suficiente para que me gustara su perfil afilado de facciones fuertes y varoniles que se acentuaban con el claroscuro y que yo me había negado a mirar en esas vacaciones de fin de año en Melgar. Le sentaba bien la vestimenta de tierra fría con suéter y chaqueta. Se veía tan distinto al insistente muchacho que me visitó todos los días en las vacaciones. Nos saludamos. Pasamos un rato de agradable conversación y, como no había sentido nunca, una comodidad maravillosa en compañía de un hombre. Santiago volvió a mi cabeza por un instante, pero lo aparté de inmediato.

El ambiente a media luz de ese mínimo espacio en el asiento trasero de un Renault 4, tan pegaditos el uno al otro, nos obsequió una intimidad inesperada, facilidad para comunicarnos sin miedo y una alta probabilidad de que en minutos podríamos llegar a gustarnos. No hacía falta esmerarnos. Lisa lo notó y me guiñó un ojo.

La noche fue perfecta: cena liviana, baile sin pisotones y con ritmo, acoplados los cuerpos, gustos e intereses en común, conversación animada, química en el aire, sentido del humor inteligente y carcajadas refrescantes. Y la chispa en los ojos delatando mi deseo de volver a verlo.

III

Tardes de cigarro, tazas de café, libros, horas de espera; ires y venires, juventud que no mide riesgos, vibraciones entre lienzos: aun cuando han pasado tantos años, suelo pensar en aquellos meses en los que el destino me enredó y entré en un estado de pánico que hizo temblar sin control hasta mis pantorrillas. Los días de estudio siguieron su curso. Retomé la costumbre de visitar con frecuencia a doña Ferní, ya sin mi madre. Con el paso del tiempo le había tomado un cariño especial. Era más cercana que mi abuela. Ella sabía escuchar, y en esa casa podía escapar a la realidad que me estorbaba. Entrar a su mundo era como viajar en el tiempo, me daba permiso para imaginar y soñar, era casi tan agradable como perderme entre las páginas de un libro. Creo que en mi inconsciente esperaba oír algún día algo de Santiago.

Al regresar tras un largo periodo, la encontré abanicándose alegre en el pórtico del jardín de la parte posterior de la casona. Su cuerpo, cada vez más rollizo, le daba al contexto refinado de plantas alineadas y bien cuidadas del solar un aspecto un tanto cómico. Le conté de la salida con Felipe, de lo bien que me había entendido con él y de mi desconcierto porque no me había llamado después de una cita que yo consideraba perfecta. Había pasado un mes completo sin encontrármelo en la universidad ni saber nada de él. Julio, el novio de mi hermana, tampoco lo había visto. Compartí con ella mi teoría comprobada de que todo aquel que se me acercaba desaparecía y que algún hechizo me había caído encima, sin nombrarle las perlas ni mi creencia arraigada: que la maldición venía desde su país. Por mi ocurrencia, soltó una sonora carcajada que asustó a los pájaros que descansaban en el árbol de sietecueros en flor.

—Si es el indicado, ya te llamará —sugirió con una mueca de ternura, y desvió la mirada hacia un pequeñísimo portarretratos con una foto en blanco y negro en la que reconocí a un cura, foto que nunca había visto o que no me había dado cuenta de que existía. Una foto de Santiago, pensé.

—¿Usted cree? —pregunté. Traté de enfocar la cara de la foto para volver a ver sus ojos. Era una imagen muy pequeña de un hombre con sotana. Me dolió por un momento ver su imagen diminuta atrapada en el marco antiguo. De Santiago ya no hablábamos, porque si tocaba el tema se ponía taciturna y le caían los años encima y de golpe.

—Claro que sí, las cosas que son para uno llegan en su momento —contestó y depositó la taza de café que tenía en sus manos frente a la foto. Trataba de ocultarla.

Quería creerle, pero las evidencias mostraban lo contrario, no me había ido nada bien con las relaciones amorosas, y la inseguridad se apoderó de mí como tantas veces. Si no sabía nada de Santiago, era porque yo no le importaba. El olvido iba en aumento. Ojalá le importara a Felipe, me agradaba y quería dejar de pensar de una vez por todas en un amor que cada vez era menos posible.

Pasaron los días y Felipe no llamó. El ambiente cargado con su silencio confirmó mi temor de que yo no le gustaba como había pensado y que la maldición con los hombres me perseguía, ¿o sería de aquellos que se creían los chismes que circulaban sobre mí? Dejé ir con rabia la ilusión que me había hecho de una nueva relación. Pero quería ver a Felipe, estaba decidida, este no desaparecería, rompería el hechizo. Me senté a esperar un milagro en la escalera que conducía

a la cafetería central de la universidad en las horas libres que me quedaban entre clases. Por ahí pasaban todos los estudiantes en algún momento; planeaba un encuentro ‘casual’ con él.

Una tarde sentí la presencia de alguien que clavaba su mirada en mí. El corazón, con su latido loco, empezó a estimular mi imaginación. Estaba segura de que era Felipe y decidí no darme por enterada de su presencia. Esperé a que él me hablara. Me aguanté con valentía para no voltear a verlo. Es un cobarde, pensé. Pasaron algunos minutos, oí cómo se acercaban sus pasos. Giré para encararlo, lista para hacerme la interesante y soltarle algunas palabras de desprecio que lo incomodaran. Me sorprendió la desilusión. No era él. Junto a mí estaba de pie el típico estudiante de arte, vestido con jeans, camiseta con alguna frase trascendental que solo ellos entendían y botas negras de amarrar. Llevaba el pelo oscuro recogido en una cola de caballo baja, peinada a la perfección, y una barba bien cuidada que enmarcaba su sonrisa amplia de dientes alineados. Sus ojos negros bajo largas pestañas me miraban desde el cielo. Aún tengo grabado el fuerte olor a tabaco mezclado con una colonia empalagosa que en un principio me agredió.

—Te veo aquí sentada todos los días a la misma hora con tu libro —abrió la conversación con tono seguro. Tenía un acento que no era de Bogotá, pero yo, que no sabía nada del resto del país, no pude identificarlo.

—La mejor compañía —contesté sin dejar que su mirada me intimidara. Lo recorrí con mis ojos de arriba abajo sin soltar ni media sonrisa.

—¿Aceptarías otra? —preguntó mientras se sentaba un escalón por encima del mío. Se acercó tanto a mi cara que el olor a tabaco entró de lleno en mi nariz.

—¿Otra qué?

Aguanté un momento la respiración. Había que acostumbrarse al olor a cigarrillo barato.

—Pues compañía, una que hable y pueda compartir tus inquietudes y esos largos suspiros —dijo y rozó mi hombro.

—¿Qué propones? —pregunté en tono desafiante, y giré la cara hacia él.

—¿Qué tal salir de aquí y dar una vuelta por el centro?

—Tengo únicamente dos horas antes de mi próxima clase.

—Suficiente para un café y saber de ti.

Tomó mi mano, me jaló junto a él. Se echó mi mochila al hombro y pasó el brazo libre por mi espalda a la altura de la cintura, como si fuéramos algo el uno del otro.

Era la primera vez que me dejaba llevar por el momento. Y se sentía bien. Su atrevimiento era toda una novedad en mi universo de reglas y comportamientos establecidos. Pensé por un segundo en rechazar su abrazo y retirarme, pero me gustaron su fuerza y su determinación. Me sentía protegida, acompañada.

Mi pulso estaba acelerado y las venas de las muñecas delataban mi nerviosismo. No quería que él se diera cuenta del temblor en mis manos y me tomara por una niña tonta, así que las crucé sobre el pecho. Me llevó a un lugar con mesas y asientos de madera desvencijados. Los comensales bebían cerveza o café acompañados de un cigarrillo tras otro. Las lámparas que colgaban del techo eran canastos artesanales de los baratos que se conseguían en las plazas de mercado. La luz que emanaba de las bombillas de cuarenta vatios le daba al lugar un aspecto cálido y a la vez misterioso. Se movían personajes de varias edades entre el humo del cigarro y la música con instrumentos de cuerda, que salía de un casete al que el mesero acababa de dar la vuelta en la enorme grabadora negra que ocupaba gran parte de la barra. Conversamos un rato y la incomodidad de los asientos de tabla rasa se hizo presente a medida que nuestra conversación se hacía más animada. Nos pasamos a uno de los rincones del establecimiento, decorado con

cojines mullidos de varios colores y tamaños esparcidos por el suelo. La vieja casa colonial del centro, cerca de la universidad, nos acogía en su ambiente amistoso. Estaba contenta.

Una tras otra, sonaban canciones de la trova cubana de Silvio Rodríguez y Pablo Milanés que yo no había escuchado y que estaban otra vez de moda entre los estudiantes de Humanidades y de Arte. Me cautivaron los versos románticos. Pasaría mucho tiempo para que entendiera el contenido político y de protesta de las letras. Era ignorante en esos temas. Conversamos la tarde entera sobre las injusticias sociales y las diferencias económicas, que en su boca cobraban sentido. No regresé a clase. Me cautivó con su cultura y con el discurso claro que me presentaba una perspectiva muy diferente a la del entorno en el que yo vivía.

Anochecía. Ya no podía tomar un café más. Estaba apenada por las veces que me había levantado para ir al baño a vaciar mi vejiga. Él vio mi incomodidad y me invitó al taller en el que pintaba, muy cerca de allí. Acepté. Caminamos dos largas cuadras y llegamos a una pequeña casa de fachada blanca encalada, postigos de madera en las ventanas y un zaguán que conducía a un patio central de baldosas de barro rojas, decorado con algunas macetas con geranios en las columnas del corredor. Estábamos en el barrio de la Candelaria, a pocas cuadras de la plaza de Bolívar, en el centro histórico de Bogotá. Desde la puerta se veían las palomas que volaban en círculo alrededor de la torre izquierda de la catedral; auguraban con su vuelo el alboroto que se me venía encima.

IV

Desde ese día, y por cinco largos meses, cambié mis tardes de típicas onces de café con leche y pan tostado que servían en casa, por tardes con olor a trementina y explosiones de texturas y colores que invadían el taller de mi novio artista.

Mi madre preguntó varias ocasiones por qué llegaba tan tarde, y yo le contesté que estudiaba con unos amigos. No volví a nombrar nunca a Santiago y ella dejó de hacer preguntas. Ninín me observaba con atención.

Terminaba 1986 con la terrible noticia del asesinato de Guillermo Cano, el director de El Espectador, uno de los periódicos más importantes del país. Desde la página editorial, había decidido denunciar el virus del narcotráfico que se metía con sigilo en las entrañas de la nación. La palabra narcotráfico empezaba a ser parte del léxico en noticieros y conversaciones, junto con guerrilla, tal vez la más escrita y oída en nuestro país en los años que faltarían para finalizar el siglo XX.

Juan Camilo, mi nuevo amor, al fin uno real que no me había dejado tirada en el camino ni había desaparecido, estaba atento a las noticias del radio que permanecía prendido. Si escuchábamos alguna nota que hacía referencia al narcotráfico, se desparramaba en frases de desprecio. Aseguraba que eran seres sin ningún valor que actuaban por interés económico. Pero, eso sí, defendía a los guerrilleros y su lucha social con vehemencia.

Empezó a invitarme a reuniones con sus amigos. La mayoría de los hombres usaban barba y bigote cuidados con esmero, y las mujeres traían el pelo largo, suelto y de raya en medio. No había ninguna con maquillaje, ni siquiera delineados los ojos. El tono de piel y el color de los ojos eran variados, aun así, no había una diferencia notable en la estatura, los rasgos de personalidad o en las vestimentas de colores oscuros que llevaban en las camisetas, chaquetas de cuero o de jean. Todos parecían sacados del mismo lugar desconocido. Yo no tenía amigos así y desentonaba con mi peinado de medio lado como todas mis amigas, el brillo en los labios, la forma atropellada de hablar, los chistes de los que no se reían y el barrio en el que se encontraba mi casa y que no me atreví a revelar, ni siquiera a Juan Camilo. Todos se trataban con una cordialidad exagerada y tenían acentos de diferentes regiones del país. Sus conversaciones eran muy serias para ser estudiantes que no pasaban de los veintiún años. Me parecía ridícula tanta prosopopeya. Tomaban copitas de aguardiente acompañadas de cigarrillos Pielroja sin filtro, mientras que yo fumaba Marlboro de cajetilla roja y pedía con timidez una Coca-Cola. Empecé a sospechar que Juan Camilo estaba metido en algún grupo y que todavía no entendía a qué se dedicaban, pero era algo muy diferente a todo lo que conocía. Yo pertenecía al grupo social que vivía según la realidad de la televisión, una realidad que no sabíamos dónde estaba, si en el pueblo a veinte minutos de nosotros o en la selva a días de distancia; en la ciudad que recorríamos a diario o en casas en el barrio, en las que vivían personas importantes o criminales desconocidos y que infundían sospechas por la colección de carros blindados y guardaespaldas que resguardaban la entrada.

En esa época no salíamos de la ciudad más que en avión. Era peligroso transitar por las carreteras. Se hablaba de retenes de ejército y de guerrilla, imposible reconocer cuál era cuál,

porque llevaban los mismos uniformes y se comportaban igual. La guerrilla era un concepto abstracto en mi cerebro, tan inimaginable como las cifras desorbitantes de dinero que tenía el narcotráfico circulando por el país. ¿Cómo imaginar algo a lo que no perteneces? ¿Cómo imaginar la guerra si no te falta nada? ¿Cómo saber qué es el hambre con el estómago lleno? ¿Cómo entender la violencia si vives en paz? Llevaba en la sangre la solidaridad y la empatía, y por más de que tratara de ponerme en el lugar del otro, no comprendía los motivos que nos tenían en esa terrible situación de crimen e inseguridad en aumento de la que se hablaba en periódicos, reuniones, revistas y en casa.

Desaparecían personas y había encuentros violentos entre grupos armados y matanzas en caminos y pueblos. Aparecieron también en la escena con más frecuencia los paramilitares, ejecutores de guerrilleros, y el país, a nuestros ojos de estudiantes, estaba patas arriba en una guerra a cuatro frentes –guerrilla, paramilitares, narcotráfico y gobierno– que no éramos capaces de descifrar, aún menos con la información que pasaban en los medios de comunicación, cada vez más distorsionada y confusa.

Una de esas tardes en las que nos encontrábamos entre lienzos, con el frío de un día de llovizna pegado a nuestra piel y el humo del tabaco suspendido en el aire, hicimos el amor. Fue la primera vez para mí. Los encuentros con Santiago no habían pasado de caricias intensas y besos ardientes. Por un instante me acordé de él, como siempre que algún hombre llamaba mi atención, pero otra vez lo aparté del pensamiento y me concentré en lo que estaba sintiendo. No sé cuántas veces lo había hecho Juan Camilo. Lo más seguro es que no fuera la primera porque se acercó con decisión y delicadeza. No fue el momento especial que había imaginado, me gustó más el deseo que avivaba todos los sentidos que el momento de la penetración, que encontré molesto y doloroso. Debo confesar que me agradó estar allí tendida bajo su cuerpo tibio. Juan Camilo tenía la destreza de hacerme creer que era lo más importante para él, y lograba imprimirle a cada encuentro un toque único e irrepetible que me tenía atrapada, él lo sabía.

El último martes de aquel mes lo recuerdo con precisión porque era el día en el que mi madre jugaba canasta con sus amigas y yo planeaba llegar muy tarde a casa, yacíamos desnudos en un colchón improvisado, cubierto con una sábana blanca en la que había delineado mi silueta y pintado en su interior aves exóticas colombianas de vivos colores, una por cada encuentro, por cada deseo contenido, por cada beso entregado. Se incorporó sobre su codo y me susurró.

—Necesito tu ayuda.

—Lo que sea, Juanca.

—Tengo que esconder algo y no tengo dónde hacerlo.

—¿Qué es?

—No puedo decirte. Debes confiar en mí. No es nada malo y será por un tiempo corto.

Se levantó de la cama. Yo seguí con la mirada el movimiento de sus nalgas firmes al compás de sus pies. Se dirigió al armario de la esquina del cuarto, abrió la puerta, que se quejó con un chirrido agudo; escarbó en el interior y sacó bastidores, telas y ropa que tiró al piso. Yo lo observaba. Al fin encontró lo que buscaba. Regresó con una bolsa de plástico en la que se translucía un papel periódico que envolvía un objeto cuadrado. Me la entregó. Pesaba. Era un paquete mediano, un poco más grande que la palma de mi mano.

—¿Y qué hago con esto?

—Escóndelo, yo voy por él a tu casa en el momento indicado. Dame la dirección. Me arrojó una libreta del tamaño de una tarjeta de crédito y un lápiz que tomó del alfeizar de la ventana.

Me asusté y le dije que no podía dársela, que mejor yo le traía el paquete en el momento que

él quisiera. Se enfureció. Me arrebató el paquete con brusquedad y lo lanzó con fuerza hacia la cama. Tomó los pantalones del piso y se vistió sin mirarme.

—¡Vístete! —ordenó lanzándome a la cara la ropa que recogió del suelo con prisa.

—¿Y qué hago con esto? —pregunté tomando el paquete de nuevo.

—¡Vete y escóndelo bien! —gritó.

—Okey, ya me voy, pero no me grites —contesté asustada. No reconocía a ese hombre con los ojos inyectados de rabia que perdía los estribos y me levantaba la voz sin ninguna consideración.

—¡Eres una inconsciente! De hoy en adelante no podemos encontrarnos más aquí, ¿no ves que estoy en peligro? Por eso yo tengo que ir a tu casa y tú debes esconder lo que te di en algún lugar en el que nadie vaya a husmear. Pensé que podía confiar en ti —terminó la frase con una suavidad forzada. Se dio cuenta de que me había espantado con sus gritos y su voz impositiva.

En sus ojos vislumbré un destello de odio que me aterrorizó. Era un odio pegado a sus huesos. Un odio de resentimiento y dolor. Un odio asumido.

—No puedes ir a mi casa, nadie sabe que salgo contigo. Si mi papá se entera, nos va mal a los dos, y peor a ti, créeme —le dije en el tono más dócil del que fui capaz—. Pero puedes confiar en que te lo guardaré por un tiempo.

Me levanté despacio, sin perder contacto visual como sabía que se debía hacer con un perro rabioso para que no te atacara. Le di un beso en la mejilla con la intención de calmarlo.

—Entonces dime dónde puedo recogerlo cuando lo necesite —exigió.

—Déjame pensar, yo me lo llevo y mañana en la universidad te digo, ¿vale? —le contesté. Me encaminé a la puerta, dando un rodeo por la habitación para verme casual. Quería salir de allí, respiraba el peligro.

Estuve aturdida todo el camino a casa. Empecé a atar cabos de mis conversaciones con él, de las reuniones y de su mutismo cada vez que le preguntaba por su familia. Estaba metida en un lío. Me temblaban las manos y mis náuseas eran permanentes. No lograba calmarme ni con respiraciones profundas ni contando del uno al diez varias veces. En la cabeza me daban vueltas los lugares en los que podía esconder el paquete sin que nadie me viera hacerlo y sin que lo encontraran. Decidí que la casa no era un buen lugar, el riesgo de que Ninín lo descubriera y empezara a hacer preguntas era muy alto. Lo dejé en mi mochila. Ahí nadie metía mano. Temprano en la mañana salí para la universidad. El paquete ganaba peso en la misma proporción que mi nerviosismo. Asistí a clases y no bajé la mochila de mis piernas. Tenía la esperanza de que Juan Camilo apareciera en algún corredor para entregarle el envoltorio que pesaba cada vez más. Al mediodía, me senté largo rato en la escalera de la cafetería a esperarlo. Traté de leer, pero no pude concentrarme. Mientras pasaba el tiempo, mi cabeza construía los peores escenarios posibles: ¿me estaría involucrando en algún crimen?, ¿me querrían secuestrar? No vi a ninguno de sus amigos ni a él. Llegó la hora de mi siguiente clase. ¿Y ahora qué hago con esto?, seguro que tengo cara de sospechosa, pensé. En el momento en el que estaba dispuesta a marcharme, desde la parte superior de la escalera escuché mi nombre.

—Mina, espera.

Volteé a mirarlo. Bajaba las escaleras a saltos. Mi corazón se salía del cuerpo. Era Felipe.

—¿Tú?, ¿qué haces aquí?

—Aquí estudio, ¿no lo recuerdas?

—¡Vete!, espero a alguien y no quiero que me vean contigo.

Escuché sus pasos siguiéndome y sin mirarlo grité:

—Déjame, no quiero verte.

Corrí escaleras abajo buscando la salida. No me importaron las clases, abracé la mochila, que ahora cuidaba como a un bebé, y me fui a casa de doña Ferní. El pánico fue en aumento y se transformó en rabia durante el trayecto. Si Felipe hubiera visto mi cara sabría que escondía algo, además, la situación por la que estaba pasando no me dejaba espacio para pensar más que en Juan Camilo, culpable de mi ansiedad. Al llegar, saludé a doña Ferní. Disimulé lo mejor que pude mis manos temblorosas y la respiración agitada. Le pedí permiso para subir un rato a la terraza con la excusa de acabar un libro que tenía que leer para presentar un trabajo. Se había convertido en costumbre que fuera a visitarla por lo menos una vez a la semana y me meciera en el columpio mientras leía largas novelas históricas con las que me había encaprichado.

Busqué desesperada un lugar seguro para esconderlo. Vi la pequeña buhardilla, la del sacrificio de las chinchillas, la que había escondido a Santiago y la que ahora guardaría mi secreto. Me acerqué a la puerta. La llave estaba puesta. Entré. Me sorprendió encontrar ropa colgada en un tubo. Me acerqué y la olí. Reconocí el olor de Santiago. Se presentó la nostalgia, se unió a la adrenalina que circulaba con rapidez por mi cuerpo y esa rara mezcla fue expulsada en un grito de rabia que se quedó atorado en las cuatro paredes llenas de él.

Escondí el paquete entre uno de los bolsillos de la gabardina que Santiago había olvidado. La toqué. La olí. Olía bien. Olía a él. Era un buen augurio, las cosas tenían que salir bien. Él estaba presente de alguna manera, quise pensar que aún me protegía.

Me convertí de un momento a otro en cómplice de crímenes desconocidos. Juan Camilo no apareció en cuatro días. Yo iba y venía a diario a casa de doña Ferní para supervisar que el paquete siguiera en su lugar. En la universidad seguí esperándolo, escondida detrás de unos arbustos cerca de la escalera de la cafetería para evitar otro encuentro con Felipe. El viernes de esa misma semana, Juan Camilo llegó por la espalda en el preciso momento en que estaba por subirme al carro, me arrastró detrás del tronco de un grueso árbol, me plantó un beso en la boca, me pidió que le llevara al otro día su paquete al mismo café de nuestra primera cita y me dejó sin decir ni una palabra cariñosa.

Pasé una de las noches más largas de mi juventud. No pude dormir. La culpa me asaltó. Me había dejado llevar por el atractivo de Juan Camilo sin pensar en las consecuencias. No escuché a mi instinto, que advertía que algo raro había en él y en sus amigos, y ahora me encontraba en un punto de no retorno, sin tener en quién confiar, a quién contarle el lío en el que estaba metida. Me recriminé mi falta de valentía para enfrentarlo y preguntarle qué contenían los paquetes o por qué habían desaparecido él y sus compinches de las clases.

Nos vimos al día siguiente a la hora y en el lugar designado por él. En la barra estaba la misma grabadora en la que sonaban las canciones de la trova de nuestro primer encuentro. Llamó mi atención que el lugar estuviera casi vacío, con solo un par de parejas en una esquina y el ambiente libre de humo de cigarro. Lo vi entrar apurado. Dijo «Hola». Se sentó frente a mí. Le entregué el paquete por debajo de la mesa y me pasó otro más pequeño que el anterior. Se fue sin dejar de advertirme que no podía decir ni una palabra de nuestro encuentro y que pronto sabría de nuevo de él.

Desde ese día en adelante, se presentaba de improviso en el momento menos pensado, me esperaba a la salida de alguna clase o se sentaba de repente en la mesa en la que yo comía, otras veces me abordaba por sorpresa, intercambiábamos con destreza un bulto por otro y partía. Yo actuaba más por temor que por cariño. Estar a la expectativa entre si él o Felipe aparecerían me tenía con los nervios y las uñas destrozadas. No ponía atención a las clases y mis calificaciones

fueron las peores de toda mi carrera.

No tenía cómo contactar con él. Sus amigos ya no se veían por ninguna parte, como si no hubieran existido y yo los hubiera imaginado. Pasaron tres meses con la incertidumbre diaria de en qué momento aparecería para darme otro paquete. Un día, decidida a darle fin al asunto, fui a buscarlo a su estudio del centro. En el camino, me repetí varias veces las palabras que le diría: «No soy tu mandadera, esto se acabó». Entré con la llave que me había dado en los días de nuestro romance. El lugar estaba vacío, no había rastro del colchón ni de la sábana con mi cuerpo dibujado, ni un vaso, ni las colillas de cigarrillo. La única evidencia de que no me había imaginado todo lo ocurrido eran las manchas de pintura en las viejas tablas del piso y los geranios rojos aún vivos en el patio.

Mi vida se convirtió en continuos sobresaltos y zozobra. Esperaba sin remedio a que Juan Camilo apareciera cada vez que le daba la gana para entregarme otro paquete que yo ocultaba en el mismo lugar. La casa de doña Ferní se convirtió en el abrigo de la insensatez. Pasaba horas meciéndome en el columpio de la terraza, único testigo de mis desamores y del temor que empezó a crecer como una esponja mojada y que me llevó a fumar dos cajetillas de cigarrillos al día. La gastritis también regresó.

Juan Camilo pasó de ser amoroso a darme órdenes con tono de quien está entrenado para mandar. Los besos que me dio en cada entrega fueron un simple roce de labios por compromiso. Le pregunté por qué estaba desocupada la casa del centro en donde tenía su taller y su respuesta fue una amenaza sutil: «mejor no preguntes y quédate callada para que no te pase nada». Su seguridad intimidaba. Los pocos minutos que nos veíamos bastaban para alimentar cada vez más mi miedo. Los paquetes que me entregaba variaban en tamaño y peso.

Un viernes por la mañana, al salir de clase, me interceptó uno de sus amigos; casi no lo reconozco. Vestía con camisa de cuello y el suéter colgado sobre los hombros. Estaba recién afeitado. Me entregó un papel con una dirección. Juan Camilo me citaba para el día siguiente. Debía entregar el paquete que tenía en mi poder en un bar del centro, a unas calles de la guarida en la que él había vivido y en donde yo, como una estúpida, había perdido mi virginidad.

El lugar era horrible. Eran las diez de la mañana y ya había hombres borrachos en las mesas. En el fondo había una mesa de billar y un señor de mediana edad que me miraba de reojo. Limpiaba los vasos con un trapo, apoyado en una barra de madera gastada. Su camisa, de un color que no adivinaba si era mugre o gris, se adhería a su barriga prominente. Daba asco.

Esperé más de dos horas, la angustia había bajado de mi cabeza a los glúteos, que sudaban copiosamente por estar apoyados en una silla tapizada con un plástico rojo que simulaba el cuero. El pantalón se adhirió a mi cuerpo y me lastimaba la entrepierna. El mesero, un hombre joven con los dientes llenos de manchas, pasaba cada diez minutos a preguntarme con aire de conquistador: «¿Qué va a tomar la señorita?», y a advertirme que no podía ocupar una mesa sin consumir. Pedí un café repulsivo. El pocillo en el que lo sirvieron estaba desportillado y tenía un hilo negro de mugre donde se había abierto la porcelana. Parecía más un pelo que una grieta. Pedí luego una Coca-Cola con pitillo de papel para no tocar con mis labios el pico de la botella. Por último, tomé dos vasos de agua a sorbitos para alargar el tiempo.

Mi vejiga estaba a punto de reventar. El miedo de levantarme de la mesa para ir hasta el baño al fondo del local y tener que pasar entre las mesas desde las cuales varios hombres me lanzaban sus miradas lascivas logró que mi cuerpo se portara a la altura de la situación y aguantara con valentía. Juan Camilo nunca llegó.

En la noche, como primicia del noticiero de las ocho, informaron del golpe dado a un grupo

de delincuentes. La policía había desmantelado una célula de la guerrilla urbana en el centro de la ciudad. Eran los responsables de los recientes secuestros de un periodista y dos empresarios muy importantes que tenían conmocionada a la sociedad. Estuve atenta a lo que decía la presentadora, y vi con horror que una de las fotos de los capturados que aparecieron en la pantalla a todo color era la de Juan Camilo Ortiz, alias el Ave. Junté fuerte las piernas, apoyé mi cara sobre los puños y contuve la respiración para controlar el temblor del cuerpo. Nadie podía darse cuenta del pánico que me asaltaba al ver su cara en la televisión.

Explicaron en breves frases que era un grupo guerrillero entrenado en la selva, infiltrados en las universidades privadas y con alto nivel intelectual. En ese momento entendí su apodo y la habilidad para representar con detalle las aves que pintó dentro de la silueta de mi cuerpo en los días que creí haber encontrado la felicidad. El noticiero pasó varias imágenes de los capturados y un reportaje que los vinculaba con los narcotraficantes. Reconocí a algunos de sus amigos. Cerraron el segmento con la palabra que oiríamos miles de veces y que representaba la nueva fuerza de delincuentes del país: La narcoguerrilla.

Me quedé con el último paquete sin entregar, con los nervios alterados, con el peso de la estupidez atormentándome y con una experiencia que hubiera deseado no vivir nunca.

El lunes, al terminar las clases, para no levantar sospechas fui a la buhardilla de la terraza de doña Ferní. Estaba paranoica y sentía que todo el que pasaba a mi lado en la calle me perseguía, no me cabía ninguna duda de que en algún momento alguien les contaría a las autoridades de mí, de la novia del criminal. Juan Camilo me había advertido que nunca abriera ningún paquete y que él sabría si lo hacía. Aun así, me armé de valor.

Mientras retiraba la vulgar bolsa de plástico blanca del bolsillo de la gabardina de Santiago, repetía en voz alta: «Ya está en la cárcel, no puede hacerme nada». Quité la cinta gris que envolvía el papel periódico y apareció otra bolsa, esta vez transparente. Deposité el contenido sobre la cama con cautela. Encontré una pequeña libreta con diferentes direcciones de la ciudad, un listado de números que imaginé que serían placas de carros o nombres en clave; varias cédulas de ciudadanía, todos documentos de identidad de personas de nacionalidad colombiana mayores de veinticinco años amarradas con un caucho; fotos de individuos que yo no conocía; tres mil dólares en billetes de cien y una pequeña pistola, indicios todos que verificaban la noticia y revelaban la ubicación probable de las viviendas de las siguientes víctimas de secuestro o de las casas de seguridad en las que las mantenían.

No sabía qué hacer con los objetos. Al analizar mis opciones, todas parecían absurdas. Si los entregaba a la policía, empezarían a preguntarme por qué los tenía o cuál era mi vínculo con la guerrilla; si se los entregaba a alguno de los amigos de Juan Camilo, corría el riesgo de que me secuestraran o me mataran. ¿Y si alguien los seguía y terminaba yo arrestada? Si les contaba algo a mis papás, viviría encerrada el resto de mi vida. No tenía salida.

Decidí mantener en secreto mi relación con Juan Camilo, tendría que vivir el día a día con el miedo de encontrarme con alguno de sus conocidos y que me preguntara por el famoso paquete o que creyeran que yo los había delatado y quisieran hacerme daño o desaparecerme, como había oído que hacían con la gente que ya no les servía. El hombre del que me había enamorado fugazmente era un delincuente desalmado.

Regresé a la rutina de salir de clases e ir directo a pasar la tarde a mi casa. No quería encontrarme con nadie. Dejé de ir con doña Ferní y, aunque se había acostumbrado a tenerme todas las tardes en su casa, me disculpé con la excusa tonta de que me extrañaban en la mía.

Me salvaron de la locura las vacaciones de mitad de año. Tomé un respiro. Pasó el tiempo,

nadie me contactó. Con la adrenalina aún en circulación por mis venas, retomé mis actividades poco a poco y salí lo menos posible de casa. Pasé largas tardes aburrida, concentrada en estudiar y en oír las noticias en la radio por si daban más indicios de Juan Camilo o de su grupo. Quería borrarlo de mi vida, sentía mucho miedo al pensar en él y no sabía cómo deshacerme ni del miedo ni de la dependencia que este me creaba.

Divagaba entre la preocupación y la culpabilidad.

Una tarde, sonó el teléfono.

—Niña, la llaman —me gritó la Bíchira desde la cocina.

—¿Quién? —pregunté aterrorizada.

—Un hombre —contestó con su habitual inocencia.

—Pregunte quién es, ya le he dicho, Etelvina, que debe preguntar.

—Ya le pregunté y dice que es amigo de sumercé.

—Dígale que no estoy.

—Ya le dije que un momentico, que ya se la paso, y yo mentiras no digo, sumercé —replicó a gritos.

Aparecieron diminutas gotas de sudor en mi frente, la boca se secó y las piernas respondieron con dificultad a la orden del cerebro de caminar. Fui despacio al estudio, cerré la puerta para que nadie pudiera escuchar y tomé el auricular. Esperaba lo peor.

—¿Aló?

—¿Quieres salir conmigo? —preguntó la voz al otro lado del auricular.

—¿Quién es?

—¿No me reconoces?

Me paralicé, ¿sería un amigo de Juan Camilo que me buscaba?

—No sé quién es usted ni qué quiere —dije con desprecio, quería que no se notara el temblor en mi voz.

—Tranquila. Soy yo, Felipe, ¿tan diferente es mi voz por el teléfono?

—¿Cómo la voy a reconocer si nunca hemos hablado por teléfono?, ¿qué quieres?

—Invitarte a salir.

—¡Qué descaro! Desapareciste sin decir palabra, ¿y ahora me invitas a salir? Olvídalo, no saldré nunca contigo. Y, por favor, no me llames.

Sin esperar respuesta, colgué el teléfono. Me agarré las manos con fuerza, se movían descontroladas. Una sonrisa de alivio apareció en mi rostro.

El susto de que fuera algún guerrillero el que llamaba se calmó de súbito. Me lamenté de haber colgado. Era agradable oír a Felipe, sin embargo, estaba convencida de que había hecho lo correcto, el tipo era un cretino que había coqueteado conmigo con insistencia unas vacaciones, me había invitado a salir una sola vez, lo habíamos pasado fenomenal y había desaparecido por más de un año.

V

En los días que siguieron, corrí a contestar el teléfono cada vez que sonó.

La desilusión fue grande. Ninguna de las llamadas fue para mí. Mi madre me observaba con curiosidad y la oí interrogando a Ninín en la cocina.

—Y ahora, ¿qué bicho le picó a Mina que se encierra en ese estudio todas las tardes?

—Quién sabe, sumercé. Lee y lee y cuando se levanta del sofá es para contestar el teléfono.

—¿Será que Santiago está tratando de contactarla?

—No creo, sumercé, hace rato que no lo menciona.

—Pues a ver con qué sale ahora. Debemos estar pendientes, con Mina nunca se sabe.

Santiago. Para qué lo habrían nombrado si ya había pasado tanto tiempo y muy rara vez pensaba en él. Me dolió el estómago. Deseché de inmediato el pensamiento y logré concentrarme en Felipe. Me entristecí. Estaba segura de que no llamaría de nuevo.

Gracias al chismoso de su novio Julio, Lisa se enteró de la llamada y de mi negativa de salir con él, y entró en acción. Se inventó una reunión de amigos esa noche e invitó a Felipe sin decirme nada.

Al bajar, él me esperaba al final de la escalera con un regalo que me entregó inseguro.

—Tienes que oírme. No te hablé porque no pude. Sabes que me encantas y quiero que me des la oportunidad de explicarte.

—Habla, soy toda oídos —le respondí cruzando los brazos y sosteniendo la bolsa de regalo entre dos dedos. Permanecí en el último escalón, lo que me daba igualdad de estatura.

—Ya te explicaré. Primero abre el regalo. Espero que no te parezca ridículo. Es la síntesis de lo que siento: fe en que me darás una oportunidad y la esperanza de que pueda crecer el amor entre nosotros. Son las Tres Gracias.

Abrí el regalo y allí estaba el dije de oro con la cruz, el ancla y el corazón unidos por una misma argolla. No me parecía ridículo, me parecía tierno. Me gustaba él, mucho.

—Salgamos de nuevo —dijo.

—Déjame pensarlo.

No había mucho que pensar. Él era especial y ese año lejos lo había convertido en un hombre hasta cierto punto misterioso por el que sentía curiosidad. Despertaba en mí una deliciosa sensación de compatibilidad y una atracción difícil de entender. Empezamos a salir. Aprendí a conocer su espíritu liviano y me contó su historia en las amenas conversaciones que sostuvimos.

Felipe desapareció un largo tiempo porque su padre recibió una amenaza de secuestro de uno de sus hijos si no pagaba la vacuna que le pedían por las tierras de la Sabana en las que cultivaba papa. En esos años, el éxodo de varias familias de empresarios, periodistas y gente de la farándula que buscaba alejarse de los riesgos y las amenazas de muerte, era un tema de conversación constante en todas las reuniones.

El miedo colectivo era contagioso, y los ciudadanos habíamos abandonado las calles. Nos recluimos en nuestras casas por voluntad propia y las charlas recurrentes eran la inseguridad, los secuestros, el deseo de irse del país, la violencia y la maldad que, como una mancha de tinta cobriza, cubría a Colombia. Cada uno tenía una historia de alguien cercano que contar, a todos

les habían secuestrado o matado un amigo, un primo, un tío o un conocido de un conocido. Transitar por las calles era también difícil. Se veían escoltas por doquier. En los semáforos en rojo, abrían las puertas de las camionetas en las que viajaban y apuntaban con sus monstruosos rifles a los cuatro puntos cardinales. Paralizaban todo a su alrededor. Cada vez que veíamos una moto con dos pasajeros, nos asustábamos. Era bien sabido que de esa forma se movilizaban los sicarios. El miedo era el invitado de honor a todas las salidas, fiestas y entierros.

Felipe y su familia se fueron a Miami como tantos otros colombianos. Permanecieron allá el tiempo suficiente para entender que estar lejos desmoralizaba a la familia entera y que el desarraigo les traía un dolor de esos que se llevan dentro con dignidad y que no dejan avanzar. Su padre decidió regresar a pesar del riesgo. Yo sabía de la sensación de exilio y, si bien no era comparable con la mezcla de miedo de los que salieron por amenazas, la entendía porque la había vivido.

—Todos teníamos prohibido hacer contacto con Colombia y, además, no tenía tu teléfono —me explicó con amargura en la voz—. Si contactaba con alguien, ponía en riesgo a la familia entera. No tomar el auricular para llamarte y explicarte por qué había desaparecido fue una decisión difícil. Tuve tantas ganas de escaparme a un teléfono público y llamar a Julio para que me diera tu número. En las noches, recordaba cada detalle de la noche que salimos. Lo bien que nos entendimos y nuestras carcajadas. Esa noche quise besarte. Cómo me arrepentí de no haberlo hecho. Tuve tu risa grabada, tus ojos de mirada astuta y tu mano entre la mía mientras bailábamos. Ideé planes, imaginé cómo regresar de incógnito, cómo enviarte mensajes. Mina, no sé qué hiciste. Me embrujaste. Desde que te vi la primera vez, enloquecí. Esperé el momento correcto y este desafortunado incidente me alejó de ti por mucho tiempo. No imaginas cuánto sufrí al pensar que me odiarías y que lo más probable era que no querrías verme nunca más. Pero no podía comunicarme. Lo entiendes, ¿verdad?

Claro que entendí. Habría sido inadecuado y peligroso contactar conmigo en la arriesgada situación en la que se encontraban. Estuvo muy preocupado con la idea de lo que opinaba de él. Estuvo en lo correcto, y se lo hice saber sin tapujos.

—Me parecías un patán, ahora olvídalo. Ya pasó.

Claro que no le conté que me senté por meses en la escalera de la universidad con la esperanza de verlo pasar, ni lo bien que me la había pasado la noche que salimos, mucho menos la terrible desilusión que me había causado su repentina ausencia. Tampoco le conté el maleficio que me perseguía: todos los hombres que se me acercaban desaparecían. Se hubiera reído con su carcajada contagiosa de mi teoría, que yo no consideraba descabellada. Y mucho menos le hablé de mi aventura con mi novio guerrillero.

El regreso fue muy difícil. Ahora todos los integrantes de su familia se desplazaban con guardaespaldas armados, de aquellos que se bajaban en los semáforos en rojo y que daban tanto miedo como las motos o cualquier otro elemento extraño que apareciera en la calle, incluyendo soldados armados y, alguna que otra vez, tanques de guerra que circulaban por las avenidas principales de la ciudad.

Se instauró el régimen del terror. Había llegado a nuestra vida la realidad del país con toda su violencia y su fuerza desmoralizadora. Ya no había realidad televisiva, nos la encontramos de frente. En corto tiempo mataron al padre de un amigo de la universidad, secuestraron al abuelo de una amiga en su finca, otro más perdió sus tierras a manos de la guerrilla, y la prensa internacional tenía la mira en Colombia con más ahínco que nunca.

Nos convertimos en una sociedad acostumbrada a la muerte. Su llegada no nos escandalizaba,

ni siquiera en las situaciones más absurdas: masacres, secuestros, bombas, mutilaciones, descuartizamientos, fosas comunes de cuerpos sin identidad. Nos curtimos del dolor que causan la violencia, la inseguridad y la desazón.

Yo seguía con mi temor de ser encontrada por la guerrilla y me remordía la conciencia de tener en mi poder, durante tantos meses, la información que había encontrado en el paquete y que podría salvar vidas. En los noticieros siguieron dando parte, noche tras noche, de más secuestros, más explosiones, más ataques guerrilleros, más muertes.

Prestaba especial atención para ver si decían los nombres de los secuestrados. Iba al día siguiente a casa de doña Ferní a revisar la libreta para corroborar que alguno de los nombres mencionados no estuviera escrito en ella. Me carcomía la idea de ser cómplice con mi silencio de los horrores que oía a diario. Estaba alterada y muy sensible a cualquier comentario en el que me sintiera juzgada. Si alguien en la mesa mencionaba la palabra guerrilla por cualquier motivo, el dolor de estómago aparecía. La ansiedad que me causaba el tema atormentaba mi existencia. Tenía que hacer algo al respecto.

Compartí mi secreto con Felipe.

VI

Sin duda, una de las épocas más lindas de mi vida fue la del noviazgo con Felipe. Aún llevo conmigo el dije de las Tres Gracias, colgado en una cadena de oro que he alargado unas cuantas veces porque el tamaño del cuello, como de lo que se siente hacia el otro, cambia con los años.

Felipe me enamoró con detalles. Escribía poemas, cantaba canciones pop y de la nueva trova, aparecía con un chocolate o cualquier regalo que me alegraba el alma. Era romántico. Nuestro noviazgo fue divertido: risas permanentes, ausencia de dolor y celos, admiración recíproca, ganas de compartir lo bueno y lo malo, de acompañarnos y crear juntos los espacios, los proyectos y las vacaciones, además de la vida misma, paso a paso con lo que se presentara. Era un amor redondo: cercano, adulto, emocionante, real, continuo. No como el que tuve con Santiago: lejano, idealizado, vacilante, efímero, o la idea de amor con Juan Camilo, que hoy en día entiendo que fue físico y que mi cuerpo confundió con cariño, agradecido con el placer descubierto.

Al principio no comprendí qué era lo que sentía por Felipe. Una vez que comenzamos a salir, nunca derramé una lágrima ni sentí inseguridad ni me dejó esperando una llamada prometida. Tampoco tuve oportunidad de echarlo de menos o de llorar su ausencia, porque estaba junto a mí, siempre presente. Como hasta entonces para mí el amor era tristeza, miedo, incertidumbre y vacío, estaba segura de que tanta alegría no podía ser amor. Pero sí lo era, y del fuerte.

Compartíamos nuestro gusto por las fiestas y los amigos; por los buenos libros leídos frente a la chimenea en silencio; por la historia, el arte y el diseño; y por nuestros respectivos cuerpos. Encontramos la dulzura de los besos sin apuro, el calor de la piel desnuda bajo las cobijas y el deseo sin reserva. Las tardes en las que estábamos juntos, que eran todas, pasaban de prisa. Nos hacía falta tiempo para terminar las largas conversaciones que entablábamos sobre nuestros gustos particulares o nuestra filosofía de vida y para prodigarnos más caricias que nos encendían. Felipe era una de esas almas viejas que van por el mundo alegrando a los demás, me sentía feliz con él a mi lado.

Lo llevé a casa de doña Ferní, requería su aprobación. A ella le encantó su humor y su alma noble, que supo descifrar con una sola mirada. Observé a mi alrededor con mucha discreción todas las superficies de la sala y no pude encontrar la pequeña foto de Santiago sobre ninguna de ellas. Quería despedirme de él para siempre.

Le pedí permiso para enseñarle a Felipe la vista del cerro de Monserrate. Subimos a la terraza. Entramos al cuarto y saqué el paquete de la gabardina. Se lo entregué. Se dio cuenta de lo alterada que estaba y me abrazó. Lo tomó y abrió con calma. Revisamos juntos el contenido. Arreglamos en fila cada cosa que sacamos sobre la mesita de noche junto a la cama en la que nos habíamos sentado, al tiempo que me preguntaba sobre la ropa de hombre que estaba colgada con pulcritud en un tubo como los de una tienda de calle. Él quería saber si esa ropa tenía alguna relación con el guerrillero. A mí me resultó extraño estar con Felipe, que tenía un paquete de Juan Camilo en sus manos, y en el mismo lugar donde estaba la ropa de Santiago. Le dije que era una historia larga que le contaría en el momento adecuado y que no tenían nada que ver con el guerrillero.

Vio la angustia en mis ojos y el miedo que tenía a ser vinculada con los delincuentes. Con la ecuanimidad que lo caracterizaba para enfrentar cualquier inconveniente y para protegerme, metió todas las cosas que habíamos sacado en los bolsillos de su chaqueta. Me abrazó, buscamos nuestros labios, el momento de tensión se convirtió en pasión.

Hicimos el amor sobre la cama de Santiago.

Nuestro encuentro fue como la primera vez que olí la sal en el aire y presentí que, a la vuelta de la próxima curva, en la carretera, aparecería por sorpresa una de las experiencias más bellas que tuve de niña: descubrir la inmensidad del océano Atlántico. Una vivencia que no se olvida y que deseé repetir muchas veces. No era un deseo irracional recorriendo el cuerpo, era la misma sensación de unidad con una fuerza superior ante la grandiosidad del mar, del firmamento o de una llanura sin fin. El amor que compartía Felipe salía por todos sus poros y entraba en mí con cada caricia y cada movimiento. Fue apasionado y tierno, y nuestros cuerpos se acoplaron con la misma facilidad que en el baile. Esta vez la música no existía, pero fue remplazada por el ritmo de nuestra respiración y acompañada por la letra de una canción que solo los amantes componen en la intimidad. Al terminar, contemplamos nuestros cuerpos centímetro a centímetro y nos vestimos sin apuros.

Yo no podía creerlo. Por el momento, por el lugar. Por la gravedad de la memoria. Por nosotros. Todo me daba vueltas. Sí que nos gustábamos.

—Yo me hago cargo, no te preocupes más —Señaló al final con la mirada los bolsillos de su chaqueta, llenos de evidencias de crímenes desconocidos que llegué a pensar que tendría que cargar toda la vida en la conciencia y que él de pronto liberaba con un gesto.

—Gracias —murmuré.

Lo besé en la boca. Más tarde, cuando les entregó a sus escoltas todas las cosas, sentí que me quitaba la culpa de encima. Nunca me preguntó por mi relación con el guerrillero, ahora preso, ni yo le pregunté qué había hecho con los documentos, el arma y el dinero. Nos sentamos en el mismo columpio de la despedida con Santiago, de las horas de pensamientos de angustia por Juan Camilo, y nos miramos con ternura. Con nuestro encuentro, las palabras sobraban. Me arrulló, me calmó con miradas y me explicó cómo funcionaban esas células guerrilleras: había caído como una incauta en sus planes, me habían utilizado para convertirme en una mensajera de la que nadie sospechaba. De Santiago, le conté mi versión de su abandono, y pese a que leyó en mis ojos el dolor que me causaba hablar de él, calló con sabiduría, me abrazó y escuchó con paciencia. Abrimos nuestras almas para compartir momentos del pasado, respetamos los que cada uno quiso guardar. La noche nos sorprendió. Mecimos nuestras confidencias en el columpio de la terraza. Ese momento era solo nuestro. Había estado decenas de veces en ese mismo lugar, pero nunca con la ciudad bañada por la luz de la luna, ni con esa sensación de plenitud que alegraba el momento.

Nadie trató de separarnos, al contrario, se alegraron de nuestra relación. Felipe fue bien recibido en casa y ninguno de mis hermanos opinó. Aunque sí lo hizo la Bíchira, quien se atrevió una vez a compararlo con Santiago.

—Pa mí, don Santiago era más caballero. Por lo menos le gustaban mis postres. Me gustaba más pa la niña.

—Ya cállese, que nadie le preguntó ni le pidió su opinión —dijo Ninín sin compasión.

—Pos tengo derecho a opinar como todos, ¿o no?

—No, no tiene, y cállese de una vez, porque le juro que la hago despedir —sentenció sin quitarle los ojos de encima.

—No es capaz —la retó la Bíchira con altivez.

—Pruébeme y verá —amenazó Ninín batiendo el dedo índice mientras salía de la cocina sin parar de rezongar a medida que se alejaba, y como ella era símbolo de autoridad, nadie en la cocina ni en los corredores se atrevió a tocar el tema.

Escuché la conversación entre ellas y sentí una gran turbación. Cuatro largos años sin saber de Santiago me habían enseñado a remplazar el sufrimiento del pasado con pedazos de presente, de inmediatez. Oír su nombre despertaba en mí una inquietud desagradable que me confundía. Nuestro olvido parecía no tener fin.

Un día me animé a regresar a casa de doña Ferní para espantar de una vez por todas cualquier duda que me quedara. Me recibió distante.

—Vienes a preguntarrme por Santiago, ¿cierrto?

—¿Cómo lo sabe?

—Lo leo en tu rostrro, y sé qué sientes.

—Así es, doña Ferní, tengo que estar segura de lo que debo hacer porque creo que estoy enamorada de Felipe, el muchacho que le presenté hace meses, ¿lo recuerda?, pero necesito saber de Santiago antes de tomar una decisión.

—Clarro que lo recuerdo, por poco se quedan a dormir en la terraza el día que vinierron —añadió en tono burlón.

Yo sonreí con su comentario.

—Estoy confundida. Ya no sé si lo que siento por él es todavía amor o una idealización de lo que sentí alguna vez. He llegado a pensar que no se puede seguir amando en la ausencia del otro, que simplemente nos aferramos a la idea del amor que alguna vez sentimos y nos confundimos con el verdadero amor, el que se construye de presente, de caricias, de compañía, de desacuerdos y reconciliaciones.

—Ya me había contado tu mamá que ibas muy en serrio en esa relación.

—No sé qué tan en serio, pero me gusta lo que siento.

—Es sabio lo que dices, él está prresente, está contigo.

—Sí, lo sé, pero si Santiago regresa, no sé qué pueda pasar.

—¿Sabes qué, Mina? No pierrdas tu tiempo con Santiago, olvídalo. Concéntrrate en tu vida y en tu novio que te quierre. Él seguirrá por varios años en España, ya está organizado allá y tú no puedes hacer nada al respecto. Y discúlpame que no te ofrezca algo de tomar. Tengo que salir, me han invitado a casa de una amiga a jugar carrtas y ya voy tarde. Si quierres ir a la terraza, en fin, estás en tu casa.

Quedé sorprendida por su franqueza. Nunca me había hablado con tanta frialdad. Me quedé un rato con Jovita en la cocina. Me ofreció unas galletas con semillas de amapola y me fui. Llegué a la conclusión de que doña Ferní tenía razón. Lo imaginé casado y con hijos, mientras que yo, como una tonta, había dejado ir varios años al esperarlo.

VII

He tomado las decisiones más importantes de mi vida en un segundo, la medida de tiempo en la que varias veces cambió mi destino. En casa quedábamos solteros: Lisa, comprometida con Julio; Mateo, el menor de los hombres, y yo. La disminución a menos de un tercio de la población a la que estábamos acostumbrados hacía más fáciles las conversaciones y la convivencia en la mesa. Mi madre y mi padre habían arreglado sus problemas, o eso parecía. He de admitir que nunca pelearon frente a nosotros, pero en tiempos de crisis el ambiente era tenso. Ahora se dirigían la palabra con naturalidad y se les veía a menudo tomados de la mano. Ella se mostraba encantadora en las animadas conversaciones de sobremesa que se extendían más tiempo del acostumbrado, y era evidente que sentía agrado por mi novio. A mi padre, el sentido del humor de Felipe le parecía genial, nunca lo vi reír tanto como con sus ocurrencias. Su cara se congestionaba al tratar de contener las estrepitosas carcajadas que acompañaba con ojos llorosos de risa y terminaban con una repetida tos seca. Se hicieron grandes amigos a pesar de la diferencia de edad. Tomaban café y discutían artículos de la revista Time o hablaban de política y de la terrible situación del país.

Felipe había sido criado en una familia muy distinta a la mía. Eran más mujeres que hombres y todos tocaban algún instrumento musical y cantaban. Nosotros, en cambio, estábamos negados para la música y a uno que otro afortunado, con más sangre latina que europea, se le daba el baile.

El trato con Felipe era agradable gracias a su facilidad de palabra, el ingenio y su humor perspicaz. El rasgo más fuerte de su carácter era la autenticidad con la que expresaba sus ideas y pensamientos. Su seguridad al andar, la claridad de sus principios y, sobre todo, su nobleza me llevaron a quererlo cada vez más. No pasaba desapercibido en ningún lugar al que llegaba. Yo no sabía que era considerado un excelente partido, y que saliera conmigo despertó algunas envidias y celos entre el círculo de amigas expertas en susurrar a nuestro paso en lugares públicos.

Estuvimos de novios hasta que yo terminé la carrera. En ese lapso se casaron mis otros dos hermanos. En las fiestas nos sorprendió el amanecer a paso de merengue y salsa, reafirmamos la capacidad de acoplar nuestros cuerpos en el baile y entre las sábanas. Crecía nuestro amor, encontrábamos cosas en común y nos gustábamos cada vez más. Un día, de frente y sin tapujos, algo tan propio de él, me dijo:

—Hay que tomar una decisión. Ya basta de dilatar el tiempo. Nos casamos, ¿sí o no?

Romántico no fue. Logró marcar con su sencillez algo tan serio como preguntar si quieres compartir el resto de la vida con alguien.

—Sí —contesté con un abrazo entre risas.

El día que le dijimos a mi padre que íbamos a casarnos, soltó sin más:

—¡Ay, qué alivio, Mina! Al fin se enamoró del que debía.

Por años repitió a todo el que quiso escuchar el comentario, mejorado según él, de que su hija Mina había hecho todo lo posible por casarse mal hasta que se casó bien. Terminaba su anécdota con una carcajada. Qué bueno que no supo nunca que salí con un hombre once años mayor que yo, con hijos y separado de su mujer lesbiana, y que había tenido una relación con un guerrillero

que ahora estaba en la cárcel, condenado por sus crímenes. No lo hubiera soportado.

Felipe y yo nos entendíamos bien y nos queríamos aún mejor. Nos casamos en una sencilla ceremonia con familia y amigos, con promesas cumplidas e ilusiones desbordadas. Mi madre me prestó los aretes y el collar del ajuar de perlas que antaño le regalara doña Ferní. Caí en la tentación de lucir, el día de mi boda, las joyas que con el tiempo llegué a apreciar aún más. Ya no me parecía que llevaban consigo una maldición de lágrimas seguras. Me sentía radiante.

La luna de miel la pasamos en la ciudad amurallada de Cartagena. Un amigo nos prestó un apartamento en la Plaza de Bolívar. Desde la terraza se veía la cúpula de la iglesia de San Pedro Claver y divisábamos los tejados bañados por la luz del ocaso. La línea del horizonte separaba el mar, más bien oscuro, de un cielo de colores cálidos que encendían nuestra mirada y daban a nuestros cuerpos un matiz cobrizo muy sensual en las tardes en que hacíamos el amor.

Pasábamos la mañana conversando en la hamaca, contándonos historias de familia y riendo. En las tardes recorríamos las calles y disfrutábamos el andar lento de los costeños tanto como las butifarras y los jugos de frutas tropicales que se ofrecían en las plazas. La brisa vespertina invitaba a caminar por la muralla y a observar a lo lejos las luces de barcos y cruceros anclados en la bahía. El baile y la fiesta en calles y establecimientos abiertos a todo público hacía olvidar cualquier problema por el que estuviera pasando el país. Fueron dos semanas en las que disfrutamos de la playa, conocimos lugares históricos, fortalecimos nuestro amor y nos olvidamos de las noticias y los periódicos. En Cartagena, la vida se vivía a otro ritmo y en otra dimensión.

Corría el año de 1993 y las bombas puestas por el cartel de Medellín estaban a la orden del día. Padecimos muy de cerca la del Centro 93, un centro comercial del norte de Bogotá, que dejó una devastación de guerra varios kilómetros alrededor y la certeza de que el cartel de Medellín se había convertido en una amenaza para todos los ciudadanos colombianos sin importar su profesión o estrato social.

Estábamos en nuestro primer apartamento de casados, a ocho cuadras de allí. El estallido nos ensordeció por varios minutos, todos los vidrios de las ventanas cayeron sobre nosotros como la lluvia de arroz a la salida de la iglesia con la que nuestros invitados nos habían agasajado hacía tan solo tres meses. Los vecinos nos reunimos en la calle. Estábamos estremecidos. Había humo y tierra en el ambiente y vidrios rotos de cada edificio y almacén regados por doquier. Se escuchaban a la distancia las sirenas de las ambulancias y los camiones de bomberos. Vimos pasar un par de convoyes del ejército y supimos enseguida que había sido una bomba, pero no en qué lugar había estallado, hasta que en las noticias de la noche las fotos de las víctimas y del cráter dejado por el carro –que contenía más de cien kilos de dinamita– confirmaron el lugar preciso de la explosión. Felipe sufrió pequeñas cortadas en un brazo, algunos vecinos tuvieron crisis nerviosas y todos pasamos una noche fría sin ventanas que nos protegieran de la entrada del viento cargado de olor a muerte y de la inseguridad que rondaba las calles.

Vivíamos con miedo de salir a la calle. Las reuniones sociales se hacían en los hogares y evitábamos frecuentar lo más posible lugares públicos. Éramos un pueblo asustado, aunque el temor no nos detuvo para hacer fiestas, reuniones y visitas a los amigos. Estábamos convencidos de que nuestra misión era ser felices, lo que esto quisiera decir para cada uno en momentos de homicidios, atentados y tragedias. No sé de dónde sacábamos ese optimismo por la vida entre tanto caos, tal vez de las burlas y chistes que inventábamos en cada evento desastroso. Los colombianos, como ningún otro pueblo que yo conociera, teníamos la capacidad de olvidar rápidamente y de reírnos de las penas y de nosotros mismos. De no ser así, hubiera sido

imposible subsistir.

Justo un año después de la explosión, Felipe me dijo:

—Me ofrecen un trabajo en México.

—¿Tan lejos?

—Me dan casa, buen sueldo y nos pagan el traslado. Es una gran oportunidad para irnos y comenzar una familia con tranquilidad, lejos de este desorden.

—No sé si me gusta la idea, Felipe. Apenas empezamos a construir nuestro hogar. No imagino la vida lejos de mi familia, de las fiestas y los cumpleaños masivos. De México conozco bien las canciones de Agustín Lara y José Alfredo Jiménez que oye mi papá, y las películas de Cantinflas, pero la verdad —dije en tono irónico—, ¿me ves viviendo allá?

Mi espíritu aventurero, heredado de ese abuelo alemán que se embarcó rumbo a Cuba y fue a parar a Barranquilla, me traicionó e hizo que me comiera mis propias palabras. Nos preparamos para partir al famoso país de la raza de bronce. México, el país en el que todo era enorme, nos esperaba.

Me esforcé por dejar atrás lo tradicional, el qué dirán y la terrible tarea que me había autoimpuesto de parecerme un poco a cada uno de mis nueve hermanos mayores y desarrollar la habilidad más sobresaliente de cada uno de ellos: generosa, encantadora, estructurada, divertida, sensible, empática, exitosa, inteligente y buena amiga. Emprendí mi viaje embarazada de mi primera hija, algo de añoranza adelantada y las ganas de descubrirme.

Llegué a la ciudad rodeada por montañas que no se veían por la contaminación. Me instalé con comodidad, sin la sombra del apellido y del machismo silencioso que rondó entre las palabras no dichas por mis padres a las mujeres, palabras que al no existir paralizaron sueños y dejaron un vacío que todas, en algún momento, buscamos llenar con el reconocimiento de la cofradía masculina. Nunca lo aceptamos de manera abierta, porque no era explícito, sin embargo, esa necesidad de validación de nuestro profesionalismo y capacidad intelectual nos persiguió por años y se convirtió en un lastre. Habíamos sido designadas al interior de la familia para desempeñar un papel muy diferente al del éxito. La sensación permanente de que nunca alcanzaríamos el lugar que los hombres ocupaban a los ojos de mi padre, y aún más a los de mi madre, que los halagaba por cada nuevo trabajo, por cada gesto de generosidad y por cada logro de cualquier índole, me motivó varias veces a emprender proyectos y empresas para demostrarles que yo también era merecedora de sus halagos, pero las brechas se hicieron cada vez más grandes y las diferencias cada vez más notorias y el reconocimiento nunca llegó, porque no estaba en la memoria genética de la familia halagar a las mujeres por su trabajo. El día que a cada una le llegó el momento de entender que no era importante y que era ilusorio pertenecer al grupo privilegiado sin sacrificar nuestra esencia femenina, el peso de esa carga se transformó en motor de crecimiento espiritual y cada cual tomó el camino que quería, o el que le estaba destinado, nunca lo sabremos en realidad.

Años más tarde aparecerían los libros que hablaban de las diferentes inteligencias, y a la postre encontré la mía sin dificultad. Me sobraba la inteligencia emocional, pero esa no producía dinero.

Me alejé también de los chismes de las amigas, del camino trazado, de la sociedad corta de ideas y de las posturas conservadoras en las que me movía. Tenía la oportunidad de construir el mismo nombre y apellido con otro significado, sin el peso de las hazañas de los otros. Sería auténtico y real. Sería solo mío.

VIII

Todavía hoy huelo y veo en colores. A veces me indigestan.

—¿Te gusta esta casa? —me preguntó Felipe con ternura una tarde, recién llegados a Ciudad de México.

—Es tan diferente a las otras. Me encantan las calles empedradas, la sensación de vivir en un pueblo, y estar a una cuadra del Periférico me parece mágico —le respondí dándole un beso.

El Periférico, la vía más congestionada y ruidosa, nos quedaba a unos cuantos metros y, misteriosamente, no escuchábamos el ruido de los autos. Era una casa amplia e iluminada y la rodeaban buganvilias malvas que trepaban por las paredes. En el patio de baldosas de barro se levantaban macetones con flores de salvia que alimentaban con su néctar a los colibrís, y en las mañanas nos levantábamos con el trinar de los pájaros.

Felipe trabajó por varios años en la compañía multinacional que nos trasladó a México y años más tarde tomó la decisión de independizarse. Con gran esfuerzo, compró una hermosa casa en San Ángel, al sur de la ciudad. Me gusta el sur por encima de otros puntos cardinales. Al Sur está también Colombia, mi tierra natal, a la que regresábamos con nuestros cuatro hijos todas las navidades para que no se les olvidara de dónde venían y, de paso, se acostumbraran a la algarabía de la familia, al cariño de los abuelos y al abrazo amoroso de Ninín, que siempre lamentó mi traslado a otro país y lloraba cada vez que terminaban las vacaciones y debíamos regresar.

Mis hijos nunca tendrían una nana, los tiempos habían cambiado y yo les quería compartir la mía para que se llenaran de su amor incondicional, aunque fuese solo en las vacaciones. Probaron ese amor intangible que, como muchos otros, estaba a punto de extinguirse.

Vivíamos en la metrópoli y al comprar la casa entendimos que nos quedaríamos. Cada vez me encariñaba más con ese país de extremos, me cautivó desde el principio. Mi alma habitaba en él, pero a veces sentía que se me escapaba, porque la vida en la Ciudad de México transcurre más rápido; el tiempo se mide en tráfico; la contaminación en IMECAS[1]; y en muchos grupos sociales, la pobreza se confunde con las desgracias per cápita y la riqueza económica con la cantidad de palabras en inglés usadas en cada frase.

Aprendí a disfrutar y a cocinar con maestría varios platos típicos. Al final, logré sobreponerme al color oscuro de la mayoría de la comida, tan natural para los mexicanos y tan impactante a mi vista, acostumbrada a los tonos vivos de las frutas tropicales. Pasaron unos cuantos años antes de atreverme a probar muchos platillos, entre ellos, el mole. No daba crédito a los colores y a las combinaciones que consumían: rojos oscuros en chapulines y tacos al pastor; verdes oliva, vistos en aceitunas y alcaparras, en chilaquiles, nopales babosos, huazontles y el más impresionante de todos, el chicharrón en salsa verde, el único que sigo sin comer porque se pone blandito y yo aseguro que el chicharrón debe ser crujiente. También me impresionaban los alimentos de color negro, propios del caviar y la carne, en moles oaxaqueños y quesadillas de huitlacoche; o el verde azulado de tortillas con retrogusto a cal que pensé que estaban podridas y con hongos; o los mangos incrustados en un palito de madera y cortados como flores que se antojaban por estar espolvoreados con canela, aunque resultó ser chile piquín; o tamales con

rellenos dulces, salados o picantes, que en mi tierra se llamaban envueltos de mazorca y que nunca se nos había ocurrido rellenar.

En México entendí cuán importante ha sido el color en mi existencia. De él han dependido decisiones tan vitales como morirme de hambre o comer, tomar una medicina, comprar la mascota que nos acompañaría por años o entablar amistad con alguien por el color de su aura; y tan banales como el color de los trapos de cocina, las flores en las macetas para adornar el jardín en primavera o la sombra de ojos a juego con la vestimenta del día. He vivido en el país de los colores con nombre y apellido: rosa mexicano, verde bandera, negro obsidiana y tantos otros que han regido gran parte de mi vida.

Felipe y yo seguimos enamorándonos todos los días, estar lejos de nuestro contexto cultural y familiar nos permitió construir una relación del día a día que llenábamos con las actividades que aprendimos a disfrutar en pareja y que nos permitían llenarnos el uno del otro: cocinar juntos, mirar las estrellas en el jardín y ordenar las cuentas por pagar. Una que otra vez al ver alguna película española, me preguntaba qué habría sido de la vida de Santiago, pensamiento que espantaba acurrucándome en el cálido abrazo de Felipe.

Nos costó un poco acoplarnos a la vida de esa gran ciudad, pero nos convertimos en verdaderos chilangos cuando nuestros hijos mayores alcanzaron la adolescencia. Miguel y Daniela, conocen suficientes sitios para salir de noche. Renata y Pedro, los menores, disfrutan de los paseos en auto por el país o en bicicleta por la ciudad tanto como nosotros. Los cuatro son chilangos de nacimiento y corazón. Somos una familia de desayunos con sopes y chilaquiles en los mercados, de visitas a la Lagunilla –a conseguir antigüedades, algunas recién fabricadas y con historias inventadas de su glorioso pasado por hábiles vendedores–, o de visita a una librería Ghandi con Starbucks si el antojo es comprar libros y acompañar el inicio de la lectura con un café. Nos gustan por igual una buena obra de teatro y rematar con cena elegante en Polanco que un paseo en trajinera en Xochimilco para comer tacos y quesadillas, y conocemos muchas zonas arqueológicas y pueblos mágicos.

Sin embargo, la tierra en la que naciste y los olores y sabores con los que te criaste siempre están latentes. Nos creemos libres de ataduras culinarias, cuán equivocados estamos porque, en el instante en que pisamos de nuevo tierra colombiana, nuestro pensamiento se sincroniza y todos queremos comer patacones, pandeyucas, empanadas, papas saladas y criollas, y el último día de nuestras vacaciones, desayunar caldo de costilla. Exactamente en ese orden. Convertimos en ritual la despedida de Colombia con un caldo de costilla en el aeropuerto, ritual que ha siguió vigente a lo largo de los años. En mi imaginación ese caldo salado significaba el lago de lágrimas saladas que hemos derramado en las despedidas con Ninín, mi mamá y mi adorada hermana Lisa.

Hoy en día entiendo que México me dio la independencia y autonomía que buscaba. Crecí, me reafirmé, estudié, me asumí, descubrí mis mayores defectos y, con más dificultad, mis virtudes. Me acerqué al esoterismo y a las limpias, a la historia del país y a las leyendas. Hice mi propio hogar, mi propia empresa y mi propio entorno con la paleta de colores que me gustaba: el rojo ardiente para la pasión, el lila suave para la ternura, el azul agua para remojar las penas y despercudirlas, el verde biche –como el mango colombiano con sal– para la aventura, el naranja para la alegría, y el negro lo dosificaba entre el infortunio, la desgracia y la tristeza para que no se convirtiera en un hueco muy hondo en el que podría llegar a ahogarme.

La independencia y la autonomía de esa gran familia llena de hermanos, ruidos y opiniones tuvo un costo alto, el de no tenerlos cerca para abrazarlos y, por qué no, para no hablarles o estar

en desacuerdo con ellos. Ya no era parte del clan al alejarme. Creo que perdí momentos de arcoíris, esa mezcla de colores, solo posibles en la diversidad de emociones que me producía mi familia colombiana.

Entre Felipe y yo predominaban el rojo y el naranja. El lila era sin duda el color preferido cuando me encontraba con los niños. Pero no pude evitar que llegara el negro, ese intruso se metió en mi vida repetidamente y cada vez que le dio la gana. Una de aquellas veces me hundió tan profundo en la tristeza que casi logra que se me terminara el aire antes de salir a flote. Fue cuando conocí la traición.

Felipe cumplió con su promesa de «en las buenas y en las malas», y en los momentos en los que yo caía en esos estados de extraña congoja –que él percibía y sabía leer en cada uno de mis movimientos y gestos, o en el más mínimo cambio del tono de mi voz–, me acompañaba sin preguntas, me animaba con su humor, aunque él también estuviera triste, porque la mayoría de las cosas que pasaron, nos sucedieron a los dos.

---

1. Índice Metropolitano de la Calidad del Aire.

IX

El universo nos puso a prueba. Deseaba ser japonesa; había oído que los nipones eran la raza con más resiliencia del mundo y me urgía tener toda la capacidad y entereza para salir fortalecida de los sucesos que uno a uno nos caían encima sin dejarnos respirar. Creemos, porque eso nos ha vendido la sociedad, que un solo evento traumático te cambia la vida. Hoy puedo afirmar que es peor la sucesión de pequeños eventos que afectan la rutina y el ánimo porque son como la gota de agua que cae constante sobre una roca y es capaz de cercenar, abrir surcos, desintegrar con lentitud y, sin que nadie lo note, la entereza de la superficie que roza con sutileza.

Una cosa es cuando las tristezas y desgracias son de otros y están lejos, como los asesinatos y secuestros perpetuados por los narcos y la guerrilla, que viví como espectadora por la televisión, y otra muy distinta cuando se te acercan, te llegan sin aviso, te golpean directo sin miramiento alguno. Porque hay que reconocer que, si las penas son de otros, la congoja es fuerte, pero dura poco. En algunas ocasiones dura pocas semanas, en otras, tanto como el noticiero o la llamada de teléfono que avisa, y la mayoría de las veces se olvidan con la siguiente actividad del día. Pero las cosas son diferentes cuando son propias, echan su ancla y atracan. Algunas se quedan el tiempo justo para abastecerte de energía y seguir navegando; otras, encallan con ahínco en el corazón y nada las mueve de allí.

El 2012, un año cargado de eventos raros, empezó con la habladuría de la gente sobre el mito maya del fin del mundo y, en mi casa, con el accidente en bicicleta de mi hija Renata, quien sufrió un severo golpe en la cabeza. Su pierna se partió en varias partes. Estuvo inconsciente en el hospital por varios días. A la semana, Daniela, la mayor, se rompió el dedo meñique del pie contra la mesa del comedor una mañana en el desayuno y, como no se podía enyesar y yo no podía tener a otra hija en el hospital para que le pusieran un clavo, la orden fue la de moverse en silla de ruedas hasta que soldara el hueso. Ese mismo día en la tarde, nuestra perrita se salió a la calle y un carro le pasó por encima de la pata delantera. Vistos de manera aislada, no serían más que accidentes menores, pero al ocurrir al mismo tiempo se convirtieron en desgracia. Tenía en casa a una de mis dos hijas enyesada, ambas en sillas de ruedas, y a la perrita vendada. Ladraba todo el día. Estuve anclada en casa, sin salir a ningún lado. No podía ni ir a trabajar. Cuidaba de todas mis chicas heridas. Los días y las horas parecían duplicarse. El cansancio se acumulaba por el cuidado que les procuraba. Las bañaba, les ayudaba a vestirse, les daba las medicinas cada vez que sonaba la alarma y les preparaba todas sus comidas. Me sentía exhausta. No estaba acostumbrada a ese ritmo y caía rendida en las noches. Alternaba el sueño entre los medicamentos y las idas al baño de mis hijas, rutina que duró algunos meses. Me quedé sin energías. Me sentí sola y agobiada por tanto ajetreo.

Pero tenía a Felipe, siempre a mi lado, yo seguía construyéndome como mujer, pero ya no a punta de amores fracasados, sino a punta de eventos que no me daban un respiro para continuar con mis frases de ánimo y positivismo que había tratado de inculcarle a mis hijos. ¿Olvidar de nuevo será la solución?, me preguntaba en los pocos momentos que tenía para reflexionar. Llegaron los cuestionamientos.

¿Por qué no me había quedado en Colombia?, cerca de los amigos de la niñez, de la comida

de casa, de la seguridad de lo conocido. Más que nunca quería tener a mi lado a alguien de la familia que me apoyara con los niños, que me visitara o me acompañara en silencio. Añoraba a la abuela, a la tía, a la madre, a la hermana, con Ninín me bastaría. Deseaba ese apoyo femenino dulce y desinteresado que se da por sentado al tenerlo cerca, y que al no existir te das cuenta de que el soporte de otras mujeres en tu vida llega a ser tan vital como la respiración, y que pasa igual de desapercibido. Que es difícil hacer una vida en otro país, que en el momento en que menos lo esperas te conviertes en la supermujer que todo lo puede. Que hay noches en que caes rendida ante la evidencia de la autosuficiencia que has adquirido y que preferirías regalar. Que los logros conseguidos por ti misma te enorgullecen, pero te joden, y que eres una especie rara en un mundo que aún es gobernado por los hombres.

¿Qué hubiera sido de mi vida tal vez en España o Italia o en un país sin los problemas latinoamericanos? ¿Qué hubiera sido de mí tal vez soltera? O, mejor, ¿qué hubiera sido de mí si no sintiera tan profundo cada amor, cada amistad, cada decepción? También llegó la respuesta: solo me quedaba seguir olvidando.

A lo largo de cuatro meses fuimos liberándonos de yesos y dolores. Llegó el día en que Daniela, Renata y nuestra perrita caminaron, unas con más dificultad que otras, pero al fin sin ayuda y afortunadamente Miguel y Pedro estaban bien.

Salimos el domingo de paseo para cambiar el encierro por aire puro y distracción. Fue una tarde divertida en familia, comimos y reímos y dejamos de lado los días de pacientes y enfermera exhausta, y nos dimos el gusto de estar de nuevo en familia sin preocupaciones. En la noche, al regresar a casa, Felipe no logró abrir la puerta automática del garaje, parecía estar descompuesta. Tras varios intentos, al fin se abrió a medias con ruido de matraca. Se bajó del auto para empujar el tramo que faltaba y prendió una luz. Se encontró con la sorpresa de la puerta de servicio que daba a la cocina abierta de par en par. Nos pidió con un gesto que nos quedáramos dentro del auto. Los niños y yo no podíamos ver lo que pasaba dentro, y Felipe ya había desaparecido por la puerta de servicio. El corazón nos latía a toda velocidad porque Felipe no daba ninguna señal y nos mirábamos entre nosotros sin musitar palabra. Oímos un ruido al interior de algo que se caía. Al fin se asomó por la puerta. Se agarraba la cabeza con las manos y gritaba: «¡Malditos! ¡Nos dejaron en la calle!».

La angustia de que a Felipe le hubiera pasado algo me hizo entender que realmente él lo era todo para mí en esta vida de extranjera, y con esta manía de buscarle explicación a todo, me convencí de que yo estaba en México porque había sido la única manera de alejarme del absurdo de una vida en Colombia recordando a un amor imposible.

Nos robaron todo: ropa, equipos electrónicos, joyas, caja fuerte, cuadros y adornos. Lo único que dejaron fueron las cajas de zapatos con fotos regadas por el suelo y los muebles que no pudieron salir por la puerta de servicio por la que los ladones habían entrado. Pasamos varios días esforzándonos por darle a nuestra casa el calor de hogar que había perdido al desaparecer los detalles que la hacían nuestra. Nos costó meses de esfuerzo y dinero darle forma una vez más. El ánimo no ayudaba a la convivencia y cada uno se encerró en su decepción. Por más de que tratamos de hablar del tema y restarle importancia, caímos en un letargo emocional que no sabíamos cómo manejar.

Como cierre del desafortunado año, la traición tocó la puerta y le permití entrar.

Hablar de esto aún me cuesta trabajo, quisiera pasar por encima de estos eventos como si de la historia de alguien más se tratara y solo tuviera que narrar sin sentimientos o emociones de por medio.

Me equivoqué, dejé de ir al negocio que lideraba y que habíamos construido con tanto esfuerzo desde nuestra llegada a México para cuidar de mis hijas y mi perrita enferma, y descuidé también un poco a los niños que afortunadamente contaban con la presencia de Felipe.

Ese negocio que consistía en diseñar espacios especiales para nuestros clientes y mejorar su calidad de vida a través de las texturas, colores, telas y esos detalles que tanto me gustaban, no solo nos había dado de comer varios años, sino que nos había dado grandes amigos y lo más importante: llenaba nuestro espíritu creativo.

Mi ausencia dio pie a que una empleada de mi entera confianza, a la que había formado y enseñado todo lo que yo sabía, a quien había acogido en mi casa y en el corazón, pagado el colegio de su hijo, acompañado en sus penas, y a quien consideraba mi amiga, nos robara los clientes, el dinero, el nombre y la alegría. Su marido, quien se había hecho amigo de Felipe, fue partícipe del plan. Fue un duro golpe para el alma noble de mi esposo, que lo estimaba y confiaba en él, y para mí una experiencia devastadora.

El descaro de aquella mujer llegó al punto de hacerse pasar por la dueña ante los nuevos clientes y como socia ante quienes ya la conocían. Este golpe de traición, que remató la faena de un año que parecía no tener fin, fue uno de los más fuertes que recibí en mi vida. Estaba adolorida por el comportamiento humano, por sufrir en carne propia el engaño y por haberme dejado robar la serenidad. Tenía dolor de mi propio dolor. Mido el dolor en el número de noches que estuve sin conciliar el sueño, en el esfuerzo por levantarme de la cama cada día, en la cantidad de tiempo que me tomó superarlo y volver a empezar. Trataba de entender por qué lo había hecho e imaginaba las frases que le diría la próxima vez que me la encontrara. Me sentía incapaz de asimilar tanta infamia. La vileza de sus actos me golpeó en lo más profundo. Sacó lo más sombrío de mí, algo que no conocía: una gran capacidad de albergar rencor y desprecio. Esta mezcla de incredulidad y sorpresa, me llevó a un profundo dolor. Había días en que no me reconocía, tomaba el papel de la mala de la película que busca venganza, alguien opuesto a todo lo que yo era o había sido. La desconfianza invadió mi cabeza y el pesimismo se apoltronó con descaro en mi interior. En esos momentos el único color con el que era capaz de identificarme fue el negro, yo que vivía dándole significado a la vida con los colores; me había perdido. Mi percepción de la vida cambió. No más olvidos, pensé.

A falta de algo más concreto, responsabilicé a México de todo lo que me pasaba. Echarle la culpa a un intangible tan inmenso y abstracto era más fácil, de esa manera no tendría que hurgar y correr el riesgo de encontrar la respuesta a la pregunta: «¿por qué a mí?». Siempre me confié, dejé a los demás a cargo, creí en todos, seguí mi esencia, tal vez siempre me equivoqué y estas eran las consecuencias, no hallaba otra respuesta. Estaba frustrada y caí en la segunda gran depresión de mi vida sin saberlo. No dormía bien por las noches, comía en exceso, las mañanas eran una pesadilla, no quería levantarme. Me sentí cansada, vacía, abandonada.

Llamé a mi hermana Lisa, como lo hacía por lo general cada vez que me sentía desolada, si es que ella no se me adelantaba, porque teníamos esa rara cualidad de adivinarnos las emociones fuertes con kilómetros de por medio. Escuchó con atención lo que le contaba y suavizó mi pena con su mezcla de cariño y pragmatismo habitual.

—Mina, sé que es muy duro por lo que está pasando, pero créame, de traición nadie se muere; del robo, pues ya se recuperarán, es dinero que va y viene, son cosas materiales y yo sin ningún problema puedo prestarle plata para que salgan de esta. Y de verdad, dé gracias —recalcó — porque los niños están bien y no fueron peores las cosas. Lo siento mucho por las niñas, aunque, como dice Ninín, las cosas pasan por algo, así es el destino. Si esa mujer la traicionó, es

porque era hora de que saliera de su vida y no le convenía tenerla cerca. Sé que usted no cree en la maldad, pero existe, nos guste o no. Esa mujer es mala, lo supe desde que la vi por primera vez. Su actitud hipócrita y la obsesión por querer ser como usted e imitarla en todo era enfermiza. No era fácil darse cuenta, lo entiendo, y como su deporte favorito es encontrar a quién ayudar, mejor no le dije nada.

Escuché lo que me decía sin saber qué contestar.

—Piense en lo que le estoy diciendo. ¿Es verdad o no?

—Ay, Lisa, no sé.

—Y vi a Santiago ayer en la calle. Me contó que doña Ferní le había dejado en herencia su casa. Regresó de España para hacerse cargo. Está igualito, no le pasan los años.

—¿Y le preguntó por mí?

—¿Usted qué cree?

—¡Ay, ya, dígame!

—Sí, y le conté que vivía en México.

Me quedé pasmada, en un largo silencio. Solo esto me faltaba para enredar aún más ese momento de confusión emocional en el que me encontraba. La incredulidad se mezclaba con la decepción y lo inexplicable martillaba mi mente racional.

Recordé los monólogos de mi mamá en las mañanas en que me llevaba al colegio y, sin pensar, soltaba en retahíla sus más profundos secretos. Igual estaba Lisa, esta vez me contaba algo tan importante como el regreso de Santiago a Colombia como si me estuviera dando una receta de cómo hacer empanadas. Colgamos y me quedé pensando: sí, de acuerdo, de traición nadie se muere, pero aun así te carcome despacito como la lepra, te desgasta, te tortura, te roba la certidumbre, te quebranta la fe…, por eso duele tanto. Quien no ha sido traicionado, no puede imaginar el dolor que produce la infamia.

Por otro lado, Lisa fue capaz, con una sola oración dicha por el teléfono, de reavivar recuerdos profundos que creía borrados. Oír hablar de la casa que visitábamos con tanta frecuencia en el tiempo de mi adolescencia y mi juventud, aquella en la que me refugié tantas veces, a la que aún acudía siempre que iba a Colombia, junto con el nombre de Santiago, trajo sensaciones que en otro momento habrían sido dulces, pero que en este punto de fragilidad fueron amargas.

Me sentí abandonada por mi familia, mis orígenes y mis creencias; me pregunté por qué no regresaba a mi tierra a buscar la fortaleza, aunque en el fondo sabía que era un cuestionamiento peligroso, porque todo lo que tenía y había construido estaba en México.

—¿Aló?, ¿todavía está ahí? ¿Por qué se quedó callada?

—Lisa, ¿se ha dado cuenta de que hubiéramos podido vivir otra vida? —le dije con la añoranza de la adolescencia en la que el único dolor era amar demasiado.

—¿Y qué otra? Acaso, ¿qué es la vida después de todo?

—Pues las cosas que te van pasando…

—¿Y cómo se puede evitar lo que a uno le pasa? Si tiene la fórmula, dígamela porque yo no la conozco. A uno le pasa lo que le pasa y punto, no hay nada que hacer. Su problema es que le da muchas vueltas en la cabeza a todo, y hay cosas que no tienen respuesta. Yo creo que la vida se vive y ya.

—A veces me dan ganas de dejarlo todo y regresar.

—Ojalá se le quede en ganas.

—¿Y si llamo a Santiago?

—¿Para qué?

—Para saludarlo, digo. Igual le doy el pésame por doña Ferní, es una buena excusa, ¿o no?

—No me parece ni buena excusa y mucho menos buena idea; la vida que tiene, usted la escogió, o así se dio, qué importa eso ahora. Mejor anímese y concéntrese en construir la que le queda por delante sin dejar tanta cosa al azar. Fíjese a quién contrata, con quién trabaja, y no descuide el negocio, ni mucho menos a mis dos sobrinos y mis dos sobrinas. No hay que aferrarse a un pasado que ya se fue.

Esta conversación con Lisa me ayudó a espantar por un rato la imagen muy distorsionada y que ahora atormentaba mi cabeza de un Santiago que podría cambiar mi vida. Una vida que sentía prestada, que no me pertenecía, que no quería, que exigía un cambio. Estaba hastiada de México.

Los intensos colores con los que transcurría mi existencia se difuminaban en tonos pasteles aburridos y sin luz. Casi mortecinos. Era hora de retomar con ganas lo mío. Espanté los agüeros y las malas vibraciones e incluso nos hicimos una limpia en temazcal.

—¡Vámonos de vacaciones! —sugirió Felipe con su entusiasmo habitual.

Otra vez él y sus planes, pensé. Si me veía cabizbaja, se inventaba un plan para animarme. Esta vez me trajo en una bandeja los pasajes para irnos a Cancún junto a un vaso de avena helada como la que solía llevarme de regalo en las vacaciones cuando lo conocí, y una nota que decía:

Te invito a compartir momentos que aún nos quedan por llenar con nuestro amor.

Después supe que había llamado a su madre en Bogotá para pedirle la receta de la avena y que hizo pruebas hasta llegar al sabor ideal. Siempre los detalles y las palabras para hacerme feliz. Gracias a su optimismo y su amor incondicional, la vida seguía y cobraba sentido. Felipe era de los hombres que nacen con el alma curtida y logran vivir en paz consigo mismos. Además, dijo que me tenía otra sorpresa que encontraría al llegar a la playa.

Y a los pocos días llegó: eran Lisa con Julio y sus dos hijos, un par de chicos maravillosos que, por fortuna para el viaje, eran contemporáneos con mis hijos mayores.

Frente al mar, Lisa y yo sostuvimos conversaciones que nos unieron más. Profundizamos en la relación que cada una tenía con nuestros padres y hermanos y nos confesamos: habíamos desarrollado aficiones similares a lo largo de nuestra vida adulta. Por ejemplo, descubrimos nuestro gusto por las cosas hechas a mano, la necesidad de hacer fiestas con muchas personas para tener la casa llena y nuestro agrado por ser anfitrionas. Nos parecíamos en la debilidad que sentíamos por nuestros hijos, lo que varias veces nos llevó a querer cambiar situaciones que solo ellos podían resolver. Reafirmamos nuestro amor fraternal después de tantos años alejadas. También coincidimos en el profundo cariño que sentíamos por Ninín y estuvimos de acuerdo en que ella había sido parte fundamental de nuestra unión al acompañarnos en todas nuestras alegrías y ser juez en cada una de nuestras discusiones de hermanas.

Siempre había sentido que Lisa era mi conciencia, pero en ese viaje me di cuenta de que era mi compañera de vida, la única mujer capaz de hablarme con la verdad y cuestionarme para enfrentar mis indecisiones y mis miedos. En cada una de las ocasiones en las que logramos estar solas por unos segundos, le pregunté si había visto o sabía algo de Santiago, y ella me miró

siempre de arriba abajo, con una mezcla de complicidad y descaro. Me quería y por eso me desaprobaba. Era su manera de demostrarme sus puntos de vista. Se quedaba muda, me daba la espalda y decía alguna bobada como: «¡Qué calor tan húmedo!» o «¿Alguien quiere una paleta de limón?».

Nos divertimos con juegos de cartas, probando nuevas recetas y acordándonos de anécdotas del pasado. Soltamos carcajadas y nos rejuvenecimos con la mutua compañía. Me hizo bien pasar tiempo con ella. El objetivo del viaje se cumplió: nos bañamos en las playas de Cancún, nos dejamos consentir por el sol, descansamos de los absurdos y las traiciones, de los accidentes y los robos, y regresamos renovados.

Pero otra vez la vida, implacable con su curso, siguió plantando obstáculos sin pedirle permiso a nadie. Unos lo llaman azar, yo le apostaba más al inevitable destino.

X

Viví inmersa en el negro absoluto por más tiempo del necesario. Aquella época fue la más descolorida de mi existencia. ¿Serían así los tsunamis? Otra vez los japoneses en mi cabeza. Los imaginé tranquilizándose unos a otros, trabajando como hormigas para reconstruir su vida y su hogar, con un ojo alerta en la tierra y otro en el mar, y en estado de tensión permanente, con miedo y con el oído atento a cualquier rumor que trajeran las olas.

Siguieron pasando cosas en lapsos tan cortos que era imposible recuperarse. Mi madre y yo manteníamos comunicación constante, con chantaje emocional y reproches incluidos debido a mis largas ausencias. Ella lograba que me sintiera la más ingrata de todos sus hijos con el saludo de «¡qué milagro!» cada vez que oía mi voz en el teléfono. A pesar de su ironía, lográbamos ponernos al día con las noticias de la familia colombiana y de la mía. Poco hablábamos de nosotras, de cómo estábamos o cómo nos sentíamos, más bien eran charlas informativas de hechos ocurridos o por ocurrir. Por eso sabía que sería hospitalizada al siguiente día para realizarle otra más de las tantas cirugías de columna que se hizo a lo largo de los años. Su espalda era un arco pronunciado con vértebras pegadas por haber cargado, durante noventa meses, el peso de diez hijos. Fue una cirugía muy larga, pero había salido bien. Por precaución y por sus ochenta y seis años, se encontraba en cuidados intensivos. Al despertar de la anestesia, hablamos por unos minutos. Estaba cansada y adolorida, pero con mucho ánimo. Dos días después, mientras conducía, recibí una llamada de mi hermana mayor, que siempre estaba pendiente de todos. Con la voz quebrada, la oí decir:

—Teté está muy enferma y está en cuidados intensivos junto a mi mamá.

—¿De qué me habla?

—Anoche la hospitalizaron.

—¿Qué le pasa?

En un principio, no asimilé sus palabras, luego procesé la información. Las lágrimas nublaban mis ojos y estuve a punto de chocar. Paré el auto a un lado de la carretera. No podía conducir. Había nubarrones grises. El cielo anunciaba una tormenta.

Teté, una de mis cuatro hermanas, se había estado sintiendo cansada y mal en los últimos meses. Ella me llevaba varios años y, aunque solo hablábamos un par de veces al año cuando yo estaba en México, al ir de vacaciones a Colombia no faltaba una tarde de conversación adulta para compartir nuestra filosofía de vida y títulos de libros leídos, una buena cena y sus angustias de mujer y mamá, que ella dejaba escapar en pequeñas dosis. Con sus risas bonachonas de aparente calma, encubría los ataques de pánico que terminaron por enfermarla.

Respiré profundo y esperé las respuestas.

—Tiene leucemia.

No di crédito a lo que me contó, era imposible, la enferma era mi mamá. No supe qué decir.

—¿Y mi mamá? ¿Está bien?

—No lo sabe.

Al día siguiente del terrible diagnóstico de mi hermana, mi madre entró en coma y murió a los pocos días sin saber de la repentina enfermedad de Teté. Estoy convencida de que mi madre,

quien tenía la fortaleza para soportar todos los dolores terribles que le causaba su cuerpo, no habría soportado saber que su hija estaba tan enferma. Una conexión energética extraña en el mismo espacio en el que las dos estaban en cuidados intensivos, separadas por dos cubículos con otros pacientes, le advirtió que era momento de partir.

La que sentía dolor por todos nosotros era ella, verlo en cualquiera de sus hijos hubiera sido insoportable y por eso se fue, con la creencia de que esa última operación le quitaría, de una vez por todas, el dolor de espalda, la congoja por la infidelidad de mi padre, el tormento por no ser capaz de perdonarlo, todas las penas que por años llevó con estoicismo.

Viajé a Colombia y me senté en la ventanilla de ese avión a recordarla. Ahora entiendo por qué me llamaron tanto la atención las maletas que subían por la banda sinfín y alimentaban el avión, eran un presagio de las historias en cadena que tendría que recordar o descubrir para alimentar esta historia. Qué paradoja, pensé, ella, mi primer muerto; yo, su última vida. Incoherencias que llegan a la mente… sin planearlo. ¿De qué valía ese pensamiento? De nada, pero estaba ahí, designaba lugares…, todo lo demás quedaba en medio.

Su misa de despedida fue una manifestación de duelo conmovedora. Asistieron una cantidad inusual de personas. Parecía más el sepelio de un político que el de mi madre. La iglesia estaba abarrotada: todas las bancas ocupadas y los pasillos con gente de pie. Desfilaron ante mí varios eventos de la vida a través de los rostros y de los olores de los asistentes: el perfume de rosas en enfermeras y secretarias, que trabajaban con los médicos que había visitado en los años de enfermedad; el aroma a cebolla recién picada en el abrazo de vigilantes y choferes; la acetona y laca para el pelo en la doña que le arreglaba las uñas y la peinaba una vez por semana; y el de la bondad, en las manos de su profesora de computación, que contrató a los ochenta años para estar al día y hacer presentaciones de Power Point como regalo de Navidad a sus nietos.

Pasaron ante mí los dulces rostros de sus amigas del tejido, de juego de canasta y apuestas, las vecinas y gente que nunca había visto y que pertenecían a su vida, una que yo no conocía. Sentí el abismo de la distancia y de la vida no compartida, del mundo perdido el día que me fui para no volver. No faltaron los viejos conocidos y amigos de la familia, y llegaron de todas las latitudes sus nietos, que la adoraban. A lo lejos, entre el gentío, vi a la Bíchira, que algún día se fue a trabajar a otra casa, a las muchachas de la casa de doña Ferní, entre ellas a Jovita, con la edad de cuando la conocí paralizada en su rostro, y muchas caras conocidas de los amigos de mis hermanos que nos visitaban en la época de juventud cuando la casa vivía llena de gente. Al fondo de la iglesia vi a Malena, mi buena amiga del colegio. Me sonrió entre la multitud, pero no se acercó a saludarme y la perdí de vista entre la muchedumbre. Se me pasó por la cabeza que quizás Santiago podría estar por ahí, pero la idea se fue rápido ante las condolencias y los abrazos de la concurrida asistencia que salía de la iglesia a borbotones. Esa noche, revisando el periódico, vi su nombre en una de las esquelas con un mensaje dirigido a toda la familia en el que expresaba su sentido pésame.

Triste partida, diez huérfanos adultos sin saber cómo lidiar con el dolor de la pérdida. Mi hermana Teté seguía hospitalizada y no pudo asistir al entierro de mi madre. Empezaron las quimioterapias. Luchaba con la enfermedad con calma y entereza, sin quejarse ni hablar de sus aflicciones. Siguió el código familiar al pie de la letra. El tratamiento parecía estar dando resultado. Estaba convencida de que mejoraría, pero a los cinco meses su cuerpo no resistió más y murió a pesar de las mil grullas de origami que parientes y amigos de todo el planeta hicimos en su honor para pedir por su recuperación. En cada pájaro de papel que creamos estaba impregnada la esperanza, contagiada por la hermosa leyenda japonesa de las mil grullas que mi

hermana Lisa esparció por mensajes y redes sociales. Su inesperada partida dejó los porqués y paraqués rondando con inquietud en el enrarecido ambiente y el dolor de la pérdida de quien menos nos imaginábamos que podría irse, pegado con fuerza en nuestras entrañas. Ella parecía ser la más fuerte en cuerpo y alma de las cinco mujeres. Había heredado los genes alemanes en lo físico y su sensibilidad de algodón –latina, supongo– que dejaba escapar en los cantos a ojo cerrado en sus famosas fiestas de karaoke.

Su muerte fue un golpe terrible para todos. En torno a su partida se generaron diferencias de criterio de cómo se debía actuar, si ir o no a su entierro, si la despedíamos o no. Al final, la fuerza del amor de la familia logró que la mayoría actuáramos desde el corazón y la acompañamos al cementerio. Allí fue cremada. No hicimos el duelo necesario ni hablamos lo suficiente del dolor que llevábamos por dentro. El silencio venció, pero su ausencia logró que nos uniéramos como nunca a pesar de las diferencias, tal vez entendimos que la familia había comenzado a marcharse y que era momento de estrechar lazos perdidos. Sus dos hijos se fueron a vivir a otros países, los que vivíamos fuera seguimos con nuestra vida y los que se quedaron hicieron el esfuerzo de verse más.

El día que mi padre, ya con el luto en el alma por la muerte de mi madre, se enteró de la de Teté, lloró una sola lágrima de despedida, agachó la cabeza y selló sus labios. Traté en esos meses de preguntarle varias veces por las historias que habían quedado sin resolver, traté de entender el origen de su fuerza y su sensibilidad. Lo bombardeé con preguntas, él me observó con su mirada inteligente y pícara y no contestó. Permaneció en el silencio con el que había decidido vivir hasta el final de sus días.

Otros cinco meses y también él cayó en un profundo sueño del que nunca más despertó. Hasta el último día hizo lo que le dio la gana. Murió a los noventa y tres años sin dejarnos saber qué lo había motivado en la vida o qué lo hacía feliz. Nunca compartió con nosotros su manera de pensar o de sentir. Murió en casa, sin pisar un hospital como paciente, sin deudas económicas ni remordimientos por lo vivido, con algunos secretos de sus conquistas bien guardados y en su cama, como quiso y fue su deseo.

Yo estaba desolada y con moretones por todo el cuerpo. Moretones dentro, muy dentro, más difíciles y lentos de curar que los de fuera. Las lágrimas, a esas alturas de la vida, ya no salían, se quedaban atrapadas e inundaban gota a gota mi existencia. Más lágrimas que todas las malditas perlas juntas del ajuar que doña Ferní le regaló a mi madre esa tarde lúgubre en que lloró la muerte de su hijo.

—Puedo entender y compartir tu dolor, no es para menos. En diez meses se murieron tu mamá, tu hermana y tu papá, pero, Mina, no puedes seguir evitándome —se lamentó una noche Felipe.

—No te evito, Felipe. Estoy aquí, todo el tiempo a tu lado.

—Desde que regresamos del entierro de tu padre, no estás presente. Tu alma nos ha abandonado a mí y a nuestros cuatro hijos. Si tu alma no está aquí, pues no estás. ¿No te das cuenta de que eres lo que mueve esta casa?

—No sé qué esperas de mí. No he dejado de trabajar ni de estar pendiente de todos. Nada ha cambiado.

—Claro que sí. Estás ausente, sumida en tu tristeza, aunque no llores ni hables del tema… Ya no te siento.

Lo que él no sabía es que no sería yo la que rompería el código de la familia, la distinta, la capaz de expresarse y llorar, no sería yo la que se desmoronara de dolor mientras todos se

mostraban fuertes, no podía ser yo la que cambiara un esquema tan bien establecido de silencios emocionales. No sería yo, porque no sabía cómo hacerlo. Quería gritar, maldecir, pero nada salía ya de adentro. Mantendría la entereza.

—Dame un tiempo para reconstruirme, ya verás cómo todo se compone y mejora.

—¿Por qué no te vas unos días a Colombia y estás con tus hermanas? Todas están tristes y les haría bien estar juntas, hablar, desahogarse.

—No es el momento, ya te diré.

Transcurrieron varios meses y el espacio entre nosotros se hizo inmenso. Felipe se resguardaba en su trabajo, yo en el mío y en mis libros. Los días que llegaba tarde a casa, me encontraba en la cama con un libro en las manos o dormida. Cada vez hablábamos menos y nos distanciábamos más. Me sumí otra vez en el pasado, parecía que solo podía vivir de él, porque el presente era tan fugaz que no me daba tiempo de aferrarme. Tenía el alma enredada entre el dolor por las pérdidas y la ausencia, entre el abismo que nos separaba y el insoportable silencio que zumbaba alrededor de nosotros en espera de alguna palabra cariñosa en la cual descansar.

A la existencia no le gustan los vacíos, le estorban, si encuentra uno, lo llena con lo que tiene más cerca, a la mano, no te deja escoger, ella decide. La indiferencia llenó el vacío entre los dos y se instaló a sus anchas.

Quería regresar a mi niñez, a la seguridad del hogar. Me refugié en el recuerdo de mi madre de aquel entonces, la madre de la niña que se sentía desamparada como ahora, la madre sentada frente a la máquina de coser Singer o en la gran mesa de corte, la que llenaba con su aroma de perfume fino el espacio con olor permanente a telas y café, mezcla que atontaba los sentidos. Quería recobrar esos momentos tranquilos, sin preocupaciones, sin la muerte que ahora me perseguía, con el calor del hogar materno que me cobijaba, con la cocina, con el ruido, con Ninín.

Habían quedado rezagados por décadas los días de rutina tranquilizadora en los que la vida diaria se organizaba entre los dos espacios vitales de la casa: la cocina y el cuarto de costura. Los días en que se discutían los menús del día, los permisos, quién tenía razón en una pelea entre hermanos, las penas y cualquier asunto relacionado con los ocupantes de la casa, que la sabiduría de mi madre era capaz de solucionar y el oído atento de las muchachas de servicio capaz de difundir por el barrio se acabaron. Se había ido la certeza de comenzar con un desayuno en familia y terminar con un «a la cama» de mi madre.

Deseé por un instante regresar al tiempo en el que ella nos dejaba entrar y salir a nuestro antojo de aquel mágico lugar con patrones y reglas de madera colgadas en la pared. No había preocupaciones ni desilusiones amorosas, ni muertes, ni enfermedades terminales. Solo existían las horas, que bailaban al ritmo de sus hábiles manos cuando empujaban la aguja con el dedal metálico para hilvanar alguna prenda, y el movimiento continuo de su zapato de tacón en el pedal de la máquina de coser. Me embelesaba con el palpitar de la pantorrilla cubierta por medias veladas, algunas veces nuevas y otras remendadas por la señorita Berta, una mujer sencilla que aparecía por casa una vez cada quince días con una máquina de fabricación casera que era capaz de remallar como por arte de magia el punto corrido y dejar la delicada prenda sin vestigio de deterioro.

Ahí, en ese lugar, mi madre era la líder, la dueña y la administradora absoluta de la vida de todos nosotros. Esos dos espacios, uno con olor a hierbas y el otro con olor a ella, eran los únicos en los cuales me sentía partícipe del universo en el que giraba mi existencia, además de ser la pareja perfecta que emanaba comprensión y calor en los inmensos vacíos de la casa de esquina

de aquel barrio elegante con pisos de mármol en la que crecí. Vacío que se multiplicaba por la cantidad de años transcurridos desde entonces.

La recordé en los momentos en que sonreía. Sí, estuvo presente y fue cariñosa, pero yo la sentí distante y ajena, la misma sensación que sentía ahora con Felipe. Durante mi infancia y mi adolescencia cavé un hueco en el estómago por el cual se escaparon mis alegrías, y, aun con esa casa llena de gente, me sentí muchas veces desamparada, como ahora tras tanta adversidad. Recuerdo que, durante varios años, mojé la cama todas las noches, que amanecía con los huesos helados y que padecí una gastritis aguda a los nueve años. También, que fumé de los quince a los cuarenta para ocultar mis inseguridades con el humo y, cuando al fin logré dejar esa adicción, la cambié por el exceso de carbohidratos para calmar el desasosiego que me llegaba sin aparente razón y que había regresado con el entierro de mi padre.

Mi mente estaba tan revuelta como el cuarto de los cachivaches en el que se convirtió con los años el taller de costura, el día en que la pasión de mi madre por confeccionar ropa cambió; primero, por la pintura en porcelana, y luego, por el pirograbado. Entrar allí se volvió imposible. Se llenó despacito y sin que nadie lo notara de cosas raras e inservibles como sucede en la vida con las experiencias, los dolores y las quejas. Ahí fueron a parar la inmensa máquina blanca con un par de rodillos para planchar sábanas, las de las once camas que se cambiaban todos los lunes; el gigantesco frasco de vidrio con un motor en la tapa para hacer mantequilla, el que llenaban con la crema de la leche traída una vez por semana de la finca que teníamos al norte de la ciudad; las maletas viejas llenas de disfraces, la Enciclopedia Británica con su cubierta roja y letras doradas, porcelanas de bailarinas con los dedos rotos, y el desgastado libro del Álgebra de Baldor, que había pasado por las manos de todos mis hermanos y que había enseñado a varias generaciones de colombianos, ante la mirada astuta del árabe con el turbante rojo en su portada, a despejar las incógnitas que tendríamos que enfrentar por años en un país que fabricaba absurdos a diario. Me encontraba sin saber cómo enfrentar al detestable dolor y con la idea de regresar a Colombia, que Felipe me había planteado, rondando en mi cabeza.

XI

A lo largo de mi vida fueron muchas las veces que visité esa casa de esquina en Bogotá: era el lugar perfecto para escapar de la realidad y en ella había algo surrealista que despertaba la imaginación, idónea para guardar secretos, tesoros, muebles, historias y cachivaches que solo podían coexistir allí. Todos los años al llegar a Colombia en la época de Navidad me tomaba un día para visitar a doña Ferní, sin importar qué compromisos tuviera que cancelar para cumplir con mi propósito. Algunas veces me acompañaban Felipe y los niños, otras iba sola para hablar con tranquilidad y sin presión. Era un poco raro ver cómo su cuerpo cambiaba en dos dimensiones, se encogía y ensanchaba. Su aspecto era cada vez más extravagante, las joyas que nunca dejó de usar se le veían grandes sobre una piel tapizada de diminutas arrugas. El maquillaje era más exagerado que en su juventud. Como ya no veía bien, se aplicaba el colorete, siempre rojo, por fuera de la línea de los labios y el rubor lo esparcía en dos círculos sobre sus mejillas blancas. Su rostro parecía una máscara de Carnaval. Sentí una profunda tristeza al verla así. Mantener la atención era imprescindible para entender lo que decía; su claridad mental era asombrosa, no obstante, introducía palabras de su lengua materna, el árabe, que dificultaban seguir el hilo de la conversación.

La chinchilla ya no existía. Cuando le conté a doña Ferní cómo la imaginaba en mi niñez: con la cuchilla en mano y lista para desollar a las criaturas peludas para coser, con ayuda de Jovita, la suave piel en los exagerados cuellos de sus abrigos, ella rio hasta llorar y luego le sobrevino un severo ataque de tos que creí que iba a matarla. Seguía aficionada a las copitas de cherry brandy y la botella la acompañaba. En una de esas visitas que le hice, entre uno y otro sorbo que le permitía hablar sin tapujos y sin perder la cordura ni la lucidez, me dijo que quería contarme algo.

—Tu mamá, mi gran amiga, sabe la mayorría. Me arrepiento de no haber hablado a tiempo —empezó a manera de confesión. Bajó la cabeza y unió las manos en su regazo en un puño apretado del cual salía la esquina de un pañuelo.

Me preparé para hacer acopio de toda la paciencia y oír una historia ya contada por mi madre hacía años. Era imposible imaginar las sorpresas de sus revelaciones.

—Salí del Líbano a los quince años. En el viaje hacia Colombia, cumplí dieciséis —comenzó la historia con ese acento extranjero que embrujaba.

Al llegar al puerto de Barranquilla, por donde entraban todos los barcos provenientes de Europa, la esperaba un séquito de sirvientes, hombres y mujeres que le cargaban el equipaje y que la acompañarían en su travesía en barco de vapor por el río Magdalena hasta la calurosa ciudad de Honda. Allí aguardaba por ella su prometido. Había sido engañada con una foto en sepia llegada de América de un apuesto joven que sería su esposo. Como yo sabía, su marido era un hombre de aspecto físico desagradable y muy viejo para ella. El matrimonio había sido arreglado y habían pagado por ella una buena cantidad de dinero, usado por su propia madre para comprar el ajuar de novia, el pasaje que la llevaría lejos de su hogar y una fingida dote para cumplir con la tradición. Con el tiempo descubrió que sus padres habían aceptado la transacción

para salvarse de la ruina y que la suma sobrante, una vez cubiertos todos los gastos para su viaje, les alcanzó para dos años de subsistencia en Beirut. Fue inevitable caer en la ruina y, ya sin tener más hijas que casar, se trasladaron a una pequeña casa en el campo con sus escasas pertenencias. En aquel lugar fueron olvidados por el mundo y por ella, que nunca les perdonó el engaño perpetrado.

—En el viaje desde Barranquilla a Honda olvidé que venía a casarrme. Los animales, la vegetación tupida y la humedad en el ambiente, parra mí, que venía de un lugar seco y con un paisaje de árboles frutales y olivos alineados, fuerron capaces de borrar mis preocupaciones.

Su mirada se perdía de pronto en el infinito y me relataba con precisión las nubes de mosquitos al caer la tarde, detalles de paisajes, sensaciones térmicas, los olores y el colorido percibidos en el viaje a través de las tierras que se convirtieron en su hogar.

—Al llegar a Bogotá, sentí un gran alivio. Me horrorrizaba tener que vivir en ese clima tropical a punto de ebullición permanente, con picadurras de jején por todo el cuerpo y un olor a mango madurro que dificultaba la respirración. Bogotá me hechizó desde el primer momento en que el viento frío de la madrugada golpeó mi carra. No tuve duda de que aquí iba a morrir, todavía no sabía si de tristeza o de vieja —Sonrió con picardía—. Me instalé en esta casa y me la apropié de inmediato —siguió el relato a medida que sus ojos recobraban algo de brillo.

Al poco tiempo de llegar, tuvo lugar el matrimonio arreglado. Asistieron una gran cantidad de personas desconocidas y mayores que ella. Recordaba esa tarde como la más aburrida de su vida y la de mayor zozobra, a causa de lo que imaginaba que pasaría en la noche de bodas y que su compañera de camarote en el barco, una alemana que apenas balbuceaba el español, le había relatado de manera escueta. Los gestos grotescos con los que le explicó el encuentro de los cuerpos le hicieron entender que dolería y que era bastante extraño todo lo que pasaba «allá abajo», expresión que doña Ferní usaba con pudor. Fue peor de lo que imaginó y no por el dolor, que pasaba rápido con reposo y baños de asiento en agua tibia, sino por la humillación a la que fue sometida por un hombre mayor que nunca tuvo la menor consideración por su cuerpo o sus sentimientos. Se lamentó un año por su terrible destino y lloró con desconsuelo, encerrada en el baño para esconder su desdicha, pero tomó la decisión de aprovechar el dinero de su marido para lucir hermosa y forjarse un nombre en una sociedad que, si bien se vanagloriaba de ser conservadora, la recibió con amabilidad y curiosidad. De repente su vida dio un vuelco.

Quedó embarazada y al tercer día de su cumpleaños número dieciocho, se convirtió en la madre de un niño que crecería con permanentes ataques de asma y con un temperamento flemático que exasperaba a su padre y que le valió gritos e insultos hasta que se fue del país con su delicadeza a cuestas y su homosexualidad lista para ser descubierta en otro idioma.

—Me converrtí en el centro de atracción de la ciudad. Mis reuniones no tenían igual. Asistía la crrema y nata de la sociedad. A las fiestas nunca faltaba el arzobispo, gracias a que mi esposo fue uno de los grrandes benefactores de la Iglesia y amigo de todos ellos. Lavaba sus pecados de borracho y mujerriego con donaciones de dinerro a la archidiócesis. Ese infeliz me trató con desprecio desde que quedé embarrazada hasta que se murrió hinchado de rencor y de alcohol. Fue mejor así, yo también lo desprreciaba.

—Pero vivió usted con él muchos años, ¿por qué no le pidió el divorcio?

—Ojalá hubierra podido. Erra inadmisible. Para ti es fácil decirlo, porque ahorra todas las parejas se divorcian por cualquier desacuerdo. De esto hace más de cincuenta años, Mina.

—¿Y cómo aguantó usted, doña Ferní? —le pregunté desconcertada.

A mí no me cabía en la cabeza que se pudiera vivir con desprecio mutuo bajo el mismo techo

con un hombre por años, sin contacto físico, sin hablar o compartir. Yo, que en las noches en las que Felipe me tocaba y el deseo llegaba al éxtasis, era capaz de olvidarme de todo y entregarme por completo. Adoraba dormir junto a él y calentar mis pies entre los suyos, había aprendido que nuestra pasión se alimentaba de la suma de esos abrazos para conciliar el sueño.

—Me enamorré de alguien, así pude sobrevivir —me dijo.

Oscurecía y estaba fatigada. Dejamos la conversación en ese punto. Regresé el día siguiente y retomamos el hilo de las historias que no quería llevarse a la tumba. Llegué en la tarde, la encontré postrada en su cama. Desde hacía dos meses la acompañaban enfermeras día y noche. Estaba muy grave. El diagnóstico: vejez.

Se le iluminaron los ojos al verme y pidió, como antaño, que nos trajeran unas deliciosas onces con pandeyuca y chocolate que apenas probó. Para mí era una visita más, pero descubrí en su mirada acongojada que para ella era la última vez que tendría la fuerza para hablar. Se removió inquieta entre la cama, acomodamos con ayuda de la enfermera de turno los almohadones que la sostenían sentada. Guardó un largo silencio que yo respeté, y con la mirada vidriosa de quien mira para adentro, dejó escapar su pesadumbre en un hilo de voz.

—Tengo algo que contarte, no puedo morrir en paz sin que alguien lo sepa, y tú erres la elegida. Anoche no pude dormir. Pensé toda la noche en cómo decírtelo.

Mi mirada fue atrapada por el voluminoso anillo de rubí rodeado de chispas de diamantes en su dedo anular, al que daba vueltas y vueltas con loco nerviosismo. Para evitarle la vergüenza de que me contara algo que yo ya sabía desde hacía años, le dije:

—No se preocupe, doña Ferní, ya lo sé. Mi mamá me lo contó hace muchos años, y ayer usted corroboró que se enamoró de alguien.

—¿Qué te contó tu madrre?

—Pues lo suyo con el obispo.

—De eso toda la ciudad se enterró, pero lo que ahorra quierro contarte únicamente estaban enterados tu padre, Eusebio, que ya murió, y mi difunto esposo, que ojalá se revuelque en su tumba por todo el dolor que me causó.

—Doña Ferní, en serio, no tiene usted que contarme nada, yo la admiro y la respeto con o sin esa historia, y más que todo le tengo un gran cariño y sé que no le gusta hablar de esos temas. Además, yo tampoco le he contado muchas cosas, entre ellas por qué en la adolescencia venía tanto a su casa y me subía largas horas a la buhardilla —le dije con la esperanza de que se animara un poco y olvidara el tema.

—Yo también lo sé —dijo con ingenuidad—. Venías parra ver si lograbas saber algo de Santiago. Mantuve mi palabra y nunca te dije nada.

Cuán equivocadas estábamos las dos. Solté una carcajada que a ella le sorprendió.

—¿Qué te parrece tan divertido?

—Los supuestos que cada uno hace y la capacidad que tenemos para guardar secretos y hacer creer a los demás que saben todo de nosotros. Yo no venía por eso, doña Ferní, sin embargo, confieso que no hubiera estado mal saber algo de Santiago. Me enteré, por el único par de cartas que recibí de él, de que usted lo protegía como a un hijo. Como la conocía bien, sabía que no le sacaría ni una pizca de información. He admirado siempre su astucia. Usted manipulaba con habilidad a ese obispo suyo que, perdón que se lo diga, me caía muy mal.

Ahora fue ella quien soltó una carcajada.

—¿De verdad creías que mi intención al proteger a Santiago erra molestar a Gerrónimo?

—¿A quién?

—Tu odioso obispo, o, más bien, el mío, se llamaba Gerrónimo, y sí, fue el amor de mi vida y yo el de él, perro le pudo más la ambición de poder que estar conmigo, como tantas veces se lo pedí en nuestros encuentros furtivos. Eso también todos lo sabían, bastaba con mirrarlo.

—Y, ¿por qué lo odiaba tanto mi padre?

—Fuerron amigos inseparrables en el seminarrio antes de que pasarra todo esto. Por mi culpa, su amistad terminó con reproches y odios, perro esa es otra historia.

—Y entonces, ¿qué es lo que quiere contarme?

—Primero tú. Dime a qué venías, despertaste mi intrriga, niña loca —me dijo pasando con dulzura su mano con manchas color café por mi mejilla, en un gesto de infinita ternura que me estremeció.

Le conté la historia de mi amor con el guerrillero y en el lío en el que me había metido con los paquetes que me encomendaba, cómo los escondí en la buhardilla, en la gabardina abandonada de Santiago, mientras transcurrían los interminables meses que duró el peligro. No disimuló el asombro ni controló la risa nerviosa. Se sintió aliviada al saber que Felipe me había ayudado a salir del lío y agradecida de que no me hubieran hecho nada aquellos salvajes que habían secuestrado mi atención por meses.

Tomó aire, se enderezó entre las almohadas, apretó las manos contra el colchón y dijo con determinación:

—Ahorra es mi turno, perro ten en cuenta que mi historia no es ni tan divertida ni tan osada como la tuya. La mía ha invadido de nostalgia cada rincón de esta casa —se lamentó con una amargura tal que preparó mi ánimo para solidarizarme con lo que fuera que quería contarme—. Lo que te contó tu madre es cierrto, no sé cómo te lo contó. Sí, Gerrónimo fue mi amante. La noche de mi boda no supe ni qué me pasó, recuerdo un terrible dolor que se repitió varias noches en el año más largo de mi vida. Ocho meses más tarde nació mi querrido Aníbal, y mi esposo, que tú no debes ni recordar porque erras muy chica cuando murrió, entraba a mi cuarto borracho y reclamaba con violencia su derecho. Me avergüenza contarlo, le tenía mucho miedo, me golpeó varrias veces y fue tal la humillación que todavía cada vez que me asomo a la habitación, que en ese entonces erra nuestra y que dejé para las visitas, mi cuerpo se encoge y agacho la cabeza. En fin, de eso ya hace mucho tiempo. Esas cosas no hay que recordarlas y ahorra ya no importan —Pasó una mano por su cabeza teñida de un rojo artificial y continuó—: Aníbal erra toda mi alegría, se parrecía a mi padre, habría sido insoportable que sacarra los ojos maliciosos o el cuerpo desproporcionado de mi marido. Había un pedacito de mi tierra en él. Vivía en este palacio dedicada a su cuidado. Erra un niño hermoso, delicado y dulce, perro yo no conocía a nadie y me aburría. Al cumplir veintiún años, mi esposo decidió que harría la fiesta más grande que se había celebrado en la historria de Bogotá para ser presentada en sociedad. Según él, ese erra el motivo principal de la fiesta. No erra verdad, necesitaba mostrarme como su trofeo, porque has de saber que él no erra más que un hombre vulgar, mientras yo venía de buena familia. Querría que otros admirrarran mi belleza exótica, una mujer con la piel tan blanca, de pelo tan rojo y de ojos como el azul del hielo no se había visto nunca en la ciudad. Y no es por presumir, perro ahorra que lo pienso, sí que erra una mujer hermosa.

—Claro que era hermosa, aún lo es —interrumpí con cortesía.

Se tomó unos minutos para respirar profundo, tomar un traguito de cherry brandy, y siguió su relato.

—La fiesta fue un éxito. Llegarron todos los invitados. Nadie canceló. El salón estaba hermoso, con adornos de flores, vestidos largos y smokings. Todo erra elegancia purra, nada

fuerra de lugar. Asistieron políticos, el cuerpo diplomático del país, los miembros más destacados de la Iglesia, comerciantes libaneses, las familias bogotanas de apellidos pomposos y toda aquella que tuvierra una hija, prima o sobrina de edad similar a la mía y que pudierra convertirse en mi amiga. La fiesta estuvo en los encabezados de las páginas de sociales de los principales periódicos del país por una semana enterra. Ese día lo conocí.

—Amor a primera vista, imagino.

—Nada más lejos de eso. Entre mi marido y el arzobispo lo asignaron como mi confesor, y lo odié. Odié a Gerrónimo por ser buenmozo y tener el don de la palabra, lo odié por querrer ser amable y por su andar seguro, lo odié por su sonrisa cautivadora y sus ojos oscurros, y lo odié porque me fue impuesto —terminó con rabia en la voz—. Iba cada dos días a verme. ¡A ver!, tú dime, ¿qué se puede confesar cada dos días si estás encerrada en una casa y tu único oficio es cuidar a tu hijo y convivir con el servicio doméstico?

—Pues nada.

—Exacto. No tenía nada que decir, por eso empezamos a hablar de cosas banales, me prrestaba libros que discutíamos en su siguiente visita, me traía noticias del mundo de fuera y chismes que me diverrtían, y en el momento en que por fin logró ablandar mi desprecio por él, sin saber cómo, llegamos a la misma terraza en la que tú te escondías con tu libro, a mirrar un bello atardecer. Nos rozábamos los hombros, mirrábamos la ciudad roja, conversábamos y pasó lo inevitable: nos besamos. Ese día fue nuestra perdición.

—Y ¿cuánto tiempo estuvieron juntos?

—El tiempo suficiente parra adorrarnos y parra cometer todas las imprudencias de los enamorados. Una tarde, mi esposo regresó temprano, tenía una gripa terrible con fiebre y tos, con la mala suerte de que nos encontró.

—¿Cómo?

—Pues nos encontró en esas, no me hagas decirte más, ya sabrás.

—Ah, en la cama.

—Eso mismo —Se sonrojó—. No hay necesidad de ser tan explícitos.

Es inexplicable la ternura que sentí al ver ruborizada a una mujer de ochenta y tantos años. Pensé en las veces que siendo jóvenes creemos que el sexo nos pertenece y que los adultos, y aún más los viejos, no saben de él.

Estaba fatigada y la enfermera la acompañó al baño. Yo aproveché para bajar a la cocina a prepararme un café y fumarme un cigarrillo. Tantas revelaciones ponían los nervios de punta. Doña Ferní tomó un corto descanso y me llamó de nuevo a su lado.

—Quierro que sepas que nunca he hablado con nadie de esto y por eso mismo sé que lo manejarrás con prudencia —me advirtió sin darme tiempo a contestar—. Desde ese desafortunado momento en que nos encontró mi marrido, fui sometida a una estrecha vigilancia. El desgraciado no me dejaba salir a ninguna parte sin que Eusebio, el amable y leal Eusebio que conociste, me escoltarra a todas partes, en especial a la misa —Recordó con una risita socarrona que la hizo parecer una niña pequeña que cometía la peor travesura—. Lo que mi marrido no sabía es que Eusebio lo odiaba tanto como yo por todas las veces que lo había insultado y denigrrado ante sus compañerros de parranda, cada vez que lo recogía con una borrachera encima. Su empleado erra más fiel a mí que a él. Me protegía y querría como a su propia hija. Eusebio se convirtió en mi cómplice y erra feliz si yo estaba feliz.

—Algo me contó mi mamá del chofer, que no le quitaba el ojo de encima. Ella estaba convencida que ese tal Eusebio era una mala persona.

—Lo que pasa es que el pobre erra muy feo, tan feo que tenía carra de malo, perro no he conocido en toda mi vida a nadie tan noble y con un sentido de la lealtad tan grrande como la de él.

—Entonces, ¿se seguían viendo a escondidas o qué hicieron?

—Clarro que sí, además… —calló de nuevo y esta vez el tiempo se detuvo mientras los músculos de su cuerpo sufrían un espasmo—, quedé embarrazada desde la primera vez que hicimos el amor.

—¡No! —dije como una tonta—. ¿Y qué hizo usted?, ¿abortó?

—¿Cómo se te ocurre? —protestó, y me miró enojada—. Ahí se ve que somos de épocas distintas, jamás se me pasó por la cabeza tal locura. Tuve un herrmosísimo bebé, que vi unos pocos minutos.

—¿Se murió? —pregunté aterrada.

—No, él me lo arrebató sin que yo pudierra hacer nada.

—¿Quién se lo llevó?, ¿el obispo?

—No, Mina. El degenerrado de mi marrido.

—¿Se lo quitó y usted no pudo hacer nada? Dios. No puedo imaginar su dolor.

—Imagínate qué crueldad. Fui afortunada, Gerrónimo se enterró a tiempo. Con ayuda de Eusebio, quien sabía dónde quedaba el orfanato en el que ese monstruo abandonó a mi bebé, lograrron rescatarlo. Fuerron dos días que parrecieron siglos. Al fin logré empeñar algunas joyas y conseguimos la suma de dinerro que pedía la directora para devolvernos a mi bebé. Los dos días más largos de mi vida.

—¡Qué horror! Y ¿qué hicieron con el bebé? No podía traerlo usted de nuevo a su casa.

—Esa es la historria, querrida. Quiero que tú la sepas para que en el momento que lo creas conveniente la compartas —Me miró sin parpadear y con los ojos de nuevo nublados como mirando hacia dentro, hacia los recuerdos, hacia el corazón y la esencia.

—¿Quiere descansar un rato? —le pregunté.

—No. Aunque me cueste trabajo, es ahorra o nunca, no sé si me alcanzarrán las fuerzas para un día más en esta tierra.

—No diga eso, doña Ferní, usted es una mujer fuerte —le aseguré al tiempo que le alcanzaba su copita de cherry brandy que reposaba en la mesa de noche. Tomó varios sorbitos que la animaron a seguir con la historia.

—Tuve un hermoso niño que terminó muy lejos de mí.

—¿Nunca lo volvió a ver? —pregunté horrorizada.

—Lo vi una sola vez a los nueve años, en la fiesta que hicimos en la terraza para ver al papa Pablo VI. Tu familia estuvo aquí, creo que tú también.

Asentí, pensé que no hablaría más. Tras una larga pausa y un acceso de tos continuó.

—Aprovechamos el gentío parra que mi esposo no sospecharra nada y no armarra un escándalo. Gerrónimo vendría a la fiesta porque erra el obispo y traerría a nuestro hijo. La crueldad de mi marrido no tenía fin, se regodeaba con su astucia por haber regalado al hijo del pecado sin saber que había sido rescatado y que ese día estaba presente en su propia casa —Sonrió—. Ese día sufrí mucho porque solo fue posible ver a mi propio hijo de lejos. No podía generrar sospechas, quién sabe de qué hubiera sido capaz mi marrido si se hubierra enterrado. Me había prohibido acercarme a Gerrónimo durrante la fiesta, y obedecí para evitar más agravios. Una tarde cualquiera, cuando mi esposo ya había muerto, llegó de sorpresa Gerrónimo con un adolescente que traía agarrado de la nuca. Lo presentó ante mí como su sobrino. Tenía el

inconfundible color de ojos de mi madre y su mirada profunda. Habíamos prometido no decirle nunca que yo erra su madre, y mucho menos que él erra su padre. No podíamos causarle el dolor que ya nosotros sentíamos a raudales. Lo llevó al Llano, muy lejos de la ciudad y de nosotros, a vivir con su tía, una mujer arrogante y fría.

Ahora la que estaba muy nerviosa y se retorcía las manos era yo.

—No me diga que ese niño era Santiago, ¿cómo se le ocurre? —reclamé con rudeza. Asusté a la pobre doña Ferní. Fui grosera, me pedía con sutileza que, si alguna vez yo tenía la oportunidad, debería revelarle a su hijo el secreto y yo todavía tenía la desfachatez de alzarle la voz y cuestionarla—. Doña Ferní, ¿por qué me cuenta esto a mí? ¡Si no sé nada de él desde hace décadas! ¿Por qué no se lo dice a él? No quiero saberlo.

—Porque no tengo a quién más decírselo y él tiene derrecho a saber la verdad algún día. Y yo no puedo romper la promesa que le hice a Gerrónimo. Por mí no ha de saberlo, Eusebio ya murió, Laurreano, el asistente de Gerrónimo que lo sabía, se fue a Roma y nunca regresó. Mi única opción erres tú.

—¿Por qué no le dice a Jovita?

—Ay, Mina, la pobre Jovita está más vieja que yo y ya ni siquierra hila las ideas. ¿Acaso no la has visto deambulando por los pasillos con la mirrada perdida?

—Dígame algo, doña Ferní: ¿qué tiene que ver esta historia suya con el drama que armaron al sacarme del país y alejarme de él como si los pecadores fuéramos nosotros?

—Pues que tu papá fue quien atendió el parto y erra el único que sabía que Santiago erra hijo de Gerrónimo y mío. Ni siquierra lo sabía Beatriz, su hermana. Ella creyó que al convertirse en madre de un huérfano le hacía un favor a su hermano y que serría recompensada con su aprobación, porque he de decirte que Gerrónimo le reprochaba su carácter durro y su frialdad con Santiago. La historia de tu padre y Gerrónimo es más complicada. Habían sido mejorres amigos y compañerros en el seminarrio. Tu padre se salió del seminarrio por un ataque de fatiga crónica. El famoso surmenage del que a veces hablaba. No regresó porque decidió estudiar Medicina y conoció a tu mamá. Pese a su retirro del seminarrio, siguió siendo amigo de Gerrónimo largo tiempo. Se respetaban y se querrían.

—No entiendo cómo pudieron ser amigos y llegar a odiarse.

—En el momento en el que empecé con las contracciones, Gerrónimo acudió a tu padre, le pidió ayuda parra que atendierra el parto y le confesó que erra su hijo y en el lío en el que estaba metido. Mi esposo accedió a la petición de que ese doctor me atendierra porque le dije que había atendido a otra amiga mía en la misma situación. Además, no podía llevarme al hospital por miedo al escándalo. Tu padre entendía el amor y no le reprochaba a Gerrónimo lo que había sucedido entre nosotros. Lo entendía y lo apoyaba, y le prometió guardar el secreto. No tenía ninguna duda de que Gerrónimo renunciarría al sacerdocio para hacerse cargo de su hijo. Gerrónimo se negó. Desde ese momento, se distanciarron y nunca más lograrron la reconciliación —hizo una pausa y se bebió de un solo trago lo que quedaba del licor.

—Sí, mi padre tenía su manera particular de entender el honor.

—A tu papá le parrecía un hipócrita de doble moral, y a Gerrónimo, gran amigo de antaño, tu papá le parecía un prepotente que se creía con derecho a juzgarlo. La verdad es que los dos erran igual de arrogantes. Nunca supe a ciencia cierta si hablarron alguna vez del tema. Se ignorraban si se encontraban en los lugarres en los que con frecuencia coincidían.

»El día en el que se supo que Santiago se retirraba del seminarrio y se encontrarron acá en mi casa parra hablar del destino de Santiago y el tuyo, alzarron el pecho, apretarron los puños con la

vehemencia de los adolescentes y se amenazarron: uno, con hacer todo lo que estuvierra a su alcance parra que fuerra despedido del hospital y terminar con su carrerra, y el otro, con develar el secreto de que Santiago erra su hijo y terminar con su reputación y, por ende, con la carrerra eclesiástica que tanto anhelaba.

»Tu papá, en un principio, no sabía que el muchacho que visitaba tu casa erra nuestro hijo, él nunca se enterró del parraderro de nuestro bebé. Cumplió su promesa de guardar el secreto y, como el caballero que erra, no me preguntó jamás nada al respecto. Me visitaba parra darme seguimiento después del parto y se hizo necesarrio en mi vida como consejerro y amigo. Fue mi médico de cabecerra hasta que se retirró y me envió a uno de sus pupilos, que aún me atiende. Yo fui quien le dije, con la esperranza de que se calmarra, que ese muchacho que visitaba su casa erra mi hijo. Pensé que se alegrarría de que tú salierras con mi hijo.

»Cómo me arrepiento de habérselo dicho. Fue peor. Se sintió traicionado por mí, por tu mamá y por ti. Culpó a Gerrónimo de haber urdido un plan parra meterse en su vida a través de ese mocoso, como lo llamaba cada vez que se referría a él. Su furria fue devastadorra. Tuvieron una intensa discusión que logré calmar con todos los argumentos posibles. El acuerdo al que llegarron fue clarro. Tú debías irte del país y yo me encargarría de enviar a Santiago a otra parte, lejos de Bogotá y de Gerrónimo, quien estaba muy herrido porque su hijo había abandonado sus pasos y no querría saber de él. La soberbia lo invadía. Lo trató con gritos y reclamos, y le cerró las puertas a otras oportunidades. Se arrepentirría toda su vida. Su ego nos quitó la posibilidad de verlo crecer y le impidió reconocer la terrible equivocación que había cometido. Por lo menos, yo me enterraba de su vida por cartas y nos vimos varrias veces. En cambio, él tuvo una sola conversación de hombres al visitarlo en Madrid. Así estuvo la cosa.

Así estuvo la cosa, repetí yo en mi cabeza. Vaya frase tan divertida para terminar un relato que me sacudía por dentro y que había sido tan definitivo en mi crecimiento durante mi juventud.

—Me deja usted sin saber qué decir. Por lo menos su relato explica la actitud de mi papá, pero sigo sin compartir su radicalismo. Arrastré toda mi existencia la ira por la injusticia cometida. Las cosas que pasaron nos marcaron a todos. Ahora me pregunto si valió la pena tanto dolor. Las familias se inventan dramas y rupturas que lo único que logran es crear sufrimiento innecesario. Esa estúpida manía de su generación y de la mía de callar las cosas como si fuera un mérito, y de creer que el altruismo se ejerce al guardar secretos y enterrar historias. Lo único que hace el silencio es daño.

—Cuánta razón tienes, Mina, por eso es horra de liberrar los secretos y te toca a ti. Ahorra debo descansar.

Prometí regresar a mitad de año para volver a verla. La suerte nos falló. Esa sería nuestra última conversación.

XII

Todo el mundo quiere fiesta. México está de moda. Visitas del extranjero van y vienen entre tequilas y mezcales. Ha llegado la primavera y las hermosas jacarandas con sus flores moradas nos dan un respiro. El último invierno ha sido más frío y gris que el anterior. La estación más linda del año trae consigo nueva vida, pero el país decae como mi ánimo; comienzo a notarle grietas, llagas, heridas profundas. Hoy lo siento propio, pero lo miro con reservas. Treinta años después comienzo a palpar una historia repetida, la de mi país natal. No sé si esta historia es más cruel o si es que ahora entiendo más del tema. Narcotráfico ya no es una palabra que se pronuncia al pensar en una peligrosísima banda de delincuentes con cierta influencia local y algunas conexiones en el extranjero, ahora forma parte de toda la sociedad, de la política entera, de la economía, de los entornos cotidianos de los ricos y de los pobres. Soy esa mujer que ha llegado de otra parte a la que cada vez le cuesta más trabajo entender esta idiosincrasia del mínimo esfuerzo, de la aceptación del rompimiento de todas las reglas, de la indiferencia ante el mal, de la adopción de una cultura que no sé de dónde viene y que ya ronda en las escuelas de mis hijos, en las altas esferas donde se toman decisiones, en las esquinas donde venden dulces, en la calle y entre los amigos. ¿Fue siempre así? Soy una más de los tantos inmigrantes llegados a este país en las últimas décadas que sostiene una ardua batalla con sus estados de ánimo: de euforia con fiestas, tradiciones y comida; de desencanto cuando el color vivo de su gente es opacado por la violencia y hostilidad en las calles. En esos momentos regresa la extranjera que no se atreve a decir nada porque no importan los años de residencia ni la carta de naturalización amarillenta ni el «mi casa es tu casa» ni el amor que se le tenga a esta maravillosa tierra; si no te parieron en México, sigues siendo extranjero.

Ahora veo por televisión las noticias que vi en Colombia, otros uniformes y alias en criminales, la misma crueldad e indolencia, peor aún, se han refinado las torturas y desapariciones. A veces hay que regresar físicamente al pasado. Tener cerca el dolor para sanar y cerrar ciclos.

—Debo ir a Colombia —le dije una noche a Felipe.

—Me da miedo tu partida.

—¿Por qué?

—Porque si te has ido tan lejos de mí y estás aquí presente, no quiero imaginar qué ocurrirá cuando estés ausente.

—No digas eso, voy por pocos días, a mi regreso todo será distinto.

—Okey. Sabes que aquí te espero —afirmó con su habitual tono cariñoso y con una mirada de tristeza que no le había visto ni en nuestros peores momentos.

Hice la maleta con la sensación de que me quedaría más del par de días planeado. Metí en ella una foto de nosotros dos y otra de mis cuatro hijos, los dos libros que había empezado a leer, mudas para diferentes ocasiones, mi almohadita de plumas, la libreta –ahora llena de notas– que había comprado en el aeropuerto el día de la muerte de mi madre, mis vacíos y las gotas para conciliar el sueño en las noches de insomnio. Partí para Bogotá al cuarto día de esa conversación. Había dos cosas por hacer: cerrar la casa de mis padres –repartirnos los objetos entre los

hermanos, regalar, vaciar, limpiar…– y visitar a mi adorada Ninín, quien, al no conocer otra vida que la que llevó durante cuarenta y ocho años con ellos, se sentía perdida y triste.

Mi hermana Lisa se la llevó a su casa, pero ella extrañaba su cocina, el oficio diario, la voz de mi madre, llevarle el bocadillo con queso y el vaso de leche en las tardes al doctor, ofrecernos «tintico» al llegar y tantas otras cosas de su vida cotidiana. Se le apagaron de a poquito su mirada tierna y maternal, sus palabras sabias, las reprimendas, su gusto por el fútbol y la ilusión de vivir. Estaba enferma de inutilidad, ya no tenía a quién dar, su hermosa labor de nana había concluido. No había niños a quienes dormir con un arrullo, perros o pericos que cuidar o callar, viejos para prepararles alimentos especiales, visitas que atender, indirectas que decir ni novios que espantar. No esperó a que llegara a darle una última caricia. Recibí la noticia de su partida con una llamada de Lisa dos días antes de mi viaje. No llegué a su entierro. Yo siempre tan lejos… Le hice un homenaje a mi manera, sencillo como era ella. Me senté en la cocina de mi casa, a solas, a disfrutar de un cafecito con leche como los que ella me preparaba y la senté junto a mí… Oí su canto para dormirme, con su aguda voz: «Lunita consentida colgada del cielo», de la canción Pueblito viejo, con la cual me enseñó, sin saberlo, a imaginar. Sentí su abrazo en las noches en las que aparecía el Coco en mis sueños, y me llevaba la bandeja con el caldito de carne batido para la gripe, bolsa de agua caliente para el cólico, o me acompañaba en silencio en largas tardes de suspiros por amores ingratos. Toqué su olor y la suavidad de su delantal limpio, sentí el calor de su piel reconfortante al cambiarme la cama y la ropa mojada en las mañanas frías, guardé en mi memoria las lágrimas que derramó cada vez que las vacaciones terminaban y debíamos regresar a México. Agradecí una vez más su amor infinito.

Se llevó con ella el secreto que la hizo sufrir la vida entera, las confidencias de mi madre, la dulzura, la dedicación y el cariño incondicional de las nanas de antaño, y su aura violeta –el color de la sabiduría– se diluyó con lentitud en una larga agonía que no merecía.

A ella la lloré por dentro. Se colmó la capacidad de mi cuerpo de albergar tanta lágrima: salieron todas en un día, sin aviso, de sopetón, en un fluir constante; rodaron por mi cara cuarenta y ocho horas seguidas. Crearon un surco profundo por el que se escapó a cuentagotas el dolor acumulado por las muertes tan cercanas de mi madre, Teté y papá, y de quien dio estructura a mi infancia: mi adorada nana Ninín.

Ya vacía de lágrimas, creí estar lista para asistir a la célebre reunión para desterrar de una vez por todas la nostalgia que cargaba por la pérdida en cadena de mis seres queridos y el cierre definitivo de la casa de mi infancia. Con excusas tontas, dilataba una y otra vez la fecha. Desde que había pisado suelo colombiano, la idea de encontrarme en la calle a Santiago en cualquier momento era intermitente. La nostalgia se confundía con la sensación de pérdida y no podía concentrarme en lo que había venido a hacer. Pero llegó el día y nos reunimos en la fecha acordada a desayunar los nueve hermanos. Determinamos las reglas que regirían la distribución de todos los objetos atesorados por mis padres en sesenta años de vida juntos. Recordamos a Teté y reímos un poco al imaginar lo que diría en esa reunión. Cambiamos de tema varias veces, como sucede a menudo cuando hay que hablar de asuntos serios que no somos capaces de enfrentar. Llegamos a acuerdos. Cada uno escogería las cinco cosas que considerara más importantes. En una bolsa metimos los nueve nombres y, en el orden que el azar determinó, hicimos rondas hasta que cada uno tuvo lo que quería. Algunos objetos fueron cedidos de unos hermanos a otros como gesto de generosidad. Apareció varias veces la amargura, rondaba por esquinas y cajones. Se camufló en algunos objetos que se repartieron, se escondió en miradas de recelo y, al final, se escapó entre las frases de reclamo por nimiedades que perturbaron las

últimas horas del encuentro.

La casa empezó a verse desocupada. Resaltaban las paredes con las marcas negras y alguna que otra telaraña donde estuvieron colgados cuadros y repisas. El olor a humedad y guardado inundó el ambiente; cajas, bolsas y objetos sin nombre, traídos de algún viaje, se mezclaban con las figuras de porcelana Lladró que nadie quería y que seguían inmóviles en su postura de épocas remotas en las mesas del salón. Salieron las bandejas de plata con las iniciales de los nombres de mis padres entrelazadas en un forzado abrazo, las joyas de fantasía y las reales, las colecciones de carros de juguete de mi padre y las muñecas de mi madre, escopetas y sables, fotos en diapositiva, cámaras, y más que todo, cajones y puertas llenas de medicinas caducadas, como sucede en las casas de los viejos.

De repente, mientras Lisa y yo vaciábamos el clóset de costura, con decenas de cajas –unificadas por papel contact estampado de florecitas azules– forradas a la perfección, sin una sola burbuja y con etiquetas como «Agujas», «Encaje», «Tizas de costura», «Pintura para porcelana», y otros tantos artículos, apareció una caja sin etiqueta. La abrí con cuidado y tuve la sorpresa de mi vida. Encontré más de cincuenta cartas amarradas con un sencillo cordel y con mi nombre en el destinatario, escrito con la inconfundible letra infantil de Santiago.

Saqué el montón de cartas y las metí en la cartera sin que mi hermana se diera cuenta. Perdí la concentración y seguí con la labor de limpieza como una autómata. Quería terminar el día lo antes posible para leer en la soledad de mi cama todos los años encerrados en esas letras.

Era inútil pensar en retirarme. Teníamos que terminar la labor. Apenas iniciaba la tarde y todavía faltaban por revisar varias habitaciones que albergaban objetos de un pasado con una vida social de fiestas y compromisos. En el interior del antiguo cuarto de costura había largas repisas de madera sobre las que descansaban filas de cajas de varios tamaños, marcadas como las otras con gran meticulosidad y con la letra elegante de mi madre en las que se leían: «Guantes», «Hebillas para el pelo», «Pañoletas», «Relojes», «Gafas de sol», «Prendedores», «Carteras de fiesta y collares». Todo esto me transportó de inmediato a épocas de la moda que había visto en las portadas de Vogue. Esa, junto a la revista Time, llegó regularmente y durante años a la casa. La colección más impresionante era la de las gafas de sol. Había gigantes como las de Jackie Onassis, audaces como las de Audrey Hepburn, retro, vintage, de marcas tan famosas como Chanel y Prada, e incluso de payaso, con nariz y todo. Conté por lo menos ciento cincuenta. Le seguía en cantidad la colección de guantes, digna de donar a un museo, que no sé en manos de quién quedó al final.

Tuve la suerte de quedarme, entre mis cosas preferidas, con la única foto de adolescente de mi madre, la colección de miniaturas reunida en varios viajes junto con su exhibidor –un cajón antiguo de madera en el que se guardaban antaño las letras de imprenta–, la cruz negra con un Cristo cuya historia estaba vinculada a la existencia de la familia materna como símbolo de la suerte, y con el mejor de los hallazgos: las cartas de Santiago que tantas veces me pregunté si en realidad habían sido escritas.

Estoy segura de que cada uno se quedó con algo importante para calmar su espíritu. Era el cierre de toda una vida. Más de medio siglo de historia en pareja que llegó a su fin. Salieron las personalidades de los nueve hermanos a flote, el desprendido, el interesado, al que le bastaban algunos objetos para curar su nostalgia y el que con una foto estaba conforme, el enojón y el amante de las antigüedades, el coleccionista, el sentimental y el dadivoso. Un abanico de cualidades mezcladas desde el mismo origen y a la vez con una visión de la vida muy diferente.

En la noche, con el cansancio del desgaste emocional pegado en la piel, con el miedo de

encontrarme con un pasado no vivido y la cobardía de enfrentarme a unas letras que pudieran cambiar mi estado de confort, salí a buscar un lugar para tomarme un trago y de paso relajarme. No quería llegar a casa de Lisa, donde me hospedaba. Estaba agobiada con mi propia familia y necesitaba tomar distancia. Qué mejor que ver desconocidos.

Caminé hacia la zona de restaurantes, que estaba muy cerca, y entré al primero que me pareció agradable y con suficientes clientes como para esconder mi confusión. Me mezclé con el gentío, tenía ganas de no pensar, de perderme. Escogí una mesa al final del corredor y lejos de la entrada. Desde allí podía observar a varias parejas en la barra susurrarse al oído. Estaba distraída con el murmullo de voces, el estruendo de la música y el choque de copas que brindaban.

Pasé un largo rato alternando la mirada entre el trago al que le daba sorbitos y el ambiente que me rodeaba. Cuando el alcohol ya había entrado al torrente sanguíneo y comenzaba a serenarme, alguien se acercó por mi espalda y posó su mano cálida en mi hombro. Salí del estado de vacío mental en el que había caído.

Supuse que era alguno de mis hermanos y entorné los ojos con resignación. Una voz familiar pronunció mi nombre y me plantó un beso en la mejilla. Un beso suave, que duró medio segundo más que los besos comunes. Por instinto, me levanté de la mesa de un brinco y regué sobre mi blusa el mojito que me había empezado a tomar. Giré sobre los talones y me encontré de frente a Santiago con su misma sonrisa de siempre. Recordé la primera vez que lo vi durante mi adolescencia: el tiempo se contrajo y, en un fogonazo, volví a reconocer su piel clara y su quijada cuadrada, su buen porte y sus ojos miel, aunque ahora su mirada no reflejaba la impaciencia de la juventud, sino la profundidad de un hombre sereno. Su voz susurraba mi nombre, esa voz ronca que creí haber olvidado, y alertó mis sentidos. Regresaron de pronto las tardes de lluvia con caricias torpes, el sabor amargo de las lágrimas sin derramar, el recuerdo del dolor localizado en el alma. Mi cuerpo de mujer adulta temblaba. Sentí una oleada de calor que subía desde la entrepierna hasta mi cara. El restaurante, atestado de parejas de ejecutivos bien vestidos, se transformó en un lugar ruidoso, demasiado iluminado y muy pequeño para albergar mi turbación. Sentí el impulso de salir corriendo, pero la mirada penetrante de aquel hombre maduro que trataba de limpiar mi blusa con una servilleta, demasiado cerca de mi pecho, disipó mis ganas de escapar.

—Estás preciosa, Mina.

—Y tú, ¿de dónde saliste?

«¿De dónde saliste?». Después de treinta y tantos años sin vernos, aquello fue lo único que atiné a decir. Me arrepentí al segundo.

—Llevo días queriendo verte. Miento, llevo años queriendo verte. Lisa me dio pistas para buscarte, y te encontré.

—Siéntate —le dije.

—Lamento mucho tus pérdidas, sé que ha sido algo terrible —añadió al tiempo que retiraba la silla y se sentaba a sus anchas junto a mí. Tomó la servilleta del plato y la puso sobre su regazo con un dominio total del momento.

—Gracias. Siento mucho la muerte de doña Ferní, sé cuánto la querías —añadí atreviéndome, finalmente, a mirarlo a los ojos sin dudar.

—Sí, fue mejor madre para mí que la propia. Me duele decirlo, pero es la realidad.

Me quedé callada. En ese instante no podía hacerlo, pero algún día tendría que revelarle la verdad. Se apareció por un momento el fantasma de doña Ferní para recordarme mi deber de confidente.

—¿Puedo invitarte otro trago? Te lo has tirado todo encima.

—Gracias...

—¿Será por la alegría de verme?

—Ja, nunca imaginé que pudieras ser engreído. Soberbio sí, pero no engreído. Me asustaste, ¡tonto!

—Te ves hermosa, aun con tu cara triste. El tiempo te ha tratado bien. Lisa me contó que tienes cuatro hijos y que tu marido es un hombre increíble.

—Sí a todo, menos a lo de hermosa, que supongo que lo dices para agradarme. Estamos viejos, y a mí la edad ya se me nota.

—Ay, Mina. Además de hermosa, sigues contestona, siempre adoré eso de ti. ¿Te acuerdas de que la última vez que nos vimos me dijiste que te volverías vieja esperándome? Y ni lo uno ni lo otro, ni te volviste vieja ni me esperaste.

—Si serás descarado, ni siquiera hiciste el intento de buscarme después de ese fin de año en el que me abandonaste. Yo presentía que no ibas a volver, y atiné. Ese mismo día tomé la decisión y prometí olvidarte. Después conocí a Felipe.

—¿Así se llama tu esposo?

—Sí, y como pareces saber, soy muy feliz.

—¿Ya cenaste?

Santiago esquivó mi mirada de reproche y buscó un mesero.

—No, apenas iba a pedir la carta —le dije.

—¿Puedo acompañarte?, no he comido nada desde la mañana y muero de hambre.

—Claro, me alegra verte.

No solo me alegraba verlo, me emocionaba estar ahí con él. Su imagen, que por años creí borrada de mi cerebro, salía del archivo retocada, brillante, mejorada. Tenía enfrente a un seductor con ese atractivo del hombre con formación intelectual, con canas en las sienes propias de los cincuenta y con una seguridad en sí mismo que es imposible no detallar.

Sin embargo, también podía reconocer en mi esposo ese atractivo con el cual no se nace, sino que se construye con los años, y sin duda Felipe podía ser tan o más divertido que Santiago. Entonces, ¿por qué sentía con tanta fuerza esta alteración de adolescente?

Conversamos por horas como si nunca hubiéramos dejado de vernos, y nuestro amor de juventud, de miradas esquivas, de pequeños roces de la mano por accidente y del miedo permanente a ser descubiertos se presentó con la fuerza de antaño para incomodar nuestro encuentro. Dos adultos como dos niños. Dos torpezas enredadas en una pulsión deslumbrante. No pensé en él durante dos o tres décadas, pero desde el día en que Lisa lo nombró en aquella llamada de hacía unos meses, empecé a imaginar cómo sería la primera vez que nos volviéramos a encontrar. Inventé diálogos de reproche y de perdón, y debo confesar que mi corazón aceleraba sus latidos ante la imagen de aquel llanero a caballo que mil veces imaginé. Ahora, al verlo frente a mí, se despertó una capacidad que había olvidado desde mi relación con Juan Camilo: la de tomar riesgos. Estaba lista para irme en ese mismo instante con él adonde me dijera. Afortunadamente, él no lo propuso y la conversación se desvió de nuestros recuerdos pasados en la casa llena de gente y de encuentros furtivos, a nuestra vida actual. Le conté de la ardua jornada en casa de mis padres. Hablamos de la partida de nuestros seres queridos y guardamos un momento de silenciosa nostalgia al rememorar la casona y a su dueña.

—¿Qué tanto recuerdas? —le pregunté.

—Todo: los colores, el ruido de los animales, la despensa con los tarros rojos, las joyas y

abrigos extravagantes, la terraza, los manjares de Jovita… podría escribir páginas completas de recuerdos de esa casa.

Corrió la noche. El lugar se vaciaba sin que lo notáramos. Las copas empezaron a hacer efecto y aminoró el ritmo de la conversación. El día en casa de mis padres se posó sobre mis párpados. Me esforcé por mantenerlos abiertos. Santiago se dio cuenta, pagó la cuenta y salimos del lugar.

Me acompañó hasta la casa de Lisa.

—¿Puedo verte mañana?

—Sí —le contesté sin pensarlo dos veces, y entré.

Era de madrugada, Lisa me esperaba en el sofá del estudio como en nuestra juventud. Veía una serie de televisión con sus ojos adormilados, su pelo liso sobre los hombros caídos y la misma mueca de curiosidad con la que se delataba de niña y que yo aprovechaba para no revelar a propósito un secreto y agotar su paciencia.

—Se vieron, ¿cierto?

—Sí, me encontró en uno de los restaurantes a la vuelta de la casa de mis papás.

—Se le ve en la cara.

—¿Qué se me ve?

—La emoción, ¿o es excitación?

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo se ve eso? No sabía que era experta en lectura de rostro.

—No es indispensable ser experta para saber qué le pasa. Puedo no verla por años, y no me pregunte cómo, pero sé lo que siente. Es más, usted no se da cuenta, pero cada vez que le ha pasado algo, ¿quién es la primera que la llama?

—Una amiga que vive en Tijuana —le dije en tono burlón...

—No cambiemos de tema y empiece a contar, ya no está Ninín para que la mire feo o la regañe, ni nuestros padres para que la juzguen.

—¿Y qué quiere que le cuente?

—Pues todo... Cuente, y con muchos detalles. ¿Por qué llegó tarde? ¿A dónde fueron? ¿Qué sintió luego de tantos años? ¿Hablaron del pasado? Quiero saber todo en absoluto.

—No pasó nada. Sí, hablamos mucho, y sí, también se despertaron sentimientos que creí olvidados. Nada más.

—La llamó Felipe —bajó el tono de voz.

—¿Qué dijo?

—Preguntó en dónde andaba porque usted no contestó el celular, le dije que se había encontrado con una amiga y que habían salido a cenar, pero odio mentir.

—Gracias.

—No me dé las gracias, mejor llámelo, lo sentí preocupado.

—Ya es tarde, mañana lo llamo. Ahora lo único que quiero es descansar. Estoy agotada después de esta jornada de limpieza de cosas viejas. ¿Usted no?

—Sí, vámonos a dormir, ya mañana hablaremos. Pero no soy tonta, usted está evadiendo el tema y no quiere decírmelo todo.

—Lisa, ver cómo tantos años de vida terminan en objetos diseminados en otras manos, no solo me robó energía, sino que me hizo pensar que no vale la pena atesorar tanta cosa. ¿Usted cree que estoy exagerando?

—Lo que creo es que no está hablando solo de los objetos.

Mi corazón empezó a galopar en una carrera absurda de contrariedad y competencia entre el

enamoramiento espontáneo de la adolescencia que regresaba de súbito y el amor urdido en el tiempo con lentitud. Pensé en Felipe, lejos y en casa. Pensé en Santiago. Quería leer las cartas que aún cargaba en mi bolso y que pesaban tanto como el abandono o las pérdidas, pero caí en un sueño profundo.

Esa noche soñé con el Santiago que una tarde dejé de ver, con su pelo corto y su suéter de cachemira; se mezclaron la tristeza de largas tardes de invierno con el escalofrío en el cuerpo mientras sus dedos inexpertos tocaban mis pezones; regresaron imágenes de la mesa del comedor en casa de mis padres con algarabía y abundancia de comida, y la voz autoritaria de mi padre, que tanto miedo me producía, acallada por la de Ninín con su cántico para dormirme: «Lunita consentida colgada del cielo…».

Estuve inquieta toda la noche. Desperté varias veces. El sueño regresaba y seguía la película en la misma escena en la que se había detenido. Vi cada detalle y reviví cada emoción. En el sueño el tiempo se mezcló con maestría. Logró que cada persona y cada objeto ocupara el lugar exacto. El subconsciente creó una historia en la que todo encajaba a la perfección. La historia de una vida sin adversidades, la que no sabía de pérdidas ni tristezas, de traiciones ni de abandono.

Pero esa vida de sueño tenía una desventaja: era en blanco y negro.

XIII

Desperté tarde, abotagada de tanto dormir, con la sensación de ser veinte años más joven, incluso en anhelos. Me vi en el espejo: más completa y segura. Por primera vez la mujer que llevaba construyendo por décadas con referencias de otros se presentó libre de prejuicios, auténtica y única. ¿No era eso lo que buscaba en este viaje?

Hubo algo en el sueño que me liberó de la necesidad de pertenecer. «No soy de nadie más que de mí misma», dije en voz alta. Tomé el teléfono y llamé a Felipe. Realicé las preguntas cotidianas sobre cómo estaban él y los niños. Después, le dije con serenidad:

—Me encontré con Santiago.

El silencio llenó la distancia.

—Felipe, ¿estás ahí?

—Sabía que ese encuentro se daría tarde o temprano. ¿Te vas a quedar en Colombia?

—El tiempo necesario para entender qué me pasa.

—¿Quiere decir que no sabes si vas a regresar?

—No lo sé, Felipe. Tengo tantas cosas que entender, que pensar, que vivir.

—Por Dios, Mina, han pasado más de treinta años.

—Lo sé. Y necesito más tiempo.

—¿Para estar con él?

—Tal vez, no lo sé, o para estar conmigo. Necesito reconstruir mi historia antes de ti, entender qué pasó y qué está pasando, este viaje me ha permitido darle un nombre a la sensación que no lograba definir. Es la sensación de abandono que ha estado ahí adentro, y que he sido experta en camuflar con otros sentimientos. Por años traté de hacerla a un lado e invité a la tristeza y a la frustración a que tomaran parte en la fiesta. Ahora que no la he podido esconder con tantas pérdidas, ha regresado a espantar mis deseos, mis ganas de trabajar y de realizar proyectos, de crear. Necesito sacudirla. Lo entiendes, ¿verdad?

—En realidad, no. Esta vez no te entiendo. ¿Cuánto tiempo será?

—De veras no lo sé, Felipe, estas cosas no se miden en tiempo. Solo sé que necesito tu comprensión y apoyo más que nunca.

—El apoyo lo tienes, tú lo sabes. Llámame apenas sientas que estás lista. Pero no olvides que aquí te esperamos todos. Y que yo te amo.

Colgamos. Yo, con la inquietud y la angustia en la garganta, él, con esa ecuanimidad enloquecedora que tanto le admiraba.

Quería iniciar la lectura de las cartas, pero me sentía ridícula en el papel de adolescente alterada. Habían sido escritas hacía treinta y tantos años por un hombre al que no había llegado a conocer del todo. Desamarré el cordel, tomé la primera del montón, tal vez la última escrita por él si es que estaban ordenadas por mi madre con la meticulosidad que la perseguía. Rompí una tirita por el lado más angosto del sobre. Y empecé a leer con los nervios de quien está descubriendo un secreto ajeno.

Querida Mina:

Como siempre, espero que esta carta llegue a tus manos. Sobre todo, esta, la última que te escribiré. Lo más seguro es que nunca leas mis letras, pero hice una promesa que debo cumplir.

Sonó el timbre. Metí la carta que acababa de abrir junto con el resto de nuevo en la maleta. Era Santiago, llegó a recogerme de sorpresa. Me tomó cinco minutos peinarme, maquillarme y salir ante la mirada de desaprobación de Lisa.

—No me mire con esa cara, que ya fue suficiente con Ninín y mi mamá el día en que lo echaron como un perro sarnoso. Merezco una oportunidad. Ya estamos muy viejas para recriminarnos vainas.

—Usted sabrá. Pero asuma las consecuencias —dijo mientras caminaba conmigo a la puerta, como advirtiendo: «Láncese al precipicio…».

Nuestra relación de hermanas nunca cambió. Era la misma desde que yo recordaba. Nos adorábamos, pero éramos tan diferentes que no pudimos evitar que el desacuerdo estuviera presente entre nosotras.

Santiago me invitó a almorzar a un pequeño restaurante de comida mediterránea. Allí podríamos conversar. Teníamos muchos años que contarnos. No le di tregua, él debía empezar. Al fin y al cabo, había sido él quien me había abandonado.

Luego de pedirnos una botella de vino y ordenar unas entradas llegó el momento de hablar del pasado.

—Dime qué pasó.

—No tengo claro el orden de los sucesos porque han pasado décadas —explicó.

La historia no era tan larga como yo hubiera querido. Fue escueta y sencilla, como él.

—Nunca te olvidé y siempre supe de ti —me dijo—. Doña Ferní me mantenía al tanto de todo en las largas cartas que me enviaba. Buscaba en el buzón alguna tuya y solo llegaban de ella y, alguna que otra vez, de mi padre. Mi madre nunca me escribió. Intuía que no recibías mis cartas, pero nunca perdí la esperanza de que alguna se colara del ojo protector de tu madre y llegara a tus manos.

Sentí el impulso de decirle que su mamá nunca le escribió porque no era su madre. Pero no eran ni el momento ni el lugar. Posó sus manos sobre las mías y continuó con su historia mirándome casi sin parpadear. Estábamos sentados uno frente al otro y se acercó tanto que pude percibir su respiración. Me sentí inhibida.

—Doña Ferní me contó del día que fuiste a su casa a preguntar por mí y, con gran pesar, te sugirió que me olvidaras. Lo recuerdo porque el día que recibí la carta en la que me contaba que estabas enamorada de otro hombre fue el más sombrío de mi vida. Perdí la esperanza de estar contigo. Tuve una de mis peores borracheras. Te había escrito tantas cartas sin respuesta, que dejé de hacerlo por años, pero me sentí obligado a contarte que me iría a vivir con alguien, aun sabiendo que ya estabas casada. Fue la última que te escribí.

Me contó lo que yo ya sabía, que esa tarde mi padre llegó a casa de doña Ferní, que allí estaba el obispo y que los tres se sinceraron. Luego prosiguió:

—Tu papá, como su médico de cabecera, conocía todas sus enfermedades, achaques y la historia de amor entre ella y mi tío. ¿Puedes creer que la amenazó? Si insistía en ser la alcahueta de nuestra relación, él tendría que develar el terrible secreto de su amorío y nadie iba a salir bien parado. No tenía opción, según él, pero la que no tuvo salida fue doña Ferní, su reputación de

señora y de inversionista, porque administraba con destreza la fortuna de su marido, fue puesta en una situación muy difícil. Ella trató por todos los medios de convencer a mi tío de que nos dejara en paz y de que no interfiriera, y quiso convencerlo de que nuestro amor era verdadero. No lo logró. Él decidió que lo mejor era nuestra separación. Me contó que tu papá y él habían sido amigos y que se habían distanciado por diferencias de opinión política, tan importantes en esa época. Mi tío era del Partido Liberal, y tu padre, un conservador acérrimo.

No fui capaz de sacarlo del error y la mentira. Qué ganas tenía de que conociera la historia como había sido y no tantas suposiciones que seguro doña Ferní o el obispo habían inventado. Siguió con su versión de los hechos. Yo no me atreví a interrumpirlo, pero me solté de sus manos y me recosté en el respaldo de la silla tomando la copa de vino. Necesitaba distancia física para ordenar el huracán de pensamientos que me mareaba.

—Doña Ferní era mi benefactora, pagó mi manutención y estudios en el extranjero. A cambio, tuve que prometerle que me mantendría alejado de ti, de lo contrario, tendría que quitarme el apoyo económico, sin el cual me sería imposible sobrevivir y regresar a Colombia. Ya sabes que ella era una mujer de palabra.

Santiago, como yo, nunca entendió las razones y se fue a Madrid con la esperanza de que, en corto tiempo, todo ese lío quedaría en el pasado. Estaba convencido de que regresaría a casarse conmigo. Escribió cartas cada mes durante cuatro años seguidos. Cuarenta y ocho en total, precisó. No logró conseguir suficiente dinero para el pasaje de regreso. Con lo poco que ganaba en las horas libres que le dejaba la escuela para trabajar como mesero y lo que le enviaba doña Ferní y a veces su padre, apenas le alcanzaba para sobrevivir en Madrid.

—Mi madre estaba furiosa y dejó de hablarme. Amparo me contó que se la pasaba maldiciendo a doña Ferní. La consideraba la causante de todos sus males. La odiaba por ser una gran señora y porque mi tío hablaba maravillas de ella. Siento lástima por mi madre, el rencor la consumió.

—¿Y tu tío? —pregunté con precaución.

—Quedó desolado con mi partida y, al enterarse de que doña Ferní fue quien me escondió y que yo estaba en esa misma casa, el día que se decidió nuestro destino se sintió traicionado por ella. No fueron unos amantes comunes, la amaba con locura. Lo supe en una visita que me hizo en Madrid, en la que me confesó entre sollozos que ella era el amor de su vida. ¿Te imaginas?, mi tío, todo un señor obispo, se confesó y lloró conmigo por el amor de una mujer. Fue una escena entre conmovedora y ridícula.

—Sí, es triste cómo el amor puede convertir la fuerza en fragilidad al primer descuido.

—Mi padre, por el contrario, me apoyó, y cada vez que podía me enviaba algo de dinero a escondidas de mi madre, que decidió que yo no me merecía ni un quinto.

—¿Y por qué no regresaste?

—Al graduarme quise regresar con la esperanza de que todavía no te hubieras casado. Me enteré de que llevabas varios años de novia de Felipe y que la boda había sido hacía un mes, y que estabas muy feliz. Para qué regresar, mejor me quedé en España a hacer mi vida como médico. Además, tú te fuiste a vivir a México. No me quedaba ni la esperanza de un encuentro furtivo, y conocí a alguien, años después de que me gradué.

—¿Te casaste?

—No. Viví con ella doce años.

—¿Tienes hijos?

—Propios, no. Ella tenía dos niños pequeños cuando nos fuimos a vivir juntos, y me convertí

en su padre. Ya son grandes, como los tuyos, supongo. Hablo una que otra vez con ellos, ya están casados y viven en Madrid.

—¿Y dónde está ella?

—No funcionó, cada uno tomó su camino, de eso hace ya varios años. Es colombiana, va y viene. Sigue en Madrid. Te lo contaba en la última carta que te escribí.

Noté su incomodidad al tocar el tema y desviamos la conversación. Si bien nunca se casó, a Santiago no le faltó compañía femenina en esos años. Su tiempo libre lo dedicó a cultivar el intelecto con la lectura y su paladar con vinos. Los viajes por Europa lo llevaron a conocer lugares especiales, aun así, nunca dejó de añorar los extensos pastizales de los Llanos Orientales donde creció.

—No hay mucho más. Ahora estoy aquí, frente a ti, sintiendo lo mismo que en mi adolescencia o aún mejor, algo más fuerte. Extrañé mi tierra, pero por encima de todo, tus caricias, tu sonrisa franca y tu mirada de ojos profundos que nunca borré de mi cabeza. No sé qué nos pasó. Qué fuerza es esta, imborrable, imperecedera, pero me parece bonita, entrañable, y creo que debemos honrarla. Te me metiste muy dentro, Mina. Despertaste todas mis pasiones, eso no se olvida. Nunca más logré sentir con tanta intensidad. Esos pequeños encuentros que tuvimos se convirtieron en mi referente del amor. Me echaste a perder con tu marca.

—Ay, Santiago, tantos años sin saber de ti. Si lo ves de otra manera, en realidad nunca tuvimos una relación, eran encuentros fugaces. Pasaron tantas cosas en todo este tiempo.

—Lo sé, pero no digas que no fue una relación. Lo fue, y una muy fuerte. No quiero perder los años que me quedan sin tenerte a mi lado. Vámonos a vivir juntos de inmediato, sin pensarlo más.

—¿Te volviste loco? Es nuestro segundo día de vernos y ¿quieres vivir conmigo? Estoy organizada en México, ahí tengo a mi esposo, a mis hijos, todo lo que he construido para forjar la mujer que soy. Y créeme, me ha costado trabajo. No seas injusto, no me confundas con tus impulsos, haces que un montón de sentimientos salgan sin control.

—Te propongo entonces que construyamos esta nueva relación, y veamos qué pasa.

—Ayer, antes de que me encontraras en el restaurante, encontré escondidas en una caja en el closet de mi madre las cartas que me escribiste todos esos años. Comencé a leer una cuando llegaste por mí y me sentí atentando contra la intimidad de la destinataria, la Mina de entonces, una muy diferente a la de ahora. No sé si quiero descubrir lo que le decías a esa joven.

—Son cartas llenas de amor y desilusión en las que te contaba lo duro de mi soledad. Ya no tiene sentido que las leas, todo lo que escribí puedo decírtelo ahora de frente, sin la distancia de por medio y sin la angustia de pensar si las palabras te llegarán o serán respondidas. Yo también he cambiado. Después de tantos años para qué leer cosas tristes. Mejor concentrémonos en nuestro encuentro. Sabía que habías llegado y no encontraba el momento preciso de acercarme a ti. Tenía miedo de verte y de que no me reconocieras o que me rechazaras. No fui a ninguno de los entierros porque me pareció que no sería un buen lugar para reencontrarnos después de tanto tiempo. Esperé con paciencia y sé que hice bien. Este es nuestro momento, Mina.

—Me siento vulnerable. La vida me ha golpeado con eventos difíciles. Tengo miedo. Miedo de no reconocerme. No es buena idea que nos veamos todos los días. Dos días de verte y ya estoy confundida. Aléjate un poco, por fa, vine a cerrar un ciclo, no a abrir otro que no pueda manejar.

Más que convencerlo a él, procuraba convencerme a mí misma.

—Trataré de ir a tu ritmo —me dijo—, pero no me pidas que no te vea. Tendrás un respiro

porque debo ir a los Llanos a ver a mi madre. Me ha dicho Amparo que está enferma.

—¿Cuándo te vas?

—Pasado mañana.

—Perfecto. Será bueno ponerle distancia a este torrente de emociones.

—Yo espero que sea un tiempo para que pienses en nosotros.

—¿Podrías llevarme a casa?

—¿Ya?

—Por favor.

Me tomó las manos de nuevo y no las soltó hasta que llegó la cuenta. En el momento en que salíamos del restaurante, nos cruzamos con mi amiga Malena, la del colegio, que esperaba en la entrada a que le asignaran una mesa. A ella también la había dejado de ver por años y la saludé con entusiasmo. Intercambiamos números de teléfono y prometimos vernos pronto para ponernos al día. Santiago también la saludó, aunque con algo de distancia. Al ver que yo seguía conversando con ella, me tomó del brazo y me susurró: «¿Ya nos podemos ir?».

Le dije que se adelantara mientras yo me despedía de Malena, quien no dejaba de mirarlo. No me extrañó, era el tipo de hombre que cualquier mujer consideraría un buen partido. ¡Qué bien se veía!

Lo encontré apoyado en el auto y se apresuró a abrirme la puerta. El brillo de los ojos que mantuvo durante nuestra conversación reciente se había apagado de pronto. De hecho, me asustó su cara de preocupación.

—¿Qué tienes?

—Debo contarte algo.

Arrancó y, de pronto, sus gestos se hicieron torpes. Permaneció callado. Era evidente que algo le pasaba. Le pregunté qué era lo que me tenía que decir, pero no obtuve respuesta. Como si volviera a ser una adolescente, decidí que yo también me mantendría en silencio y miré en dirección opuesta a él hasta llegar a la casa de Lisa, cuando apagó el motor.

—Mírame —me dijo.

—¿Cuál es el misterio?

—La mujer con la que me fui a vivir esos doce años es Malena.

¡Sorpresa! No daba crédito a lo que estaba diciéndome, escapaba a cualquier lógica o idea que yo pudiera haber concebido.

—No entiendo.

—Te lo contaba en la última carta que te escribí.

Me bajé del carro sin mirar atrás y sin prestar atención a su llamado para que le permitiera explicarse. Entré a la casa corriendo. Lisa y Julio no habían regresado del trabajo y sus hijos estaban en la universidad. Fui a la cocina, me serví un vaso de agua y revisé las fechas de las primeras cartas del montón. Necesitaba entender lo que estaba ocurriendo. La que ya había comenzado a leer era la más reciente. La leí con celos de colegiala.

Querida Mina:

Como siempre, espero que esta carta llegue a tus manos. Sobre todo, esta, la última que te escribiré. Lo más seguro es que nunca leas mis

letras, pero hice una promesa que debo cumplir.

He conocido a alguien y me voy a vivir con ella. Le he prometido que te lo contaría porque la conoces. Cumplo con escribirte. Me voy a vivir con Malena, tu amiga del colegio. Nos conocimos por coincidencia en la fiesta de independencia del 20 de julio en el consulado colombiano en Madrid. Después de largas horas de conversación, llegamos a ti. Sabía de nosotros y, aunque suene absurdo, hablar de algo en común y conocido por los dos nos unió. Tú fuiste nuestro vínculo.

Ahora ya lo sabes, si bien no te debo nada y te he sido fiel, no puedo seguir sin ti y en esta soledad. He acariciado tu ausencia por años. Malena ha entendido mi tristeza y la ha llenado con amor desinteresado. Ya sé que estás casada desde hace años, me lo dijo doña Ferní, por eso no me siento tan culpable. Cargo con esta sensación de ser desleal y por eso te escribo, para quitármela de encima y seguir con mi vida.

Aún te quiero, no igual que el primer día. Incluso más. Y no sé si esto vaya a cambiar. Te dejo el mejor de mis besos.

No podía leer más. Moría de rabia por dentro. En un impulso, despedacé la carta, no quería saber esa historia. Esa no. Esa dolía. ¿Con mi amiga?, ¿había vivido con mi amiga?, ¿se había acostado con mi amiga?, ¿con la que planeábamos el escape para reunirnos con nuestros respectivos amores? Mi cómplice, la que se fue a París a estudiar idiomas, la que cambió y la que no quiso acercarse en el velorio de mi padre para darme el pésame. No podía imaginarla junto a Santiago. Rompí varias más al azar y las otras las estrujé entre mis manos. Ya había tenido suficiente de ilusiones y tonterías. Respiré, tomé sorbitos de agua para calmarme. ¿Por qué no me di cuenta de que esa mirada de Malena sobre él era de un amor que aún perduraba? Pasé de la rabia a la recriminación a mí misma, tan común en mi comportamiento. ¿Cómo podía estar celosa por algo que había pasado hacía tantos años? Él no me debía fidelidad y menos explicaciones, yo estaba casada cuando él vivió con Malena. Mi berrinche no era coherente ni con mi edad ni con mi situación actual. Y me sentí peor por mi reacción inmadura que por el hecho de que él hubiera vivido con Malena. No podía evitarlo, una pequeña bola de fuego me quemaba el estómago.

Lo llamé.

—¿Cómo no me lo dijiste antes?

—¿Qué?

—Lo de Malena.

—¿Antes cuándo, Mina? Apenas estamos contándonos treinta y tantos años de olvido.

—Pues antes, no sé, cuando me dijiste de tu vida con otra mujer hubieras podido nombrarla.

—No lo creí importante en ese momento.

Como no me dijo lo que yo imaginaba que debía decir, algún «lo siento», o «fue un error», regresó la niña abandonada a sumirse en el desconcierto. Colgué enfurecida y encendí la televisión. Pasaban una tonta comedia de adolescentes norteamericanas. Me sentí igual que ellas.

XIV

Como antaño, me esforcé por sacar a Santiago de mi cabeza, pero se aferraba tan fuerte que fracturaba mi voluntad. Volví a perder el apetito y cada vez que probaba bocado, las náuseas se presentaban. Estar en esa condición era agotador, no me dejaba dormir ni leer, no lograba sosegarme. Pensar en él me transportaba a mi niñez y a mi adolescencia en una casa llena de gente en donde me sentía sola y en donde él había aparecido para reconfortarme. Recordaba con dolor el día en que nos dejamos de ver porque entendí que la incertidumbre de no saber si volvería a verlo fue un vacío con el que tuve que lidiar desde joven. Uno parecido al que deja en el alma la muerte de un ser querido al que no tienes tiempo de decirle cuán importante era en tu vida. Viéndolo con la perspectiva de los años, puede sonar exagerado, pero las emociones siempre quieren vencer al sentido común y apartarlo del camino de la razón.

Santiago representaba el despertar de mi sexualidad, la alegría de sentirme deseada, la conciencia de ser vista como mujer y la rebeldía. Nuestra fallida relación, por otra parte, simbolizaba el fracaso, el olvido, los malentendidos, los rencores, el sufrimiento y los secretos que tanto daño hicieron a unos y otros. Aprendí en esos años que la impotencia para tomar decisiones puede llevarte a la inseguridad y al cuestionamiento permanente de lo que se debe hacer en situaciones donde se requiere entereza. Desarrollé una rígida aversión por la autoridad. Como mujer adulta, repasaba mis debilidades y me confundía aún más. Me debatía entre la coherencia de la vida en familia y la de resolver esta relación inconclusa a costa de mi propia integridad.

Santiago se fue unos días a los Llanos a ver a sus padres, como lo había anunciado. Saberlo lejos avivó mis ganas de tenerlo cerca, ya no tenía que esperar treinta años, tomé el celular y lo llamé. No contestó, pasaron dos días y marqué de nuevo. El mensaje de «fuera del área de servicio» se repetía. Era irrisorio, con medio siglo a cuestas, y la angustia de mis diecisiete años regresaba. Estaba desesperada, marcaba con insistencia y caminaba de un lado a otro.

—¿Qué le pasa? —me increpó Lisa—. No está comiendo bien y se ve como descompuesta.

—Algo raro… —contesté.

—Ya sé, por eso le pregunto. Lo que veo no me gusta. Usted no es así y aunque sé que no cree en los presagios, tengo que contarle que anoche soñé con Ninín. Me decía que cuidado con las aves de mal agüero, sé que se refería a Santiago. Nunca le cayó en gracia y le divertía mucho llamarlo así, ¿se acuerda?

—Sí, me acuerdo. Pero qué tontería, los muertos no hablan.

—Pues será un mensaje. Aunque no soy nadie para decirle qué hacer, presiento que está en riesgo su relación con Felipe, usted lo sabe, y, además, ¿no ha pensado en sus hijos?

—Claro que he pensado en ellos.

—¿Y por qué mejor no empaca su maleta y se va para su casa? Es lo correcto. No es que la esté echando de la mía, pero ya es hora de que regrese, no tiene nada más que hacer aquí, ¿no le parece?

—No puedo, no estoy lista para regresar, por eso le pido que me aguante otro rato. Mis hijos son grandes, ya no me necesitan.

—No es un tema de si la necesitan o no, es lo que va a pasar con usted y el daño que puede causar. ¿Qué van a pensar sus hijos? No puede ser tan egoísta y pensar solo en sí misma.

—Lo que piensen mis hijos en este momento no es tan importante, Lisa. Yo necesito pensar en mí, no en ellos. Y no me diga que soy egoísta. ¡Me he pasado la vida pensando en ellos, y en Felipe, y en la casa, en todo, carajo, menos en mí!

—¡Qué terquedad! Ya decía mi mamá que a usted le encantaba ir en contra de la corriente cada vez que podía.

—Ahora falta que mi mamá le hable también en sueños, ¿no?, a la que le pasa algo es a usted.

No me contestó, se dio media vuelta y en varios días únicamente se dirigió a mí para ofrecerme algo de comer en tono plano, sin demostrar ningún dejo de afecto. No nos peleábamos desde que éramos niñas y, si bien sabía que ella podía tener razón, no quería escucharla. Pensé en Santiago de forma obsesiva. El dolor de la pérdida regresaba con intensidad, parecía que me había vuelto adicta a él. Por fin, una noche llegó un mensaje de texto a mi celular:

Estoy saliendo del Llano, no tenía señal, llego en la madrugada, mañana paso por ti para desayunar, he pensado muchas cosas y tengo que verte. Llego a las 9:00. Te extraño.

Como no podía dormir, me atreví a abrir al azar una de las cartas arrugadas del montón. Sentí curiosidad por saber más de ese Santiago que llegaba a poner en jaque mi vida. Eran letras melosas y cargadas de angustia y miedos, muy alejadas del Santiago que ahora hablaba con tanta seguridad. Sentí lástima por ese joven y las dejé a un lado. Mis estados de humor viajaban como un vagón a toda velocidad en una montaña rusa. Pasaba de quererlo, conmovida, a despreciar sus declaraciones infantiles. Luego leía otras líneas con una sonrisa y en las siguientes me sorprendía casi hasta la burla. Santiago era culto, pero no escribía tan bien. Mis ganas de soñar con nuestro encuentro del siguiente día eran más fuertes que el deseo de conocer el pasado encerrado en esas letras.

Cuando me recogió, a las nueve de la mañana en punto, me besó sin mediar palabra tan pronto me subí al auto. Pasamos un rato en silencio en el que creció mi expectativa. Me contó cómo había encontrado a sus papás y a su hermana Amparo, ya casada y con dos hijos, y lo vieja que había visto su casa. Llevaba años sin verlos. Tuvo tiempo para recorrer a caballo los lugares que de niño le traían paz y reconciliarse con su madre, que se encontraba enferma. Ella, por primera vez, no le recriminó ninguna de sus acciones ni criticó su vida. Pasó unos días de calma y con mucho tiempo para pensar. Se mecía junto a su padre en el pórtico y se deleitaba en los atardeceres y las noches con la serenata de las chicharras. Tuve curiosidad por su tío, le pregunté por qué no lo había mencionado y, acongojado, me explicó que estaba en una casa de retiro de la Iglesia porque su mente le fallaba y sufría de artritis.

Estaba esperando que hablara de nosotros, pero supo cómo evadir todas mis miradas de interrogación. Fue muy hábil, mantuvo la justa tensión entre los dos, sin tocarme en toda la tarde, ni siquiera la mano para ayudarme a bajar del auto. Como era domingo, primero me llevó a desayunar y luego fuimos a recorrer el Mercado de las Pulgas de Usaquén. Compramos una que otra antigüedad que a él le pareció que iría muy bien en la casa de doña Ferní, y yo compré

algunos libros usados. Lo sentía muy presente. Me gustaba esta situación en la que yo no tenía un compromiso mayor al de sentirme bien y dejar pasar las horas sin el deber de ir a preparar la cena, darle de comer a los perros o estar pendiente de los hijos. El almuerzo fue informal, en un restaurante típico donde disfrutamos, él una bandeja paisa, y yo, un sancocho. Varias veces vibró el celular en mi cartera y la imagen de Felipe aparecía en la pantalla. Rechacé las llamadas. Entrada la noche, después de un divertidísimo día juntos, nos sentamos en la terraza de un café a conversar, y me dijo:

—Mi viaje al Llano reafirmó lo que ya sabía —me dijo. Estuviste en mis pensamientos todos los días. Hasta Amparo se dio cuenta de que estoy enamorado y me preguntó por ti.

Entonces fui yo la que evadió su mirada, y desvié la conversación.

—¿Cómo está Amparo?

—Está bien, pero no estoy aquí para hablar de ella. Escúchame bien porque lo he pensado mucho y estoy decidido: quiero vivir contigo lo que me resta de vida.

—¿Qué dices, Santiago? Sabes que no puedo —le contesté aterrada por descubrir mi incertidumbre, mis ganas de decir que podría intentarlo, por mi confusión y por darme cuenta de que estaba lista para dejarlo todo.

—El destino nos ha juntado, Mina.

—No es tan fácil, tú no tienes a nadie, mientras yo…

—No digas más, esto tenía que pasar. Es una oportunidad de estar completos. ¿No lo ves igual que yo?

—No, Santiago, no tiene que ser así, somos adultos, no tenemos que dejarnos llevar solo por el deseo.

Nos vimos durante un mes, y cada vez que él tocaba el tema, yo le pedía que disfrutáramos el momento. ¿Cómo podía Santiago entender mis negativas? Ni yo misma tenía claro qué era lo que me estaba arrastrando a seguir viéndolo todos los días y a darle esperanzas de que podíamos tener una vida juntos. Tal vez era su carácter impulsivo y la necesidad que tenía de tomar acción, la antítesis de Felipe, ecuánime y calculador. Tal vez eran mis genes aventureros que se estaban manifestando. Estaba segura de que no era mi cuerpo pidiendo experiencias, quizás era mi alma buscando refugio de los duelos no realizados. La mujer que había venido construyendo poco a poco, aquella capaz de sortear accidentes, traición, robos y obstáculos de la vida diaria se tambaleaba en sus cimientos por un hombre.

Seguí llamando a Felipe una vez a la semana, los jueves en la noche. No teníamos mucho de qué hablar, él, por miedo a preguntar, y yo, por miedo a no saber qué decir o cómo explicar mi actitud de adolescente. Me dejaba llevar sin tomar control ni decidir nada. Repetía la historia vivida en el año 85. Me quedé pasmada sin hacer nada; en ese entonces, por no tener a Santiago, y ahora, por tenerlo demasiado cerca. También la vida que es consecuente y no se anda con bobadas respondió de la misma manera de antaño, siguió sin dar tregua a la indecisión.

—Hoy te llevaré a la casa de doña Ferní —dijo Santiago nada más subirme al jeep que manejaba.

La mañana estaba hermosa con el cielo sin nubes. El azul profundo anunciaba los días de heladas en los que la temperatura al amanecer bajaba a cero grados. En la Sabana de Bogotá los campesinos debían estar alertas para que sus cultivos no se echaran a perder con un rocío que quemaba todo a su paso. Yo también estaba alerta, Santiago me quemaba por dentro y descontrolaba mis pensamientos. Mi cordura languidecía.

Llegamos. La casa mantenía su majestuosidad, aunque al estar vacía y sin la exótica figura de

doña Ferní sentada en el gran salón, había perdido la gracia y se sentía abandonada y fría. El eco de nuestros pasos se escapaba por la gran escalera que conducía a la terraza. Le conté a Santiago mi primer recuerdo de niña en esa terraza y confirmamos que nuestro destino había estado unido desde ese histórico día de la visita del papa Pablo VI a Colombia. Él me contó su vivencia de aquella tarde con sus casi nueve años. Había comido tal cantidad de postres que se enfermó y se perdió la oportunidad de ver al papa por estar en el baño en el preciso momento en el que pasó frente al balcón, lo que le valdría un coscorrón de su madre y un tirón de orejas de su tío. Su recuerdo era de indigestión, regaños y dolor de cabeza.

—Aquí te vi por primera vez de manera consciente unos años más tarde. Eras una preciosa adolescente —murmuró caminando hacia el centro del salón. Se acercó despacito hacia donde yo estaba.

—Lo recuerdo a la perfección, tú usabas esa ridícula sotana que te hacía ver mayor, nunca te lo dije. Desde ese mismo día, me gustaste, había algo en ti que era irresistible. Creo que era tu peinado de niño bueno que te hacía ver indefenso.

—Estabas en ese rincón con Lisa y Ninín, murmuraban y reían —Señaló la esquina donde se encontraba la salita en la que nos sentamos aquella tarde a burlarnos de él, junto a la mesa con la jaula y la chinchilla adentro.

—Sí, nos reíamos de tu incomodidad y de tu exagerada galantería con doña Ferní. Tu incompetencia para manejar la falda larga que se abría con persistencia era magistral —me burlé un poco.

—Yo tengo otros recuerdos más dulces. Como aquellas tardes en las que tus hermanos por arte de magia desaparecían y nos dejaban solos en las horas del apagón. Tengo en mente una muy especial, la primera, llovía a cántaros.

—Yo también la recuerdo. Mejor vámonos, ya regresaremos otro día. Esta casa me trae sentimientos encontrados.

Él era especialista en incomodarme, me sentí indefensa, me subí al carro y esperé a que cerrara todas las puertas de la casona. Le pedí que me llevara a casa de mi hermana.

—¿Qué pasa?, ¿por qué te pones tan seria? Ya somos adultos, ¿te cohíbes por un recuerdo?

Él seguía sin entender, no era el recuerdo. Tampoco lo que estaba sintiendo ni lo que deseaba. Era más bien la contradicción de estar disfrutando en un momento en el que había venido a pasar un duelo. La contradicción de estar acompañada mientras Felipe estaba solo, de abrirle las puertas a la infidelidad, de querer vivir en Colombia y de caminar al borde del precipicio sin querer enfrentar el peligro.

XV

El afán de regresar al origen nos alcanza en algún momento de la vida y hay que prestarle atención. Santiago se enteró de la muerte de doña Ferní por una llamada de un abogado mientras cenaba una noche en su ciudad preferida, Venecia, en la que pasaba todos los veranos. La noticia lo acongojó, pese a que la esperaba desde hacía varios meses. Llamaba a las enfermeras dos veces por semana y siguió el proceso de su agonía. Le sorprendió enterarse que había sido nombrado en el testamento como único heredero de sus bienes y de su fortuna, y lo atribuyó a los años de cariño mutuo.

Decidió regresar a su patria y se tomó cuatro meses para organizar sus negocios en Europa y donar parte de su extensa biblioteca. Al llegar a Colombia fue a ver al abogado. Este le entregó un sobre de manila que contenía el testamento y una llave de una caja de seguridad de un banco en Colombia. Se instaló en un hotel cercano porque la casona necesitaba mantenimiento con urgencia. El deterioro era evidente. Con tristeza, descubrió que muchas de las joyas y de las obras de arte de la casona habían sido robadas por las enfermeras que cuidaron a doña Ferní en sus últimos años. Los muebles estaban maltratados y con las telas desteñidas. Con ayuda del abogado, organizó un inventario de lo que había quedado. No estaba seguro de qué hacer con tantas cosas de valor pasadas de moda.

Se enteró de la muerte de mis padres y de Teté por los avisos en el periódico, sin embargo, no quiso ir a la funeraria ni a la misa, evitaba los lugares cargados de energía con sabor a muerte. Me confesó que desde que pisó tierra colombiana no dejó de pensar en cómo se las arreglaría para verme sin causar conflictos en mi vida. Al saber que yo había regresado sola, esperó el momento para buscarme y para averiguar qué le había dejado doña Ferní en la caja de seguridad del banco.

Era momento de que yo le develara el secreto que me había confiado doña Ferní.

Pasó por mí y fuimos a la vieja casona. Estaba limpia e iluminada. Subimos a la terraza. La había arreglado con muebles de exterior y macetones de barro con plantas junto a la balaustrada. El piso de damero estaba limpio y sin las manchas del tiempo. La sorpresa me gustó aún más al ver el viejo columpio restaurado y en el mismo rincón de antaño. Nos sentamos a mecernos con suavidad, el día estaba nublado y fresco.

Me propuso arreglar toda la casa para los dos, la nueva decoración de la terraza era una pequeña muestra de cómo podía quedar si trabajábamos con cariño. Tenía que pensarlo, era muy tentador. Yo adoraba esa casa, pero a pesar de los meses que tenía viviendo en casa de mi hermana, de vuelta en Bogotá, me seguía pareciendo una decisión muy difícil de tomar. Santiago me contó que había ido a la caja de seguridad y había encontrado una carta de doña Ferní en la que le dejaba muchas instrucciones para cuidar la vivienda y, lo más importante, la indicación de buscarme. Según él, encontrarnos era un presagio porque ella siempre quiso que estuviéramos juntos.

Lo saqué de inmediato de su error.

—No, Santiago, no es un presagio. Tengo que contarte algo.

Repetí, con todos los detalles que logré rescatar, la historia de su madre: el viaje a Colombia,

los engaños, el sufrimiento por la muerte de su primer hijo, el amor por su verdadero padre y el dolor permanente por la lejanía del único hijo que le quedaba. Le conté también sobre mis visitas realizadas durante años y el día de la confesión. Todas las historias de por qué nos habían separado y de las amenazas entre mi padre y el suyo.

En un primer momento no dio crédito a la historia. Pensar que su papá fuera el obispo le revolvía todos sus principios y creencias. A pesar de no haberse ordenado, su formación en el seminario lo había condicionado. En su pensamiento no cabía la idea de la paternidad de un obispo. «Si no estuviera viejo iría en este mismo momento a enfrentarlo, no puede ser que un solo hombre logre cambiar el rumbo de tantas vidas por egoísmo», habló para sí mismo. Enterarse de quién era su verdadero padre no hizo más que entristecerlo. Por el contrario, el hecho de que doña Ferní fuera su madre lo alegró. Los sentimientos encontrados y el absurdo estaban presentes porque el cariño de hijo siempre había estado dividido. Darse cuenta de que adoraba a quien no era su padre y a su verdadera madre mientras que nunca logró encariñarse con su padre biológico y su madre adoptiva le causaba dolor. ¿Cómo alguien podía asimilar haber vivido en una mentira de por vida? Él, que se creía honesto y justo, perdió la entereza. Se alejó de mí y pude suponer por los movimientos de sus hombros que lloraba. Me acerqué y pasé mi mano por su pelo. El contacto cargado de nostalgia terminó en un beso, libre del deseo contenido. Sentí la humedad de su boca regalándome su amor dormido por tantos años y el abrazo desesperado por retenerme. Nos mecimos en silencio en el columpio restaurado. El deseo estaba presente, pero la realidad nos golpeó: éramos muy viejos para hacer el amor en ese incómodo columpio, solo nos quedó reír. Bobeamos un rato con las anécdotas que pudimos rescatar que involucraban a nuestros padres y a doña Ferní.

—Ahora entiendo, por eso fue ella quien me rescató la tarde que mi tío, bueno, mi padre, cuesta trabajo decirlo, me sentenció a perderte.

—Por eso te rescató siempre; del orfanato, de mí, de mi padre y del tuyo, incluso de ti mismo, era tu madre.

—Ahora siempre tengo remordimiento por no haberla visitado más, por no escribirle o llamarla con frecuencia. Fue la única persona incondicional en mi vida.

—Fuiste un buen hijo clandestino. Eso no se puede negar.

—Hubiera podido ser mejor, fui ingrato.

—Mañana es mi cumpleaños —dije con la intención de distraerlo.

—Ya lo sé. Reservé en un restaurante para ir juntos.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Prometí pasar el día en familia con Lisa y los niños, y mis hermanos también irán a celebrar. No les he contado que te he vuelto a ver, ni que salimos.

—Lisa lo sabe.

—Sí, es la única, y no le hace gracia.

—¿Y Felipe lo sabe?

—Sí, él también, y le he pedido un tiempo para entender. No podría ocultárselo, me conoce bien.

—No pienses tanto. Es fácil: siempre nos hemos amado, estamos destinados a vivir juntos.

—Eso no es verdad. El día que en este mismo columpio mecimos la tristeza de la separación, presentí que no nos veríamos más. La ausencia lleva al olvido. El olvido reemplaza al amor. Nos estamos enamorando al vernos, al compartir, al tocarnos, porque el amor de pareja se construye,

se cuida, se arma día a día, todo lo demás es una quimera. Es la ilusión del amor, las ganas de volver a rozar la piel del otro y, ojalá, despertar las mismas emociones de antaño, pero eso no es amor.

—¿Cómo puedes decir eso? Yo estoy seguro de que siempre te amé.

—Un amor apoyado en la nostalgia, Santiago, de anhelo por lo no vivido, de sensaciones adolescentes.

—Pero amor, al fin y al cabo.

—No sé si lo que tú has sentido es amor o el dolor de no tenerlo, es fácil confundirlos.

—No te entiendo.

—No vas a entender porque nunca lograste una relación fuerte, y no quiero adoctrinarte, pero tú no construiste el amor al lado de alguien como yo lo he hecho junto a Felipe. Aunque creas que seguiste amándome, en realidad viviste del recuerdo de lo que creías que era amor.

—No puedes sabes lo que siento.

—Sí lo sé. Tu amor por mí fue un amor egoísta y tuyo, no fue compartido.

—Ahora eres tú la que está siendo injusta.

—Solo procuro ser sensata, aunque no te voy a negar que me cuesta. Creo que se nota. Por favor, llévame a casa, ya es tarde.

—Siempre que no quieres hablar me pides que te lleve a casa. Hay que hablar de esto.

—No quiero.

—Vamos, Mina. Ven a dormir conmigo esta noche al hotel.

—No, Santiago, no estoy para tonterías, si vamos a estar juntos, hagamos las cosas bien.

Estaba considerando pasar esa noche con él, pero sabía que, si por fin daba ese paso, la mente se me nublaría. No quería tomar la decisión de dejarlo todo por una noche de pasión, aunque él seguía insistiendo en que el destino estaba de nuestro lado. Me sentía bien a su lado, a pesar de la confusión. El tiempo que pasábamos juntos era intenso. Completaba la parte de riesgo y rebeldía que había dejado de lado en mi vida cotidiana.

—Te puedo jurar que compensaré todos los años perdidos.

—Todo esto me llena de ansiedad. Por tu culpa me he vuelto a morder las uñas y llevo noches enteras sin dormir. Lo único bueno es que quisiera escribir de nuevo.

—No sabía que escribías.

—Así es, escribía, pasado, dejé de hacerlo el día que te fuiste. Trato de encontrar con palabras algún motivo que explique por qué he llegado a este punto, pero aún no lo logro. Me siento malvada y sin escrúpulos al pensar en dejar a Felipe, pero a la vez sé que necesito un cambio y reconozco que me encanta estar contigo. Has despertado varias emociones que no recordaba que existían.

—Te lo repito con la misma convicción de mis veintiún años: yo me voy a quedar contigo.

Las dudas derrumbaron a la entereza, la convicción de sus palabras a mi inseguridad. Me esperaba otra noche de desvelo y pensamientos turbulentos. En casa saqué la libreta olvidada del maletín de mano:

«Hoy mi madre ha muerto; me encuentro tan lejos».

Leí, escribí y lloré sin motivo.

¿Estaría al fin empezando mi duelo?

XVII

El día anterior había sido importante. Por fin me había quitado de encima la carga del secreto confiado por doña Ferní. Santiago se sentía más seguro, y yo, aliviada. La noche de desvelo fue compensada por una mañana con desayuno en la cama preparado por mi sobrina como regalo de cumpleaños, con las llamadas en sucesivo de mis cuatro hijos y la noticia de una fiesta sorpresa organizada por Lisa en la finca de mis padres. Pensé en Felipe y me pareció raro que no hubiera sido el primero en llamarme. Estará ocupado y me llamará más tarde , me dije. Evitaba traerlo al pensamiento para que lo que sentía en ese momento por Santiago no se desvaneciera ante el cargo de conciencia. Me concentré en los preparativos para salir hacia la finca. Lisa había invitado a mis amigos de la universidad con sus esposas, y a toda la familia. El menú: ternera a la llanera. De inmediato lo asocié con la tierra de donde era Santiago.

Fue divertido ver a mis amigos de hacía tantos años. Nos acordamos de los viejos tiempos. Igual me sentía rara, algo me faltaba. El frío del páramo había llegado sin retraso al caer la tarde y formaba una densa neblina que se coló por las rendijas de mi alma, abrumada por el futuro próximo. Todo estaba borroso por dentro y por fuera. Se presentaba la nostalgia. Yo había acompañado a mi papá a comprar la finca, que alguna vez tuvo un enorme valor sentimental y que ahora tenía el barandal torcido por los años sin mantenimiento. A la familia, que alguna vez la gozó, ahora le parecía poca cosa. La bandeja de hierro forjado del interior de la chimenea era lo único que seguía sin deformarse. El majestuoso eucalipto, en el que colgábamos las cuerdas para hacer un improvisado columpio y mecernos, cada vez estaba más encorvado y amenazaba con caerse encima del tejado. El tiempo estampaba su sello implacable sobre todos los objetos y los encogía, como un día me encogería yo.

Mis pensamientos saltaron de un lugar a otro. En el fondo sabía que era hora de tomar una decisión que marcaría el rumbo de la segunda mitad de mi vida. Quería llegar a los ochenta y tantos años como la mayoría de las mujeres de mi familia; despertar cada día con ilusiones y con planes, soñar más sueños, comer más sano y reír más fuerte. Quería olvidarme de las depresiones, de las muertes y ausencias, de lo que no había hecho, del dolor.

El día fue agradable, los invitados empezaron a despedirse, quedaban todavía algunos amodorrados, por el exceso de aguardiente, que Lisa acompañó a la puerta. Cuando la fiesta acabó, las dos seguimos la rutina que tantas veces le vimos hacer a mi madre para cerrar la casa: llenamos con agua la olleta en la que se preparaba el chocolate para apagar las últimas brasas de la chimenea; revisamos ventanas y postigos; acomodamos todas las sillas y cojines en su lugar; apagamos las luces, cerramos las puertas y salimos a la noche helada. Salía vaho por nuestras bocas y narices, y corrimos a los carros para que el frío no se nos instalara en el cuerpo.

El camino de cuarenta minutos que separaba la finca de la ciudad se hizo eterno. Todavía faltaba repartir en sus casas a algunos amigos imposibilitados de manejar por el exceso de alcohol, y bajar del coche las ollas con las sobras de la comida.

Agotada por el día de fiesta, por las evocaciones de aventuras, por el encuentro con viejos amigos y por el exceso de comida y de aguardiente antioqueño, llegamos ya entrada la noche a descansar a casa de mi hermana.

—¿Por qué no invitó a Santiago? —le pregunté antes de bajarnos del carro.

—Ay, Mina, qué cosa con usted. Porque no era ni el lugar ni el momento. La reunión era para estar con los amigos y la familia. Nadie ha visto a Santiago en treinta años, nuestros amigos no lo conocen y mis hermanos ni se acuerdan de él. Es un extraño para todos.

—No para mí —contesté con calma.

—¿Y por qué no lo invitó usted?

—No sabía que me organizaría una fiesta. Pero gracias. La pasé muy bien.

Lisa abrió la puerta. En la penumbra de la sala se dibujaba una silueta: la cabeza hundida en el pecho, los hombros anchos moviéndose al ritmo de la respiración calmada de quien ha aceptado con resignación la espera y se ha quedado dormido.

Miré fijo a esa forma oscura que me parecía tan familiar.

Lisa prendió la luz y ahí estaba él. Levantó la cabeza, abrió sus párpados pesados y me miró con amor infinito. Me sentí abrazada con su mirada, segura, protegida, por un instante se disolvieron las dudas y los miedos, por un instante.

—¡Felipe!, ¿qué haces aquí?

—Vine a celebrar tu cumpleaños. El vuelo se retrasó y llegué tarde. No pude darte la sorpresa —se lamentó mientras sus ojos con brillo de pupilas dilatadas se apagaban y se volvían neutros, pequeños, desesperanzados ante mi pregunta.

—¿Por qué no me avisaste?, hubiera arreglado para que te recogieran en el aeropuerto o hubiera ido por ti.

—Y entonces, ¿qué sorpresa te hubiera dado? Estás desilusionada, ¿verdad?

—Claro que no, tonto. Me alegra verte. Ven, dame un abrazo, uno de esos que adoro de ti —le dije. Me acurruqué en su pecho, olía a hogar.

Nos quedamos en silencio. Acorralamos nuestros respectivos miedos y alimentamos con el calor de nuestros cuerpos unidos la añoranza escondida de los meses sin vernos.

—Te extraño, te extrañamos —susurró sin dejar de abrazarme contra su pecho y pasó por mi cabeza su enorme mano en repetidas caricias.

Guardé silencio, no sabía qué decir, sentía la misma comodidad de aquel día de nuestra primera cita, tan pegada a él, cerquita y sin miedo. Experimenté el amor construido poco a poco, en la intimidad y en la adversidad, que nos convertía en complemento. En los compartidos, como tantas veces me escribió en notas de amor que escondía, para ser encontradas, en los rincones más insospechados. Olimos nuestro esmero, una vez más, por agradar al otro.

Los dos sabíamos que era el momento crucial para marcar nuestro rumbo y que dependía más de mí que de él, inquebrantable en sus principios y en su amor. Había llegado la hora de tomar una decisión.

XVIII

No importa la edad, decidir con quién pasar el resto de tu vida produce ansiedad y requiere de la misma cantidad de energía y de preguntas sin respuestas. La noche anterior hablamos por horas y nos venció el cansancio. Esa mañana al abrir los ojos me enfrenté a la realidad. Felipe dormía relajado junto a mí como había hecho siempre. Su pelo cano se confundía con el blanco de la almohada, su piel floja con arrugas en la frente era una huella de nuestro tiempo compartido. Habíamos envejecido juntos. Sentí una ternura infinita, lo miré largamente para grabarme por siempre su imagen. Me levanté de la cama. Entré a la regadera esperando que el agua se llevara las incógnitas que me cobijaron toda la noche y que crecieron con el amanecer de tal forma que se hicieron insoportables. Me demoré más de lo normal en salir del baño. No sabía cómo hablar con Felipe de todo lo que estaba pensando. Él intuía la fuerza que había tomado mi relación con Santiago.

Lisa nos sirvió un desayuno suculento y no dejó de mirarme de soslayo. Esperaba que dijera algo. Yo permanecí callada.

—Felipe, voy a almorzar con Santiago —Tomé el valor para decírselo.

—Es tu decisión —contestó sin levantar la mirada del plato.

Lisa abrió los ojos de lechuza y yo respondí con el giro de mis manos y levantando los hombros. El silencio era incómodo. Fui a dejar el plato lleno a la cocina, se me había ido el apetito y flaqueaba. Lisa me alcanzó. A modo de susurro para que Felipe no nos escuchara, me increpó:

—Mina, ya basta de tonterías. ¿Se enloqueció? No puede comportarse de esa manera. Felipe vino por usted. Es hora de acabar con este sinsentido.

—Seguro usted lo llamó para que viniera.

—Claro que no. Y si lo hubiera hecho ¿qué? No cambia el hecho de que ya debe irse para su casa. La tiene abandonada hace más de un mes. Ya fue suficiente de aventuras.

—No sé si quiero regresar, Lisa. Me siento bien con Santiago y si bien Felipe no tiene la culpa de nada de lo que está pasando, nos hemos distanciado mucho y la chispa entre nosotros se apagó.

—Mire, Mina, a los cuarenta y tantos, con una relación de pareja como la que usted y yo hemos tenido, sin infidelidades ni maltratos, con más alegrías que penas y con hombres que nos quieren, la chispa no se apaga, al contrario, permanece prendida. Depende de nosotros darle oxígeno para que agarre fuerza. Y usted no está poniendo de su parte. Usted la está ahogando con sus tonterías y sus juegos de niña.

—Santiago me pidió que me fuera a vivir con él y que arreglemos juntos la casa de doña Ferní.

—Parece muy romántico, yo en realidad no conozco a Santiago, pero sí a Felipe, y dudo que le llegue a los talones.

—No se trata de compararlos, los dos son maravillosos hombres, esto no se trata de ellos, se trata de mí, de lo que quiero hacer con mi vida, de lo que siento, de volver a encontrar la motivación, la creatividad, de dejar la tristeza.

—¿Y de verdad usted cree que la respuesta está en abandonarlo todo e irse con el que la hace sentir cosquillas en donde sabemos?

—No sea ridícula.

—La ridícula es usted. Se está dejando llevar por la pasión y no ve más allá de su nariz.

—Eso no es cierto, estoy considerando todas las opciones.

—Por Dios, ¿qué opciones? Deje de buscar lo que no se le ha perdido.

—Usted no entiende.

—¿Entender qué? ¿Que está a punto de cometer la mayor estupidez de su vida?

Subíamos cada vez más la voz y nos interrumpió la entrada de Felipe, que empujaba la puerta de vaivén con el hombro. Llevaba su plato sucio en una mano y la taza en la otra y lo depositó sobre la barra sin mirarme. Se acercó, besó mi mejilla y nos dijo que no lo esperáramos a almorzar.

—Y, Mina —agregó—, te veo esta noche. Tengo mi regreso a México para mañana. Todo depende de ti.

El corazón se me encogió, sería más fácil si me odiara por dudar, si me reclamara. Su estoicismo me ponía los nervios de punta. Salió sin azotar ninguna puerta, sin renegar, me dejó una sonrisa y un te amo mudo saliendo de sus labios.

Al rato llegó Santiago y salí sin demora. Verlo ahí, mirándome con tanto amor, me confundía aún más. Me subí al auto, estaba muy animado.

—Estás hermosa, aunque te ves cansada.

—No dormí.

—¿Estás bien?

—No sé si pueda hacerlo.

—¿Qué?

—Quedarme a vivir contigo. Si lo nuestro llega a funcionar…

—¡De eso no tengo ninguna duda! —afirmó luego de besarme y arrancar el auto. Su sonrisa llenó el espacio.

—Tengo ya una familia, un esposo, cuatro hijos. ¿Podrás lidiar con mi pasado?

—¿Eso es lo que te retiene? Tus hijos ya tienen sus propias vidas y tu esposo lo superará. No más dudas, Mina. Es tu momento. Nuestro momento. ¿Lidiar? No tengo que lidiar con nada. Te adoro y estaremos bien.

—En realidad no sabes nada de mí. Llegarán los remordimientos tarde o temprano.

—Para eso tenemos que estar juntos, para saberlo todo y para que nunca dudes de que este era nuestro destino. Siempre lo fue.

—Llegará el día en que nos arrepintamos. O que tú te aburras.

—Eso no sucederá.

Se llevó el dedo índice a sus labios y siguió manejando sin rumbo determinado.

—¿A dónde vamos?

—¿Qué tal de compras? Te debo tu regalo de cumpleaños.

—Espera, tengo algo que decirte.

—Dime.

—Anoche llegó Felipe de México.

Guardó silencio. Me crucé por un segundo con su mirada vacía.

—Nada cambia, quiero vivir a tu lado.

En un arranque de desesperación tomó mi mano. La apretó con fuerza entre la suya sin quitar

la mirada del camino. El amor transmitido en ese sencillo gesto me conmovió.

El gran día había llegado.

La culminación de esos meses de batalla interna, de indecisiones, de historias olvidadas, de pasado. Los dos hombres más importantes de mi vida esperaban una respuesta. Los dos tan diferentes y especiales.

—Regresemos, quiero estar sola un rato antes de hablar con Felipe.

—Es tu decisión.

La misma respuesta. Los dos me habían dado la misma respuesta.

XIX

La tarde ha caído. La sombra de la balaustrada que delimita la terraza cubre las baldosas negras y blancas, ahora opacas por el paso del tiempo. El viento frío abriga la melancolía y mece con suavidad el columpio de los encuentros amorosos, de los abrazos y los besos. Le he cambiado al colchón capitoneado la tela raída de arabescos por una de flores de colores para avivar el espíritu. Desde allí ya no se ve el cerro de Monserrate con su iglesia blanca en la cúspide que en mi niñez se veía desde cualquier lugar, ahora la vista es un paisaje urbano de edificios de ladrillo rojo que, con el sol del atardecer, le dan a la ciudad fría de montaña una falsa sensación de calidez.

La casa de doña Ferní está preciosa, aunque los muebles fueron subastados tras su muerte. El dinero fue bien utilizado para la fundación de niños abandonados por madres adolescentes que Santiago ha creado para recordar el sacrificio que tuvo que hacer su madre y que yo le ayudo a administrar en mi tiempo libre. Con la fundación, los dos llenamos la sensación de abandono de nuestro niño interno. He desplegado todos mis conocimientos y experiencia para remodelar el inmueble. Las cornisas y molduras en paredes y techos le dan su personalidad y recuerdan la época de su construcción. Su fachada e interiores son tan hermosos que ha sido declarado patrimonio cultural. La mansión quedará protegida con todo y sus secretos a perpetuidad.

Han desaparecido espejos y brocados, las vajillas de porcelana, y las pesadas cortinas de terciopelo estarán en la bodega de algún teatro. La sala es ahora un gran espacio con sofás mullidos de color neutro y mesas modernas que albergan libros de todas partes del mundo que Santiago ha traído de su vivienda en Madrid. La mansión que un día fue el hogar de desdichas se ha convertido en punto de reunión de amigos viejos y nuevos, de gente de toda Latinoamérica que ahora ve a Colombia como un buen país para vivir a pesar de la violencia, de las constantes crisis de identidad que todavía nos aquejan. Seguimos sin despejar varias de las incógnitas políticas y sociales que nos han perseguido por años.

La iguana del jardín y la chinchilla murieron en algún momento, el tucán sobrevivió gracias al cuidandero que contrataron tras la muerte de doña Ferní para que la casa no fuera saqueada. Sigue en el pasillo que lleva a la alacena con su ojo vigilante y su pico de colores, parado en la misma percha de antaño como único testigo de que doña Ferní vivió allí, que mi madre era su amiga, que soy la misma persona que tantas veces visitó esa casa y que algo de toda esta historia fue real.

Tengo mi propia habitación, que he decidido decorar con tonos neutros y azules, el color de la calma. Allí sueño con mis futuros proyectos, escribo, me conecto con la patria abandonada por tantos años, le doy respuesta a mis preguntas, resuelvo mis conflictos de mujer y alimento mi alma con los olores y sabores del trópico.

El reencuentro en mi edad adulta con los hermanos con los que perdí contacto a lo largo de los años ha sido importante para llenar espacios vacíos del alma. Ahora somos amigos de tertulia, de compartir pensamientos y experiencias que nos habíamos perdido los unos de los otros. Ellos recuerdan de una u otra manera a doña Ferní y las visitas realizadas tantas veces a la casona.

Con ellos y sus familias nos reunimos cada vez que se presenta la oportunidad de ver los cientos de fotos en papel y las diapositivas que tomó mi padre durante tantos años. Hemos encontrado en la caja de metal de las galletas las de la visita del papa que tomó con su cámara Leica. Ellos aseguran que todo lo que yo recuerdo de ella y de su casa no fue así, que lo he inventado, que tengo mucha imaginación. Quieren corregir mis recuerdos. Yo no se los permito, porque son míos. Puede ser que tengan razón, qué importa. Al fin y al cabo, son las historias con las que logré construir a la mujer que ahora me acompaña.

Con Lisa comparto largas tardes de complicidad y risa contagiosa. Pasamos horas sin movernos de un lugar, como cuando éramos niñas y fingíamos que la escalera de la casa de nuestra infancia era el interior de un bus de pasajeros en el que viajábamos por horas y el tiempo volaba. Cargábamos nuestros muñecos, les dábamos de comer, les cambiábamos la ropa sin parar de hablar ni de imitar con nuestros cuerpos el vaivén de las personas dentro del artefacto en movimiento, en el largo trayecto que nos tomaba en nuestro juego ir al destino final: la cocina. Allí olvidábamos los muñecos que terminaban en brazos de Ninín y nos preparábamos un ponche –lo único que podíamos preparar por nuestra cuenta–. Batíamos con vigor varias claras de huevo, casi hasta punto de nieve, y agregábamos unas cuantas gotas de extracto de vainilla y grandes cantidades de azúcar, bajo la mirada de Ninín y la cantaleta de la Bíchira por el reguero que dejábamos al poner a prueba nuestras habilidades culinarias de niñas consentidas.

La niña que nació un miércoles cualquiera resultó ser parecida físicamente a su madre y se contagió del instinto maternal de su adorada nana Ninín. La vida domó mi carácter apurado e intenso y las ganas de salir con afán y sin aviso de cualquier situación que me resultara aburrida o rutinaria, y ahora me quedo tranquila, espero…, y aunque confieso que me cuesta trabajo, decido lo que quiero y cómo lo quiero.

El peso de varios lutos acumulados me hundió en reflexiones y el lastre de la incertidumbre de quien está llegando al medio siglo de vida tratando de definirse, me ayudó a sacar a flote el pasado, los detalles, las emociones, y a asumir las decisiones tomadas.

Logré quebrantar al destino, o eso creo.

He reinventado colores para esta nueva etapa de mi vida, pero nunca he logrado desterrar por completo el negro. No se deja. Sin embargo, he aprendido a agregarle gotas de blanco en el momento en el que se asoma, para que en tonos de gris las adversidades sean llevaderas y combinen con los colores vivos de los momentos de alegría.

Devolví a Lisa el collar y los aretes que me heredó mi madre de aquel ajuar para que ella, que no tiene agüeros con las perlas, los conserve. Confío en que esto aminore las lágrimas que todavía me queden por derramar y que nunca sean transmitidas las desgracias a mis hijos.

Voy y vengo entre México y Colombia; dos países, dos tiempos. Mi ahora y mi antes. Soy diferente en cada lugar y con cada uno de los hombres que marcaron mi rumbo.

Cuando estoy en Colombia con Santiago me siento a gusto. Pasamos horas frente a la chimenea de la mansión, sostenemos cálidas conversaciones y planeamos eventos que nos permitan financiar la fundación, que crece cada vez más rápido. Nos gusta inventar historias de lo que hubiéramos sido y nos burlamos del pasado. Al fin nos llegó el momento de conocernos, sin añoranzas ni sufrimientos. Somos grandes amigos. Lo que hubiéramos debido ser siempre. Nuestro amor adolescente tuvo tantas trabas que estaba destinado al fracaso.

Al estar con él, mi carácter apurado e intenso se devela y me convierto en la mujer arriesgada que, en compañía del amor en blanco y negro, el escrito en libretas destruidas, en cartas sin respuestas y en el recuerdo, el de la vida que no fue, es capaz de emprender nuevos proyectos.

En México vivo con Felipe, es el hogar que erigimos juntos. Reímos, vamos al mercado y al teatro, salimos con los amigos, comemos quesadillas; caminamos tomados de la mano, estamos en familia, acariciamos nuestros cuerpos, somos grandes amantes y compartimos la vida. Él conoce cada centímetro de mi piel y mi esencia.

Mi amor por Felipe está en presente, es del ahora y crece. El amor con él es intenso, construido con experiencias, con detalles y vivencias buenas y malas. Aún en silencio estamos cómodos el uno con el otro y en su compañía mi alma se pinta con los colores de la alegría y la calma. Abandonamos la vida que teníamos y los tropiezos que nos regaló con insistencia el pasado. Lisa tenía razón. La chispa estaba ahí, esperando a ser avivada, solo nos habíamos dejado tomar ventaja de la costumbre. Juntos hemos tejido esta relación llena de obstáculos por años. Aunque la pasión fue capaz de confundirme la voluntad y la razón, he decidido estar con él lo que me reste de vida, envejecer a su lado.

Tal vez no logré construir a la mujer que quería tomar un pedazo de aquellas que la acompañaron: mi mamá, Ninín, doña Ferní y Lisa, pero ellas son los puntos cardinales a los que miro cada vez que la vida me presenta sus acertijos.

Ahora que me acerco a la edad en que nace la necesidad de trascender, he retomado mi pluma para escribir esta historia.

Tabla de contenido

Primera Parte
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
Segunda Parte
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVII
XVIII
XIX

CALIXTA

Haz parte de

Club de lectura

Gatos de Papel

CLUB DE GATOS vip

Síguenos en

@calixtaeditores

www.calixtaeditores.com

Table of Contents

Cover Page
Así comenzó nuestro olvido
Primera Parte
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
Segunda Parte
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVII
XVIII
XIX